

biblioteca de patrística

basilio de cesarea

**EL ESPÍRITU
SANTO**

editorial ciudad nueva

Basilio de Cesarea EL ESPÍRITU SANTO

Entre «los tres Padres Capadocios», Basilio es el único a quien sus contemporáneos distinguieron con el apelativo de «Grande-Magno». El juicio de la Historia no ha hecho más que confirmar el acierto, al considerar sus cualidades de pastor y de organizador eclesiástico, al admirar la profundidad y la claridad con que penetra y expone los puntos más difíciles de la doctrina cristiana, así como la prudencia y sabiduría con que defiende a la Iglesia frente al imperio y a la herejía, y al comprobar con perspectiva sus logros en la reforma del culto litúrgico y en la dirección del monaquismo greco-oriental. Su intensa y fecunda vida (330-379), dejó huella propia de aspecto de perfecto griego: acción acabada, pero de efecto aún presente; presente en la historia y en la actualidad de la Iglesia universal.

Un ejemplo de la presencia de ese influjo es la obra que aquí presentamos, traducida por primera vez al castellano: su **Tratado sobre el Espíritu Santo**. Fue tan decisivo para la definición del Concilio de Constantinopla (381), que seguimos, hoy, proclamando como profesión de nuestra fe: «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida..., que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria». Urgido por el peligro del arrianismo y respondiendo al ruego de Anfiloquio de Iconio, Basilio defiende y expone la consubstancialidad del Hijo y del Espíritu Santo con el Padre, con un rigor intelectual, teológico, y un vigor espiritual de la experiencia del Espíritu, como sólo puede hacerlo una mente poderosa y equipada culturalmente como la suya, alimentada, sobre todo, en dos fuentes inagotables: la Sagrada Escritura y la tradición viva de la Iglesia.

Último de sus escritos, el **Tratado** es como su verdadero testamento espiritual.

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

32

Basilio de Cesarea



EL ESPÍRITU SANTO

Introducción y notas de Giovanna Azzali Bernardelli
Traducción del texto griego y notas de
Argimiro Velasco Delgado

Editorial Ciudad Nueva

Madrid-Buenos Aires-Santafé de Bogotá
Montevideo-Santiago

Reservados todos los derechos. No está permitida sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 1996, Editorial Ciudad Nueva
Andrés Tamayo, 4 - 28028 Madrid (España)

ISBN: 84-89651-00-0
Depósito Legal: M-6546-1996

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Gráficas Dehon
La Morera, 23-25
28850 Torrejón de Ardoz (Madrid)

INTRODUCCIÓN

I. EL TRATADO *SOBRE EL ESPÍRITU SANTO*. LA PERSONALIDAD Y LA ACTIVIDAD DE BASILO

El tratado *Sobre el Espíritu Santo*, último de los escritos de Basilio, maduró en el clima incandescente de la lucha empeñada por la ralea extremista del arrianismo, que advertía en el misterio trinitario una negación de la unicidad de Dios y un peligro de triteísmo, y después de negar la divinidad del Hijo igual a la del Padre, se emperraban ahora en negar la igual divinidad del Espíritu Santo. El tratado tiene, pues, una indudable importancia histórica. Presenta los desarrollos doctrinales más avanzados, que abrían el camino a las definiciones del Concilio de Constantinopla (381), y así anticipaban ya el triunfo de la ortodoxia.

Entre las tupidas mallas de la polémica y de un razonamiento árido y riguroso, que se vale de argumentos y de formas dialécticas en tan gran medida ajenos a los actuales, vibra la intensa y profunda vida interior de Basilio, y su indefectible adhesión a los contenidos de la fe y a la sabiduría de la vida, y su empeño de teólogo e incluso de pastor alcanzan la cumbre.

Como en un testamento espiritual, el Maestro capadocio hace su confesión de fe en el dogma de la Trinidad y afirma la certeza de la vocación del hombre a su divinización en el «sacramento» que es la Iglesia.

Para mejor comprender la complejidad del tratado, es provechoso tener presente cómo se ha ido plasmando la poliédrica personalidad del autor.

Nacido en torno al 329 en Cesarea, capital de Capadocia (la actual Kayseri, en Turquía), del prestigioso retor de Neocesarea del Ponto, Basilio, y de Emelia, en familia respiró desde la infancia la fe cristiana y el amor a la cultura griega, y halló condiciones privilegiadas para su propia formación. Los abuelos paternos poseían una propiedad de sátrapas, que se extendía por las provincias de Capadocia, del Ponto y de Armenia. Durante la persecución de Maximino, padecieron la confiscación de los bienes y, desterrados voluntarios, se retiraron a las montañas cavernosas del Ponto, donde vivieron de la caza.

La abuela Macrina, que solía repetir a sus nietos las enseñanzas de san Gregorio Taumaturgo, discípulo de Orígenes y obispo de Neocesarea ¹, los padres y luego Basilio mismo, la hermana Macrina y los hermanos Gregorio (al que él hizo obispo de Nisa) y Pedro (más tarde obispo de Sebaste), todos fueron con el tiempo venerados como santos.

El padre quiso que el hijo adolescente perfeccionara sus estudios en las escuelas más importantes de las capitales: Cesarea, Bizancio y finalmente Atenas, considerada todavía como la patria de la elocuencia, donde

1. Basilio lo recuerda todavía, como una garantía de su propia fe, en la *Carta* 204, 6 dirigida a los ciudadanos de Neocesarea en 375: «...Hemos sido criados por una abuela que era una santa mujer, nacida de entre vosotros. Quiero hablar de la famosísima Macrina, que nos enseñó las palabras del santo Gregorio, todas las que le había conservado la tradición oral, las que ella misma guardaba y de las que se servía para educar y para formar en las doctrinas de la piedad al niño que yo era entonces». Cf. también *Ep.* 223, 3.

trabó amistad profundísima, destinada a perdurar toda su vida, con Gregorio de Nacianzo, hijo del obispo de la misma ciudad. Llevaban allí vida común, sostenidos por una intensa pasión por el estudio. Como recordaría su propio amigo, Basilio sobresalía por su capacidad para aprender y por la amplitud de su interés, y así llegó a la cúspide del saber de su tiempo ².

Pero fue precisamente en Atenas, apenas cumplidos los veinte años y al término de sus brillantes estudios, donde comenzó a afirmarse en él un fortísimo sentimiento de insatisfacción y a la vez de atracción por una vida vivida evangélicamente ³.

Para comenzar, su hermana Macrina se había retirado a las soledades del Ponto, y su misma madre y los

2. Cf. Gregorio Nac., *In laudem Basilii*: PG 36 515C-528.

3. Basilio alude a ello así en su *Carta* 223, 2-3: «He perdido casi toda mi juventud en el vano trabajo al que yo me aplicaba para adquirir las enseñanzas de la sabiduría que Dios proclama loca. Un día, me desperté como de un profundo sueño, volví los ojos hacia la admirable luz de la verdad evangélica, y vi la inutilidad de la sabiduría de los príncipes de este mundo, abocados a la destrucción. Entonces lloré mucho por mi vida miserable, y pedía que alguien me diese su mano para introducirme en las doctrinas de la piedad. Ante todo me preocupaba de enmendar mis costumbres largo tiempo pervertidas por frecuentar a gente de mala vida. Así, pues, habiendo leído el Evangelio y habiendo observado que un modo eficacísimo de alcanzar la perfección consistía en vender las posesiones, en compartir su producto con mis hermanos los pobres, en quedar completamente libre de los cuidados de esta vida y en no permitir a complacencia alguna el hacer a mi alma volverse hacia las cosas de aquí abajo, yo ardía en deseos de hallar entre los hermanos a alguien que hubiera escogido este mismo camino de la vida, con el fin de franquear juntos el oleaje de esta vida. Descubrí muchos hombres de esta clase en Alejandría, en Egipto... Por eso, cuando vi que algunos en mi patria se esforzaban por imitar sus virtudes, creí haber hallado una ayuda para mi salvación».

hermanos Naucracio y Pedro habían seguido el movimiento monástico animado por Eustacio de Sebaste, el pionero de la vida ascética, que terminó ejerciendo también sobre Basilio un fuerte atractivo. En el 355 dejó Atenas y volvió a Cesarea. Aquí, muy probablemente, ejerció la retórica por algún tiempo. Pero ya al año siguiente volvía a ausentarse, para realizar viajes exploratorios que le permitieran conocer más de cerca a los hombres que en las diversas regiones orientales se habían entregado a la vida ascética. Con viva admiración, visitó a muchos ascetas en Alejandría y en el resto de Egipto, en Palestina, en Siria, en Celesiria y en Mesopotamia.

Su formación se acabó con la decisión de entregarse a la vida anacorética, bien pronto transformada en cenobítica, a la cual Basilio siguió siendo fiel, si se exceptúan las interrupciones debidas a los cargos para los que le llamó su obispo.

En el 358 recibió el bautismo y se retiró a Anesis, en el Ponto, sobre el río Iris y no lejos de los suyos. «Allí es donde Dios me ha mostrado un paraje tan conforme a mi carácter... —escribe a su amigo Gregorio—. Es una montaña alta, cubierta de espeso bosque y regada al norte por límpidas y frescas aguas. A sus pies se extiende una llanura en suave pendiente, continuamente empapada por las aguas que rezuman de la montaña. Un bosque crecido espontáneamente a su alrededor, con gran variedad de especies de árboles, le sirve, o poco menos, de cerca... Pero el mejor elogio que podríamos hacer de este paraje es que, por su capacidad natural de producir toda clase de frutos, gracias a su favorable situación, produce lo que para mí es el mejor de los frutos: la tranquilidad» ⁴.

4. *Ep* 14, 1-2.

Basilio invita también a Gregorio a aquel lugar encantador. Llega el amigo. Juntos leen a Orígenes, y de él extractan la *Filocalia*⁵. Pero Gregorio no resiste largo tiempo aquella vida que Basilio le había descrito tan idílica y que, sin embargo, le exigía hacer también de leñador y picapedrero... De hecho, el temple de los dos amigos se revela bastante diverso: en la soledad, Basilio se calma y se recarga, mientras que Gregorio siente aguzarse la nostalgia de sus seres queridos y de las relaciones con el mundo que ha dejado y del que se siente empobrecido.

La actividad de Basilio es siempre intensa. Como Lector, acompaña al obispo Dianio al Concilio de Constantinopla del 360. Vuelve inmediatamente después, y compone *Moralia* y *De juicio*. En el 364 es ordenado sacerdote, y le invitan a quedarse junto al nuevo obispo de Cesarea, Eusebio. Las relaciones entre ambos no son siempre fáciles. Para no prolongar la incómoda situación, Basilio deja Cesarea y vuelve a su retiro.

Le visita bastantes veces Eustacio, y le invita, con muchos obispos, a Eusinoe, para preparar el Sínodo de Lámpsaco, en el otoño del 364. Aquí tiene durante todo el tiempo a su disposición a muchos taquígrafos, a los que va dictando los argumentos del *Contra Eunomio*⁶. En Anesis se cuida además de los monasterios de la región, y explica el *Pequeño Asceticon*. Pero en el 370, a la muerte de Eusebio, es llamado a sucederle.

Su elección para obispo acaba definitivamente con la amada experiencia de la soledad y le lanza al prosencio en las cuestiones más graves del momento.

5. Lit. «selección de bellas cosas, hecha con amor». Es una antología o florilegio.

6. Cf. *Ep.* 223, 5.

En su calidad de obispo de Cesarea, capital de Capadocia, la más importante región de Asia Menor, tenía dignidad de metropolitano sobre sedes episcopales limítrofes, y funciones de exarca en la organización administrativa imperial. El emperador Valente, arriano, perseguía a quien permanecía fiel al credo de Nicea, y en Oriente se venía arrastrando la espinosa cuestión del cisma de Antioquía⁷, que laceraba a la Iglesia de Oriente y amenazaba a la compacta solidez y la unidad de la propia Iglesia de Occidente. Por eso Basilio, en cuanto fue elegido, se halló en la necesidad de obrar a la vez en el plano pastoral, en el teológico y en el político.

Autoritario por temperamento, ufano y orgulloso de su tierra y de las tradiciones de su familia, poseía una inteligencia viva y una exquisita sensibilidad, se había formado una excelente cultura y tenía una infatigable energía, que ni su delicada salud lograba doblegar: por estas cualidades y por su múltiple actividad se impuso muy pronto a la admiración de todos. Se dedicó de lleno a los cuidados que requerían las necesidades inmediatas de sus fieles, haciendo erigir, para la asistencia de los enfermos, de los indigentes y de los peregrinos, un vasto complejo, con habitaciones anejas para los médicos, los enfermeros y los auxiliares: una nueva ciudad, construida principalmente a sus expensas, llamada «Basiliada», a la salida de Cesarea. Podía inaugurarla ya el 3 de septiembre del 374.

Dio más cumplida y ordenada forma a la vida monástica, organizada en el *Gran Asceticon* (*Regulae fusius*), llevando así a cabo una tarea de ordenador y legislador del monacato, que valió también en Occidente hasta la *Regla* de san Benito.

7. Cf. *Ep.* 66 y 243, 2.

Gregorio Nacianceno recuerda una reforma o reorganización litúrgica, que todavía parece atestiguada por la anáfora eucarística que ha llegado hasta nosotros.

Ligadas a su cargo de pastor, sus homilías son un documento incomparable de elocuencia y de exégesis bíblica.

Pero el empeño al que se mantuvo incesantemente ligado, con manifiesto sentido de servicio ecuménico a la Iglesia, fue la defensa del dogma trinitario y el arreglo del cisma de Antioquía.

El rico *Epistolario* —366 cartas, casi todas del período episcopal— es un documento precioso de las intensas relaciones que Basilio entretejió en Oriente y en Occidente, con frecuencia en circunstancias de gran tensión ⁸.

Al declinar del 371, el emperador Valente se personó en Capadocia. Bajo amenaza de exilio, urgió a Basilio a que firmase la fórmula de fe semiarriana aceptada por el Concilio de Rímini del 359 que desterraba los términos *ousía* y *homoousios*, empleados por los Padres de Nicea, porque no eran bíblicos, y declaraba al Hijo «semejante al Padre en todo» (*hómoion tò Patrì katà pánta*).

Basilio resistió. Pero Valente pasó a la represalia. Para reducir su influjo, dividió a Capadocia en dos provincias: Capadocia primera, que conservaba como capital a Cesarea, y Capadocia segunda, con capital en Podandos, primero, y luego en Tiana.

Los obispos de la nueva provincia, capitaneados por Antimo, reivindicaron en seguida su independencia, con riesgo para su ortodoxia ⁹.

⁸ El *Epistolario*, estimable expresión de este género literario, es una fuente preciosísima para el conocimiento de su tiempo. Puede verse el amplio estudio de J. Y. Courtonnes.

⁹ Cf. *Ep.* 98, 2.

Para contrapesar las pérdidas, Basilio creó nuevas sedes episcopales en la propia provincia y en ellas situó a las personas de más confianza: En Nisa, a su hermano Gregorio; en Sasima, pequeña encrucijada caravanera, al amigo Gregorio Nacianceno; en la perdida aldea de Iconio, al amigo Anfiloquio. De los primeros, sin embargo, le llegaron preocupaciones y amarguras. El hermano mostró ser un administrador inhábil, y el amigo, como ya le había ocurrido en el intento de tenerlo como compañero de vida monástica en Anesis, primero aceptó, pero luego no residió nunca en aquella sede episcopal desolada y mortificante, y se quejó a Basilio de haber sufrido una presión demasiado fuerte ¹⁰.

Pero el desengaño más profundo y amargo lo tuvo Basilio en sus últimos años por el comportamiento claramente desleal y veleidoso de Eustacio, obispo de Sebaste, el hombre que lo había fascinado en su juventud y le había introducido en la vida monástica. Contaba con su apoyo leal: su sincera fidelidad a la amistad, que era un elevado aspecto de su ánimo, aquí le impidió sondear con realismo y destreza el ánimo del antiguo maestro.

Eustacio se había adherido a las declaraciones de fe nicena del Concilio de Ancira del 358, y de Constantinopla del 360, pero había expresado sus titubeos acerca de la divinidad del Espíritu Santo, y cada vez más se había ido arrimando a las posturas de los «pneumatómacos», que lo consideraban de naturaleza creada. Basilio creyó que tales dificultades podrían superarse fácilmente en un examen franco, preciso y cordial, y así

10. Sobre este episodio, véase el detallado estudio de S. GIET, *Sasimes. Une méprise de saint Basile*.

tener a Eustacio de su propio lado en el sostenimiento de Melecio, para arreglar el cisma de Antioquía. Pero se engañó sobre ambos puntos. En dos días de fatigosa reflexión, durante un encuentro en Sebaste, en junio del 372, Basilio tuvo la impresión de haber llegado al acuerdo sobre los puntos que atañían a la ortodoxia ¹¹.

Al año siguiente, en otro encuentro en Sebaste, Basilio consiguió que Eustacio suscribiese una profesión de fe que anatematizaba a quien declarase que el Espíritu Santo es una creatura ¹².

Pero, inesperadamente, Eustacio dio el vuelco. Falsificó la correspondencia entre Basilio y Apolinar de Laodicea, y le acusó de «triteísmo». De esta manera, Eustacio se revelaba, abiertamente desde ahora, como cabecilla de los pneumatómacos ¹³. Basilio, forzado a reconocer que la ruptura era definitiva ¹⁴, se defendió en la Homilía *Contra los que, calumniándonos, dicen que hemos dicho que hay tres dioses*. El entusiasmo por la vida religiosa había unido a los dos hombres, y ahora los separaba la diversa concepción del dogma.

Hacia amarguras mayores aún le condujo su empeño en recomponer el cisma de Antioquía. Tres obispos de fe nicena habían sido elegidos de una manera regular en la comunidad cristiana. Paulino, de la corriente antiguo-nicena, la más intransigente, había sido elegido por Lucífero de Cagliari y tenía el apoyo de Atanasio de Alejandría y del papa Dámaso; en Melecio, neo-niceno homeousiano, tenían puesta su mirada los obispos del área siro-palestinense; Euzoio, filoarriano y filo-

11. *Ep.* 99, 2.

12. *Ep.* 125.

13. *Ep.* 263.

14. *Ep.* 223.

imperial, detentaba los edificios eclesiásticos; Lucio era el obispo arriano.

Todo el Occidente se alineó con Atanasio, insigne y venerado obispo de Alejandría, y con Paulino ¹⁵, mientras que en Oriente se consolidaba más y más Melecio, signo de contraste entre los arrianos.

Basilio intentó reunir en Oriente a todos los antiarrianos, valorando las posturas no intransigentes, para despegar del arrianismo a todas las personalidades y ambientes que le fuera posible. Con este fin estableció una tupida red de relaciones. Busca el contacto con Atanasio, pero halla algunas dificultades; escribe directamente al papa Dámaso ¹⁶ rogándole que interviniera para recuperar la paz en la Iglesia de Oriente y remediar el deplorable desorden que amenaza con resquebrajarla bajo la presión aplastante del arrianismo y el escándalo de las corrientes contrapuestas y del cisma de Antioquía. Pero el Occidente está muy lejos de una comprensión justa y de una valoración de la situación de Oriente. Para el papa Dámaso, todo lo que no está estrictamente conforme con la fe nicena es arriano. No percibe los múltiples matices de las posturas ortodoxas que se habían formado en Oriente. Su temperamento autoritario choca con el temperamento vehemente de Basilio, en quien recaen, consecuentemente, incomprensiones y humillaciones acerbas. Se dirigió al hermano y colega más eminente para obtener una señal de aprobación que convalidase su obra, pero, a pesar de sus reiterados intentos, tratado como un subalter-

15. Por desgracia, Melecio no aceptó la invitación de Atanasio para un encuentro, quizás porque le atribuía alguna responsabilidad en los manejos de Lucífero. Cf. *Epp.* 89, 2; 214, 2; 258, 3.

16. Cf. *Ep.* 70.

no, recibe únicamente la invitación a atenerse al credo de Nicea.

En este clima conflictivo, que mucho le apenaba, Basilio compuso su tratado para defender al Espíritu Santo, inseparable del Padre y del Hijo, y digno de igual honor que el Padre y el Hijo, y para ilustrar su obra esencial en el alma del creyente.

Y no se cansó de insistir para lograr el apoyo occidental. Del año 376 es otra memorable carta a los obispos de Italia y de Galia, para que intervinieran ante Valentiniano ¹⁷.

Pero el Occidente no comprendía y –lo que es más grave– se desentendía y no aceptaba el comprobar con una delegación propia, como le había pedido insistentemente Basilio, en qué situación real se hallaba el Oriente. Además de las distancias, se interponía la dificultad debida a los conflictos temperamentales, a las influencias personales y a la especificidad de la terminología teológica: *hypóstasis* en Oriente significaba ya, casi generalmente, «persona», cuando en Occidente continuaba teniendo el significado etimológico: *substantia*, la misma acepción de *ousía*.

En Occidente, todo lo que no era absolutamente conforme con el credo de Nicea se consideraba arriano, sin más.

Por esta razón los obispos occidentales se alinearon siempre más a favor de Paulino; Melecio fue finalmente invitado sin rodeos a deponer la dignidad episcopal y a volver a la condición de simple presbítero bajo Eustacio, señal manifiesta de la carencia de una visión clara y exacta de la situación.

17. Cf. *Ep.* 243, 2-5. En ella se lee una conmovedora descripción de la persecución en curso, y del descarrío y desviación que produce la enseñanza herética, particularmente en los jóvenes.

Su acción política, llevada adelante con incansable tenacidad, incluso repitiéndose las amarguras y las desilusiones, al final de su pontificado parecía estar en quiebra. Sin embargo, estaba cerca el tiempo en que se manifestaría toda su importancia y su fecundidad, en el plano doctrinal y en el plano político.

A la cuestión trinitaria y pneumatológica, Basilio le había marcado una apertura que permitía ulteriores profundizaciones y adquisiciones.

Proponiendo una teología que respondía a las exigencias advertidas en Oriente y conforme, sin embargo, con la fe nicena, si bien distinta de la intransigencia profesada en Alejandría y en Roma, Basilio consiguió dar unidad y consistencia a la variada realidad de los neo-nicenos provenientes de las filas de los partidos homeousiano y homeo.

Esta «tercera vía» estaba a punto de afirmarse de manera definitiva en Oriente, cuando Valente ponía ya fin a la persecución y revocaba las condenas de destierro.

Basilio moría el 1 de enero del año 379. El amigo Gregorio Nacianceno y el hermano Gregorio Niseno escribieron sus primeros elogios: *In laudem Basilii*.

Su personalidad y su multiforme actividad se impusieron a la admiración de todos. Muy pronto se le dio el título de «Magno».

II. EL CLIMA Y EL AMBIENTE

1. OCASIÓN Y FECHA

El 5 ó el 7 de septiembre del 374, fiesta del aniversario del martirio del veneradísimo santo local Eupsi-

quío y de sus compañeros ¹⁸, Basilio presidía una solemne liturgia, concelebrada con los corepiscopos de su provincia. En el silencio del pueblo, que participa multitudinariamente en la celebración, se alza la voz del obispo para entonar la glorificación de la Trinidad, primero según la fórmula tradicional: «Gloria al Padre por medio del (*dià*) Hijo en el (*en*) Espíritu Santo», y luego con una variación que él introduce: «Gloria al Padre junto con (*metà*) el Hijo, con (*syn*) el Espíritu Santo».

La cosa no pasó inadvertida. Insignificante de por sí, suscitó quejas en el ambiente enardecido de la disputa sobre la consubstancialidad trinitaria. Algunos de los presentes acusaron a Basilio de emplear «vocablos extraños y a la vez mutuamente contradictorios» ¹⁹. El eco llegó también a oídos de Anfiloquio, que desde Iconio le escribió para pedirle una enseñanza clara y definitiva.

El tratado se presenta así como una respuesta al discípulo y amigo que, a diferencia de todos los que le asaltaban adelantando preguntas insidiosas, para ponerlo a prueba y pillarlo en falta, le propone su pregunta con ánimo sincero y con el solo fin de ahondar en la verdad.

Le mueve el intento de explicar el valor y las relaciones que, en la doxología, se dan entre las preposiciones «en» y «con». La cuestión de las «sílabas», esto es, de las funciones de estas preposiciones, la afronta él convencido de que servir a la precisión del lenguaje

18. Eupsiquio o Eupsique, presbítero contemporáneo de Basilio, murió bajo la persecución de Juliano. Para más rica información, véase M. GIRARDI, *Basilio di Cesarea e il culto dei martiri...*, pp.153 n. 6; 179-180 y *passim*.

19. Cf. I 3.

teológico es ya una manera de servir al conocimiento de la verdad de la fe y a su profundización. Por más que pueda parecer sutil y de poca importancia, afecta, empero, a la realidad significada: «en los pequeños vocablos el conflicto es máximo» ²⁰. De hecho está en juego la consubstancialidad de la naturaleza divina del Espíritu Santo. Los adversarios, realmente, en su disputa «no están tratando ni de sílabas ni de tales o cuales sonidos, sino de cosas que tienen gran diferencia de significado y de realidad. Por esta razón, aunque el uso de las sílabas es indiferente, esa gente se empeña en que la Iglesia acepte unas y expulse otras» ²¹.

Basilio, pues, comenzó a componer el tratado después de la fiesta de San Eupsiquio, ya en el otoño del 374. Se interrumpe por un viaje al Ponto ²². A fines del 375, el tratado estaba ya terminado ²³, fruto de una maduración de importantes temas doctrinales, acaecida lentamente en los años precedentes.

El tratado, sometido primero a la aprobación de los obispos de la provincia, y copiado luego en pergaminos, debió de llegar a Anfiloquio a fines del 376.

2. EL PUNTO SOBRE LA CUESTIÓN PNEUMATOLÓGICA

En Occidente, en el clima de la polémica antignóstica y antimontanista, la pneumatología se había ya abierto camino por obra de Atenágoras, de Hipólito y

20. Cf. I 2.

21. Cf. XXV, 59.

22. *Ep.* 217, comienzo. La interrupción determinó, con bastante probabilidad, la diferencia de tono y de estilo y el ritmo más acelerado que se advierte en la segunda parte.

23. *Ep.* 231, fin.

particularmente de Tertuliano y Orígenes. En Oriente, sin embargo, estaba en su verdadero y propio comienzo. En aquellos años se andaba formando el partido de los pneumatómacos (=adversarios del Espíritu) y los grupos más decididos a negar la divinidad del Espíritu Santo ²⁴. Comenzó entonces a emerger de la polivalencia del término griego *pneuma* —que indicaba genéricamente el espíritu humano, angélico y divino, entendido como naturaleza y esencia de Dios— también la designación específica del Espíritu que, junto con el Padre y el Hijo, se mencionaba en la fórmula bautismal y en la profesión de fe, y así, gradualmente, se fue abriendo camino también la idea del Espíritu en cuanto Persona de la Trinidad divina, percibida incluso como don divino que obra en la comunidad humana, inspira la Sagrada Escritura y santifica a los creyentes.

La disputa pneumatológica de que se trata maduró como una secuela de la ya pluridecenal polémica sobre el *homoousios*, el término introducido en el símbolo de Nicea para definir la igualdad de esencia y naturaleza del Hijo y del Padre.

Numerosas y diferentes fueron las posturas tomadas.

La aceptación o el rechazo del término *homoousios* se convirtió en distintivo entre la ortodoxia y la heterodoxia. Arrio, exagerando el subordinacionismo de Orígenes hasta hacer del Hijo una creatura y disolver la Trinidad, lo rechazó. Sus secuaces fueron más moderados, hasta Aecio y su discípulo el capadocio Eunomio, que retomaron los principios de manera más rigurosa, dando vida a la corriente de los anomeos (de

24. Las fuentes hablan también de los «trópicos» y de los macedonianos, que a veces confunden y a veces distinguen, cf. M. SIMONETTI, *La crisi Ariana...*, pp. 364 ss. y 481.

anómoios = desemejante), los arrianos radicales de la tercera generación. En cuanto «engendrado», el Hijo es inferior y diferente del Padre en cuanto a la esencia; solamente le es semejante en cuanto a la operación y a la voluntad, y le es inferior en todas las perfecciones, que recibe del Padre, su causa única y suprema. Por eso, para Eunomio, el Espíritu Santo no podía tampoco ser más que una creatura creada por el Hijo, siendo tercero, ya por naturaleza, ya por orden: «Uno solo es el Espíritu Santo, la primera y la mayor de todas las cosas hechas por el Hijo, por mandato del Padre, creado por la actividad y por el poder del Hijo», escribe al concluir su *Apología* ²⁵.

También entre los ortodoxos, que aceptan el *homousios*, el esfuerzo por profundizar en la naturaleza de la relación existente entre el Padre y el Hijo determinó posturas diversas.

Más importantes fueron las agrupaciones de los homousianos, que aceptaban *in toto* y sin reservas el *homousios*, y de los homeousianos, llamados también impropriamente semiarrianos. Estos, aun aceptando la misma substancia (*ousía*) del Padre y del Hijo, realzaban a la vez la «semejanza» de las «hipóstasis» o personas, que permitía distinguir sus diversas propiedades.

Los más eminentes representantes de los homousianos fueron Atanasio, Mario Victorino e Hilario. Atanasio insistió sobre la unidad de la Trinidad y sobre la absoluta igualdad del Padre y del Hijo. Admitía, sin embargo, que difiere del Padre por la generación, que en Dios se da de un modo propio de la naturaleza divina. Atanasio afrontaba el problema específico del Espíritu Santo en sus *Cartas a Serapión*: la Trinidad es

25. Cf. *Apología* 28.

un solo Dios, cuya eterna y divina unidad está articulada en tres dimensiones que subsisten distintas. Su clara toma de posición bien se diferenciaba de la visión sabeliana. Durante largo tiempo fue el punto de referencia seguro de la reflexión teológica oriental.

Mario Victorino siguió siendo un escritor aislado. Acentuó de modo original la concepción unitaria de la Trinidad como la de un «Deus tripotens (*tridynamos*) tres potentias couniens esse, vivere, intelligere», hallazgos fecundos que desarrollaría más tarde San Agustín.

Hilario, en su amplio tratado *De Trinitate*, habló del Espíritu Santo como del don santificante que, según Jn 15, 26 y 16, 15, «procede del Padre» y «recibe de Cristo», anticipando la doctrina de la doble procesión del Espíritu Santo, de la naturaleza del Padre y del Hijo, preludiando así, él también, a San Agustín.

En Asia Menor, se había configurado un grupo de secuaces de Eusebio de Nicomedia, empeñado en repensar las doctrinas trinitarias, alejándose cada vez más de las tesis de Arrio. En este ambiente fue bastante fuerte la reacción al radicalismo de los anomeos, por iniciativa de Jorge de Laodicea y de Basilio de Ancira. Incluso en esta toma de posición no dejaron de hacer sentir su peso las rivalidades y celotipias personales; sin embargo, prevaleció el interés doctrinal y la preocupación de contener los efectos devastadores que brotaban del rechazo del *homoousion*.

Estos tomaban debidamente sus distancias, tanto del monarquianismo de Sabelio y de Marcelo, como del arrianismo, y afirmaban la plena divinidad de Cristo, llegando a definir claramente su condición de Hijo de Dios distinto del Padre. En vez del *homoousion* niceño que, según ellos, daba ocasión a las interpretaciones sabeliana o monarquiana (*monè arché*) o modalista, que aniquilaba la persona del Hijo, se servían, para distin-

guirlo del Padre, de *homoios* y de la expresión *hómoios kat' ousían*: semejante en la esencia. De aquí el nombre de homeoousianos.

También precisaron el significado todavía fluctuante de *ousía* y de *hypóstasis* en el lenguaje trinitario. Una sola es la divinidad, uno solo el poder regio, uno solo el principio (*mía theótes, mía basileía, mía arché*), que subsiste en tres Personas que, por sus propiedades específicas, no se identifican: el Padre es el no engendrado, el Hijo es el engendrado, coeterno con el Padre, y el Espíritu Santo subsiste del Padre por medio del Hijo (*ek patròs di' union*).

La generación del Hijo era el punto central de la teología homeoousiana. Real, pero inefable, diversa de la humana y corpórea, establece al Padre y al Hijo en una relación recíproca y coeterna.

La teología homeoousiana tuvo históricamente el mérito de ocupar una posición de centro entre la herejía monarquiana y la herejía arriana, y el de reconducir la discusión a sus fuentes bíblicas, separándola de la dialéctica elaborada por la filosofía griega a la que, por su parte, recurrían como instrumento fundamental los anomeos.

Fue en el seno de los ambientes homeoousianos de las regiones próximas a Constantinopla y ligadas a Macedonio, donde, hacia el año 360, adquirió consistencia la polémica sobre el Espíritu Santo.

Los problemas debatidos tenían relación con:

- 1) la divinidad del Espíritu Santo y su consubstantialidad con el Padre y con el Hijo;
- 2) su origen y su relación con el Padre y con el Hijo.

Para los macedonianos, puesto que la Sagrada Escritura nunca afirma que el Espíritu Santo sea Dios, y él es distinto del Padre y del Hijo, la consecuencia

es que no se le debe considerar ni se le debe adorar como tal.

Así, aunque se admita que el Espíritu Santo es un espíritu «divino», se objeta toscamente que, si deriva del Padre, es hermano de Cristo; si deriva del Hijo, es hijo del Hijo, y por tanto es inferior al Padre y al Hijo, y no se le puede «connumerar» con el Padre y el Hijo, sino que se le debe «subnumerar». De ahí deducen todavía que el Espíritu Santo es una creatura, aunque sea la más excelsa, suscitada por el Padre por medio del Hijo. Los matices eran innumerables.

Eustacio de Sebaste no llegaba a afirmar que el Espíritu Santo es una creatura; otros pensaban en una «energía» divina, otros en una creatura angélica, en un intermediario entre Dios y los ángeles. Además, si el Espíritu Santo no es Dios, tampoco puede ser partícipe de la acción divina de modo directo.

Así los arrianos ponían al Espíritu Santo en relación de subordinación respecto del Hijo, como habían subordinado el Hijo al Padre.

El primero en reaccionar fue Atanasio, en sus *Cartas a Serapión*, afirmando la plena divinidad del Espíritu Santo y su plena igualdad con el Padre y con el Hijo. Le siguieron luego Dídimo y Basilio, con sus tratados del mismo título: *Sobre el Espíritu Santo*.

La polémica, además de los éxitos positivos de la profundización doctrinal, tuvo el mérito de poner a punto el método de la investigación: una exploración de la Escritura –que no habla explícitamente de la divinidad del Espíritu Santo– para evidenciar todas las expresiones referentes, explícita o implícitamente, al Espíritu Santo, y aislar y descartar las demás.

Es lo que hace Basilio, que examina así, largamente y bajo todos los aspectos, el uso y las funciones que en la Sagrada Escritura tienen las diversas preposicio-

nes de la doxología litúrgica. De esta manera llega a afirmar que el uso indiferente que de ellas se hace en la Escritura en relación con las Personas divinas, obliga a excluir que el Espíritu Santo deba ser considerado como inferior al Padre y al Hijo. A causa de tal uso indiferente, el Espíritu Santo incluso aparece en la Sagrada Escritura íntima e inquebrantablemente asociado a las operaciones del Padre y del Hijo.

El debate de estos arduos problemas, en los que se empleó con esfuerzo extremo la mente de estos escritores geniales, no quedó –como pudiéramos creer– en el ámbito cerrado de los especialistas. Más bien suscitaba la viva participación del pueblo.

Gregorio Nacianceno nos hace percibir su eco: «En Constantinopla, si entrabas en una tahona para comprar un pan, el panadero, en vez de deciros el precio, se ponía a argumentar que el Padre es mayor que el Hijo; el cambista discutía del Engendrado y del Eterno, en vez de contarte el dinero; y si querías tomar un baño, ¡el bañero te aseguraba que el Hijo procede de la nada!».

Por otra parte, la disputa teológica se complicaba gravemente por las interferencias y las presiones políticas que se ejercían sobre los sínodos y los concilios. Eran frecuentes los destierros impuestos a los obispos ortodoxos, la confiscación de los bienes eclesiásticos, que luego se cedían a la parte arriana, las extorsiones y las vejaciones fiscales padecidas por los fieles.

Se añadían las rivalidades y las celotipias que agriaban las relaciones entre los mismos exponentes del mundo ortodoxo y que tanto abatían el ánimo de Basilio. Lo primero de todo, la incompreensión del obispo de Roma y de los obispos occidentales, debida en gran parte, como ya se ha dicho, a la misma dificultad de entender la distinción entre *ousía* y *hypóstasis*, que

constituía una de las adquisiciones más importantes del movimiento homeoousiano, al que Basilio sostenía como el único modo válido para evitar la resquebrajadura.

De la visión de esta situación de la Iglesia de Oriente le venía aquel angustioso y opresor sentido de una inminente e inevitable ruina, que a menudo expresa con la imagen de un amenazador naufragio ²⁶.

En el último capítulo del tratado, vuelve a describir la trágica situación de su Iglesia como la de una indómita tempestad que no da treguas para las defensas ni deja recurrir a los abrigos, y confunde a las naves y a los adversarios en choques y colisiones irremediables, a lo cual se añade la manía de gloria y la lucha por la primacía: «... Luego, al encontrarse en un punto los vientos de todas partes, toda la flota entrechoca luchando, y de los hombres que están en línea de batalla, unos, cometiendo traición, se pasan al enemigo en medio de la lucha, y los otros se ven en la necesidad de, al mismo tiempo, repeler los navíos que por el viento los abordan, hacer frente a los asaltantes... Añade también a esto cierta irremediable enfermedad, la locura de gloria: cuando ya la nave está hundiéndose en el

26. Cf. *Ep.* 90, 1: *A los santísimos hermanos los obispos de Occidente*, del año 372: «Todo aquí es sufrimiento, hermanos veneradísimos, y la Iglesia cede ante los continuos asaltos del enemigo, como un navío en medio del mar azotado por las olas que se van sucediendo, a menos que nos llegue pronto una visita de la bondad del Señor»; *Ep.* 91: *A Valeriano, obispo de Iliria*, del mismo año 372: «Y que el Dios santo ordene este viento y esta mar, de modo que se nos libre de las olas agitadas y embravecidas en que ahora nos hallamos, en la espera siempre de un completo naufragio»; *Ep.* 92, 3: *A los Italianos y a los Galos*, también del 372: «Antes que llegue para la Iglesia un completo naufragio, apresurados a venir a nosotros».

abismo, los marineros siguen sin abandonar la mutua lucha por los primeros puestos» ²⁷.

3. LA PROGRESIVA PREPARACIÓN DE BASILIO

Basilio había tenido que ocuparse de las tomas de postura de los pneumatómacos en varias ocasiones. Con más amplitud e intensidad en Sebaste, en los dos encuentros con Eustacio, en junio del 372, y de nuevo en el 373. Además, en tres cartas contemporáneas, se resaltan algunos puntos focales de su reflexión sobre el Espíritu Santo. Son: la carta 105, del 372, dirigida a las diaconisas hijas del ministro Terencio; la 125, del 373, que contiene el texto de la profesión de fe de Nicea, a la que hace seguir sus reflexiones de profundización sobre el Espíritu Santo propuestas por Basilio a Eustacio y firmadas por los dos; la 159, del 373 o quizás ya del 374, el mismo año del tratado *Sobre el Espíritu Santo*, dirigida a Eupaterio y a su hija; en esta carta, Basilio expresa ya como en síntesis (*hosper en kephalaio*) su pensamiento.

La atención de Basilio se polariza con clara insistencia en torno a algunos temas recurrentes que emparejan los soportes de su pensamiento pneumatológico y que luego vuelven en el tratado:

1) La exigencia cristológica, más concretamente de la consubstancialidad del Hijo con el Padre, como punto de partida y de enganche para tratar de la igual divinidad del Espíritu Santo ²⁸.

27. Cf. XXX, 76.

28. *Ep.* 105: «El Hijo, imagen viviente, que muestra en sí mismo al Padre todo entero»; *Ep.* 125, 2: «La Iglesia católica y apostólica anatematiza a los que dicen... el Hijo de Dios... es de otra esencia»;

2) Existe una estrecha conexión entre bautismo, fe y glorificación ²⁹.

3) El Espíritu Santo, unido al Padre y al Hijo en todo, no es ajeno a su divinidad ³⁰.

4) Que el Espíritu Santo sea una creatura es la imperdonable blasfemia contra el Espíritu Santo ³¹.

5) La creatura está condicionada; el Espíritu es libre y liberador ³².

Ep. 159: «El Hijo es consubstancial al Padre y de la misma naturaleza del que le ha engendrado...». En el tratado *Sobre el Espíritu Santo*, se dedica a este tema toda la sección constituida por los capítulos VI-VIII.

29. La afirmación la hace enérgicamente en la *Ep. 125* y en la *159*, 2, y la retoma y la ilustra ampliamente como el fundamento esencial e inderogable de la vida cristiana, en el tratado *Sobre el Espíritu Santo* X-XV, en particular en el XIII.

30. *Ep. 105*: «Está unido al Padre en todo, en gloria y en eternidad, en potencia y realeza, en soberanía y divinidad, según atestigua la tradición del bautismo de salvación»; *Ep. 125*, 3: «Que se golpee con anatema... a los que lo excluyen de la naturaleza divina y bienaventurada»; *Ep. 159*: «No es ajeno a la naturaleza divina. Efectivamente, lo que es ajeno según la naturaleza, no podría participar de los mismos honores». Cf. *Sobre el Espíritu Santo* XIII, 30.

31. *Ep. 105*: «Los que llaman creatura al Espíritu o al Hijo, o lo relegan al rango de los servidores o de los esclavos, están muy lejos de la verdad»; *Ep. 125*, 3: «Prueba de recta opinión es... alejarse de la comunión de quienes dicen que el Espíritu Santo es una creatura, como de gente notoriamente blasfema»; *Ep. 159*, 2: «Los que dicen que el Espíritu Santo es una creatura... caen en el irremisible pecado contra el Espíritu. La creatura es distinta de la divinidad...». En el tratado *Sobre el Espíritu Santo*, Basilio se explica sobre el argumento en los capítulos XIII-XV, enteros, y todavía vuelve más particularmente en el c. XIX, 50.

32. *Ep. 159*, 2: «La creatura sirve, el Espíritu libera...»; Cf. *Sobre el Espíritu Santo* IX, XIII, XV, XIX.

6) El Espíritu Santo da la vida, la santidad, la adopción filial, la perfección ³³.

7) El Espíritu Santo enseña la verdad de Dios ³⁴.

8) El Espíritu Santo posee la santidad por naturaleza y hace partícipes de ella a las creaturas ³⁵.

9) Por la propia santidad, el Espíritu Santo es inseparable del Padre y del Hijo ³⁶.

10) El Espíritu Santo procede del Padre ³⁷.

En la mente de Basilio estaba ciertamente ya delineado al menos el núcleo central y algunas líneas importantes para la composición del tratado *Sobre el Espíritu Santo*. Incluso tenía ya en su ánimo la idea de profundizar y desarrollar más la reflexión sobre el Espíritu Santo fundándose sobre todo en la palabra de la Sagrada Escritura, solicitado por la exigencia pastoral y

33. *Ep.* 105: «El Espíritu Santo... fuente de la santidad, potencia creadora de vida, gracia perfeccionante, por quien el hombre es adoptado como hijo, y por quien se hace inmortal lo que es mortal...»; *Ep.* 159, 2: «La creatura tiene necesidad de la vida, el Espíritu vivifica...». Cf. *Sobre el Espíritu Santo* XVI, XIX.

34. *Ep.* 159, 2: «La creatura necesita que la enseñen, el Espíritu es el que enseña...». Cf. *Sobre el Espíritu Santo* IX, 22-23.

35. *Ep.* 125, 3: «El Espíritu Santo es santo por naturaleza»; *Ep.* 159: «La creatura es santificada, el Espíritu es quien la santifica... Las creaturas reciben del Espíritu su santificación, en cambio el Espíritu posee una santidad natural que no ha recibido por gracia, sino que es parte de su esencia. Por eso le compete especialmente el título de Santo»; cf. *Sobre el Espíritu Santo* IX, XVI, XIX.

36. *Ep.* 125, 3: «El Espíritu Santo es santo por naturaleza, como por naturaleza es santo el Padre, y por naturaleza es santo el Hijo»; *Ep.* 159, 2: «No podemos aceptar que sea separado y desgajado de la santa y bienaventurada Trinidad»; cf. *Sobre el Espíritu Santo* XVII-XVIII; cf. XXIV-XXV.

37. *Ep.* 105: «Trae su existencia de Dios»; *Ep.* 125, 3: «El Espíritu de la verdad procede del Padre»; cf. *Sobre el Espíritu Santo* XVIII, 46.

atraído por la profundidad de esta doctrina de la fe, que admite un conocimiento cada vez más completo³⁸.

La petición del amigo y discípulo Anfiloquio no lo pilló de sorpresa, le llegó como la última solicitud para que hiciera realidad su deseo.

III. LAS FUENTES Y LA ESTRUCTURA DEL TRATADO

1. ESCRITURA Y TRADICIÓN: LOS CRITERIOS EXEGÉTICOS

Basilio efectuó plenamente su propósito de ahondar la reflexión sobre el Espíritu Santo fundándose más exhaustivamente sobre la Escritura y sobre la tradición: las fuentes primarias e imprescindibles de la reflexión teológica. Una y otra patrimonio y expresión de la fe de la comunidad, que es su depositaria, su recta interpretación se prueba y se convalida en su acuerdo recíproco.

Recurre a la Sagrada Escritura de modo constante y poco menos que exhaustivo: es difícil hallar un pasaje bíblico referente al Espíritu que no esté citado en este tratado.

No menos de 460 son los pasajes citados de casi todos los libros bíblicos, a veces a la letra, a veces de memoria, con un total de 654 versículos, excluyendo sus muy frecuentes repeticiones³⁹.

38. *Epp.* 105 y 159, 2; cf. *Sobre el Espíritu Santo* XXX.

39. Del Antiguo Testamento, los más frecuentemente citados, en orden decreciente, son: Salmos, Génesis, Exodo, Números, Deuteronomio, Isaías, Job, Daniel en la traducción de los LXX. Del Nuevo Testamento, Basilio cita más frecuentemente el Evangelio

Estas comprobaciones numéricas manifiestan cuán substancialmente el tratado depende del lenguaje y del pensamiento bíblicos.

Sin embargo, la tradición (*parádosis*) no tiene menor peso, bien como fuente, bien como término de referencia y de comprobación de la misma interpretación de la Escritura ⁴⁰.

En el tratado significa, tanto la acción de transmitir⁴¹, como lo que se transmite: la tradición apostólica, que es la tradición por excelencia de la fe de la Iglesia⁴².

Pero comprende también todas las formas, los ritos y sus gestos simbólicos, los usos en los que se expresa algo que tenga relación con los contenidos de la fe.

Por eso la tradición tiene el mismo valor esencial que la Escritura: «Si intentásemos apartar las costumbres no escritas pensando que no tienen gran fuerza,

de Juan (especialmente los cc. 1, 5 y 10, y en particular el 14), de Mateo y de Lucas; los Hechos y las Cartas de Pablo, especialmente 1 Co 12, sobre los carismas, y 2 Co; Gálatas 4, en razón de la filiación divina realizada por el Espíritu Santo; Efesios, Filipenses, Colosenses, Hebreos sirviéndose de un texto griego de la *koiné* bizantina. Cf. J. GRIBOMONT, *Le paulinisme de Saint Basile*, en *Studiorum Paulinorum Congressus Internationalis catholicus 1961*, Roma 1963 (Analecta Biblica 17-18) vol. II, pp. 481-490.

40. En el c. IX, 22 declara: «Pero exponamos ya también nuestras nociones comunes acerca del Espíritu: las que acerca de él hemos ido recogiendo de las Escrituras y las que hemos recibido de la tradición no escrita de los Padres».

41. Por ejemplo: «La tradición no escrita de los Padres», cf. n. anterior y XXIX, 71; «la tradición del bautismo», X, 26; «la tradición de la doxología», XXIX, 74; «la tradición del conocimiento de Dios», XV, 35; las fórmulas de la profesión de fe y de la doxología bautismal: «Es necesario que siempre permanezca inviolable la tradición dada en la gracia santificante», X, 26 y XII, 28.

42. XXVII, 66 com.; XXIX, 73 y XXX, 77.

sin darnos cuenta perjudicaríamos al Evangelio hasta en sus mismas partes vitales, es más, cambiaríamos la proclamación en un mero nombre» ⁴³.

Por su parte, los pneumatómacos, como una «masa belicosa –como los llama Basilio ⁴⁴– guerreaban contra las Escrituras» con su tecnología que, en la exégesis, aplica los sofismas de un nominalismo inadecuado y un literalismo que impide recoger el verdadero significado del texto sagrado ⁴⁵. Además, rechazando el testimonio no escrito, disociaban la Escritura de la tradición, atentando gravemente contra la integridad de la fe ⁴⁶.

43. XXVII, 66 com.; Basilio apela al significado de muchos ritos: «¿Quién ha enseñado por escrito a sellar con la marca de la cruz a los que esperan en el nombre de nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué escrito nos ha enseñado a volvernos hacia Oriente en la oración? Las palabras de la epiclesis (=la oración de invocación al Espíritu Santo) en el momento de consagrar el pan de la Eucaristía y el cáliz de la Bendición, ¿qué santo nos lo ha dejado escrito? Desde luego no nos contentamos con las palabras que nos mencionan el Apóstol o el Evangelio, sino que anteponeamos y añadimos otras pensando que tienen gran fuerza en orden al misterio, y las tomamos de la enseñanza no escrita... Por esta causa todos miramos hacia Oriente cuando oramos, pero pocos sabemos que estamos buscando la antigua patria: el paraíso que Dios plantó en Edén, hacia Oriente (cf. Gn 2, 8). De pie efectuamos nuestras oraciones el primer día tras el sábado (=el domingo, día que recuerda la resurrección del Señor), pero no todos sabemos la razón. Efectivamente, no sólo por haber resucitado con Cristo y deber buscar las cosas de arriba (Col 3, 1), el día de la resurrección nos acordamos de la gracia que se nos ha dado, mediante la oración puestos de pie, sino porque de alguna manera nos parece ser imagen del siglo que esperamos».

44. XXIX, 75

45. VI, 15.

46. X, 25: «Pero es la fe lo que se ataca, y el objetivo común de todos los adversarios y enemigos de la doctrina salvífica es derribar el pilar de la fe en Cristo eliminando, por asolamiento, la

Además, en las prefiguraciones y en los «tipos» veterotestamentarios, ellos ven los signos de la salvación ya plenamente en acto, y minimizan la importancia de la revelación de Cristo, en lugar de ver en aquellos el comienzo y la anticipación, y en ésta la plenitud del cumplimiento ⁴⁷.

Así es como llegan hasta la extrema consecuencia de la postura que han tomado: puesto que el Espíritu Santo obra solamente como una creatura intermediaria entre Dios y el hombre, en el sacramento del bautismo no actúa absolutamente nada divino. El bautismo no es más que un rito que, según una analogía puramente natural, rememora cuanto ya ha sucedido en casos narrados por el Antiguo Testamento ⁴⁸.

Para Basilio, en cambio, la verdad de fe se halla en la Escritura y en la tradición. A veces la tradición puede

tradición apostólica. Por esta razón, como deudores de buena fe, se socorren con las pruebas tomadas de las Escrituras, rechazando como algo sin importancia alguna el testimonio no escrito de los Padres».

47. Véase entero el c. XIV, 36.

48. Basilio refiere las afirmaciones minimizantes de estos herejes que, con un vuelco descendente de las prefiguraciones, reducen el bautismo a mero recuerdo de un episodio antiguo, a una reevocación simbólica de un acontecimiento ritual del pasado, al que no va unida la novedad ni la plenitud de una mayor manifestación de la acción divina con miras a la divinización del hombre: «Pero es que -dicen- aun cuando fuéramos bautizados en el Espíritu, ni siquiera así sería justo equipararlo con Dios, pues, efectivamente, también *algunos fueron bautizados en Moisés, en la nube y en el mar* (1 Co 10, 2)». Igualmente se reconoce que se ha tenido fe ya en los hombres: *Creó el pueblo a Dios y a Moisés su siervo* (Ex 14, 31). ¿Por qué entonces -dice- enalteces y magnificas tanto al Espíritu Santo partiendo de la fe y el bautismo, siendo así que las mismas cosas están atestiguadas ya respecto de los hombres?» (XIV, 31).

ser la fuente única, como en el caso de la profesión de fe bautismal con la preposición «con» (*syn*)⁴⁹.

La tradición de los Padres, sin embargo, debe estar en conformidad con la Escritura⁵⁰, y la Escritura se interpreta mejor de acuerdo con la tradición, que dé la garantía de una autoridad indiscutida.

Precisamente el bautismo presenta el nudo ejemplar de la irrompible unidad de la Escritura y la tradición en la fórmula bautismal de Mt 28, 19, y en las fórmulas de la profesión de fe y de la doxología. Por eso estos tres textos se convierten en terreno experimental de su principio exegetico, que intenta explicar y convalidar recíprocamente a la Escritura y la tradición⁵¹.

Según la fe de la Iglesia, el cristiano recibe el don de la adopción filial y es «deificado» en el bautismo, y puesto que el Espíritu Santo es quien libera, santifica y deifica, aparece evidente que el texto de Mt y el de las fórmulas de profesión de fe y de la doxología son equivalentes.

49. XVII, 67.

50. VII, 16: «Por nuestra parte, nosotros decimos precisamente lo que decían nuestros Padres: la gloria es común al Padre y al Hijo, por lo que presentamos al Padre la doxología *con* el Hijo. Pero a nosotros no nos basta que esta sea la tradición de los Padres, ya que también ellos se dejan guiar por la voluntad de la Escritura al tomar los principios de los mismos testimonios que hace muy poco os estábamos citando a vosotros». Sobre la veneración de Basilio por la tradición de los Padres, véase la *Ep.* 140, 2, donde se trata de la profesión de fe de los Padres reunidos en Nicea: «Nosotros rehusamos aceptar una más reciente profesión de fe que otros habían escrito para nosotros; ni siquiera nos atrevemos a divulgar el producto de nuestro pensamiento, por miedo a hacer humanas las palabras de la piedad; pero, a los que nos preguntan, les enseñamos lo que nos han enseñado a nosotros los santos Padres».

51. Véase en particular X, 24, 25, 26; XII, 28; XVII, 67, 68; XXIX, 75.

Solamente por ideas preconcebidas y desorientadoras los pneumatómacos, que se valen de una lectura parcial del texto sagrado y desgajada del depósito de fe guardado y transmitido por la Iglesia, pueden sostener lo contrario y presumir de afirmar que el Espíritu Santo no está «co-ordinado» con el Padre y el Hijo, no es inseparable de ellos y no es digno de la misma adoración y de la misma glorificación ⁵².

En la polémica con los pneumatómacos alcanza una precisa puesta a punto de sus mismos criterios exegéticos.

Ante todo, extiende el número de los testimonios de la Escritura sobre los cuales puede basar sus propias afirmaciones ⁵³. Precisa cómo se debe hacer una correcta lectura del texto. Considera fundamental el sentido literal de una palabra o de una expresión bíblica, que debe determinarse y verificarse en el contexto del uso litúrgico bíblico y del significado global del texto sagrado. Debe además convalidarse confrontándolo y concordándolo con la tradición de los Padres.

Finalmente, defiende la interpretación tipológica como anticipación real de la plenitud del don de la vida divina por medio de Cristo en el Espíritu Santo, y como preparación gradual para la misma, actuada por la divina pedagogía.

52. XIII, 29; XII, 28; IX, 22-23; XXIX, 71.

53. Basilio atribuye una gran importancia al mayor número posible de pruebas escriturísticas. Así, con motivo del mismo honor del Padre y del Hijo, admite con disgusto que sólo ha podido espigar unas pocas, y echando un vistazo de pasada a algunos testimonios, exhorta a Anfiloquio a ampliar y completar por su cuenta la búsqueda: «Tú, en cambio, si tienes tiempo de reunir pruebas, podrás contemplar la eminencia de la gloria y la sobreabundancia del poder del Unigénito», VI, 15.

2. LA ESTRUCTURA DEL TRATADO

Para determinar su riqueza y su densidad, en el tratado se entrelazan por lo menos tres líneas constantes, en correspondencia con los objetivos (*skopoi*) precisos del autor:

–la línea *polémica* de la refutación de los errores de los herejes;

–la línea *doctrinal*, que se expresa en el esfuerzo de la búsqueda, de la profundización y de la expresión exacta de la verdad;

–la línea *pastoral*, que mira a edificar a los fieles, iluminándolos y elevándolos a una clara conciencia de su vida cristiana: don del Espíritu que se realiza en el Espíritu.

Ante una primera y superficial lectura, la complejidad del tratado, el entrelazamiento de los temas analizados y el frecuente vaivén de las anticipaciones y de las reasunciones, pueden crear la impresión de un discurso apresurado o no dominado plenamente, con ese lío de repeticiones, y han constituido la dificultad que los estudiosos modernos han encontrado al intentar definir el plan conforme al cual se desarrolla el tratado.

Atraídos de vez en cuando por uno o por otro de sus componentes, han descubierto sus nexos de acuerdo con esta óptica preponderante ⁵⁴.

54. H. DOERRIES, *De Spiritu Sancto...* pp. 89-90 observa su carácter polémico y ve precisamente en los capítulos centrales del libro –del XII al XVII– el «protocolo» taquigráfico del encuentro de Sebaste en el cual se desarrollarían, con cierta analogía con el *Contra Eunomio*, las respuestas a 20 objeciones concretas de Eustacio; de ello habría hecho ahora Basilio el «corazón» del tratado. J. GRIBOMONT, *Eustace de Sebaste*, en *Dictionnaire de Spiritualité*, IV, 2 col. 1710; *Esprit Saint*, *ibid.* col. 1260, acepta la hipótesis, con la sola diferencia de que él piensa en una «recensión bastante fiel»;

A mí me parece poder indicar las correlaciones internas y delinear el progresivo desarrollo del tratado, según el esquema que propongo.

INTRODUCCIÓN (c. I)

Circunstancias y precedentes que han dado origen al tratado. Objetivos del autor.

A modo de proemio, Basilio alude a la circunstancia que ha provocado la pregunta de Anfiloquio. Al contrario de las preguntas de los herejes, propuestas como pretexto de polémica y de acusación, la de Anfiloquio es admirable y grata, porque está movida por un sincero amor a la verdad.

La disputa sobre el uso de las preposiciones, fútil en sí, tiene su utilidad en orden a la vocación del hombre de asemejarse a Dios (Gn 1, 26). La asimilación depende del conocimiento, y el conocimiento, de la enseñanza, que se sirve de la palabra (I, 2). La discusión sobre el uso de las preposiciones puede, por eso mismo, ser esencial y decisiva, como el granito de mostaza o la iota de la Ley.

Se vislumbra así la minuciosa sutileza que asumirá una parte del tratado, pero junto con ella toca directa-

S. GIET, *Compte rendu de Basile de Césarée. Traité du Saint-Esprit*: SC 17, en «Revue de Science Religieuse» 1948, p. 152, ha puesto en evidencia la importancia de la triple discusión del uso de las preposiciones, cada vez más rica y profunda, que desemboca en la demostración del igual honor (*homotimía*) del Espíritu Santo; E. CAVALCANTI, *L'esperienza di Dio nei Padri Greci*, pp. 51-59, ha puesto particularmente de relieve el recurso al tema del conocimiento de Dios como condición fundamental de la experiencia de Dios.

mente la vocación del hombre a conocer y asemejarse a Dios.

TRATADO (cc. II-XXIX)

I Parte (cc. II-VIII)

Sobre las fórmulas doxológicas: Basilio refuta el nominalismo anomeo como inadecuado y disconforme con el uso bíblico (II-V). La conglorificación del Hijo con el Padre (VI-VIII).

Según el sofisma de Aecio —el fundador de los anomeos— existe una perfecta correspondencia entre la naturaleza real de las cosas y el nombre que las designa. Por eso los pneumatómacos interpretan forzosamente 1 Co 8, 6: *Un solo Dios y Padre, del que todo proviene, y un solo Señor Jesucristo, por medio de quien todo existe*, como la revelación de la inmutable diferencia de naturaleza entre las tres Personas divinas, a las que, por tanto, corresponde diverso honor (c. II). También la terminología elaborada por los estoicos es inadecuada e injuriosa si se aplica rígidamente a las Personas divinas (c. III).

Basilio, más que la terminología filosófica, prefiere observar el uso bíblico de las fórmulas y atenerse a las indicaciones que de ahí emanan. Así puede demostrar que ese uso no es rígido ni constante, sino que se adapta a los diversos contextos. De hecho, las mismas fórmulas se hallan igualmente empleadas para el Padre, para el Hijo y para el Espíritu Santo.

Que 1 Co 8, 6 no expresa la diferencia de naturaleza, sino la inconfundible distinción de las Personas, lo prueba Rm 11, 36: *De él, por medio de él y en él son todas las cosas*, donde todas las fórmulas se emplean para el Hijo.

Así la intercambiabilidad de las fórmulas en el uso bíblico permite refutar la intransigencia de los herejes acerca del uso de las mismas, y afirmar, por contra, la identidad de esencia de las tres Personas (cc. IV-V).

En los cc. VI-VIII, que constituyen la sección cristológica del tratado, argumentando con pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, Basilio afirma que es conforme a la recta religión adorar y glorificar con el Padre al que le está unido por *naturaleza*, por *gloria* y por *dignidad*, desde el momento que él mismo avisa: *El que no honra al Hijo, tampoco honra al Padre* (Jn 15, 23) (VI, 15).

Basilio pone así como base de su trabajo un argumento sacado de la Escritura para demostrar que el Padre y el Hijo son de igual esencia, como son de igual poder (VIII, 19). Esta es la premisa importante para afrontar la misma demostración sobre el Espíritu Santo.

II Parte (cc. IX-XVI)

Las nociones comunes sobre el Espíritu Santo y la santificación de los creyentes (IX). El Espíritu es inseparable del Padre y del Hijo (cc. X-XV). La acción santificadora del Espíritu en la historia humana hasta el juicio universal, y en el cosmos mismo (XV-XVI).

El c. IX, puesto como bisagra entre la primera y la segunda parte del tratado, constituye la verdadera introducción a esta última. Pasando de afrontar más específicamente el argumento propio del tratado, Basilio expone las «nociones comunes» sacadas de la Escritura, particularmente del Evangelio de San Juan, y de la tradición⁵⁵. Al Espíritu se le llama «Espíritu de Dios»;

55. La relación entre filosofía, Escritura y tradición en las

«Espíritu de verdad que procede del Padre»; «Espíritu recto»; «Espíritu guía»; «Espíritu Santo».

Esta sección debe mucho a las refinadísimas intuiciones teológicas de Plotino, *Enéadas* V y VI, reasumidas aquí en forma sintética y extremadamente exquisita. Basilio alude además a temas nuevos: a la función santificadora del Espíritu que «deifica» al hombre asemejándolo a sí mediante la purificación y el conocimiento.

En el c. X se propone ya el tema de la inseparabilidad (connumeración) del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que será retomado y desarrollado en los cc. XVI-XVII.

La fórmula de la profesión de fe pronunciada en el momento del bautismo (Mt 28, 19) y la doxología o glorificación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo constituyen el don de luz en el que el cristiano es hecho hijo de Dios, y el compromiso de fidelidad a no renegar de las obras de salvación que realizan conjuntamente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Para Basilio, efectivamente, «igual es el daño: o marcharse sin participar del bautismo, o recibir uno al que falta algo de lo que viene de la tradición» (X, 26).

Vana es la fe que excluye al Espíritu Santo, pues solamente *en el Espíritu Santo* se puede creer en el Padre y en el Hijo, adorar e invocar al Padre (c. XI).

«nociones comunes» (*koinai énnōiai*) la examina M. GIRARDI, *Le «nozioni comuni» sullo Spirito Santo in Basilio Magno (De Spiritu Sancto, 9)*, que llega a esta definición: «Son verdaderamente *universales*, porque cada cristiano que ponga atención a su propia interioridad poco a poco se descubre partícipe e inserto, junto con muchos otros, en la *común experiencia* del Espíritu, que es fundamento y significado verdadero de las nociones basilianas», pp. 276-277.

En los cc. XII-XVI, Basilio demuestra que el Espíritu Santo obra en el bautismo inseparablemente del Padre y del Hijo, como atestigua la fórmula bautismal. En un claro paralelismo con los cc. VI-VIII, donde había afirmado que el Hijo es digno del mismo honor que el Padre, apoyándose en la doxología, ahora afirma la inseparabilidad de las tres Personas, por la unidad de su naturaleza divina. Por eso el Espíritu Santo es digno del mismo honor que el Padre y el Hijo.

Respondiendo a las objeciones de los pneumatómacos, esclarece el significado de las expresiones escriturísticas que asocian al Padre y al Hijo también las creaturas, tales como los ángeles (c. XIII), Moisés (c. XIV) o el agua (c. XV), sin que, por ello, se las ponga en el mismo plano que Dios ⁵⁶. Refuta así el error de quienes rebajaban al Espíritu Santo al rango de creatura.

El c. XV se cierra con una amplia visión del desplegarse de la obra santificadora del Espíritu Santo a lo largo de toda la historia de la salvación humana. La misma visión se amplía a los ángeles y se extiende hasta el juicio final. El Espíritu Santo vendrá, junto con Cristo, a juzgar a los ángeles, a los hombres, a la creación. Y de ese modo se manifestará a la par de Cristo por encima de todas las cosas (c. XVI).

III Parte (cc. XVII-XVIII)

La polémica sobre la subnumeración y connumeración del Espíritu Santo con el Padre y con el Hijo. La unicidad de Dios y la procesión del Espíritu Santo.

56. Objeciones parecidas a éstas aparecen también en un escrito pseudo-atanasiano, cf. E. CAVALCANTI, *Dialoghi contro i Macedoniani*, pp. 132 ss.

Basilio contraatacó la teoría de la *subnumeración* afirmada por los pneumatómacos, según la cual, segundo y tercero, en la Trinidad, expresaría inferioridad respecto del primero ⁵⁷.

Demuestra además que las tres Personas están coordinadas juntas (*connumeración*) en el acto del bautismo, y que el Espíritu Santo es *uno* con los otros dos. También esto manifiesta la comunión de naturaleza y la igualdad de honor. El Espíritu procede del Padre como substancia viviente y santificante de modo inefable: esto se indica de modo totalmente inadecuado cuando se dice, con la expresión antropomórfica del Salmo, que él es «el Soplo de su boca». Por eso el Espíritu Santo tiene una gloria íntima y, por así decirlo, «familiar» con las otras dos Personas (XVIII, 46). Y por eso nos da la capacidad de intuir al Modelo, al Padre, arquetipo y fuente de todo ser (XVIII, 47).

IV Parte (cc. XIX-XXIV)

El Espíritu Santo es Señor. Es igual al Padre y al Hijo en honor (homotimia). Es para nosotros el don que manifiesta la bondad de Dios.

En esta parte, Basilio trata de la gloria del Espíritu Santo. Ilustra y, a la vez, afronta las cuestiones inherentes a los nombres del Espíritu Santo, a sus propiedades y atribuciones, a sus dones y a sus operaciones.

Los *nombres* que la Escritura le atribuye en común con el Padre y el Hijo atestiguan la excelencia de su

57. Cf. VI, 13. Contra esta teoría, expresada por Eunomio, *Apología* 25 (PG 30, 861 B-D), Basilio disputa en el *Contra Eunomio* III 1-2 (PG 29, 653B-657B).

naturaleza y de su inaccesible potencia, y su íntima relación con el Padre y con el Hijo: «Dios es Espíritu», «Santo», «Rector» (*hegemonikón*), «Espíritu de verdad», «de Sabiduría», «Bueno», «Recto», «Paráclito». Sólo la esencia divina posee como connaturales y en grado sumo tales propiedades (XIX, 48, tema anticipado en IX, 22). Las operaciones que realiza en favor de la creación revelan que él es anterior a ella, que existía con el Padre y con el Hijo antes de los tiempos. La estabilidad de las potencias del cielo en el bien obrar y su permanencia en la beatitud, lo mismo que su intervención en toda la obra salvífica de Cristo, manifiestan su potencia divina absolutamente soberana (XIX, 49). El Espíritu revela así que «conoce las cosas de Dios» íntimamente, justo como «el espíritu del hombre conoce lo que hay en el hombre» (XIX, 50; cf. 1 Co 2, 11). Basilio concluye aquí el tema del conocimiento *ad intra* de las cosas de Dios, tocado ya en XVI, 40, en prueba de su inseparabilidad del Padre y del Hijo.

El Espíritu Santo está por encima de la creación, «partícipe de la realeza» (XX, 51) y es «Señor» (XXI, 52). La superioridad de su naturaleza se reconoce también en el hecho de que, lo mismo que al Padre y al Hijo, es difícil intuirlo en la contemplación (XXII, 53). Está en todas partes, y su naturaleza lo abraza todo (XXIII, 54); está unido a la divinidad en la confesión de fe, en el bautismo de nuestra redención, en la realización de los milagros, en la habitación de los santos, en la efusión de la gracia sobre quien la escucha y, por ello, también en la comunión de la gloria (XXIV, 55). Es «bueno por naturaleza, como bueno es el Padre y bueno el Hijo», mientras que la creación no es más que partícipe de la bondad en la elección del bien. El Espíritu conoce la profundidad de Dios y hace vivir en

comuni3n con 3l por su propio don; las creaturas reciben solamente las revelaciones de los misterios y la vida (XXIV, 56).

Se pone as3 de manifiesto que el Esp3ritu Santo es realmente Se3or, y no puede pertenecer al orden de la creaci3n. El es para nosotros el don de Dios por excelencia: don de vida, de fuerza, que manifiesta la misma bondad de Dios. 3nicamente en 3l tenemos voz de hijos para volvernos a Dios y llamarlo «¡Abba, Padre!» (XXIV, 57).

V Parte (cc. XXV-XXIX)

Equivalencia de las preposiciones «en» y «con». El Esp3ritu en el alma como «potencia» siempre presente; es el «lugar» de los santificados. La unidad del Esp3ritu con Cristo. El testimonio de los Padres.

Despu3s de este amplio examen, Basilio, con argumentos m3s v3lidos y numerosos, vuelve al problema inicial de la propiedad y aceptabilidad de la preposici3n «en» en la doxolog3a lit3rgica. Demuestra que esta preposici3n, en la Escritura, equivale a «con» (*syn*) y significa comuni3n incesante, eterna.

Se extiende ilustrando la presencia y la acci3n del Esp3ritu Santo en el cristiano, y explica porqu3 se puede decir que el Esp3ritu Santo es el *lugar* de los santificados y que los santos son el *lugar* del Esp3ritu Santo (XXVI, 62).

La tradici3n de la Iglesia, que se diferencia de la Escritura, las proclamaciones (*kerygmata*) y las doctrinas (*d3gmata*) tienen el mismo valor para la vida cristiana (XXVII).

Basilio, con un movimiento concluyente y circular, que regresa a los temas iniciales de la controversia y a

los objetivos que se proponía al comenzar el tratado, quiere así replicar vivamente que el uso de la preposición «con» está ampliamente atestiguado y autorizado por la tradición. Del testimonio de los Padres proporciona una amplia lista (XXVIII-XXIX).

CONCLUSIÓN (c. XXX)

La situación actual de las Iglesias.

Basilio concluye volviendo al punto de partida: el actual estado de turbación de las Iglesias. Es un motivo de exhortación. Aun cuando nadie se tome en serio y a pecho las razones de la fe y se esté rodeado por la «nube de los enemigos», siguiendo el ejemplo de los tres jóvenes de Babilonia, que entre las llamas continuaban alabando a Dios ellos solos, es necesario llevar a término la tarea que se nos ha confiado: servir la palabra que la tradición de los Padres ha conservado fielmente, y proclamar la Verdad con franca libertad.

El Señor otorgará que se complete, según el don de conocimiento dado por el Espíritu.

IV. LA TEOLOGÍA DEL ESPÍRITU SANTO

1. LA ESENCIA DIVINA DEL ESPÍRITU SANTO. LA IRROMPIBLE UNIDAD CON EL PADRE Y CON EL HIJO

Basilio toma el impulso de las «nociones comunes» expresadas por la Escritura y por la tradición, y que constituyen el patrimonio doctrinal de la Iglesia, para comprometerse luego en el intento de dar cuenta, incluso especulativamente, de lo que es objeto de fe.

En el calor de una intensísima elevación espiritual, conecta con las concepciones elaboradas racionalmente por la filosofía, con la mediación especial de Plotino, para afirmar la transcendencia divina de su naturaleza espiritual, inteligente, perfecta, plenamente soberana.

«¿Quién que haya oído los nombres del Espíritu no se eleva con el alma y no levanta su mente hacia la suprema naturaleza?... *Espíritu Santo* (Sal 50, 13) es su nombre propio y peculiar: es, ciertamente y sobre todo, el nombre de todo ser incorpóreo, puramente inmaterial y simple... Sino que, subiendo en sus nociones hasta lo más alto, necesariamente debe concebir una esencia inteligente, infinitamente poderosa, infinitamente grande, fuera de la medida del tiempo y de los siglos, y generosa de los bienes que posee. Hacia él se vuelve todo lo que tiene necesidad de santificación. Le desean todos los que viven según la virtud, como refrescados por su soplo y ayudados en orden a su propio fin natural»⁵⁸.

Su esencia simple e inmaterial no está circunscrita en el espacio ni en el tiempo, ni sujeta a mutaciones y alteraciones como las creaturas. De infinita grandeza y potencia, se comprende por su bondad. Vive en una plenitud sin límites. Por eso da generosamente sus bienes variadamente, perfeccionando a las creaturas; a todas está presente y a todas se comunica, permaneciendo, sin embargo, inagotable en sí mismo, indivisible, estable y entero.

El Espíritu Santo es el «Señor de la vida». En virtud de su potencia, que lo hace dador de vida, su ser se diferencia radicalmente del de los espíritus creados, que poseen la vida solamente en cuanto que les es

58. Cf. IX, 22.

comunicada. Los ángeles son compañeros de esclavitud de los hombres ⁵⁹, ya que su existencia depende del Creador, y distan infinitamente del Espíritu Santo, que está unido a Dios por comunión de naturaleza ⁶⁰, y es Señor ⁶¹.

Remachada así la afirmación de la divinidad del Espíritu Santo, Basilio debe afrontar además otros problemas concernientes a la teología trinitaria.

Los pneumatómacos afirmaban que el Espíritu Santo es una divinidad menor por esencia e inferior por grado y dignidad al Padre y al Hijo, y adelantaban la artificiosa propuesta de la subnumeración ⁶².

Basilio replica que el número es índice de cantidad, pero no de cualidad superior o inferior, y opone que en la fórmula de Mt 28, 19 los nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se hallan coordinados «en una única y misma fila» ⁶³.

59. XIII, 29: «Por consiguiente, no está en el mismo plano la mención del Espíritu y la de los ángeles, sino que se menciona al Espíritu como Señor de vida, mientras que a los ángeles, como amparo de sus compañeros de esclavitud y fieles testigos de la verdad».

60. Cf. XIII, 30.

61. Cf. XXI, 52, donde se recoge y se interpretan numerosos pasajes bíblicos.

62. «Nosotros decimos que... la subnumeración conviene a los que se diferencian por su inferioridad» (XII, 42 com.; 43 fin.).

63. XVII, 43. «Pero si creen que la subnumeración conviene únicamente al Espíritu, que vayan aprendiendo que al Espíritu se le nombra *con* el Hijo, del mismo modo que se nombra al Hijo *con* el Padre, pues el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo está dado por igual. Por consiguiente, cual es el Hijo respecto del Padre, tal es el Espíritu respecto del Hijo, según el orden de la palabra transmitida en el bautismo. Y si el Espíritu está en el mismo orden que el Hijo, y el Hijo en el mismo que el Padre, obviamente también el Espíritu lo está en el mismo que el Padre.

Pero quizás más que la *igualdad* y la *paridad* de esencia y dignidad, a Basilio le interesa vivamente la *unidad* del Espíritu Santo con el Padre y con el Hijo. Se basa en Mt 28, 19: *Id y bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*, y en Hch 10, 38: *Jesús de Nazaret al que Dios ungió de Espíritu Santo* para poner de relieve la comunidad y la continuidad de naturaleza ⁶⁴. A esta unidad nos llevan los «bautizados en Cristo», puesto que la fe y el bautismo son los dos modos inseparables de la salvación, y se perfeccionan recíprocamente en los nombres del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo ⁶⁵.

El Espíritu Santo está siempre asociado inseparablemente a las operaciones del Padre y del Hijo. Da los carismas y distribuye los ministerios según su voluntad, pero cada uno reconoce la presencia del Dios único en medio de su pueblo: Efectivamente, si el Espíritu los distribuye, el Hijo le envía, y el Padre, fuente primera y causa de todos los bienes, los derrama. El reproche de Pedro a Safira manifiesta que el pecado contra el Espíritu Santo es también un pecado contra Dios ⁶⁶.

¿Qué lugar hay, pues, para decir que el uno es connumerado y el otro subnumerado, siendo así que los nombres están ordenados en una única y misma fila?».

64. Cf. X, 24, donde Basilio emplea con claro valor de sinónimos *koinonía* y *synápheia*.

65. «La fe, en efecto, se perfecciona mediante el bautismo, y el bautismo, por su parte, se fundamenta mediante la fe, y los dos alcanzan su plenitud mediante los mismos nombres. Efectivamente, lo mismo que creemos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, así también somos bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (XII, 28).

66. Cf. XVI, 37.

Sobre todo en el acto creador de los ángeles, que se pone fuera del tiempo y del espacio y antes de cualquier otro ser creado, Basilio entrevé el argumento más seguro de la unicidad del Espíritu Santo con el Padre y con el Hijo.

El argumento no era nuevo en la disputa pneumatológica. Ya se había servido de él Atanasio, y continuó siendo después, junto con la fórmula bautismal, un argumento clave del debate ⁶⁷.

Pero Atanasio, con los antiguos nicenos, se limitaba a afirmar que el acto creador lo realizaban las tres Personas unitariamente.

Basilio –y esta es su novedad y su mérito– que proviene del ambiente homeoousiano, al tratar de la irrompible y simultánea unidad del acto creador, fija la atención también en la aportación específica de las tres Personas, y acentúa sus propiedades individuales.

Su máximo empeño especulativo lo muestra Basilio en el intento de intuir, en analogía con la creación del mundo físico, cuál haya sido el acto divino emanado de la íntima comunión de las tres Personas y que ha dado el ser a las creaturas angélicas, y a la vez, cuál la aportación específica de cada una en la estupenda realización, valiéndose de la doctrina estoica de las diferentes causas ⁶⁸. El *querer* de las tres Personas es el vínculo de su perfecta unidad operativa.

67. Cf. M. SIMONETTI, *La crisi ariana nel IV secolo*, p. 489; Atanasio, *Cartas a Serapión* I 31; III 5; IV 3.

68. «En efecto, las potencias puras, inteligentes y supramundanas son y las llaman santas, pues poseen la santidad por la gracia que el Espíritu Santo les ha infundido. Tanto es así, que se ha callado el modo en que se crearon las potencias celestiales, pues el autor que redactó el origen del mundo nos reveló al Creador únicamente a partir de los seres sensibles. Pero

Plenamente poderosa en sí, cada persona puede crear de modo perfecto, sin necesidad de la cooperación de las otras; pero cada una quiere tal cooperación. El Padre quiere crear por medio del Hijo, y el Hijo quiere perfeccionar su creación por medio del Espíritu Santo. Basilio penetra así en la intimidad de las tres Personas divinas que preside a su acto creador: «Y nadie piense que yo estoy diciendo que hay tres hipóstasis principales⁶⁹ o afirmando que la operación del Hijo es imperfecta. Efectivamente, el principio de los seres es uno, que crea mediante el Hijo y perfecciona en el Espíritu⁷⁰. Y ni el Padre, *que obra todo en todos*⁷¹ tiene imperfecta la operación, ni el Hijo tiene defectuosa la acción creadora sin que la perfeccione el Espíritu⁷². Así, efectivamente, el Padre no hubiera necesitado del Hijo, creando con solo su querer; pero, sin embargo, quiere hacerlo *mediante* el Hijo. Ni el Hijo hubiera necesitado colaboración, obrando a semejanza del Padre; con

tú, que tienes capacidad para considerar analógicamente lo invisible partiendo de lo visible, glorifica al Hacedor, en quien fueron creadas todas las cosas, visibles e invisibles, principados, potencias, potestades, tronos, dominaciones y todas las demás naturalezas racionales innominadas. Ahora bien, en la creación de estos seres, considérame como la causa principal al Padre, como la causa creadora al Hijo, y como la causa perfecta al Espíritu, de modo que los espíritus con misión de servicio subsisten por voluntad del Padre, vienen a la existencia por la acción del Hijo, y se perfeccionan por la presencia del Espíritu. La perfección de los ángeles, empero, es la santidad y su permanencia en ella», XVI, 38.

69. Reminiscencia de Plotino, *Enéada* V 1.

70. La afirmación está ya en Orígenes, *De princ.* I 3 8 (PG 11 155AB).

71. 1 Co 12, 6.

72. Cf. VIII, 21.

todo, también el Hijo quiere perfeccionar *por medio* del Espíritu Santo»⁷³.

En la eternidad divina anterior al tiempo y fuera del espacio, es donde Basilio halla la coexistencia y la indisoluble comunión de las tres Personas. Por eso, de

73. XVI, 38. Al defender el único Principio creador, Basilio afirma las diversas propiedades de las Personas divinas. En la *Ep.* 210, 4, del 375, escribe: «Los nombres designan cosas. Que las cosas tengan una existencia propia y perfecta en sí misma, nadie con una pizca de inteligencia lo dudaría. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen una misma naturaleza y una sola divinidad, pero (tienen) nombres diferentes, que nos sugieren ideas precisas y completas. Es efectivamente imposible que la mente que no distingue entre las propiedades <de las tres Personas> pueda glorificar plenamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo»; y algo más adelante, en 210, 5: «Lo mismo que quien no admite la comunidad de esencia cae en el politeísmo, así también quien no acepta las propiedades de las hipóstasis, se ve arrastrado al judaísmo. Es necesario, efectivamente, que nuestra mente llegue a conocer sus asuntos sólo apoyada por sólida base y considerando su capacidad. Si no se comprende la paternidad y no se presta atención a quién se limita esta propiedad, ¿cómo poder aceptar la noción de Dios-Padre? No basta, en efecto, enumerar las diferencias de las Personas, sino que, además, es necesario admitir que cada Persona subsiste en una verdadera hipóstasis». Y en la *Ep.* 236, 6, del 376, dirigida también a Anfiloquio de Iconio, Basilio demuestra que su lenguaje sobre este tema se ha fijado definitivamente, y luego precisa: «La *esencia* y la *hipóstasis* tienen entre sí la misma diferencia que entre lo *común* y lo *particular*, como, por ejemplo, la que hay entre “animal” en general y “este hombre” determinado. Por eso reconocemos una sola esencia en la divinidad, de modo que no se pueda dar del ser definiciones diferentes; la hipóstasis, por el contrario, es particular, por eso en nosotros no debe ser confusa ni oscura la noción sobre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, pues, en efecto, si no consideramos los caracteres que se han definido para cada uno, como la paternidad, la filiación y la santificación, y no confesamos a Dios más que de acuerdo con la noción común del ser, entonces nos será imposible dar razón sana de nuestra fe».

su acto realizado unitaria y simultáneamente, toman vida las potencias angélicas, perfectas en sí mismas, desde el primer instante de su existencia, sin necesidad alguna de desarrollo ni progreso.

El Espíritu Santo, pues, en un punto de la eternidad crea en comunión con el Padre y el Hijo las naturalezas angélicas, y las señala aportando a su ser su contribución específica: el carácter de la santidad y de la estabilidad en ella ⁷⁴.

Del Espíritu Santo los ángeles reciben el poder de conocer a Dios y glorificarlo; de su ayuda, la confirmación y la estabilidad en el libre albedrío, los dones de profecía y la sabiduría para enseñar las cosas secretas, y la visión beatificante del rostro del Padre; con su concurso y con su acuerdo, los ángeles cumplen su oficio de cantar coralmente sus alabanzas.

Así, en la creación de los ángeles, que se pone primero y por encima del tiempo y del espacio en la pura realidad de los espíritus, allí donde no hay proceso gradual de crecimiento, se revelan la irrompible unidad y comunión *ab aeterno* con el Padre y con el Hijo, su obrar simultáneo con el Padre y con el Hijo, y final-

74. XVI, 38: «Pero, ¿qué otra cosa es consolidar, sino perfeccionar en la santidad, pues la consolidación significa la solidez, la inmutabilidad y la firme fijación en el bien? Ahora bien, no hay santificación sin el Espíritu. Efectivamente, no son santas por naturaleza las potencias de los cielos, o de lo contrario no se diferenciarían en nada del Espíritu Santo; no, sino que tienen del Espíritu la medida de su santidad, en proporción de su recíproca superioridad... Por consiguiente, la santificación, al ser de fuera de su substancia, les confiere la perfección mediante el Espíritu Santo. Sin embargo, conservan su dignidad perseverando en el bien, pues mantienen su libre albedrío, y por otra parte, nunca desfallecen de su empeño en el verdadero bien».

mente su obra de santificador y de perfeccionador de su esencia: «De esta manera, pues, en la creación, el Espíritu Santo está presente en los seres que no se perfeccionan con un progreso, sino que son inmediatamente perfectos desde la misma creación: les confiere su gracia para dar remate y perfección a sus substancias» (XVI, 38 fin.).

También el plan de salvación de los hombres se realiza por la gracia del Espíritu, que obra inseparablemente en los hechos salvíficos del Antiguo Testamento, en la persona de Cristo y en la Iglesia, desde la creación hasta el juicio final.

El es el «crisma de Cristo», cuya acción se lleva a cabo bajo su asistencia. A la Iglesia la ordena según la distribución de los dones⁷⁵.

En la vida de cada uno, comienza, sostiene y perfecciona la deificación querida por el Padre y por el Hijo.

El será el premio de los justos, el cumplimiento de su esperanza, la plenitud de su perfección y de su bienaventuranza; en cambio, la condena de quien se ha vuelto indigno de sus dones consistiría en la separación total y definitiva del Espíritu Santo. Por eso en el infierno no puede nadie alabar a Dios ni acordarse de él.

2. EL ESPÍRITU SANTO EN EL MISTERIO DE LA UNIDAD-TRINIDAD DIVINA. SU PROCESIÓN DEL PADRE POR MEDIO DEL HIJO

El hecho de afirmar que el Espíritu Santo conoce íntimamente las cosas que hay en Dios, como el espí-

75. Cf. XVI, 39.

ritu del hombre conoce las cosas que hay en el hombre, obliga a argüir que el Espíritu Santo está unido al Padre y al Hijo con una comunión íntima esencial⁷⁶.

Basilio parte de la definición de Nicea: el Hijo es de la misma substancia (*homoousios*) del Padre, para, mediante las analogías y las diferencias de la generación del Verbo, ilustrar el misterio de la derivación y de las relaciones del Espíritu Santo con el Padre y con el Hijo. La relación entre el Padre y el Hijo es primaria y fundamental en la vida trinitaria. Incluso históricamente se impuso en primer término a la atención, y se convirtió en orientativo para las sucesivas profundizaciones teológicas⁷⁷. La unidad del Padre y del Hijo, dibujada por Basilio en los cc. VI-VIII, ofreció el paradigma para penetrar en las relaciones del Espíritu Santo con el Padre y con el Hijo. En particular, la generación del Hijo, que ocurrió *ab aeterno*, establece la identidad imprescindible de naturaleza, y a la vez la distinción del engendrador y del engendrado; dos Personas con diversas e inalienables propiedades.

El Hijo debe ser pensado juntamente con el Padre, en un principio que está más allá de todo pensamiento humano⁷⁸.

76. «Pero la prueba mayor de la unión del Espíritu con el Padre y el Hijo es que se ha dicho que su relación con Dios es análoga a la de nuestro espíritu con cada uno de nosotros: Porque, ¿quién de los hombres -dice- sabe las cosas del hombre, sino el espíritu que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu que procede de Dios (1 Co 2, 11)», XVI, 40; cf. XIX, 50.

77. Es ya la actitud de Atanasio, *Cartas a Serapión* III 1; I 2. 20. 21.

78. Basilio comenta así Jn 1, 1: «En el principio era el Verbo. Efectivamente, ni el *era* da salida al pensamiento, ni la imaginación trasciende al *principio*, pues, por más que te remontes corriendo

Es inseparable del Padre por generación eterna, y tiene una relación de igualdad con el Padre: es potencia y sabiduría de Dios, imagen del Dios invisible y esplendor de su gloria, porque «Dios Padre le puso su sello, grabándose todo entero en él». Por eso la magnificencia y la gloria del Unigénito son la magnificencia y la gloria del Padre ⁷⁹. Puesto que «le está unido por *naturaleza*, por *gloria*, por *dignidad*», debe ser adorado y glorificado «con» el Padre. Fuera de la dimensión espacial, «siéntate a mi derecha» significa «la fijeza y la absoluta estabilidad de la naturaleza» y «la igualdad de honor de la dignidad» ⁸⁰. «Sin embargo, en cuanto Dios e Hijo, posee la gloria en común con el Padre» ⁸¹.

La unión del Padre y del Hijo es también comunión perfecta de voluntad. El Hijo se vuelve libre y filialmente al querer del Padre y lo refleja en todo ⁸².

El Padre y el Hijo, iguales en la esencia, son también iguales en cuanto a la potencia y al acto ⁸³.

con el pensamiento hacia lo anterior, no saldrás del *era*, y por más que te esfuerces en ver lo que está más allá del Hijo, tampoco podrás superar el *principio*», VI, 14 fin.

79. Cf. VI, 15 *passim*.

80. VI, 15 fin.

81. VII, 17 fin.

82. Cf. VIII, 18.

83. Basilio explica la definición de Nicea aplicando los conceptos aristotélicos de potencia y acto: «El Verbo, lleno de los bienes del Padre e irradiando el resplandor paterno, hace todas las cosas a semejanza del que le engendró. Efectivamente, si es completamente igual en cuanto a la substancia, también será completamente igual en cuanto a la potencia. Ahora bien, aquellos que tienen potencia igual, de alguna manera tendrán también una operación enteramente igual. Y es que Cristo es *potencia de Dios y Sabiduría de Dios* (1 Co 1, 24). Y así *todo se hizo por medio de Él* (Jn 1, 3)», VIII, 19 fin.

En el sublime misterio de esta eterna y total comunicación, se da en forma divina una perfecta transmisión de voluntad, del Padre al Hijo, como la imagen de una forma que se refleja en un espejo. Por eso no existe en ella un proceso gradual de adaptación, y el «mandato» del Padre y la «obediencia» del Hijo distan profundamente del modo humano ⁸⁴.

El Padre y el Hijo están, pues, unidos por la misma esencia y naturaleza, por la plenitud del ser, de la potencia y de la gloria, pero son también totalmente libres de identificarse en la comunión de un solo querer perfecto ⁸⁵.

Partiendo de la analogía de esta comunión del Hijo con el Padre, Basilio intenta penetrar en la comunión del Espíritu Santo. Esta unidad del querer en las tres Personas no es una elección de complacencia moral, sino la expresión del ser unitario de Dios. Único es el principio y única es la voluntad que crea, pero ésta se actúa *por medio* del Hijo como causa eficiente, y del Espíritu como causa perfeccionante ⁸⁶.

El Espíritu, pues, como el Hijo, es parte del principio creador, que es el Padre, en absoluta igualdad y en unión inseparable. Las tres hipóstasis coexisten como articulación intrínseca constitutiva en la plenitud de la

84. «Como el Padre me lo ha mandado, así lo hago yo (Jn 14, 31): se sirve de estas expresiones, no porque carezca de decisión y de impulso voluntario, ni porque espere de las consignas la invitación a obrar, sino porque manifiesta que su propia voluntad está inseparablemente unida con la del Padre», VIII, 20.

85. «..., sino la bondad de la voluntad que, por coincidir en la esencia, se considera que es semejante e igual, mejor aún, la misma en el Padre y en el Hijo», VIII, 21.

86. «El principio de los seres es uno, que crea mediante el Hijo y perfecciona en el Espíritu», XVI, 38.

única esencia divina. Es el misterio de la unidad-trinidad divina: en la unidad del ser de Dios, las tres inseparables hipóstasis. Esta realidad la significan la fórmula bautismal, la profesión de fe, la doxología.

«El Señor, al hacernos entrega del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, nos los dio juntos», advierte Basilio⁸⁷.

Las hipóstasis son nombradas aisladamente, pero para indicar su irrompible co-presencia y la aportación de sus propiedades específicas, individuales. Y no están «añadidas» de modo inorgánico en el interior de la unidad divina⁸⁸.

Por generación, el Hijo, la «imagen» perfecta del Padre, es *uno* y *único*⁸⁹.

También el Espíritu Santo, igual y unido al Padre y al Hijo, es uno y único: de naturaleza simple, no compuesta y por encima de la multiplicidad de las cosas creadas. Por su misma singularidad, coexiste con el Padre

87. XVIII, 44.

88. «Y es que, al adorar a un Dios de Dios, también confesamos lo propio de las hipóstasis, y permanecemos en la *monarquía*, sin disgregar la *teología* en una pluralidad separada, puesto que en Dios Padre y en Dios Unigénito contemplamos, por así decirlo, una sola forma que se refleja en la indistinción de la divinidad... Por tanto, según la propiedad de las Personas, son uno y uno, pero, en cuanto a la comunión de la naturaleza, ambos a dos son uno solo», XVIII, 45.

89. Basilio precisa así el significado de imagen, que en la naturaleza divina sobrepasa con mucho a la imitación formal: «También la imagen del emperador se llama emperador, y no son dos emperadores, pues ni se escinde la fuerza ni se divide la gloria... Lo que aquí, pues, es la imagen por imitación, eso es allí por naturaleza el Hijo. Y lo mismo que en las cosas del arte la imitación se da en la forma, así también en la naturaleza divina y simple la unidad se da en la comunión de la divinidad», *ibid*.

y con el Hijo en una íntima familiaridad, en la que se expresa la perfecta unidad divina:

«Pero también el Espíritu Santo es uno, enunciado él también aisladamente, unido a *un* Padre por medio de *un* Hijo, y completando en sí mismo a la bienaventurada y laudabilísima Trinidad. Y su familiaridad con el Padre y el Hijo la manifiesta suficientemente el hecho de no contarle entre la muchedumbre de la creación, sino que es enunciado aisladamente. Pues, como el Padre es uno, y uno el Hijo, así también el Espíritu Santo es uno. Se halla, pues, tan apartado de la naturaleza creada cuanto es natural que lo esté una cosa solitaria respecto de lo que forma parte de un todo numeroso. Con el Padre y el Hijo, en cambio, está tan unido como unida está la unidad con la unidad»⁹⁰.

En la «monarquía» divina, las tres hipóstasis coexisten en relaciones inorgánicas y vitales inseparables, en las cuales se completan recíprocamente.

El Espíritu participa de la comunión del Padre y del Hijo, porque también él es de Dios. Del Padre, como de fuente originaria, deriva el Hijo por generación, y el Espíritu Santo por una inefable «procesión».

Urgido por las objeciones de los herejes, Basilio afrontó —y no sin advertir su ardua dificultad— el problema del modo como el Espíritu Santo deriva del Padre⁹¹.

El Espíritu viene de Dios (*ex tou theou eínai légetai*), no como vienen de Dios todas las cosas, sino que él tiene directamente de Dios su substancia, saliendo de

90. *Ibid.*

91. En la homilía 24, 6 refiere las posturas de los pneumatómacos: si el Espíritu Santo no es engendrado, es el Padre; si es engendrado, es el Hijo; y si no es lo uno ni lo otro, debe forzosamente ser una creatura.

él casi como un soplo de su boca ⁹², en un inefable e insondable misterio:

«Pero la boca no es en absoluto un miembro, ni el soplo un hálito que se disuelve, sino que esa boca es digna de Dios, y el Sople una esencia viviente, señora de la santificación, con lo cual se manifiesta la familiaridad, pero sigue siendo inefable la manera de existir» ⁹³.

Con la atrevidísima imagen, que Basilio quiso despojar de todo aspecto antropomórfico y que ningún teólogo ha seguido después, intenta distinguir el modo propio del Espíritu Santo en su derivación del Padre. Por el principio de la cooperación del Padre y del Hijo, parece que también para Basilio —como ya para Atanasio— el Hijo no es ajeno a la procesión del Espíritu Santo del Padre ⁹⁴: «Pero también el Espíritu Santo es uno... unido a *un* Padre, por medio de *un* Hijo» ⁹⁵. «Sin embargo, también se le llama Espíritu de Cristo, en cuanto que está íntimamente unido a él por naturaleza» ⁹⁶. De la fuente originaria del Padre, Basilio ve manar la vida trinitaria:

«Y al revés, la bondad nativa, la santidad natural y la regia dignidad fluyen del Padre, por medio del Hijo,

92. Basilio cita el Sal 32, 6: *Por la palabra del Señor se afirmaron los cielos, y por el Espíritu de su boca toda su potencia*, dos veces en XVI, 38, tanto en referencia al Hijo, para explicar Jn 1, 1: la Palabra que en el principio estaba junto Dios, como en referencia al Espíritu Santo, para explicar Jn 15, 26: el Espíritu de verdad que procede del Padre.

93. XVIII, 46.

94. Cf. Atanasio, *Cartas a Serapión* I 20, 7.

95. XVIII, 45. Ya en el *Contra Eunomio* II 32, Basilio había afirmado que toda la potencia del Padre estaba implicada en la generación del Hijo, e igualmente la potencia del Hijo en el dar subsistencia al Espíritu Santo.

96. XVIII, 46.

hasta el Espíritu. De esta manera se confiesan también las hipóstasis, sin desdoro de la pía doctrina de la monarquía» ⁹⁷.

En su reflexión, Basilio se mantiene así, con bastante cautela y claridad, en una postura equidistante, ya del peligro de acentuar la distinción de las Personas hasta admitir la existencia de tres dioses (politeísmo o triteísmo), aunque la insinuara el principio plotiniano de las «hipóstasis soberanas», ya del peligro de acentuar la unicidad de Dios en total perjuicio de la distinción de las Personas, hasta su eventual reducción a meras modalidades (modalismo sabeliano).

3. EL ESPÍRITU SANTO ES PARTÍCIPE DE LA GLORIA DEL PADRE Y DEL HIJO

Otro punto esencial al que Basilio recurre para afirmar la igual naturaleza y la irrompible comunión del Espíritu Santo con el Padre y con el Hijo es su participación en la misma gloria. Resplandor de la esencia divina y honor que las Personas divinas se rinden mutuamente en la íntima relación de amor en la gloria, se manifiesta en la unidad del Padre que engendra, del Hijo que es engendrado y del Espíritu que procede del Padre por medio del Hijo

«Por esta razón, *si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ese no es suyo* ⁹⁸. De ahí que solamente él glorifique dignamente al Señor, pues dice: *El me glorificará* ⁹⁹, no como la creación, sino como Espíritu de la

97. XVIII, 47; cf. XXIV, 56: «El Espíritu es bueno por naturaleza, como bueno es el Padre y bueno el Hijo».

98. Rm 8, 9.

99. Jn 16, 14.

verdad, que hace resplandecer claramente en sí mismo la verdad, y como Espíritu de sabiduría, que en su propia grandeza revela a Cristo, Poder de Dios y Sabiduría de Dios ¹⁰⁰. Pero también como Paráclito, como Consolador, lleva en sí mismo la marca del Consolador que lo envió ¹⁰¹, y en su propia dignidad manifiesta la grandeza de aquel de quien procede» ¹⁰².

Estas afirmaciones no tienen la precisión y la nitidez de una definición. Sin embargo, revelan una maduración bastante profunda, y ofrecen una orientación bastante segura: en el reflejarse de la gloria dejan claramente entrever la coexistencia de las tres hipóstasis.

Solamente el Espíritu glorifica de modo digno al Señor porque él no le glorifica desde fuera, como la creación, como el siervo glorifica al amo, sino porque es el Espíritu de verdad que hace resplandecer en sí la verdad de Cristo quien, a su vez, es Potencia y Sabiduría de Dios.

Lleva en sí la marca de la bondad del Hijo, del Consolador que le ha enviado, y «en su propia dignidad manifiesta la grandeza de aquel de quien procede» ¹⁰³.

100. 1 Co 1, 24.

101. El Hijo, cf. Jn 14, 16.

102. XVIII, 46.

103. Cf. n. anterior. Entiendo *ten megalosynen ten tou hóthen proélthen* como una referencia al Padre, repitiendo la expresión inicial de XVIII, 46: *hos ek tou theou proelthón*. Algunos estudiosos, sin embargo, han preferido leer la afirmación entera como dicha del Hijo, desde el momento en que se habla del Espíritu Santo como del Espíritu de Cristo. Así se expresan L. LOHN, *Doctrina S. Basilii de processionibus divinis*, en «Gregorianum» 10 (1929) 356-357; B. CAPELLE, *La procession du Saint-Esprit...* p. 72, y además J. M. YANGUAS SANZ, *Pneumatología de San Basilio*, p. 274 n. 219. Queda firme, no obstante, que Basilio prefiera emplear la fórmula «del Padre por medio del Hijo», cf. XVIII, 45.47. Esto está plenamente de acuerdo con el principio de la cooperación irrompible del Padre y

Por tanto, la gloria que el Espíritu Santo da al Hijo puede bien llamarse «natural» y «familiar», puesto que se da en la comunión natural y en la más íntima relación personal ¹⁰⁴.

Efectivamente, como el Hijo es glorificado por el Padre ¹⁰⁵ y glorifica al Padre ¹⁰⁶, así el Espíritu Santo glorificará al Hijo ¹⁰⁷ y será glorificado por su comunión con el Padre y con el Hijo.

La pneumatología de Basilio alcanza así el vértice de la demostración.

A los pneumatómacos, que sostenían la inferioridad del Espíritu Santo, por lo que no le es debido igual honor, Basilio opone las pruebas, sacadas de la Escritura y de la tradición, de su comunión de esencia con el Padre y con el Hijo ¹⁰⁸.

V. EL CRISTIANO VIVE EN EL ESPÍRITU

Ya al comienzo del tratado, Basilio escribe: «Se nos ha propuesto el asemejarnos a Dios, en cuanto le es po-

del Hijo. Del Padre derivan, ya el Hijo, ya el Espíritu Santo, como de la fuente primordial del ser divino, pero también el Hijo comunica todo su ser al Espíritu, como verdadero principio que coopera junto con el Padre de modo personal, y no instrumental, en cuanto que también él trae su principio de la generación del Padre.

104. Cf. XVIII, 46.

105. Cf. Jn 12, 28.

106. Cf. Jn 17, 16.

107. Cf. Jn 16, 14.

108. Sin embargo, Basilio nunca empleó el término *homoousios* usado por los Padres de Nicea para definir al Hijo. Prefirió abstenerse, ciertamente por razones de cautela: para no parecer que quería arrogárselo o que anticipaba definiciones más autorizadas; muy probablemente también, para no provocar la irritación de los macedonianos.

sible a la creatura humana. Pero la asimilación no se da sin conocimiento» ¹⁰⁹, y esto bien consciente de que los problemas suscitados por la oposición de los pneumatómacos tenía una directa pertinencia con la vida de fe.

Pero es el Espíritu Santo quien activa, sostiene y desarrolla esto que, al mismo tiempo, es el proyecto divino y la «constitutiva» y connatural capacidad del hombre hasta el cumplimiento del «deseo supremo: hacerse Dios» ¹¹⁰.

Por el poder santificador y perfeccionador que le es propio, lo une a sí, lo hace en sí imagen del Padre y del Hijo, y le hace partícipe del fluir eterno de la vida de las tres Personas, hasta la expansión y la actuación total de sus potencialidades de creatura divina.

Esta realidad teándrica está constantemente presente en la mente de Basilio. De aquí la clara validez pastoral del tratado. Quizás por esto, sobre todo por esto, Gregorio Nacianceno, que asimismo apreciaba la rigurosa doctrina de Basilio, que basaba su comprensión teológica en la Escritura y en la tradición juntas, admiraba el tratado como fluyendo de la «píxide» del Espíritu Santo ¹¹¹. Tomaremos de ello dos aspectos para su examen: la intervención del Espíritu Santo y la acogida por parte del hombre.

1. EL PODER SANTIFICADOR Y DEIFICANTE DEL ESPIRITU

El Espíritu, que procede del Padre, es «substancia viviente que tiene el poder de santificar». En la crea-

109. I, 2.

110. IX, 23.

111. Así de imaginativo escribe su amigo en su discurso *In laudem Basilii*: PG 36 588B.

ción imprime el carácter de la santidad, en proporción con la diversa capacidad de naturaleza. Es «fuente de santidad» ¹¹².

El Espíritu la confiere de acuerdo con el Padre y con el Hijo. Basilio dedica penetrantes observaciones a la santificación de los ángeles. Las analogías y las diferencias son iluminadoras también para el hombre.

Las potencias supramundanas, puras e inteligentes, no la poseen en propiedad ¹¹³. La tienen participada, por gracia infusa del Espíritu Santo, que obra en el acto de la creación como causa perfeccionante.

Así, mientras reciben el ser por voluntad del Padre mediante el Hijo, por la presencia del Espíritu reciben la santidad y la confirmación, que consiste en el perfeccionamiento y en la estabilidad en ella.

Como el cauterio se distingue del fuego, así en los ángeles la santidad es extrínseca a su substancia. Ellos conservan su dignidad perseverando en el bien, pero son plenamente árbitros de sus propias deliberaciones. Y la caída de los espíritus malvados y enemigos es precisamente la que demuestra que «las potencias invisibles gozan de libre albedrío, pues están en equilibrio entre la virtud y el vicio, por lo que necesitan la ayuda del Espíritu». Sin el Espíritu que los confirma en el bien, la vida de estos espíritus libres estaría «sin ley,

112. «Hacia él se vuelve todo lo que tiene necesidad de santificación. Le desean todos los que viven según la virtud, como refrescados por su soplo y ayudados en orden a su propio fin natural. Capaz de perfeccionar a los demás, a él nada le falta», IX, 22.

113. «Efectivamente, no son santas por naturaleza las potencias de los cielos, o de lo contrario no se diferenciarían en nada del Espíritu Santo; no, sino que tienen del Espíritu la medida de su santidad, en proporción de su recíproca superioridad», XVI, 38.

sin orden, sin regla»¹¹⁴. Sin el concurso del Espíritu Santo, no podrían glorificar a Dios, no podrían tener de él la visión beatífica ni cantar sus alabanzas ni gozar de particulares carismas ministeriales. En estos seres, que no alcanzan la perfección mediante un progreso, sino que son perfectos desde el primer momento de la creación, está, pues, presente el Espíritu Santo para perfeccionarles la esencia con su gracia.

También en el hombre, como en las creaturas angélicas, la santidad es participada por don infuso del Espíritu Santo, con la diferencia de que los ángeles reciben la santidad y la perfección simultáneamente con la existencia y en proporción de su relativa excelencia; el hombre, en cambio, las recibe progresivamente en el tiempo en proporción con su capacidad natural, con sus oscilaciones en la fe, en la constancia en el bien y en el hacer fructificar el don recibido, y con su dignidad y docilidad.

Sin la acción estabilizadora del Espíritu en los cielos, se extinguiría la visión beatífica, callaría la glorificación y la alabanza de Dios, y así en la tierra se interrumpiría toda vida de comunión con Dios. Por eso, en el infierno –parece ser la prueba *e contrario*– nadie puede ya confesar y alabar a Dios. El hombre totalmente separado del Espíritu Santo, según la interpretación que da Basilio de Mt 24, 51, será privado incluso de la más tenue capacidad de Dios, que le asegura la presencia del Espíritu Santo, que perdura en esta vida, incluso vivida en oposición, en estado de pecado¹¹⁵.

114. *Ibid.*

115. «Sin embargo, el Espíritu Santo parece estar de alguna manera presente en los que una vez fueron sellados, a la espera de que se salven por su conversión; pero entonces romperá enteramente con

El Espíritu Santo, en efecto, anima, sostiene, incrementa todo progreso hasta su cumplimiento, sea en el individuo, sea en la Iglesia.

Todo el plan divino de la salvación se actúa por su asistencia. Inseparable de Cristo, suscita y ordena la Iglesia según la distribución de sus dones ¹¹⁶. En todo lo que atañe a la comunión con Dios, el hombre no se mueve sino en vía secundaria sobre el plano del compromiso ético o psicológico: el hombre vive y obra exclusivamente *en el Espíritu*.

Sin el Espíritu de verdad, no se puede creer en Cristo ni confesarlo ni ser verdaderos adoradores ni invocar al Padre ¹¹⁷. Sin la presencia y la cooperación del Espíritu, nada es posible al hombre ¹¹⁸.

La vida del cristiano se desenvuelve enteramente *en el Espíritu Santo*.

Basilio dedica un amplio examen al significado que la expresión ha asumido en el uso bíblico ¹¹⁹, para con-

el alma que haya profanado su gracia. Por esto no hay en el infierno quien alabe ni en el sepulcro quien se acuerde de Dios, porque tampoco está presente el auxilio del Espíritu Santo», XVI, 40.

116. Cf. XVI, 39.

117. Cf. XI, 39.

118. Basilio insiste categóricamente en lo de «sin el Espíritu» (*áneu tou pneúmatos*): «Ni un solo don llega en absoluto a la creación sin el Espíritu Santo, cuando ni siquiera una palabra puede uno pronunciar en defensa de Cristo si no es con la cooperación del Espíritu, como en los Evangelios nos lo ha enseñado nuestro Señor y Salvador», XXIV, 55; cf. Mt 10, 19-20 y Lc 12, 11-12.

119. La preposición «en» —observa todavía Basilio— se emplea en relación con el lugar en que se halla quien obra, y en los contextos de argumento pneumatológico, «aunque esta expresión es simple y concisa, son muchas y variadas las cosas que significa, pues de tantas maneras como se dice *en*, hallamos que otras tantas están al servicio de las nociones del Espíritu», XXVI, 61; cf. XXV, 60.

cluir que *ser/estar con* es la fórmula utilizada para expresar la eterna coexistencia y comunión del Espíritu Santo con el Padre y con el Hijo ¹²⁰, mientras que *ser/estar en* se refiere a nosotros, en quienes la presencia del Espíritu Santo está sujeta a variaciones ¹²¹. Y se esfuerza por ilustrar esta misteriosa e inefable presencia del Espíritu Santo en nosotros, recurriendo a analogías iluminadoras, de extrema finura.

El Espíritu está en nosotros como la «forma» o la «potencia» en las cosas, o como la habilidad del artista: fuerza que obra en nosotros y nos conduce a la perfecta conformidad divina ¹²².

120. Cf. XXV, 59; XXVI, 63; XXVII, 68.

121. «Por tanto, allí donde la comunión es íntima, connatural e inseparable, la preposición *con* es la palabra más significativa, pues sugiere la idea de comunión inseparable. En cambio, allí donde la gracia del Espíritu puede otra vez desaparecer, con toda propiedad y verdad se dice existir *en*, incluso aunque muchas veces, por razón de la constancia de su disposición para el bien, dicha gracia se mantenga durablemente en los que la reciben. Por tanto, cuando pensamos en la propia dignidad del Espíritu, lo contemplamos *con* el Padre y *con* el Hijo. Pero cuando reflexionamos sobre la gracia que actúa en los que de él participan, decimos que el Espíritu está *en* nosotros», XXVI, 63.

122. «Pues bien, el Espíritu Santo, en cuanto que perfecciona a los seres racionales dando remate a su culminación, adquiere razón de *forma*. En efecto, el que ya no vive según la carne, sino que es conducido por el Espíritu de Dios, se llama hijo de Dios, y se hace conforme a la imagen del Hijo, recibe el nombre de espiritual (cf. Rm 8, 13-14.29). Y como la fuerza de la visión está *en* el ojo sano, así también la acción del Espíritu está *en* el alma purificada... Y como el arte se halla *en* el que lo recibió, así también la gracia del Espíritu se halla *en* el que lo ha recibido, presente siempre, pero no actuando continuamente. Y como quiera que el arte está potencialmente *en* el artista, pero solamente en acto cuando el artista obra conforme a él, así también el Espíritu: siempre está pre-

Es como la salud en el cuerpo o el calor en el hierro incandescente; como la palabra pensada en lo íntimo del corazón o proferida por la lengua ¹²³. Siempre está presente en nosotros, pero obra según la necesidad, y permanece en la medida en que uno es digno. Por los carismas que distribuye, debe decirse el todo presente en las partes. En la unidad del Espíritu nos convertimos en miembros los unos de los otros, y todos completamos el cuerpo de Cristo, prestándonos la ayuda necesaria según los dones recibidos. Y como las partes en un todo, cada uno de nosotros está en el Espíritu; bautizados en un solo Espíritu, formamos un solo cuerpo ¹²⁴. Por eso el Espíritu es el «lugar de los santificados». En él, como en un lugar fortificado, elevado sobre la peña, podemos contemplar y adorar a Dios en espíritu y verdad, y elevar el sacrificio espiritual de la alabanza. «Y el santo es un lugar propio para el Espíritu, pues él mismo se brinda para habitar con Dios, y se llama templo suyo» ¹²⁵.

En resumen, sólo por esta presencia e inhabitación del Espíritu, el cristiano puede creer y vivir de fe, y adorar, dar gracias y glorificar e invocar al Padre. No se puede ser de Cristo, si no es en el Espíritu ¹²⁶; no se puede penetrar en el misterio de Dios, si no es en el Espíritu, pues en sí mismo nos conduce a su conocimiento ¹²⁷.

sente en los que son dignos, pero actúa según la necesidad, bien con profecías, bien con curaciones, o bien con algunas obras milagrosas», XXVI, 61.

123. Cf. *ibid.*

124. Cf. XXVI, fin.

125. Cf. XXVI, 62.

126. Cf. Rm 8, 9; XVIII, 46.

127. XVIII, 47.

El Espíritu nos santifica y nos consolida en el hábito del bien. Ante él cae el poder del diablo; por su gracia nos viene la remisión de los pecados, nuestra unión con Dios en la adopción filial. El Espíritu renueva nuestra vida haciéndonos resurgir de la disolución de la muerte a una vida espiritual, o regenerándonos del estado de pecado y transformándonos en creaturas nuevas destinadas a la ciudadanía celeste. El Espíritu «rector» nos encamina, nos guía, nos conduce ¹²⁸... Nos libera ¹²⁹ y nos vivifica ¹³⁰. Sin su iluminación «es imposible ver la imagen de Dios invisible» ¹³¹.

Su poder divino está por encima de toda creatura, inseparable del Padre y del Hijo. Por eso, la eterna comunión con el Padre y con el Hijo se acerca a nosotros en el Espíritu que nos habita: las dos realidades están «necesariamente unidas» ¹³² en los misterios ¹³³.

2. LA EXPERIENCIA DEL ESPÍRITU

Así el hombre encuentra y acoge al Espíritu en aquella particularísima experiencia de la fe —como se ha dado en llamarla hoy— que conjunta el aspecto intelectual del conocimiento y el de la conciencia personal de vivir la fe por la acción de Dios presente en nosotros ¹³⁴.

128. Cf. XIX, 49.

129. Cf. XXIV, 55.

130. Cf. XXIV, 56.

131. XXVI, 64.

132. Cf. XXVII, 68.

133. «Misterios» debe entenderse aquí en el sentido litúrgico-sacramental, como en otros lugares de Basilio, Cf. *Sobre el bautismo*, I 3 (título); II 8; *Ep.* 188.

134. Cf. Yves M.-J. CONGAR, *El Espíritu Santo*, p. 25: «Experiencia: con este término entendemos la percepción de la realidad

Por lo demás, Basilio mismo insistía ya sobre este doble aspecto de la iluminación y de la permanencia del Espíritu en nosotros, refiriéndose a Jn 14, 17: *Vosotros le conocéis, porque permanece con vosotros* ¹³⁵.

La vida en el Espíritu tiene, además, un comienzo y un desarrollo propios, y tiende a su cumplimiento perfecto; pero conoce también la parada, el retroceso, el cese. La observación de Basilio se posa de modo penetrante sobre esta realidad dramática.

a) El bautismo: la experiencia de la renovación

El sacramento del comienzo de la vida divina en el agua tiene en Basilio el máximo relieve. Muy vivo tenía que estar en él el recuerdo del sacramento recibido, ya adulto, del obispo Dianio, al que por eso consideraba como un padre, y la fuerte sugestión de la liturgia bautismal que acentuaba significativamente el renacimiento en el Espíritu.

El bautismo marca el giro decisivo de la regeneración del agua y del Espíritu, la separación radical entre la vida vieja y la vida nueva en Dios, entre la mentalidad antigua y la nueva orientada por la fe.

A diferencia del bautismo en la Ley de Moisés y del bautismo en el agua de Juan, en el bautismo de

de Dios tal como viene a nosotros, actúa en nosotros y por medio de nosotros, arrastrándonos hacia él en una comunión, una amistad, en un ser el uno para el otro. Todo esto, ciertamente, sin desdoro para la visión, sin abolir la distancia en el orden del conocer de Dios mismo, pero elevándola al plano de una presencia de Dios en nosotros como fin amado de nuestra vida. Presencia que se hace sensible a través de signos y en los efectos de paz, gozo, certidumbre, consuelo, iluminación y todo el restante cortejo del amor».

135. Cf. XXII, 53.

Cristo en el agua y en el Espíritu el hombre encuentra realmente el misterio de Dios uno y trino, y entra en modo vital en la comunión con las tres Personas.

Basilio tiene fortísimo el sentido de la renovación por obra del Espíritu Santo (*anakainismòs dià toũ Pneûmatos*), el Espíritu de adopción que nos da la «prenda» de la vida divina:

«Porque si el bautismo es para mí principio de vida, y el primer día es el de mi regeneración, está claro que la palabra más apreciada entre todas es la pronunciada al serme dada la gracia de la adopción filial»¹³⁶.

Además, de esencial y vital importancia son para él la fórmula trinitaria con la que se confiere el bautismo, la fórmula doxológica y la fórmula de la profesión de fe bautismal, que el rito quería que fuese escrita y depositada por el bautizando de propia mano, como testimonio de la propia fe, antes de recibir el sacramento. Constituyen la unidad de fe inseparable y vinculante. A ella hay que seguir siendo fieles y continuar creyendo como uno ha sido bautizado, si no se quiere convertirse en extraño a las promesas divinas¹³⁷.

Para comprender la realidad que se muestra en plenitud en la venida de Cristo y que se inicia para cada

136. X, 26. Este repensar el sacramento del bautismo a la luz del Espíritu Santo ha producido ulteriores profundizaciones y enriquecimientos respecto del tratado *Sobre el bautismo*. Véase, por ejemplo, cuánto más concisamente se refiere Basilio a Rm 6, 3-10 y qué intensidad y penetración exegética dedica a este pasaje paulino en XV, 35, comparado con *Sobre el bautismo* I 2.

137. Cf. X, 26; XII, 28: «Quien rescató nuestra vida de la corrupción nos dio una fuerza de renovación que tiene su causa inefable y encerrada en un misterio, pero que confiere a las almas la gran salvación, por lo que el añadir o quitar algo es evidentemente desterrarse de la vida eterna».

uño de nosotros en el bautismo, el Señor nos ha predestinado, con una lenta y gradual pedagogía.

Basilio relee los acontecimientos del Exodo en el significado de la prefiguración que una ya larga tradición catequética y litúrgica había desarrollado. A ella aporta una original variación, reinterpretando sugestivamente a los primogénitos a la luz del «tipo» paulino del primero y segundo Adán. Los primogénitos de los egipcios nos representan en cuanto que, por la descendencia de Adán, llevan en sí la muerte del pecado; los primogénitos de los hebreos nos representan en cuanto que hacen cabeza a Cristo, puesto que, preservados del exterminador por la sangre del cordero, son librados de la muerte. El mar que mata en sí mismo al Faraón y a los egipcios, y del cual salen ilesos los hebreos, prefigura al bautismo, que nos separa de la tiranía del demonio, y de cuyas aguas salimos vivos de entre los muertos. La nube que acompaña a Israel prefigura «el don que procede del Espíritu, el que enfría la llama de las pasiones mediante la mortificación de los miembros»¹³⁸. Pero en aquellos acontecimientos no había remisión de los pecados ni el don de la vida divina. Distaba de la realidad futura como el sueño o como la imagen¹³⁹.

138. Cf. XIV, 31.

139. «¿Qué remisión de los pecados hay, efectivamente, en el mar? ¿Qué renovación de vida? ¿Qué don espiritual por medio de Moisés? ¿Qué muerte de los pecados hay allí? Aquellos no murieron con Cristo, por lo cual tampoco resucitaron con él (Rm 6, 8). No fueron portadores de la imagen del Celeste (Cf. 1 Co 15, 49), ni llevaron en su cuerpo la muerte de Jesús (Cf. 2 Co 4, 10); ni se despojaron del hombre viejo ni se revistieron del nuevo, el renovado en conocimiento a imagen del que lo creó (Cf. Col 3, 9-10). ¿Por qué, pues, comparar los bautismos, de los cuales únicamente

En atención a nuestra debilidad, el Señor se sirvió de estos acontecimientos para acostumbrarnos con «esta guía, suave y acomodada a nosotros, primero a ver las sombras de los cuerpos y a mirar al sol en el agua, para no cegar arrojándonos de repente a la contemplación de la pura luz». La Ley y la anticipación oscura de los profetas son «como ejercicio de los ojos del corazón» ¹⁴⁰. La Ley quedó abrogada con la venida de Cristo. Los «tipos» se han convertido en realidad. Las lámparas son inútiles cuando sale el sol; las profecías callan al manifestarse la verdad ¹⁴¹.

La triple inmersión en el agua del bautismo nos conforma a la muerte de Cristo, a su sepultura, a su descenso a los infiernos. Significa simbólicamente que se interpone una muerte entre la vieja vida y sus obras, y la nueva vida infundida en nosotros por el Espíritu Santo, en la cual, salidos del agua purificados y conformados a la resurrección de Cristo, comenzamos a dar frutos de santidad. Por eso reconocemos un solo bautismo salvífico, porque él es el tipo de la única muerte ocurrida por el mundo, y de la única resurrección de entre los muertos, que es la de Cristo, la única que salva. El agua presenta la imagen de la muerte, porque en ella es acogido el cuerpo como en una tumba; el Espíritu infunde la fuerza vivificadora. Por eso «renacemos de arriba» ¹⁴², porque no renacemos solamente del agua, sino del agua y del Espíritu. Efectivamente, «si en el agua hay alguna gracia, no procede de la natura-

el nombre es común, mientras que la diferencia de las realidades es tanta cuanto va de un sueño a la verdad o se interpone entre la sombra o imagen y la realidad substancial?», XVI, 32.

140. Cf. XIV, 33.

141. Cf. XXI, 52.

142. Cf. Jn 3, 5.

leza del agua, sino de la presencia del Espíritu» ¹⁴³. Por eso el bautismo de Cristo renueva al hombre en la raíz.

b) La familiaridad con Dios

La íntima relación con Dios, que comienza en el bautismo y está en conexión con el don de la adopción filial en el Espíritu, que nos da libertad de llamar a Dios «Padre» —*Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: ¡Abba, Padre!* ¹⁴⁴— Basilio la presenta con la analogía de la *familiaridad*, del *parentesco*, de la intimidad doméstica (*oikeiōsis, oikeiōtes*).

«La familiaridad del Espíritu con el alma no es la proximidad local (pues, ¿cómo podría aproximarse corporalmente a lo incorpóreo?), sino el apartamiento de las pasiones que, sobreviniéndole luego al alma por su amor al cuerpo, la privarán de la familiaridad con Dios» ¹⁴⁵.

Por ella el alma se aleja de los atractivos del mal y se arrima y pacífica cada vez más en Dios.

Así se contrapone al extrañamiento de Dios, a la alienación, al destierro a causa de la desobediencia ¹⁴⁶, a nuestra exclusión de las promesas de Dios ¹⁴⁷.

c) Por la inhabitación del Espíritu Santo, el cristiano se convierte en templo de Dios

Esta íntima unión con Dios es también presentada como una forma de presencia del Espíritu en el hom-

¹⁴³. Cf. XV, 35.

¹⁴⁴. Ga 4, 6; XIX, 49.

¹⁴⁵. IX, 23.

¹⁴⁶. Cf. XV, 35 com.

¹⁴⁷. Cf. X, 26.

bre y del hombre en el Espíritu, y se la llama –con una expresión ya bíblica– *inhabitación* del Espíritu Santo.

«El santo es un lugar propio para el Espíritu, pues él mismo se brinda para habitar con Dios, y se llama templo suyo» ¹⁴⁸.

Por esta su presencia, el Espíritu obra y actúa inequívocamente, misteriosamente, pero también inequívocamente, en nosotros. Nosotros somos así purificados y santificados, iluminados, inspirados, conducidos por él, «potencia», «forma», «capacidad», «calor» de nuestra persona.

El poder santificador del Espíritu Santo abarca a todas las creaturas, pero se participa en modos y en grados diversos, proporcionalmente a su capacidad natural, y en el hombre, creatura inteligente y libre, también en proporción de su dignidad y de su fe ¹⁴⁹.

Hay un solo modo de acercarse al Paráclito, y es el de «purificarse de la fealdad adquirida por medio del vicio, remontándose a la belleza de la naturaleza y devolviendo a esa especie de imagen imperial su forma primitiva mediante la purificación» ¹⁵⁰. Mas para esto es necesario conservar intactas y sin disminución las primicias recibidas del Espíritu Santo, y no contristarlas con la perversidad de las costumbres. Mientras él siga presente en el alma de los que, habiendo sido sellados con el sello del bautismo, tienen todavía necesidad de

148. XXVI, 62; cf. XXI, 52, donde Basilio cita 1 Co 3, 16; XXVI, 63, cf. 2 Tm 1, 14; Dn 5, 1.

149. IX, 22: «Inaccesible por naturaleza, aunque comprensible por su bondad, llena todo con su poder, pero sólo participan de él los que son dignos, y no con una participación de única medida, sino que reparte su poder en proporción de la fe».

150. IX, 23.

la conversión ¹⁵¹, continúa infundiendo sus gracias sobre quienes le escuchan ¹⁵² y observan los mandamientos de Dios ¹⁵³. De esta manera se hacen dignos del don del Espíritu ¹⁵⁴, puesto que «su gracia se mantiene durablemente en los que le recibieron, por razón de la constancia de su disposición para el bien» ¹⁵⁵.

Por tanto, el Espíritu nos purifica, pero el hombre debe cooperar secundando su acción santificadora y conformándose a ella.

d) La contemplación

El Espíritu es «inaccesible por naturaleza» y «difícil de penetrar en la contemplación» ¹⁵⁶. Pero es también «luz inteligible» que «abastece por sí mismo a toda potencia racional de algo así como cierta claridad, para que encuentre la verdad» ¹⁵⁷, y «Espíritu de conocimiento», que da la capacidad de intuirlo y de intuir en sí al Padre y al Hijo. Así es como podemos nosotros acceder al conocimiento del misterio de Dios uno y trino, y elevarnos a él: el Espíritu, «cual sol que da con un ojo ya limpio, te mostrará en sí mismo la imagen del Invisible. Y en la feliz contemplación de la imagen, verás la inefable belleza del Arquetipo ¹⁵⁸. Por medio

151. Cf. XVI, 40.

152. XXIV, 55.

153. XXII, 53.

154. *Ibid.*

155. XXVI, 63.

156. Cf. IX, 22; XXII, 53.

157. IX, 22. Obsérvese que Basilio habla a veces del Espíritu Santo, a veces de la «gracia» del Espíritu Santo. El no plantea todavía el problema de manera formal.

158. El Padre: fuente de todo ser.

de él los corazones se elevan, los débiles son llevados de la mano y los proficientes se perfeccionan» ¹⁵⁹.

Activado y sostenido por el Espíritu, comienza en nosotros aquel proceso de transformación que nos vuelve *espirituales*, portadores del Espíritu (*pneumatóphoroi*), capaces de irradiarlo: «Como los cuerpos resplandecientes y traslúcidos, cuando cae sobre ellos un rayo luminoso, ellos mismos se vuelven brillantísimos y por sí mismos lanzan otro rayo luminoso, así también las almas portadoras del Espíritu: ellas mismas se vuelven espirituales y proyectan la gracia en otras» ¹⁶⁰.

Así se actúa la permanencia en Dios, la semejanza con Dios, «el deseo supremo: hacerse Dios» ¹⁶¹.

A la capacidad de contemplar que nos ha dado el Espíritu Santo, Basilio le atribuye la máxima importancia: es la fuerza que mueve a la inteligencia a la contemplación del misterio de Dios y la voluntad de adherirse a él en la sabiduría de la vida y en la pureza del corazón:

«El mundo, esto es, la vida esclava de las pasiones de la carne, “no recibe” la gracia del Espíritu, como tampoco un ojo débil la luz del rayo solar. Sin embargo, el Señor, tras atestiguar a sus discípulos la limpieza de sus vidas, les otorga también el ser iniciados en la contemplación del misterio del Espíritu... Solamente los santos pueden contemplarle, por la limpieza de sus corazones» ¹⁶².

Así, en el Espíritu Santo, nosotros somos elevados hasta la contemplación del Padre a través del Hijo

159. IX, 23.

160. *Ibid.*

161. *Ibid.*

162. XXII, 53.

unigénito, y nos hacemos «adoradores en espíritu y en verdad» ¹⁶³.

«Pero, después que, mediante una luz iluminadora, clavamos los ojos en la belleza de Dios invisible y, a través de ella, se nos eleva hasta el más que hermoso espectáculo del Arquetipo, allí mismo, inseparablemente, se halla el Espíritu de conocimiento proporcionando en sí mismo la fuerza contemplativa a los que gustan de contemplar la verdad, no mostrándola desde fuera, sino induciendo a reconocerla en él mismo. Efectivamente, como *nadie conoce al Padre, sino el Hijo* ¹⁶⁴, así *nadie puede tampoco llamar Jesús al Señor, sino en el Espíritu Santo* ¹⁶⁵. No se dice, en efecto, *por medio del Espíritu*, sino *en el Espíritu*. Y *Dios es Espíritu*, y los que le adoran necesario es que adoren en espíritu y en verdad, según está escrito: *En tu luz veremos la luz* ¹⁶⁶, esto es, en la iluminación del Espíritu, *Luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene a este mundo* ¹⁶⁷. De modo que en sí mismo muestra la gloria del Unigénito y en sí mismo depara a los auténticos adoradores el conocimiento de Dios ¹⁶⁸. Por tanto, el camino del conocimiento de Dios va del único Espíritu, por medio del único Hijo, hasta el único Padre» ¹⁶⁹.

163. Jn 4, 24.

164. Mt 11, 27.

165. 1 Co 12, 3.

166. Ga 35, 10.

167. Jn 1, 5.

168. El mismo pensamiento desarrollado en XXVI, 64.

169. XVIII, 47. Junto a la defensa de la *homotimía* de las tres Personas y de su coordinación en virtud de la fórmula bautismal, Basilio acoge aquí también la doctrina tradicional de que se va al Padre *en* el Espíritu Santo, *por* el Hijo.

Contemplando limpiamente la gloria del Unigénito en el Espíritu, seremos transformados en su gloria.

De esta manera, si supiéramos escudriñar en la profundidad del sentido de la Ley, y si, más allá de la letra, como de un velo, pudiéramos entrar en los secretos, al igual que Moisés se quitaba el velo ¹⁷⁰ al conversar con Dios, tendríamos el rostro radiante por la aparición de Dios. Y esto será «el *ser transformados por la gloria del Espíritu en su propia gloria* ¹⁷¹, y no de manera mezquina y floja, sino tanto cuanto corresponde a quien es iluminado por el Espíritu» ¹⁷².

Todavía, al hablar de la adoración *en Espíritu y en verdad*, Basilio se esfuerza ulteriormente por profundizar y esclarecer porqué la fuerza transformante y unificadora de la contemplación se ejercita en el Espíritu Santo. Halla su explicación en el hecho de que el Espíritu es a la vez la imagen de Dios y la luz que nos ilumina. Por necesidad, la luz no se puede separar de la imagen que ella permite ver, y la imagen o su impronta hacen remontar al original del que deriva ¹⁷³.

«Fuera de él, efectivamente, no hay adoraciones en absoluto, mientras que, estando en él, de ningún modo se dan separaciones de Dios, al menos como no se dan entre la luz y los objetos que se está viendo. Imposi-

170. Cf. Ex 34, 34.

171. 2, Co 3, 18.

172. XXI, 52.

173. La antigua acepción de «imagen» y de «impronta», a diferencia de la moderna de figura que se asemeja al original, insiste sobre la idea de «derivación» del original. En la teología trinitaria indica la «derivación» de las tres Personas en el interior de la misma Trinidad, como, por lo demás, se lee en Hb 1, 3: *Este Hijo es la impronta de su substancia*, comentado ya por Atanasio, *Cartas a Serapión*, I 23; III 3.

ble, en efecto, ver la imagen de Dios invisible, si no es en la iluminación del Espíritu. Y quien fija su vista en la imagen es imposible que logre separar la imagen de la luz, pues lo que es causa del ver por necesidad tiene que verse juntamente con las cosas vistas.

»Por consiguiente, con toda propiedad y toda lógica, el resplandor de la gloria de Dios lo contemplamos por medio de la iluminación del Espíritu: por medio de la impronta somos llevados hasta la gloria de aquel, cuyos son la impronta y el sello de igual diseño» ¹⁷⁴.

e) La «apokatástasis» y la restitución de la semejanza con Dios

Desde su comienzo en el bautismo, la deificación del hombre se afirma a través de los procesos sincrónicos de la purificación y de la contemplación.

Casi en una vuelta al estado primordial del paraíso terrenal (*apokatástasis*), preludio del eterno, su capacidad renovada de participar en la vida divina se abre a la expansión más completa.

«Por medio del Espíritu Santo tenemos: el restablecimiento ¹⁷⁵ en el paraíso, la subida al reino de los cielos, la vuelta a la adopción filial, la confiada libertad de llamar Padre nuestro a Dios, de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz, de tener parte en la gloria eterna y, en general, de estar en la plenitud de la bendición, en esta vida y en la futura,

174. XXVI, 64.

175. *Apokatástasis*: el acento está en el paraíso terrenal. Por el Espíritu, en el bautismo, el hombre recupera su estado original de semejanza con Dios, del que gozó en el paraíso terrenal cuando fue creado.

viendo como en un espejo la gracia de los bienes que nos reservan las promesas y de los que esperamos ansiosos disfrutar por la fe, como si ya estuviesen presentes»¹⁷⁶.

La deificación, lejos de ser una expresión hiperbólica de una potenciación natural de la persona humana, a la manera profana, nos remite, en cambio, a la *apokatástasis*: a la reintegración en la comunión de la vida divina, a la restitución de la originaria semejanza con Dios.

f) La participación de la gloria divina

El hombre alcanza el ápice de la deificación en la participación de la gloria divina. Reintegrado a imagen y semejanza de Dios en el Espíritu –como hemos visto–, el hombre contempla al Padre y al Hijo, y refleja en sí el esplendor de la Trinidad, casi por el simple extenderse hasta nosotros la misma íntima relación esencial que une a las tres Personas.

Pero hay también otra forma de participación en la gloria que las tres Personas se dan mutuamente como expresión altísima de su comunión de amor.

Así, cuando nosotros elevamos nuestra glorificación al Espíritu, y en el Espíritu al Padre y al Hijo, estamos participando en la eterna donación de la gloria de la Trinidad. La nuestra no es más que el reverbero, la extensión, la prolongación de aquello a lo que así tenemos acceso y a lo que estamos unidos.

Por la misma razón, cuando glorificamos al Espíritu Santo y enumeramos sus propiedades y sus alabanzas, inseparablemente –y no de otro modo– esta-

mos glorificando también a Dios Padre y al Señor Jesús:

«Y tengo para mí que glorificarlo no es otra cosa que enumerar las maravillas que le acompañan... El exponer aquellas maravillas es, sin más, efectuar la más grande glorificación. Nosotros, efectivamente, no podemos glorificar al Padre de nuestro Señor Jesucristo¹⁷⁷ y a su Hijo unigénito de otra manera que exponiendo, según nuestras fuerzas, las maravillas del Espíritu»¹⁷⁸.

*El ministerio del Espíritu está en la gloria*¹⁷⁹. Por eso todos nosotros, contemplando a cara descubierta la gloria del Señor, seremos transformados en aquella misma imagen, de gloria en gloria, según la acción del Espíritu del Señor¹⁸⁰.

La alabanza y la gloria que la Iglesia eleva a la Trinidad en su liturgia es obra principal del Espíritu. Por eso dar gloria al Padre y al Hijo diciendo «con» el Espíritu Santo o «en» el Espíritu Santo es igualmente justo. En el primer caso, se expresa la paridad y comunión de gloria del Espíritu con el Padre y con el Hijo, y en el segundo, la participación que de esa misma gloria se nos ha dado a nosotros: las dos realidades que se coadunan en el sacramento.

Solamente, pues, el Espíritu es el fundamento vivo de nuestro bautismo recibido en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu, de nuestra profesión de fe, de nuestra doxología elevada conjuntamente al Padre, al Hijo y al Espíritu, puesto que de los Tres juntos tenemos el ser, y por los Tres juntos vivimos.

177. 2 Co 1, 3.

178. XXIII, 54.

179. 2 Co 3, 8.

180. Cf. XXIV, 55.

VI. ORIGINALIDAD, IMPORTANCIA HISTÓRICA, INFLUJO DEL TRATADO.

Basilio miró con confianza ¹⁸¹ a Atanasio, que fue el primero en tomar enérgicamente postura en defensa del Espíritu Santo.

De las *Cartas a Serapión* ¹⁸² –sobre todo de la primera– Basilio recogió una cantidad considerable de temas y de argumentaciones que constituyen el núcleo común a los dos escritos. A veces apenas se oye resonar el eco, a veces retoma textualmente sus palabras ¹⁸³. Así, a la primera, uno no puede substraerse a la impresión de que Basilio depende directamente de Atanasio. Son muchas las afirmaciones en común, apoyadas siempre por el testimonio de la Sagrada Escritura. La naturaleza del Espíritu tiene los caracteres de la divinidad, los mismos del Padre y del Hijo; realiza las mismas obras en una íntima e irrompible asociación con ellos; participa de los mismos atributos del Padre y del Hijo como conse-

181. En la *Ep.* 82, le escribía: «Cuando nos volvemos para mirar a tu Gravedad y reflexionamos que tú eres el médico reservado por nuestro Señor para las enfermedades que sufren las Iglesias, de nuevo tomamos nuestros razonamientos y por la esperanza de días mejores, nos levantamos de la caída en la desesperación».

182. Las escribió Atanasio hacia el 360, en respuesta al obispo de Tmuis, pequeña ciudad del delta del Nilo, quien, alarmado por las afirmaciones heréticas de los «trópicos», le había pedido sus confortadoras luces. De integérrima fe nicena, Atanasio desarrolló en estas cartas su vigorosa reflexión, que abrió un nuevo camino a la pneumatología.

183. Esto se debe también al hecho de que los dos escritos se han hallado a poca distancia en el tiempo a la hora de tener que combatir las mismas afirmaciones heréticas: que el Espíritu Santo es una creatura, que es solamente un espíritu ministerial, de servicio. Cf. X, 25 y *A Serapión* I 1 y *passim*.

cuencia de su familiaridad de naturaleza con el Padre y con el Hijo ¹⁸⁴; respecto al Hijo, se halla en la misma relación en que se halla el Hijo respecto del Padre ¹⁸⁵.

El Espíritu Santo crea los ángeles, consolida los cielos, actúa en Moisés, inspira a los profetas, obra la encarnación del Verbo, le asiste en su vida terrenal y guía a los santos ¹⁸⁶. En su acción es inseparable del Padre y del Hijo, pues la operación de la Trinidad es siempre única ¹⁸⁷. El Espíritu santifica, vivifica, deifica. Por obra del Espíritu Santo nosotros renacemos de arriba, por la gracia de adopción que se nos dio en el bautismo ¹⁸⁸.

El Espíritu se revela así verdaderamente de Dios, Espíritu del Padre y del Hijo. En él la Trinidad es perfecta ¹⁸⁹.

Único e indivisible, aunque sea participado por todos ¹⁹⁰, está presente en todas partes y no está circunscrito ¹⁹¹, es santo y bueno por naturaleza propia ¹⁹².

184. Cf. XIX, 48 *ek tes katà tèn physin oikeiôtetos*; *A Serapión* I 25, donde Atanasio afirma que el Espíritu es propio del Hijo, según la substancia, y no ajeno a Dios.

185. Cf. XVII, 43. Es ésta la afirmación fundamental de la teología trinitaria de Atanasio, quien, por tres veces, remacha que «la relación de naturaleza que el Espíritu tiene respecto al Hijo es idéntica a la del Hijo respecto al Padre». *A Serapión* I 21, 1; III 1, 1.5.

186. XVI 37-38; XIX 49; *A Serapión* I 12, 3; 13, 1-4; 19, 10; 31, 1-8; III 5, 2; 6, 4.

187. XIII, 30; XVI, 40; XVIII, 45; *A Serapión* I 112, 5; 20, 7-8; 31, 4-7; III 5, 2; 6, 4.

188. Cf. X, 26; XIII, 29; XIX, 49; XVI, 38; XXIV, 56; *A Serapión* I 22, 4; 23, 2; 24, 1-3.

189. XVIII, 45-46; XIX, 48; *A Serapión* I 25, 1-6.

190. XVIII, 45; Cf. XVI, 37; XXIV, 57; *A Serapión* I 27, 1-3; III 3, 5.

191. XXII, 53; XXIII, 54; *A Serapión* I 26, 5; III 4, 2-3.

192. XVIII, 47; *A Serapión* I 23, 1.

Por la iluminación del Espíritu, vemos nosotros en el Hijo *la imagen de Dios invisible* ¹⁹³, el *esplendor de su gloria* ¹⁹⁴, porque el Padre se ha impreso en él todo entero, y recibimos la irradiación de su gloria, y su impronta nos reconduce al sello del mismo diseño ¹⁹⁵.

Entre las afirmaciones comunes más importantes, destacan todavía la de la unicidad de Dios ¹⁹⁶, la del acuerdo entre la Sagrada Escritura y la tradición ¹⁹⁷, la de la importancia de la fórmula trinitaria bautismal, de la única fe y del único bautismo ¹⁹⁸, la de la verdadera adoración en espíritu ¹⁹⁹, la del pecado contra el Espíritu Santo ²⁰⁰.

193. Col 1, 15.

194. Hb 1, 3.

195. VI, 15; XVIII, 46-47; XXVI, 64; cf. también la síntesis de la *Ep.* 226, del 375, dirigida a sus monjes: «Nosotros confesamos lo que hemos recibido, esto es, que el Paráclito ocupa un puesto junto con el Padre y el Hijo, y no se cuenta con las creaturas. Creemos, efectivamente, en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, y somos bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por eso nunca rompemos la unión del Paráclito con el Padre y con el Hijo. En efecto, nuestra inteligencia, iluminada por el Espíritu, contempla al Hijo, y en él, como en una imagen, contempla al Padre. Por tanto nosotros no inventamos los nombres por nuestra cuenta, sino que al Espíritu Santo lo llamamos también Paráclito, y no queremos destruir la gloria que se le debe». Atanasio se dedica más veces al tema del Espíritu potencia iluminadora del Hijo, imagen del Hijo como el Hijo es imagen del Padre. Sobre el tema de la luz, cf. *A Serapión* I 19, 2-5; 30, 7; sobre el tema de la imagen, I 20, 5-6; 24, 6; 26, 4; IV 3, 3; sobre el tema del sello, I 23, 4-6; III 3, 1-2.

196. XVI, 37; *A Serapión* I 29, 1; 30, 5; 31, 1.

197. XXVII, 66; XXIX, 71; *A Serapión* I 32.

198. X, 24; XII, 28; XV, 35; *A Serapión* I 30, 1-3; III 6.

199. XVIII, 46; XXV-XXVI; *A Serapión* I 33, 4-5.

200. XVI, 7; XVIII, 46; *A Serapión* IV 8-23: el tema tiene en Atanasio el tratamiento más amplio y sistemático.

Si se mira con más atención, se comprobará, no obstante, que Basilio ha ido más allá que Atanasio.

Ha alargado considerablemente el número de los testimonios bíblicos y ha ampliado la búsqueda a los testimonios de la tradición.

Su exégesis, además, se despegas de la de Atanasio, por los diversos desarrollos y porque asume un carácter más especulativo e intelectual ²⁰¹.

Con bastante frecuencia, Basilio reelabora, reutiliza de modo variado y, de hecho, renueva substancialmente los temas y los argumentos de Atanasio. Así él aporta al debate pneumatológico profundizaciones más articuladas, más finas, más penetrantes.

Sobre todo profundiza en las propiedades de las hipóstasis y en el misterio de la procesión del Espíritu Santo.

Atanasio, antiguo niceno, afirmaba con fuerza la distinción de las hipóstasis en la unidad de esencia de la Trinidad, limitándose a arrimar los pasajes escriturísticos de modo que se expliquen entre ellos mismos. Basilio, en cambio, homeoousiano, difiere en el describir las propiedades específicas del ser Padre, del ser Hijo, del ser *Pneuma*: «Soplo del Padre y del Hijo», y su distinta aportación a la acción creadora y salvífica ²⁰².

Atanasio se para en el umbral del misterio insondable e inefable de la procesión del Espíritu Santo «del

201. A modo de ejemplo, véase Jn 17, 10: *Todo lo tuyo es mío*, citado por Atanasio dos veces: II 2, 2 y 2, 7, para afirmar la paridad de los atributos del Padre y del Hijo. Basilio en cambio recoge en él la razón profunda por la que el Hijo posee todo junto al Padre: «*Lo tuyo es mío*: como si de ahí le viniera la causa de su crear», VIII, 42.

202. Recurre, como se recordará, a la distinción que los estoicos hacían de causa primera, eficiente y perfeccionante, cf. XVI, 38.

Padre como soplo de su boca», que él afirma basándose en Jn 15, 26 y en el Salmo 32, 6, interpretado ya tradicionalmente en sentido trinitario, y se limita a advertir enérgicamente a los «trópicos» que lean los pasajes bíblicos de modo conforme a la realidad divina, y no quieran desnaturalizarlos toscamente suponiendo que, si el Espíritu Santo no es creatura, entonces es Hijo, con lo que habría en la Trinidad dos hermanos, él y el Verbo, o bien que si el Espíritu toma del Hijo ²⁰³, entonces el Padre es abuelo y el Espíritu Santo su nieto ²⁰⁴.

Además, el Espíritu Santo es a la vez Espíritu del Padre y del Hijo, porque *todo lo que tiene el Padre es del Hijo*.

Si es verdad que el Padre envía al Espíritu ²⁰⁵, es también verdad que el Hijo, espirando, lo da a sus discípulos ²⁰⁶, pues todo lo que tiene el Padre es del Hijo ²⁰⁷.

Atanasio procede acumulando pasajes de la Escritura que se integran, refuta el error poniendo en evidencia la contradicción con la Escritura ²⁰⁸, se limita a afirmar la verdad ²⁰⁹.

203. Cf. Jn 16, 14.

204. Cf. *A Serapión* IV 1, 4.

205. Cf. Jn 14, 26.

206. Cf. Jn 20, 22.

207. Cf. Jn 16, 15.

208. «Quizás... también vosotros os digáis: “Si decimos que es Hijo, oiremos respondernos: ¿Dónde está escrito? En cambio, si decimos que no lo es, tememos que digan: ¿Cómo entonces está escrito: *Nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios* (1 Co 2, 12)?”», *A Serapión* IV 2, 4.

209. «Como el Padre no podría nunca ser Hijo, así el Hijo tampoco podría nunca convertirse en Padre. Y como el Padre nunca cesará de ser solamente Padre, tampoco el Hijo cesará nunca de ser solamente Hijo. Por tanto es una locura hasta sólo pensar y decir

Basilio es consciente de la insuficiencia del lenguaje humano para expresar este misterio tan lejano e infranqueable para nuestra mente, pero pone todo su empeño en decir algo más para ilustrar la doble y diversa derivación del Hijo y del Espíritu. Mediante las analogías, aunque inadecuadas, de la generación del Hijo como derivación de la imagen, y de la procesión del Espíritu como soplo, Basilio hace pensar en el eterno fluir de la plenitud de la vida divina del Padre al Hijo, y del Padre y del Hijo al Espíritu Santo, «substancia viviente, que tiene poder de santificar», «Espíritu de Cristo, al que está íntimamente unido por naturaleza»²¹⁰.

Partiendo de las afirmaciones de Atanasio, Basilio conseguía encontrar la respuesta deseada: no dos hermanos o un nieto y un hijo en la Trinidad, sino dos Personas iguales por esencia y distintas por el modo de su derivación del Padre, y por su diferente aportación en la vida *ad intra* de la Trinidad y en sus operaciones *ad extra*. Por esta razón no se puede conocer a Dios plenamente, ni vivir perfectamente de fe sin el conocimiento de las tres Personas divinas.

Incluso la doctrina –en germen todavía en Atanasio– del Espíritu Santo como potencia que ilumina, santifica y perfecciona a las creaturas hasta su deificación, alcanza en Basilio una profundidad y una fascinación enteramente nuevas y, ciertamente, como consecuencia del hecho de que tal potencia mana del seno mismo de

que al nombre del Hijo se le puede añadir el de hermano, y al nombre del Padre, el de abuelo. En las Escrituras, al Espíritu no se le llama Hijo, para que no se le tenga por hermano; ni se le llama hijo del Hijo, para que no se piense en el Padre como en un abuelo. Pero al Hijo se le llama Hijo del Padre, y al Espíritu, Espíritu del Padre», *A Serapión* I 16, 5-6.

210. XVIII, 46; cf. XVI, 38.

la Trinidad, donde el Espíritu Santo procede eternamente del Padre, Espíritu del Padre y del Hijo, igual en la gloria. Dándose a las creaturas racionales y revelándoles al Padre y al Hijo, las convierte en sí en «imágenes» de la Trinidad, y extiende hasta ellas, por participación, la vida y la gloria divina que le es propia por naturaleza. En esta luz, los innumerables aspectos de la divinización –la contemplación, la purificación, la renovación bautismal, el valor de la Iglesia, de los sacramentos, de la liturgia, de la imitación de Cristo– adquieren un relieve particularmente sugestivo, aunque no se dedique a ellos un tratamiento sistemático.

La filosofía tiene una parte notable en el tratado de Basilio y le confiere un carácter especialmente intelectual, una inconfundible finura de penetración, solidez de pensamiento, que se desarrolla progresivamente siguiendo líneas directrices fuertes y sostenidas²¹¹, precisiones e incidencia expresiva y vigor dialéctico.

Enriquecimientos temáticos, conceptos a los que Basilio recurre como instrumentos especulativos y dialécticos para analizar tales o cuales afirmaciones en el ámbito teológico o espiritual, frecuentes préstamos terminológicos... son de derivación platónica, aristotélica, estoica, neoplatónica²¹².

211. Etapas fundamentales de ese desarrollo son los cc. XVI, XVIII, XX, XXI y XXV.

212. Se advierte el eco del inolvidable mito platónico de la caverna (*Rep.* 6 y 7) en la sombra de los acontecimientos prefigurativos del Antiguo Testamento, en el c. XIV, 33; la clara reminiscencia platónica de la contemplación que purifica al alma y eleva la mente por encima de las pasiones (*Fed.* 67a y 79cd) en el c. XXII, 53, revigorizada por la lectura de las *Enéadas* de Plotino, que hace del conocimiento el camino de la deificación. Aristotélico es el concepto de tiempo (cf. VI, 14), de potencia y acto (XXVI,

Sin embargo, Basilio recurre a los filósofos, casi como un paso obligado, pero con sentida incomodidad, como la mayor parte de los escritores cristianos antiguos. Advierte su necesidad, pero a la vez la obligación de separar a la doctrina de su primacía, para reducirlos a instrumentos al servicio de la verdad de fe²¹³. También por este camino Basilio sobrepasa a Atanasio, mostrando la propia originalidad en la elaboración de su pneumatología²¹⁴.

Con cautela circunspecta y con un equilibrio no alcanzado hasta entonces, Basilio ha intentado proveer al silencio de los Padres del Concilio de Nicea y al silencio de las doctrinas y de las proclamaciones, y ha preparado así, como precursor, la definición dogmática

61), que son aplicados para demostrar la coeternidad del Padre y del Hijo, y para ilustrar la inhabitación del Espíritu Santo en el alma. Estoica es la teoría de las causas, aplicada a la obra de las Personas en la creación (cf. III, 5; XVI, 38; se resume parcialmente en VIII, 21 y XXVI, 61); la idea de *pneuma* incorpóreo (*asómaton*), guía o rector (*hegemonikón*) IX, 22), de *apatheia* que, sin embargo, se transforma profundamente para significar la impassibilidad que nos logró la Pasión de Cristo (VIII, 18), la distinción entre palabra interior y palabra pronunciada (*lógos endiathetos* y *lógos prophorikós*) aplicada a la inspiración del Espíritu (XXVI, 61): conceptos absorbidos, sin embargo, y profundamente modificados por los contextuales temas bíblicos, de muy diverso planteamiento teológico.

213. En este sentido, y no en otro, deben entenderse las expresiones que parecen ostentar repulsa por la «vana filosofía», los «foráneos» (cf. III, 5; IV, 6) fuertes en vanidad (cf. XVII, 41). Es la postura que Basilio tomó también en su *Discurso a los jóvenes*, siguiendo, por lo demás, a Col 2, 8 y Ef 5, 6, que proclaman la prioridad de la sabiduría.

214. En Atanasio, *Cartas a Serapión* I 31 y III 4, no hallamos nada que se corresponda con el c. XVI, 38 del tratado de Basilio, sobre la participación trinitaria en la creación de los ángeles.

de la consubstancialidad divina del Espíritu Santo, proclamada en el Concilio de Constantinopla en el 381: «Creemos en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas».

Su tratado *Sobre el Espíritu Santo* asumió el valor de fuente y se hizo paradigmático para los tratados pneumatológicos sucesivos.

Ambrosio, escribiendo poco después su *De Spiritu Sancto*, recurrió ampliamente al tratado de Dídimo el Ciego, que, de carácter más divulgador, debió de parecerle más idóneo para los lectores occidentales, menos preparados que los orientales para las cuestiones pneumatológicas; esporádicamente acude también a las *Cartas a Serapión* de Atanasio; y en algunas secciones, acude directamente al tratado de Basilio ²¹⁵.

Menos fácil es discernir un influjo directo en lo que San Agustín insertó en su *De Trinitate* ²¹⁶.

Pero, cuando Basilio afirma originalmente que en la única *ousía* divina el Espíritu Santo procede del Padre de modo distinto que el Hijo, del que recibe todo, parece que está ya preludiando y en cierto modo facilitando el paso sucesivo que dará la intuición agustiniana en el sentido de que el Espíritu Santo es *quaedam consubstantialis communio*: el Amor del Padre y del Hijo.

215. En II 70-84 retoma la polémica sobre la diferencia de significado entre decir «en el Espíritu» y «con el Espíritu», del c. XXV, 58-59 de Basilio; en II 87-100, retoma la discusión de las expresiones «de él», «por él» y «en él», que se halla en los cc. II, 4 - V, 10; y en III 92a-94, retoma la acusación de triteísmo, rechazada por Basilio en el c. XXII, 52.

216. Cf. XV, 17, 27-28, 50.

BIBLIOGRAFÍA

1. OBRAS DE BASILIO

Obras completas, ed. J. Garnier - P. Maran: PG 29-32.
Opere ascetiche, a cura di U. Neri, traduzione di M. B. Artioli («Classici delle Religioni», UTET), Turín 1980.

Homélies sur la richesse. Edition critique et exégétique, par Y. Courtonne, París 1935.

Homélies sur l'Hexaéméron, par S. Giet (SC 26bis), París 1968.

Homilia. Als joves, sobre la utilitat de la literatura grega por J. O'Callaghan (Fundació Bernat Metge 231), Barcelona 1985.

Discorso ai giovani (Oratio ad adolescentes), con la versione latina di L. Bruni. A cura di M. Naldini (Biblioteca Patristica 3), Florencia 1984.

Saint Basile aux jeunes gens sur la manière de tirer profit des lettres helléniques, par F. Boulenger (Collection des Universités de France), París 1935.

Il battesimo, a cura di V. Neri (Testi e ricerche di scienze religioe 12) Brescia 1976.

Sur le Baptême, par V. Neri - J. Ducatillon (SC 357), París 1989.

Contre Eunome, par B. Sesboué -L. Doutreleau -G. M. Durand, 2 vols (SC 299 y 305), París 1982-1983.

Lettres, par Y. Courtonne (Collection des Universités de France) 3 vols, París 1957-1966.

Epistolario, a cura di A. Regaldo Raccone, Ancona 1966.

- Le lettere*, a cura di M. Forlin Patrucco, vol. I («Corona Patrum» 11) Turín 1983.
- Le traité du Saint-Esprit*, par A. Maigna -Th. Camelot («Les Pères dans la foi»), París 1979.
- Lo Spirito Santo*, a cura di G. Azzali Bernardelli (Collana di testi patristici 106), Roma 1993.
- Sobre l'Esperit Sant*, por J. Vives -J. O'Callaghan (Clàssics del Cristianisme 19), Barcelona 1991.
- Sur le Saint-Esprit*, par B. Pruche (SC 17bis), Paris 1968.
- The Treatise of Basil the Great on the Holy Spirit*, by G. Lewis («Christian classics series» Religious Tract Society), Londres 1888.
- Ueber den Heiligen Geist*, von M. Blum, Friburgo de Br. 1968.
- L'esperienza di Dio nei Padri Greci. Il trattato «Sullo Spirito Santo» di Basilio di Cesarea*, a cura di E. Cavalcanti, Roma 1984.

2. ESTUDIOS Y TEXTOS

- Amand de Mendieta E., *The «Unwritten» and «Secret» Apostolic Tradition in the Theological Thought of St. Basil of Caesarea*, «Scottish Journal of Theology. Occasional Papers», n.13, Edimburgo-Londres 1965.
- , *The Pair «kerygma» and «dogma» in the Theological Thought of St. Basil of Caesarea*, «The Journal of Theological Studies», n. s. (1965) 129-142.
- Ambrosio, *Opere Dogmatiche, II. Lo Spirito Santo*, a cura di C. Moreschini, Roma 1979.
- Atanasio, *Lettere a Serapione. Lo Spirito Santo*, a cura di E. Cattaneo, Roma 1986.
- Bellazzi P., *Il fine ultimo dell'uomo*, en S. Basilio Magno, «Scrinium Theologicum», II Alba 1954.
- Bolgiani F., *La théologie de l'Esprit-Saint. De la fin du Ier siècle après J. C. au Concile de Constantinople*

- (381), «Les quatre fleuves», 9, París 1979, pp. 33-72.
- Cavalcanti E., *Studi eunomiani*, «Orientalia Christiana Analecta», 202, Roma 1976.
- , «Theognosia» per mezzo dello Spirito e inconoscibilità dello Spirito nel *De Spiritu Sancto* di Basilio di Cesarea, «Augustinianum», 3 (1979) 403-414.
- , *Lineamenti del dibattito sullo Spirito Santo da S. Basilio al Concilio di Costantinopoli del 381*, en *Spirito Santo e Catechesi Patristica*. Atti del Convegno di studio e aggiornamento della Facoltà di Lettere cristiane e classiche del Pontificio Istituto Altioris Latinitatis (Roma, 6-7 marzo 1982), Roma 1983, pp. 75-92.
- Cignelli L., *Studi Basiliani sul rapporto «Padre-Figlio»*, «Studium Biblicum Franciscanum» Analecta n. 15, Jerusalén 1982.
- Congar Y. M., *El Espíritu Santo* (Biblioteca Herder 172), Barcelona 1983.
- Christou P. C., *L'enseignement de St. Basile sur l'Esprit Saint*, en «Vigiliae Christianae», 23 (1969) 86-92.
- De Andía Y., *In lumine tuo videbimus lumen* (Ps. 35, 10). *L'illumination par l'Esprit dans le «De Spiritu Sancto» de Saint Basile*, en *Mémorial Dom Jean Gribomont (1920-1986)*, Roma 1988, pp. 59-74.
- Dehnhard H., *Das Problem der Abhängigkeit des Basilii von Plotin. Quellenuntersuchungen zu seinem Schriften De Spiritu Sancto* («Patristische Texte und Studien», 3), Berlín 1964.
- Di Berardino A., *La Cappadocia al tempo di S. Basilio*, en *Mémorial Dom Jean Gribomont*, cit., pp. 167-182.
- Didimo il Cieco, *Lo Spirito Santo*, a cura di Celestino Noce, Roma 1990.
- Dörries H., *De Spiritu Sancto. Der Beitrag des Basilii zum Abschluss des trinitarischen Dogmas*, Gotinga 1956.

- Evdokimov P.N., *La conoscenza di Dio secondo la tradizione orientale*, Roma 1983.
- Gain B., *L'église de Cappadoce au IV e siècle d'après la correspondance de Basile de Césarée (330-379)*, Orientalia Christiana Analecta 225, Roma 1985.
- Giet S., *Les idées et l'action sociales de S. Basile*, Paris 1941.
- Girardi M., *Le «nozioni comuni» sullo Spirito Santo in Basilio Magno (De Spiritu Sancto 9)*, «Vetera Christianorum», 13 (1978) 269-288.
- , *«Semplicità» e ortodossia nel dibattito antiariano di Basilio di Cesarea: la raffigurazione dell'eretico*, «Vetera Christianorum», 15 (1978) 51-74.
- , *Basilio di Cesarea e il culto dei Martiri nel IV secolo. Scrittura e Tradizione*. Quaderni di «Vetera Christianorum», 21, Bari 1990.
- Gregorio de Nisa, *Vida de Macrina. Elogio de Basilio*. Tr. L. F. Mateo-Seco (Biblioteca de Patrística n. 31) Madrid, 1995.
- Gribomont J., *Le Monachisme au IVe siècle en Asie Mineure: de Gangres au Messalianisme*, en *Studia Patristica*, II («Texte und Untersuchungen», 74) Berlin 1957, pp. 400-415.
- , *Eustathe le Philosophe et les voyages du jeune Basile de Césarée*, «Revue d'Histoire Ecclésiastique», 54 (1959) 115-124.
- , *Saint Basile*, en *Théologie de la vie monastique* («Théologie», 49), Paris 1961, pp. 99-113.
- , *Esotérisme et Tradition dans le Traité du Saint-Esprit de Saint Basile*, «Oecumenica», 2 (1967) 22-58.
- , *Intransigencia e irenismo en san Basilio. Introducción al «De Spiritu Sancto»*, «Estudios Trinitarios», 9 (1975) 227-243, revisado y publicado en «Word and Spirit». A Monastic Review. In Honour of St. Basil the Great, 1 (1979) 109-136.

- , *S. Basile, en Commandements du Seigneur et libération évangélique. Etudes monastiques*, «Studia Anselmiana», 70, Roma 1977, pp. 81-138.
- , *Un aristocrate révolutionnaire au IV^e siècle oriental, évêque et moine: saint Basile*, «Augustinianum», 17 (1977) 179-192.
- , *Saint Basile et le monachisme enthousiaste*, «Irenikon», 53 (1980) 123-144.
- , Artículos recogidos en *Évangile et Église. Mélanges*, 2 vols., Bégrolles en Mauges 1983.
- Hanson R. P. C., *Basile et la doctrine de la Tradition en relation avec le Saint-Esprit*, en «Vigiliae Christianae», 22 (1968) 241-255.
- Hauschild W.D., *Gottes Geist und der Mensch. Studien zur frühchristlichen Pneumatologie*, «Theologische Abhandlungen», 63, Munich 1972.
- Janeras S., *San Basilio en la historia de la liturgia*, en «Phase», 20 (1980) 475-492.
- Lavatori R., *Lo Spirito Santo e il suo mistero. Esperienza e teologia nel trattato «Sullo Spirito Santo» di Basilio*, Ciudad del Vaticano 1986.
- Luislampe, P., *Spiritus vivificans. Grundzüge einer Theologie des Heiligen Geistes nach Basilius von Caesarea*, Münster 1981.
- Mazzanti G., *Passioni e libertà umana in S. Basilio Magno*, en *Mémorial Dom J. Gribomont*, cit., pp. 419-432.
- Moreschini C., *Aspetti della pneumatologia in Gregorio Nazianzeno e Basilio*, en *Basilio di Cesarea. La sua età, la sua opera e il Basilianesimo in Sicilia*. Atti del Congresso Internazionale (Messina, 3-6 XII 1979), Messina 1983, pp. 567-578.
- Naldini M., *La posizione culturale di Basilio Magno*, *ibid.* pp. 199-216.
- Orphanos M.A., *Creation and Salvation according to*

- St. Basil of Caesarea*, Atenas 1975.
- Ortiz de Urbina I., *Caratteristiche dell'ecumenismo di S. Basilio*, «Augustinianum», 19 (1979) 389-401.
- Pelikan J., *The «Spiritual Sense» of Scripture: the Exegetical Basis for St. Basil's Doctrine of the Holy Spirit*, en P. J. Fedwick (Ed.), *Basil of Caesarea: Christian, Humanist, Ascetic. A sixteen-Hundredth Anniversary Symposion*, I, Toronto 1981, pp. 337-360.
- Petri Ch., *Le débat pneumatologique à la veille du Concile de Constantinople (358-381)*, en *Credo in Spiritum Sanctum*, I, Ciudad del Vaticano 1983, pp. 55-87.
- Prestige G. L., *Dios en el pensamiento de los Padres* (Koinonia, 5), Salamanca 1977.
- Pruche B., «Dogma» et «kerygma» dans le traité sur le Saint Esprit de s. Basile de Césarée en Cappadoce, en *Studia Patristica*, IX (Texte und Untersuchungen, 94), Berlín 1966, pp. 257-262.
- Rendina S., *La contemplazione negli scritti di S. Basilio Magno*. Roma 1959.
- Ryk M., *L'Esprit Saint dans notre vie selon la théologie orientale*, en *Credo in Spiritum Sanctum*, I, Ciudad del Vaticano 1983, pp. 423-444.
- Scazzoso P., *S. Basilio e la Sacra Scrittura*, «Aevum», 47 (1973) 210-224.
- , *Introduzione alla ecclesiologia di San Basilio* («Studia Patristica Mediolanensia», 4), Milán 1975.
- Simonetti M., *Note sulla teologia trinitaria di Origene*, «Vetera Christianorum», 8 (1971) 273-307.
- , *La Tradizione nella controversia ariana. Conferenze Patristiche, II. Aspetti della Tradizione*, «Studia Ephemeridis «Augustinianum»», Roma 1972, pp. 37-50.
- , *La crisi ariana nel IV secolo*, Roma 1975.

- , *Genesi e sviluppo della dottrina trinitaria di Basilio di Cesarea*, en *Basilio di Cesarea. La sua età, la sua opera e il Basilianesimo in Sicilia*. Atti del Congresso Internazionale (Messina 3-6 XII 1979), Messina 1983, pp.169-197.
- Spidlík T., *Lo Spirito Santo nella catechesi di S. Basilio. La docilità allo Spirito Santo*, en *Spirito Santo e Catechesi Patristica*, Roma 1983, pp. 33-45.
- , *La sophiologie de S. Basile*, Orientalia Christiana Analecta 162, Roma 1961.
- Verhees J., *Pneuma, Erfahrung und Erleuchtung in der Theologie des Basilius des Grossen*, «Ostkirchliche Studien», 25 (1976) 43-59.
- , *Die Bedeutung der Transzendenz des Pneuma bei Basilius*, *ibid.*, pp. 285-302.
- Wolfson H. A., *La filosofia dei Padri della Chiesa*, Brescia 1978.
- Yanguas Sanz J. M., *Pneumatología de San Basilio. La divinidad del Espíritu Santo y su consustancialidad con el Padre y el Hijo*, Pamplona 1983.

Nota. La traducción recogida en el presente volumen se ha realizado sobre la edición crítica preparada por B. PRUCHE, Sources Chrétiennes, n. 17 bis, París 1968, habiendo tenido así mismo a la vista, en todo momento, la edición de Migne, PG 32, 67-217.

Basilio de Cesarea
EL ESPÍRITU SANTO

*DE NUESTRO SANTO PADRE BASILIO
ARZOBISPO DE CESAREA DE CAPADOCIA
SOBRE EL ESPÍRITU SANTO,
AL SANTO OBISPO DE ICONIO, ANFILOQUIO*

Capítulo I

PROEMIO, EN QUE SE AFIRMA LA NECESIDAD
DE INVESTIGAR SOBRE LAS PARTES MÁS PEQUEÑAS
DE LA TEOLOGÍA ¹

1. Alabo tu ansia de aprender y tu manso carácter, mi querido y apreciadísimo entre todos, hermano Anfiloquio, y me complazco sobremanera en la sólida prudencia de tu pensamiento, que te hace juzgar necesario el no dejar tras de ti, sin haberla escudriñado a fondo, ni una sola voz de cuantas se acostumbra a proferir en toda utilización de la palabra acerca de Dios. Bien escuchaste, efectivamente, el consejo: *Quien pide recibe*,

1. Teología significa aquí propiamente «doctrina del misterio de Dios», más concretamente aún, del misterio trinitario. En este tratado, teología se utiliza con la misma acepción otras dos veces: XVIII, 45 y 47. En los Padres del s. IV toma este significado específico, distinto y a veces contrapuesto al de «economía», que designaba el misterio de la encarnación redentora de Cristo. Así Basilio mismo, p. ej., en su tratado *Contra Eunomio*, afirma que es preciso confesar tanto la «teología» como la «economía». Aquí, pues, ya desde el proemio, intenta precisar el ámbito exacto de su investigación, y demostrará que un simple monosílabo puede tener gran importancia.

y quien busca encuentra ², y me parece que tu donosura en el pedir haría levantarse hasta al más perezoso y condescender.

Pero lo que más admiro de ti es que no propones las preguntas por probarme, como la mayoría de la gente de hoy, sino por descubrir lo que es la verdad misma. Sobreabundan ahora, efectivamente, quienes son todo oídos y no paran de preguntarnos ³, pero dar con un alma ávida de aprender y que busque la verdad para curar su ignorancia es difícilísimo ⁴. En efecto, como trampa de cazadores y emboscada de enemigos, tienen bien oculto y a punto el engaño las preguntas de la gente, que alega razones, no para sacar de ellas alguna utilidad, sino para, en el caso de no hallar las respuestas según sus gustos, dar la impresión de tener un justo motivo de guerra ⁵.

2. Ahora bien, *si se cuenta como sabio al necio que pregunta* ⁶, ¿en cuánto estimaremos al oyente inteligente al que el profeta empareja con el *Consejero*

2. Lc 11, 10.

3. Basilio denuncia así ya el clima de conflictividad subterránea en el cual está a punto de instaurarse la disputa sobre la naturaleza del Espíritu Santo. Parece estar oyéndose el eco de las preguntas de los fariseos, que ocultaban su intención de poner a prueba y engañar al Señor.

4. Sobre la lealtad de Anfiloquio, véase cómo comienza Basilio sus *Cartas* 188 y 189: PG 32 664BC y 716C.

5. Basilio pone así en evidencia cómo la rectitud y la sinceridad de intenciones que mueven la pregunta del amigo y discípulo Anfiloquio contrastan con la hipocresía farisaica de las insistentes interpelaciones de los pneumatómacos.

6. Cf. Pr 17, 28, según los LXX, que difieren del texto hebreo y del de la Vulgata: *Aun el necio, cuando calla, es contado por sabio; por entendido, el que cierra sus labios.*

admirable ?? Justo es, con mayor razón, no sólo considerarlo digno de toda aprobación, sino también hacerle progresar, compartiendo su celo y ayudándole en todo, ante la urgencia de terminar. Efectivamente, el no escuchar con negligencia el lenguaje teológico, sino intentar investigar el sentido latente en cada vocablo y en cada sílaba no es propio de hombres perezosos respecto de la piedad ⁸, sino de quienes conocen la finalidad de nuestra vocación: se nos ha propuesto el asemejarnos a Dios, en cuanto le es posible a la naturaleza humana ⁹.

Pero asimilación no se da sin conocimiento, y el conocimiento proviene de lo que se ha enseñado ¹⁰. Ahora bien, la palabra ¹¹ es el principio de la enseñanza, y las partes de la palabra son sílabas y vocablos, por lo que no es un despropósito la investigación de las sílabas ¹².

7. Cf. Is 3, 3; 9, 5

8. *Eusebeia*, que traduciremos constantemente por «piedad», es palabra de acepción intensa y matizada. En este tratado, viene a significar la religiosidad o sentimiento religioso, la fe cristiana y la ortodoxia, por oposición a la herejía.

9. El tema de la asimilación a Dios, que remonta al *Teeteto* de Platón (176 a-b), se incorpora tempranamente a la teología de los Padres, casi siempre en relación con Gn 1, 26 y 1 Co 11, 1, y evoluciona hacia el concepto de divinización del hombre; cf. J. DANIELOU, *Message évangélique et culture hellénistique aux I^{le} et III^e siècles* (Tournai 1961) p. 114s.

10. Cf. Rm 10, 14.

11. Palabra: aquí debe entenderse en el sentido más amplio: palabra pensada interiormente y palabra expresada externamente para comunicar el pensamiento, es decir, el lenguaje, la facultad humana de pensar y de expresar el pensamiento articulando los sonidos.

12. En cuanto que también las sílabas y las voces son portadoras del pensamiento y pueden determinar y condicionar su ex-

Las preguntas, en verdad, no porque puedan parecer pequeñas merecen que se las mire con descuido, al contrario, tenemos que investigarlas desde todas partes, porque la verdad es difícil de cazar ¹³.

Porque, si también la adquisición de la piedad va aumentando en pequeñas dosis, lo mismo que las artes, nada pueden pasar por alto quienes son introducidos en el conocimiento ¹⁴, de modo que si alguien despreciara como ínfimos los primeros elementos ¹⁵, nunca alcanzaría la sabiduría de los perfectos.

El «sí» y el «no» son dos sílabas. Sin embargo, muchas veces en éstas pequeñas palabras se encierra el mejor de los bienes: la verdad, y el extremo límite de la maldad: la mentira ¹⁶.

¿Y por qué digo esto? ¡Ya hubo entre los mártires por Cristo quien, con sólo haber asentido inclinando su cabeza, fue juzgado cumplidor de la totalidad de la religión!

Ahora bien, siendo esto así, ¿qué vocablo teológico es tan pequeño que, por ser bueno o por lo con-

presión. Basilio alude ya claramente a las preposiciones y conjunciones utilizadas en la doxología trinitaria y que han sido motivo de controversia y la ocasión del tratado.

13. *dysthéretos*, palabra aristotélica, no de Platón.

14. Estos, en el lenguaje eclesiástico, son ordinariamente los catecúmenos. En la traducción hemos conservado la perífrasis de Basilio, convencidos de que aquí está pensando en todos aquellos que necesitan formarse o precisar o profundizar convenientemente el conocimiento de la fe.

15. Puede referirse a las letras del alfabeto como elemento aun menor que la sílaba (cf. Platón, *Crat.* 422a 3; 424b 10).

16. Las sílabas son elementos básicos del discurso teológico, dice Basilio acordándose, sin duda, de la discusión socrática sobre el valor racional de los nexos de las letras en la formación de las sílabas: *Teet.* 202-204.

trario, no pueda tener gran peso en un sentido o en el otro? Porque, si de la Ley no se descuidará una sola iota ni una sola tilde ¹⁷, ¿qué seguridad tendríamos nosotros, si nos saltásemos lo más pequeño?

Pues bien, en cuanto a lo que tú mismo buscabas de nosotros que examinásemos a fondo, son cosas muy pequeñas y muy grandes: pequeñas, por lo corto de su pronunciación, y acaso por ello fácilmente desdeñables, pero grandes por la fuerza de lo significado, a semejanza de la mostaza ¹⁸ que, a pesar de ser la semilla de arbusto más pequeña, si se la cuida convenientemente, se alza a una altura suficiente, por el simple despliegue de la fuerza latente en ella.

Y si alguien se ríe viendo nuestra –por expresarme con el Salmo ¹⁹– charlatanería acerca de las sílabas, sepa que él de su reír cosechará un fruto inútil ²⁰, mientras que nosotros, ni cediendo a las injurias de los hombres ni vencidos por sus desprecios, abandonaremos nuestra búsqueda. Efectivamente, estoy tan lejos de avergonzarme de estas partículas por ser pequeñas que, aunque no alcanzase más que una parte mínima de su valor, me congratularía pensando que me consideran digno de las grandes, y al hermano que investiga conmigo le diría que no es pequeña la ganancia que de ahí le llega. Al ver, pues, que en los pequeños vocablos ²¹ el conflicto es máximo, yo no voy a echarme atrás ante el trabajo, a la espera de la recompensa y pensando que el trata-

17. Cf. Mt 5, 18.

18. Cf. Mt 13, 22.

19. Cf. Sal 118, 85 (LXX).

20. Cf. Platón, *Rep.* 457 13, que se inspira en Píndaro, *Fragm.* 209 (ed. Schröder).

21. Sobre las fórmulas doxológicas utilizadas en la liturgia.

do será fructífero para mí y suficientemente útil para los que escuchen.

Por esto precisamente voy a pasar ya a la explicación, por así decirlo, «con ayuda del propio» Espíritu Santo ²². Si quieres que me encarrile en el discurso, retrocederé un poquito, al origen del problema disputado ²³.

3. Estando yo orando recientemente con el pueblo, porque efectuaba la doxología ²⁴ a Dios Padre en ambas formas: unas veces *con el Hijo y con el Espíritu Santo* ²⁵, y otras *por medio del Hijo en el Espíritu Santo*, algunos de los presentes nos denunciaron, diciendo que habíamos utilizado vocablos extraños y a la vez contradictorios entre sí.

Tú en cambio, sobre todo para serles útiles a ellos, pero también, incluso si están ya totalmente sin remedio, por la seguridad de quienes hayan de frecuentarlos, nos pediste que divulgáramos alguna enseñanza bien clara acerca del valor contenido en estas sílabas. Por consiguiente, habremos de expresarnos con brevedad, cuanta sea posible para quienes se han puesto de acuerdo sobre algún principio del discurso ²⁶.

22. La partícula griega *ge* equivale aquí al entrecomillado de la preposición *syn* que la precede.

23. Basilio anticipa así el argumento del capítulo siguiente: el estar de acuerdo sobre las causas que han originado la controversia es ya un modo de facilitar y de acelerar los tiempos necesarios para hallar la solución deseada y restablecer la claridad debida.

24. Traduciré siempre «doxología» neologismo admitido y comprendido como término técnico litúrgico.

25. *metà*, en compañía de; *syn*, con ayuda de y con, son a veces equivalentes: nuestro «con» cubre las diferentes posibilidades. El pasaje se refiere a su uso especialmente en las doxologías litúrgicas.

26. El concordar sobre las causas es tener más fácil el hallar la solución, cf. supra n. 23.

Capítulo II

QUÉ PRINCIPIO TUVO LA OBSESIÓN DE LOS HEREJES SOBRE LAS SÍLABAS

4. Los melindres de estas gentes sobre las sílabas y los vocablos no son simples, como pudiera parecer, ni conducen a un mal pequeño, sino que encierran una honda y oscura voluntad contra la piedad. Efectivamente, rivalizan en señalar la distinta enunciación del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, para, desde ahí, tener fácil también la demostración de su diferencia de naturaleza.

Suyo es, efectivamente, un viejo sofisma inventado por Aecio, el capitoste de esta herejía ²⁷, quien, escribiendo en alguna parte de sus cartas, dice: «Las cosas que son diferentes en su naturaleza se enuncian de manera diferente, y viceversa, las que se enuncian de diversa manera son diferentes en su naturaleza». Y en testimonio de su argumento, echó mano del Apóstol, cuando dice: *Un solo Dios y Padre, de quien todo procede, y un solo Señor, Jesucristo, por quien todo existe* ²⁸. En consecuencia, dice, la misma relación que se da entre las voces, se dará también entre las naturalezas por ellas significadas. Ahora bien, el «por medio de quien» es

27. El sirio Aecio de Antioquía fue por los años 355-365 el principal representante del arrianismo radical, llamado también anomeísmo, pues para él el Hijo es totalmente diferente: *anomoios* del Padre, y llegó a organizar una iglesia, aparte de la que fue obispo. Sobre sus cartas y obras en general, cf. G. BARDY, *L'héritage littéraire d'Aetius*: Rev. d'Hist. Eccl. 24, 1928, 809-827. Su discípulo más sobresaliente fue Eunomio, al que Basilio combatió sin tregua.

28. 1 Co 8, 6.

diferente del «de quien», luego el Hijo es asimismo diferente del Padre ²⁹.

Pues bien, de esta enfermedad depende también la charlatanería de estos hombres acerca de los vocablos antedichos. Partiendo de ahí, asignan a Dios Padre el «de quien», como si de un lote eminente se tratara; al Dios Hijo, en cambio, le fijaron el «por medio de quien», y al Espíritu Santo el «en quien», y afirman que el uso de estos vocablos no cambia nunca, para que –como dije– con la variedad de la enunciación se declare también la diferencia de la naturaleza.

Pero es igual, porque a nadie se le oculta que con la sutileza sobre las palabras están reforzando su impía doctrina ³⁰.

Efectivamente, quieren que el «de quien» designe al artífice, y el «por medio de quien» al ayudante o al instrumento; en cambio, el «en quien» quieren que indique el tiempo o el lugar, y ello a fin de que ni el artífice del universo ³¹ sea entendido como más venerable que un instrumento, ni el Espíritu Santo aparezca como proporcionando al ser más que su contribución desde el lugar o el tiempo.

29. Los sofismas de Aecio sobre la plena correspondencia entre la realidad y su expresión verbal constituyen así las premisas del silogismo arriano.

30. Impía, o sea, herética.

31. Literalmente el «demiurgo» o creador; aunque esto se aplica primero al Padre, aquí se aplica al Hijo, quien, para Basilio, se caracteriza, como hipóstasis divina, por su actividad creadora (cf. *infra*, cc. XVI y XVIII). Precisamente los anomeos querían dejar este título en exclusiva para el Padre.

Capítulo III

LA TECNOLOGÍA ³² REFERENTE A LAS SÍLABAS PROCEDE DE LA SABIDURÍA FORÁNEA

5. A este error, en verdad, los fue llevando también la constante observación de los foráneos ³³, los cuales atribuyeron el «de quien» y el «por medio de quien» a cosas diferenciadas por naturaleza. En su opinión, efectivamente, el «de quien» señala la materia, mientras que el «por medio de quien» declara al instrumento o a la ayuda en general.

Pero hay más (porque, ¿qué nos impide, tras resumir toda la doctrina de éstos, convencer a nuestros hombres de incoherencia respecto de la verdad, y de discordancia respecto de esos mismos?): los que están dedicados a la vana filosofía ³⁴, explicando de muchas maneras la naturaleza de la causa y distinguiéndola en sus significados propios, dicen de las causa que unas son causas principales, otras cooperantes o concausas, y otras cuya razón es no existir nada sin ellas ³⁵.

Naturalmente, para cada una de ellas definen también una expresión que le es propia, de suerte que al artífice se le designa de una manera y al instrumento de otra.

32. «Tecnología», en el sentido de «sutil exposición».

33. Los foráneos -literalmente «los de fuera»- son los filósofos griegos, representantes de la sabiduría profana a la que se opone la sabiduría divina.

34. Cf. n. anterior y Col 2, 8.

35. Recoge la doctrina estoica de las causas, casi en los mismos términos en que lo hace CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.* VIII 9 25, 1-4 (GCS 17 95-96); la aplicación concreta la hallamos luego, en el c. XVI, 38 (cf. c. IX, 21 y XXVI, 61).

Piensen, efectivamente, que al artífice le conviene el «por quien», pues dicen que con todo derecho se afirma que el banco ha sido hecho por el carpintero; y en cambio, al instrumento, el «por medio de quien», pues se hizo –dicen– por medio de la azuela, del barreno y de otros útiles.

Los mismos, igualmente, declaran al «de quien» propio de la materia, pues la obra es, efectivamente, de madera³⁶; en cambio el «según lo que» afirman que indica el proyecto o modelo expuesto ante el artista. En efecto, o bien aplicó su fantasía a la obra según la iba diseñando previamente con su pensamiento, o bien, fijándose en un modelo expuesto ya delante, va conduciendo su acción en conformidad con él.

En cuanto al «por/para qué», quieren que se aplique al fin, ya que el banco se ha hecho para utilidad de los hombres.

Por lo que atañe al «en quien», quieren que de algún modo sugiera el tiempo y el lugar. Efectivamente, ¿cuándo se hizo? En este tiempo. ¿Y dónde? En este lugar. Ciertamente que tiempo y lugar nada añaden a la obra hecha, pero, sin ellos, imposible que se haga algo, pues los que obran necesitan un tiempo y un espacio.

Tras haber aprendido y admirado estas observaciones de la frivolidad y del vano engaño³⁷, nuestros adversarios las andan trasladando a la doctrina, simple y libre de todo artificio, del Espíritu, para mengua del Dios Verbo, de una parte, y para rechazo del Espíritu Santo, de otra: la expresión que los foráneos reservan para instrumentos inanimados o para un servicio ente-

36. Cf. ARISTÓTELES, *Phys.* II 3: 194b 23; II 9: 200a.

37. Es la calificación que la Estoa le merece a Basilio.

ramente vulgar y bajo –quiero decir el «por medio de quien»– ellos no vacilan en trasladarla al Señor del universo, y no se avergüenzan, ellos, cristianos, de reservar para el Creador³⁸ un término propio de una sierra o de un martillo.

Capítulo IV EL USO DE ESTAS SÍLABAS EN LA ESCRITURA ES INDETERMINADO

6. Por nuestra parte, confesamos que incluso la palabra de la verdad se ha servido muchas veces de estos vocablos. No decimos, en absoluto, que la libertad del Espíritu sea esclava del talante quisquilloso de los foráneos, sino que las expresiones se intercambian de improviso, al albur de la necesidad.

Efectivamente, el «de quien» no siempre indica la materia, como piensan ellos, sino al contrario, para la Escritura es más habitual aplicar esta expresión a la causa suprema. Como en aquel pasaje: *Un solo Dios de quien todo procede*³⁹, y también en el otro: *Todo proviene de Dios*⁴⁰.

Sin embargo, la palabra de la verdad también se sirve de esta expresión muchas veces incluso para la materia, como cuando dice: *Harás el Arca de maderas incorruptibles*⁴¹; y *Harás un candelabro de oro puro*⁴²;

38. Aquí el «demiurgo» no puede ser otro que el Hijo, a quien se aplica la expresión «por medio de» (cf. *supra*, c. II. 6)

39. 1 Co 8, 6.

40. 1 Co 11, 12.

41. Gn 6, 14.

42. Ex 25, 31.

y *El primer hombre, del limo de la tierra* ⁴³; y *De arcilla estás formado tú, como yo también* ⁴⁴.

Pero esta gente ⁴⁵, como decíamos, con el fin de establecer la diferencia de las naturalezas, decretaron que esta expresión convenía únicamente al Padre.

Los principios de su observación los tomaron de los foráneos, aunque sin esclavizarse a ellos con total exactitud, al contrario siguiendo la norma de éstos, aplicaron al Hijo la denominación de instrumento, y al Espíritu la de lugar, pues dicen: en el Espíritu y por medio del Hijo.

En cambio a Dios, le aplican el «de quien», en lo cual no siguen ya a los foráneos, sino que, como dicen ellos se pasan a los usos apostólicos, según está dicho: *De él os viene que estéis en Cristo Jesús* ⁴⁶, y *Todo proviene de Dios* ⁴⁷.

¿Cuál es, pues, la conclusión de ésta sutil tecnología ⁴⁸? Una es la naturaleza de la causa, otra la del instrumento y otra la del lugar: por tanto, el Hijo es ajeno al Padre por naturaleza, puesto que también el instrumento es ajeno al artífice. Y ajeno es también el Espíritu, en la medida en que lugar o tiempo se distinguen de la naturaleza de los instrumentos o de la de quienes los manejan.

43. 1 Co 15, 47.

44. Jb 33, 6.

45. Los «pneumatómacos» o enemigos del Espíritu, no los foráneos en cuyas doctrinas se apoyaban como hemos visto.

46. 1 Co 1, 30.

47. 1 Co 11, 12.

48. Cf. *supra*, c. III, 5 n. 1.

Capítulo V

TAMBIÉN DEL PADRE SE DICE EL «POR MEDIO DE QUIEN»; Y REFERIDO AL HIJO, EL «DE QUIEN», ASÍ COMO DEL ESPÍRITU

7. Tal es lo que ellos piensan. Nosotros, en cambio, demostraremos lo que ya hemos adelantado: ni el Padre tomó para sí el «de quien», relegando para el Hijo el «por medio de», ni tampoco el Hijo —como decretan esas gentes— deja de aceptar al Espíritu Santo en la comunión del «de quien» o del «por medio de quien», precisamente lo que aquellos determinan en su nueva repartición.

*Un solo Dios y Padre, de quien todo procede; y un solo Señor Jesucristo, por medio de quien todo existe*⁴⁹. Estas no son expresiones de un legislador, sino de uno que escudriña cuidadosamente las *hipóstasis*⁵⁰. El Apóstol, efectivamente, se expresa así, no para introducir la diferencia de la naturaleza, sino al contrario, para presentar inconfusa la noción de Padre y de Hijo. Al menos de ello sale en claro que esas expresiones no se contraponen mutuamente ni, como en una guerra, destacándose contra un batallón enemigo, atacan de consuno a las naturalezas con las que se relacionan. El bienaventurado Pablo juntó ambas sobre un mismo y único sujeto al decir: *Porque de él y por medio de él y para él son todas las cosas*⁵¹. Que esto nos lleva claramente al Señor, podría decirlo cualquiera que se fije, aunque sea un poquito, en el significado de la frase. Efectivamente,

49. 1 Co 8, 6.

50. Las «hipóstasis» son aquí las Personas divinas, uso muy frecuente en Basilio y los dos Gregorios.

51. Rm 11, 36.

tras haber colocado delante la cita tomada de la profecía de Isaías: *¿Quién conoció el pensamiento del Señor?*⁵², el Apóstol añadió: *Porque de él, por medio de él y para él son todas las cosas*⁵³.

Que esto precisamente lo tenga dicho el profeta refiriéndose a Dios Verbo, el artífice de toda la creación, apréndelo de lo que sigue: *¿Quién midió el agua con el cuenco de la mano, el cielo con el palmo y la tierra toda con el puño? ¿Quién puso los montes en una romana y los boscosos valles en una balanza? ¿Quién conoció el pensamiento del Señor, y quién fue su consejero?*

El «quien», efectivamente, aquí no significa la total imposibilidad, sino la rareza, como en aquello de: *¿Quién se alzará conmigo contra los malhechores?*⁵⁴, y *¿Quién es el hombre que quiere vivir?*⁵⁵, y *¿Quién subirá al monte del Señor?*⁵⁶. Pues así ocurre también aquí: *¿Quién es sabedor del pensamiento del Señor y partícipe de su consejo?*⁵⁷. *Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo*⁵⁸.

Este Hijo es el que sostiene la tierra y la mantiene en su puño, el que pone todo en orden y armonía, el que lleva a cabo el equilibrio en las montañas, la medida en las aguas, y el orden propio en todas las cosas que hay en el mundo; el que abarca el cielo entero con una pequeña parte de su omnipotencia, la que metafóricamente llama «palmo» la palabra profética. De ahí que el Apóstol introdujera con propiedad aquello

52. Rm 11, 34; cf. Is 40, 13.

53. Rm 11, 36.

54. Sal 93, 16.

55. Sal 33, 13.

56. Sal 23, 3.

57. Is 40, 13.

58. Jn 5, 20.

de: *De él y por medio de él y para él son todas las cosas.*

Efectivamente, «de él» es para los seres la causa del ser, según la voluntad de Dios Padre; «por medio de él» todas las cosas tienen la duración y la consistencia, «por medio de él», que creó todas las cosas y además otorga a cada creatura lo necesario para su conservación. Por eso también «a él» se vuelven todas las cosas cuando, con cierto incontenible deseo y con afecto inefable, fijan su mirada en el autor y mantenedor de la vida, según lo que está escrito: *Los ojos de todos esperan en ti*⁵⁹ y también: *Todos esperan pendientes de ti*⁶⁰, y *Tú abres tu mano y colmas de bendición a todo viviente*⁶¹.

8. Pero si ellos insisten en su oposición contra esta nuestra interpretación, ¿qué razón les apartará de contradecirse claramente ellos mismos? Porque, si no conceden que las tres expresiones –de él, por medio de él y para él– se dicen del Señor, será necesario apropiárselas todas a Dios Padre, a consecuencia de lo cual se les desmoronará evidentemente su sistema.

Se hallará efectivamente aplicado al Padre, no sólo el «de quien», sino también el «por medio de quien». Y si esto último no refleja nada humillante precisamente, ¿por qué razón se lo asignan al Hijo como algo inferior? Y si lo que manifiesta es un oficio de siervo, entonces que nos respondan: el Dios de la gloria y Padre de Cristo, ¿de qué soberano es servidor? Así es, pues, cómo esas gentes se destruyen ellas mismas, en

59. Sal 144, 15.

60. Sal 103, 27.

61. Sal 144, 16.

tanto que nosotros conservamos nuestra fuerza por ambos frentes.

Efectivamente, si prevalece el que la frase se entienda del Hijo, entonces se hallará que el «de quien» se ajusta al Hijo; y si alguien se empeña en referir a Dios la palabra del profeta, de nuevo concederá que la expresión «por medio de quien» conviene a Dios ⁶², y entonces ambas expresiones tendrán la misma dignidad, al ser entendidas por igual razón de Dios. Y así al menos, también de esta manera las dos aparecerán con igual honor, al ser empleadas por una y misma persona ⁶³.

Pero volvamos a nuestro asunto.

9. Escribiendo a los Efesios, el Apóstol dice: *Antes bien siendo auténticos en el amor, crezcamos en todo hacia aquel que es la cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas nutritivas, según la actividad y en la medida de cada uno de los miembros, obrando así el crecimiento del cuerpo* ⁶⁴.

Y también, en la Carta a los Colosenses, se dice a los que no tienen el conocimiento del Unigénito: *El que se mantiene unido a la cabeza, esto es, a Cristo, de quien todo el cuerpo se alimenta por medio de junturas y ligamentos, obrará su crecimiento en Dios* ⁶⁵.

Que Cristo es, efectivamente, la cabeza de la Iglesia, lo sabemos por otros pasajes, como cuando el Após-

62. Entiéndase, aquí, Dios Padre.

63. «Persona» no tiene en san Basilio el sentido que recibirá más tarde, limitándose a indicar la propiedad que distingue al Padre y al Hijo.

64. Ef 4, 15-16.

65. Col 2, 19.

tol dice: *Y a él lo dio, por encima de todo, a la Iglesia como cabeza* ⁶⁶, *y de su plenitud todos nosotros hemos recibido* ⁶⁷. Y el mismo Señor: *Porque tomará de lo mío y os lo declarará a vosotros* ⁶⁸.

En suma, a quien trabaje en recogerlos, los usos del «de quien» se le mostrarán muy variados, pues el propio Señor dice: *He sentido que una fuerza salía de mí* ⁶⁹.

Sin embargo, hemos observado igualmente que en muchos lugares el «de quien» está aplicado también al Espíritu Santo, pues *El que siembra en el Espíritu –dice– del Espíritu cosechará vida eterna* ⁷⁰; y Juan: *De éste sabemos que está en nosotros, del Espíritu que nos dio* ⁷¹; y el ángel: *Porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo* ⁷². Y el Señor dice: *Lo nacido del Espíritu, espíritu es* ⁷³.

Tal se presenta este punto.

10. Pero debemos ya demostrar que la Escritura admite igualmente la expresión «por medio de quien» para el Padre, para el Hijo y para el Espíritu Santo.

En cuanto aplicado al Hijo, estaría ciertamente de sobra el aducir testimonios, porque es cosa sabida, y probada también por nuestros adversarios

Nosotros, sin embargo, demostraremos que el «por medio de quien» también está aplicado al Padre. *Fiel es*

66. Ef 1, 22.

67. Jn 1, 16.

68. Jn 16, 14.

69. Lc 8, 46.

70. Ga 6, 8.

71. 1 Jn 3, 24; el texto de la Epístola no lleva *ek tou̐tou*, sino *en tou̐to*.

72. Mt 1, 20.

73. Jn 3, 6.

Dios –dice– por medio del cual fuisteis llamados en la comunión de su Hijo ⁷⁴; y *Pablo, apóstol de Jesucristo por medio de la voluntad de Dios* ⁷⁵; y también: *De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por medio de Dios* ⁷⁶; y aquello: *Lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por medio de la gloria del Padre* ⁷⁷. Y también Isaías: *¡Ay –dice– de los que aconsejan a escondidas, y no por medio del Señor!* ⁷⁸.

Y aplicada también al Espíritu Santo, es posible presentar muchos testimonios de dicha expresión: *Pero a nosotros –dice– Dios lo reveló por medio del Espíritu* ⁷⁹; y en otro lugar: *Guarda el buen depósito, por medio del Espíritu Santo* ⁸⁰; y también: *Porque ciertamente a uno le es dada la palabra de la sabiduría por medio del Espíritu* ⁸¹.

11. Ahora bien, lo mismo podemos decir de la sílaba «en»: que la Escritura acepta su uso también referido a Dios Padre. Por ejemplo, en el Antiguo Testamento: *En Dios –dice– obraremos fuerte* ⁸²; y *En ti mi canto continuamente* ⁸³; y de nuevo: *En tu nombre me regocijaré* ⁸⁴.

74. 1 Co 1, 9.

75. 2 Co 1, 1.

76. Ga 4, 7.

77. Rm 6, 4.

78. Is 29, 15 (LXX).

79. 1 Co 2, 10.

80. 2 Tm 1, 14.

81. 1 Co 12, 8.

82. Sal 107, 14: lit. «haremos fuerza» (LXX; hebreo: «haremos proezas»).

83. Sal 70, 6.

84. Sal 88, 17.

Y en Pablo: *En Dios* –dice– *que ha creado todas las cosas* ⁸⁵; y Pablo, *Silvano y Timoteo a la Iglesia de Tesalónica en Dios Padre* ⁸⁶; y *Si alguna vez tengo próspero viaje en la voluntad de Dios, para ir hasta vosotros* ⁸⁷; *Y te glorías* –dice– *en el Señor* ⁸⁸; y gran cantidad de pasajes, que no es fácil enumerar. Con todo, no es intención nuestra hacer demostración de un gran número de testimonios, sino probar que las observaciones de esa gente no son sanas. Efectivamente, el demostrar que este uso está aceptado para el Señor o para el Espíritu Santo, lo pasaré por alto como cosa conocida. Sin embargo, preciso es decir esto: para un oyente inteligente, es prueba suficiente de lo propuesto la que sale de lo contrario, pues si, como decían esos, la diferencia de la expresión muestra el cambio de la naturaleza, la identidad de las palabras debe hacerles pasar ahora la vergüenza de confesar que la esencia no es diferente.

12. Pero no sólo al hablar de Dios se intercambian los usos de las palabras, sino que incluso en relación con los significados recíprocos muchas veces ya se sustituyen entre ellas, cuando unas toman el significado de las otras. Así: *Adquirí un hombre por medio de Dios* –dice Adán ⁸⁹, viniendo a expresar lo mismo que «de Dios»; y en otra parte: *Cuanto Moisés ordenó a Israel por medio del mandato del Señor* ⁹⁰; y también: ¿No es

85. Ef 3, 9.

86. 2 Ts 1, 1.

87. Rm 1, 10.

88. Rm 2, 17.

89. Gn 4, 1: la cita es aproximativa, de memoria, sin duda, pues la exclamación es de Eva.

90. Lv 8, 21; lit.: *como el Señor lo había mandado a Moisés*.

*por medio de Dios su interpretación?*⁹¹; y dialogando sobre los sueños con los encarcelados, el propio José, en vez de «de Dios», dijo claramente «por medio de Dios».

Y al revés, Pablo utiliza la expresión «de quien» en vez de «por medio de», como cuando dice: *Nacido de una mujer*⁹², en vez de «por medio de una mujer». Esto, efectivamente, nos lo define con claridad en otra parte, diciendo que el nacer «del» varón conviene a la mujer, mientras que al varón le conviene el nacer «por medio de» la mujer, en donde dice: *Como la mujer es del varón, así el varón es por medio de la mujer*⁹³. Pero aquí, sin embargo, Pablo da a conocer la diferencia de uso, y a la vez corrige también de paso el error de los que pensaban que el cuerpo de Cristo era «espiritual»; con el fin de mostrar que la carne portadora de Dios⁹⁴ está constituida de masa humana, prefirió la expresión más significativa (pues el «por medio de una mujer» iba a sugerir la idea de una generación⁹⁵ transitoria, mientras el «de la mujer» daba suficientemente a entender la comunión de naturaleza del nacido con su madre). Y no se contradice, antes muestra que las expresiones se sustituyen fácilmente unas a otras.

Por consiguiente, si incluso en las cosas en que está determinado que lo propio es decir «por medio de quien», en esos mismos se cambia por el «de quien»,

91. Gn 40, 8.

92. Ga 4, 4.

93. 1 Co 11, 12.

94. *theophora*, portadora de Dios.

95. Basilio está pensando en los herejes que negaban la verdadera encarnación del Hijo de Dios afirmando que éste no había hecho más que «pasar» por el seno de María.

¿por qué razón separar completamente una de otra esas expresiones, para calumnia de la piedad? ⁹⁶.

Capítulo VI

RÉPLICA A LOS QUE DECLARAN QUE EL HIJO
NO ESTÁ CON EL PADRE, SINO DESPUÉS DEL PADRE.
TAMBIÉN LO REFERENTE A LA GLORIA
DE IGUAL HONOR

13. Es verdad que ni siquiera les es posible refugiarse en la excusa de la ignorancia, pues tan artera y perversamente acogen nuestra palabra. Por lo menos, ellos son los que de manera evidente se irritan contra nosotros porque glorificamos al Unigénito con el Padre, y no separamos del Hijo al Espíritu Santo. De ahí que nos llamen revolucionarios, innovadores e inventores de palabras; ¿y qué otros mote no nos llamarán?

Mas yo estoy tan lejos de enfadarme por sus injurias que, de no ser la tristeza y dolor constante que obra en mí su propio daño, poco me faltaría para decir que les agradezco su insulto, como causantes de dicha, pues *Dichosos seréis* –dice– *cuando os injurien por mi causa* ⁹⁷.

Ahora bien, lo que a ellos les irrita es lo siguiente: el Hijo –dicen– no está «con» el Padre, sino «después» del Padre ⁹⁸. Por eso lo lógico es glorificar al Padre «por

⁹⁶. Reducir el significado de las expresiones bíblicas y fijar una distinción infranqueable entre una y otra -viene a decir Basilio- no vale ni siquiera para el propósito de los herejes, que es el de falsificar la verdadera doctrina de la fe.

⁹⁷. Mt 5, 11.

⁹⁸. *metà tòn patéra*: tal afirmaban los eusebianos; cf. Eudoxio de Milán, *Macrostico* 9.

medio de» él, pero no «con» él, porque «con él» muestra la igualdad de honor, mientras que «por medio de él» hace pensar en un servicio auxiliar. Tampoco —siguen diciendo— hay que situar al Espíritu «con» el Padre y el Hijo, sino «bajo» el Padre y el Hijo: no como coordinado, sino como subordinado, y no «connumerado», sino «subnumerado».

Y con semejantes artificios verbales pervierten la sencillez y espontaneidad de la fe. Por consiguiente, ¿cómo podrían lograr excusa por ignorancia quienes, por su entrometimiento, ni siquiera permiten a otros ser ignorantes?

14. Pero nosotros les haremos primeramente esta pregunta: ¿En qué sentido aplican al Hijo el «después del Padre»? ¿En el de ser más reciente en el tiempo, en el rango o en la dignidad?

Pero, en cuanto al tiempo, nadie es tan insensato como para decir que el hacedor de los siglos es posterior, pues ningún intervalo viene a interrumpir la natural unión del Hijo respecto del Padre⁹⁹. Pero es que ni siquiera en la noción humana de padre y de hijo ocurre decir que el hijo es más reciente que el padre, no sólo porque se les conoce simultáneamente según su correlación mutua, sino también porque se dice posterior en el tiempo aquello que menos dista del ahora, mientras que se dice anterior aquello que más lejos está del ahora. Por ejemplo, la historia de Noé es anterior a la de Sodoma, porque es la más alejada del ahora; y ésta es posterior a aquella, porque parece acercarse más al ahora.

99. La preposición *pròs* indica la idea de relación introducida en la unidad de la «natural unión».

Pues bien, medir por la distancia respecto del ahora la existencia de la vida que trasciende a todos los tiempos y a todos los siglos, ¿cómo no va a ser, además de una blasfemia, el colmo de toda locura, si precisamente, de igual modo que se dice que las cosas sujetas a generación y corrupción son anteriores unas a otras, así también Dios Padre superaría en la misma proporción a Dios Hijo, que existe antes de todos los siglos?

Pero es que la preeminencia del Padre en anterioridad es efectivamente inconcebible, puesto que ningún pensamiento ni noción sobrepasaría a la generación del Señor, pues bien encerró san Juan el pensamiento dentro de los límites circunscritos, con sólo dos palabras, al decir: *En el principio era el Verbo* ¹⁰⁰.

Efectivamente, ni el «era» da salida al pensamiento ni la imaginación trasciende al «principio», pues por más que te remontes corriendo con el pensamiento hacia lo anterior, no saldrás del «era». Y por más que te esfuerces en ver lo que está más allá del Hijo, tampoco podrás separar el «principio».

Por consiguiente, de esta manera es conforme a la piedad el pensar al Hijo juntamente con el Padre.

15. Pero si están pensando en un cierto descenso del Hijo, como en un lugar inferior respecto del Padre, en el sentido de que el Padre se asienta arriba e inmediatamente después el Hijo, pero relegado más abajo, que lo confiesen, y nosotros callaremos, pues de ahí saldrá la evidencia de su absurdo.

100. Jn 1, 1; si la existencia misma del Hijo trasciende al tiempo, no se puede hablar de superioridad del Padre basándose en la anterioridad temporal, como en las cosas sujetas a generación y corrupción.

En efecto, ni siquiera en su razonamiento son consecuentes quienes no conceden que el Padre lo penetra todo, cuando el pensamiento de la gente sana cree que Dios lo llena todo; ni se acuerdan del profeta, que dice: *Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al infierno, presente estás* ¹⁰¹, quienes reparten el «arriba» y el «abajo» entre el Padre y el Hijo.

Mas –por silenciar mi refutación de su torpeza, pues atribuyen un lugar a los seres incorpóreos– ¿qué atenuará su lucha y contradicción, tan desvergonzada, contra las Escrituras? ¿Quizás aquello de *Siéntate a mi derecha* ¹⁰², y aquello de *Se sentó a la derecha de la majestad de Dios* ¹⁰³?

La «derecha», efectivamente, no significa el lugar de abajo, como ellos dicen, sino la relación de igualdad, pues no se toma la «derecha» en sentido corporal (pues en tal caso habría en Dios también una «izquierda»), sino que, de entre los nombres del honor de estar sentado junto a alguien, la Escritura ofrece el que expresa la grandeza del honor del Hijo.

Queda, pues, su afirmación de que, mediante esta expresión ¹⁰⁴, se pone de manifiesto la inferioridad en dignidad.

Pues que aprendan que Cristo es *Poder de Dios y Sabiduría de Dios* ¹⁰⁵, y que es *Imagen del Dios invisible* ¹⁰⁶ y *Resplandor de su gloria* ¹⁰⁷, y que Dios Padre le puso su sello, grabándose todo entero en él.

101. Sal 139, 8.

102. Sal 110, 1.

103. Hb 1, 3.

104. «por medio de».

105. 1 Co 1, 24.

106. Col 1, 15.

107. Hb 1, 3.

Pues bien, estos testimonios y todos cuantos hay afines a éstos por toda la Escritura, ¿diremos que son humillantes, o bien que, cual ciertas proclamas, pregonan reiteradamente la grandeza del Unigénito y la igualdad de gloria con el Padre?

Pero escuchen además al mismo Señor, que claramente presenta su propia gloria idéntica en honor ¹⁰⁸ a la del Padre, cuando dice: *El que me ha visto a mí ha visto al Padre* ¹⁰⁹; y también: *Cuando venga el Hijo en la gloria del Padre* ¹¹⁰; y aquello de: *Para que honren al Hijo como honran al Padre* ¹¹¹; y lo otro: *Y contemplamos su gloria, gloria como de Unigénito del Padre* ¹¹²; y aquello de: *El Hijo Unigénito, el que está en el seno del Padre* ¹¹³.

Al no tener en cuenta para nada estos textos, atribuyen al Hijo el lugar destinado a los enemigos. Efectivamente, el seno del Padre es un asiento digno del Hijo; en cambio, el escabel de los pies es digno de quienes necesitan sujeción ¹¹⁴.

Por nuestra parte, pues, impulsados hacia otros puntos, hemos tocado esos testimonios de pasada. Tú, en cambio, si tienes tiempo de reunir las pruebas, podrás contemplar la eminencia de la gloria y la sobreabundancia del poder del Unigénito. Aunque, realmente, para un oyente de nobles sentimientos no son pequeñeces

108. Es la «homotimia» del Hijo con el Padre.

109. Jn 14, 9.

110. Mc 8, 38.

111. Jn 5, 23.

112. Jn 1, 14.

113. Jn 1, 18.

114. Alusión al salmo 110, 1. Aquí se esboza ya la visión del pantocrátor propio de la iconografía antigua: el trono es el seno del Padre.

esos testimonios, de no ser uno que entienda la «derecha» y el «seno» en sentido carnal y vil, de modo que circunscriba a Dios en un lugar y le invente una forma, una figura y una posición corporales, cosa que dista muchísimo de la noción del ser simple, infinito e incorpóreo. Por lo demás, la bajeza de su noción afecta tanto al Padre como al Hijo. Tan es así, que quien tal doctrina expone no solamente elimina la dignidad del Hijo, sino que además se gana la condena de blasfemia contra Dios.

Efectivamente, todo cuanto se atrevan a emprender contra el Hijo se verán forzados a transferírselo al Padre, ya que, quien atribuye al Padre el lugar de arriba para presidir y dice que el Hijo unigénito se sienta algo más abajo, habrá de tener todas las propiedades corporales en lógica consecuencia con su ficción. Y si éstas imaginaciones son propias de gente ebria y de mente enajenada por el delirio, ¿cómo va a ser conforme a la bondad el que no adoren ni glorifiquen «con» el Padre al que le está unido por naturaleza, por la gloria y por la dignidad aquellos a quienes él mismo enseñó que *El que no honra al Hijo no honra al Padre?*¹¹⁵.

Porque, ¿qué más diremos? ¿Qué justa defensa tendremos ante el temible y común tribunal de toda la creación si, habiendo prometido claramente el Señor que vendrá en la gloria del Padre¹¹⁶; habiendo contemplado Esteban a *Jesús de pie a la derecha de Dios*¹¹⁷; habiendo atestiguado Pablo en el Espíritu acerca de Cristo que está a la derecha de Dios¹¹⁸; habiendo dicho el

115. Jn 5, 23.

116. Mt 16, 27.

117. Hch 7, 55.

118. Rm 8, 34.

Padre: *Siéntate a mi derecha* ¹¹⁹, y habiendo el Espíritu Santo atestiguado que se sentó a la derecha de la majestad de Dios ¹²⁰, nosotros apeásemos de una relación de igualdad a un rango inferior al que comparte trono y tiene igual dignidad ¹²¹?

A mí, efectivamente, me parece que la acción de estar de pie o sentado lo que sugiere es la firmeza y absoluta estabilidad de la naturaleza, como indica el propio Baruc al mostrar la inmovilidad e inmutabilidad de la conducta de Dios, diciendo: *Tú te sientas para siempre, y nosotros perecemos por siempre* ¹²², y me parece también que la derecha, a su vez, manifiesta la igualdad de honor de la dignidad.

Por consiguiente; ¿cómo no va a ser atrevido privar de la común glorificación al Hijo, como si mereciera ser colocado en un lugar de menor honor?

Capítulo VII

CONTRA LOS QUE AFIRMAN QUE NO ES ADECUADO
DECIR DEL HIJO AQUELLO DE «CON QUIEN»,
SINO ESTO: «POR MEDIO DE QUIEN»

16. Pero –afirman– el decir «con él» es algo completamente extraño y desacostumbrado. En cambio, lo de «por medio de él» es algo muy familiar al lenguaje de la Escritura, gastado por el uso de los hermanos.

119. Sal 110, 1; cf. Hch 2, 34.

120. Cf. Hb 8, 1 y 1, 3.

121. El sentido que Basilio da a *homotimos* viene a ser casi el mismo de *homoousios*.

122. Ba 3, 3.

¿Qué responder a esto nosotros? ¿Que dichosos los oídos que no os escucharon, y los corazones que se conservaron ilesos de vuestros discursos!

Pero a vosotros, amantes de Cristo, os digo que la Iglesia conoce ambos usos, y que no rechaza ninguno de los dos, como si mutuamente se destruyeran.

Efectivamente, cuando contemplamos la grandeza de la naturaleza del Unigénito y la excelencia de su dignidad, atestiguamos que él posee la gloria «con» el Padre. Pero, cuando reflexionamos sobre los abundantes bienes que nos ha deparado, o sobre nuestro propio acceso y familiaridad para con Dios, confesamos que esta gracia se produce en vosotros «por medio de él» y «en él». Así, pues, la expresión «con él» es la propia de los que glorifican, mientras que la otra, «por medio de él» es la elegida de los que dan gracias ¹²³.

Pero mentira es también aquello de que la expresión «con quien» es extraña al uso de la gente piadosa. Efectivamente, cuantos por estabilidad de las costumbres prefieren la noble antigüedad a la novedad, y conservaron la tradición de los padres, sin falsearla, en el campo como en la ciudad, siguen sirviéndose de esa expresión.

En cambio, los hastiados de las costumbres y que se rebelan contra lo antiguo como cosa pasada, éstos son los que, acogiendo las innovaciones, prefieren siempre al traje común, igual que los petimetres, el de la última moda. Por una parte, pues, podrás ver entre los rústicos, incluso hasta hoy, la expresión arcaica; por otra, de estos artistas, aunque bien aceitados para sus logomaquias, verás sus palabras bien marcadas a fuego por la nueva sabiduría.

123. La primera, más apropiada para la alabanza –doxología; la segunda, para la acción de gracias– Eucaristía.

Por nuestra parte, nosotros decimos precisamente lo que decían nuestros padres: la gloria es común al Padre y al Hijo, por lo que presentamos al Padre la doxología «con» el Hijo.

Pero a nosotros no nos basta que ésta sea la tradición de los padres, ya que también ellos se dejan guiar por la voluntad de la Escritura, pues toman los principios de los mismos testimonios que hace muy poco os citábamos de la Escritura ¹²⁴.

Efectivamente, el resplandor se concibe «con» la gloria, y la imagen «con» el modelo, y el Hijo, de todo en todo «con» el Padre, pues la serie de los nombres no admite la separación, y menos aún la admite la naturaleza de las cosas.

Capítulo VIII

DE CUÁNTAS MANERAS SE ENTIENDE
EL «POR MEDIO DE QUIEN», Y EN QUÉ SENTIDO
ES MÁS CONVENIENTE EL «CON QUIEN»;
Y TAMBIÉN SE EXPLICA CÓMO EL HIJO
RECIBE UN MANDATO Y CÓMO ES ENVIADO

17. Así, pues, cuando el Apóstol dé gracias a Dios «por medio de Jesucristo» ¹²⁵, y diga también que «por medio de él» ha recibido *la gracia y el apostolado para que se obedezca a la fe en todas las naciones* ¹²⁶, o in-

124. La fórmula doxológica que Basilio ha aceptado tiene, pues, una tradición antigua, según el mismo Basilio. Además esa tradición está en conformidad con la voluntad –esto es, con la orientación fundamental– de la Sagrada Escritura. Para el criterio de autenticidad, ver cc. IX, 22 y XXVII, 66.

125. Rm 1, 8.

126. Rm 1, 5.

cluso que *por medio de él tenemos el acceso a esta gracia, en la que estamos firmes y nos gloriamos* ¹²⁷, él nos presenta los beneficios en favor nuestro de aquel que lo mismo hace pasar del Padre a nosotros la gracia de los bienes, que «por medio de él» nos acerca al Padre.

Efectivamente, al decir: *Por medio del cual recibimos la gracia y el apostolado* ¹²⁸, declara de dónde procede la dotación de los bienes; pero, cuando dice: *Por medio de quien tenemos el acceso* ¹²⁹, presenta nuestro acceso y nuestra familiaridad para con el Padre, realizados «por medio de» Cristo.

¿Acaso, pues, confesar la gracia que de él procede y opera en nosotros es disminuir su gloria? ¿O más bien resulta más verdadero decir que la exposición de los beneficios es un tema conveniente de doxología?

Por esta razón hallamos que la Escritura no nos entrega al Señor con un solo nombre, ni solamente con los nombres que manifiestan su divinidad y su grandeza, sino que se sirve de los que caracterizan a su naturaleza ¹³⁰, pues sabe, efectivamente, decir el nombre que está sobre todo nombre, el del Hijo ¹³¹, no sólo Hijo verdadero ¹³², sino también Dios unigénito ¹³³, Potencia y Sabiduría de Dios ¹³⁴ y Verbo ¹³⁵.

127. Rm 5, 2.

128. Rm 1, 5.

129. Rm 5, 2.

130. Aquí «naturaleza» está equivaliendo a «hipóstasis», al referirse a la naturaleza concreta que se expresa por las propiedades o características personales del Hijo.

131. Flp 2, 9.

132. 1 Jn 5, 20.

133. Jn 1, 18.

134. 1 Co 1, 24.

135. Jn 1, 1.

Y aún, por razón de las múltiples formas de la gracia para con nosotros, la que por causa de la riqueza¹³⁶ de bondad se otorga a quienes la piden, según la infinita variedad de su sabiduría, la Escritura alude a él con otros innumerables nombres, llamándole unas veces pastor¹³⁷, y otras rey¹³⁸, y también médico¹³⁹, incluso esposo¹⁴⁰, y camino¹⁴¹, puerta¹⁴², fuente¹⁴³, pan¹⁴⁴, segur¹⁴⁵ y piedra¹⁴⁶.

Estos nombres, efectivamente, no presentan la naturaleza, sino, como venía diciendo, el múltiple carácter de la fuerza que, por comparación hacia la propia creatura, otorga a los que la piden, según su particular necesidad.

En efecto, a los que están cobijados bajo su guía y mantienen firme su generosidad mediante la resignación, los llama ovejas, y confiesa que él es pastor de los que escuchan su voz y no se dan a enseñanzas extrañas, pues dice: *Mis ovejas obedecen mi voz*¹⁴⁷. Rey, en cambio, lo es de los que ascendieron ya arriba y necesitan un guía legítimo. Y también puerta, porque por medio de la rectitud de sus mandamientos conduce a las prácticas virtuosas, y además instala con toda segu-

136. El sustantivo *ploutos* no aparece en el texto, pero ya las antiguas versiones latinas lo suponían, teniendo sobre todo en cuenta el contexto paulino en que nos hallamos (cf., además, Rm 2, 4; 9, 23; 2 Co 8, 2; 3, 16; Ef 1, 7.18; 2, 7; 3, 16; Col 1, 27; 2, 2).

137. Jn 10, 11.

138. Jn 18, 27.

139. Mt 9, 12.

140. Mt 9, 15.

141. Jn 14, 6.

142. Jn 10, 7-9.

143. Jn 4, 14.

144. Jn 6, 48.

145. Mt 3, 10; Lc 3, 9.

146. 1 Co 10, 4.

147. Jn 10, 27.

ridad a los que, por medio de la fe en él, se refugian en el bien del conocimiento ¹⁴⁸, de ahí aquello: *Si uno entra por mí, entrará y saldrá, y hallará pastos* ¹⁴⁹. Y piedra ¹⁵⁰, porque es para los creyentes un baluarte firme e inmovible, y más inquebrantable que cualquier fortificación. En estos casos, siempre que se hable de él como puerta y como camino, el «por medio de» realiza el uso más exacto y significativo.

Sin embargo, en cuanto Dios e Hijo, posee la gloria en común con el Padre ¹⁵¹, porque *en el nombre de Jesús toda rodilla se doblará –de los seres celestes, de los terrestres y de los subterráneos–, y toda lengua confesará: Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre* ¹⁵².

Por eso nosotros hacemos uso de ambas expresiones: con una, proclamamos la dignidad propia de Cristo, y con la otra su favor para con nosotros ¹⁵³.

18. «Por medio de él», efectivamente, viene todo auxilio a las almas; según la forma que toma su solicitud, así se concibe la denominación más apropiada. Se llamará «esposo», cuando se presente a sí mismo el alma irreprochable, sin mancha ni arruga, como virgen pura ¹⁵⁴. Pero cuando la tome maltrecha por los perversos golpes del diablo y la cure por completo, aunque esté gravemente enferma por sus pecados, se le llamará «médico».

148. Se trata del conocimiento superior de las cosas de Dios, obra de la fe. Este conocimiento crece por Cristo y en Cristo.

149. Jn 10, 9.

150. Cf. 1 Co 10, 4.

151. *metà* y *syn*: ambas se traducen por «con»; lit. junto con el Padre y a la vez que el Padre.

152. Flp 2, 10-11.

153. Cf. *infra*, XXVII, 68.

154. Cf. Ef 5, 27.

Entonces, semejantes cuidados para con nosotros, ¿nos llevarán a pensar bajamente de él? O por el contrario, ¿nos producen espanto por lo enorme de la fuerza y a la vez del amor del Salvador al hombre, puesto que soportó el compadecerse de nuestras flaquezas y pudo abajarse hasta nuestra debilidad ¹⁵⁵?

Porque ni el cielo ni la tierra, ni la grandeza de los mares, ni los habitantes de las aguas ni los animales terrestres, ni las plantas, ni las estrellas, ni el aire, ni las estaciones, ni el multicolor ornato del universo prueba la eminencia de su poder tanto como el hecho de que Dios, el inabarcable, haya podido, por medio de la carne, enlazarse impasible con la muerte, para, con su propia pasión, hacernos a nosotros el favor de su impasibilidad ¹⁵⁶. Y si el Apóstol dice: *En todas estas cosas somos más que vencedores, por medio del que nos amó* ¹⁵⁷, con estas palabras no está sugiriendo ninguna baja servidumbre, sino la ayuda que obra valiéndose del vigor de su fuerza.

En efecto, él mismo ató al fuerte y saqueó sus enseres ¹⁵⁸, esto es, nosotros, que servíamos a éste para toda obra perversa, y tornó en enseres de fácil uso para el Señor a los equipados para toda obra buena ¹⁵⁹ por su preparación en lo del libre albedrío ¹⁶⁰. Así, «por medio de él» es cómo hemos recibido nosotros el acceso

155. Cf. Hb 4, 15.

156. La *apatheia* cristiana cuenta siempre con la gracia de Cristo y la iniciativa del Espíritu; es inconfundible con la *apatheia* estoica, de la que no toma más que el nombre.

157. Rm 8, 37.

158. Cf. Mt 12, 29.

159. Cf. 2 Tm 2, 21.

160. Lit. «la que está bajo nuestro poder», *tà eph'hemin*, expresión estoica del libre albedrío, cf. Epicteto, *Enchir.* 1, 1.

al Padre, con tal de mudarnos del poder de la tiniebla *al lote de la herencia de los santos en la luz* ¹⁶¹.

Por consiguiente, no pensemos que la «economía» ¹⁶² realizada por medio del Hijo es un servicio forzado desde una bajeza propia del esclavo, sino más bien la voluntaria solicitud que opera sobre sus propias creaturas, con bondad y misericordia, según la voluntad de Dios Padre: Así nos mantendremos efectivamente en la fe ortodoxa ¹⁶³, pues atestiguamos que su poder es perfecto en todo lo que emprende, y en modo alguno lo separamos de la voluntad del Padre.

Pues lo mismo ocurre también cuando se le llama Señor: se nos eleva a una noción superior, y no a una noción tomada del lenguaje vulgar.

Efectivamente, al continuo y ordenado progreso hacia la perfección, mediante las obras de la justicia y la iluminación del conocimiento, oímos que lo llaman camino, pues siempre estamos anhelando lo que está delante y nos lanzamos a lo que aún queda ¹⁶⁴, hasta que arribamos al fin bienaventurado –el conocimiento de Dios– que el Señor, por sí mismo, regala a los que creen en él.

Y es que, en verdad, ¡qué buen camino, exento de extravío y de engaño, nuestro Señor, quien nos conduce al verdadero Bien, al Padre! Pues, *nadie viene al Padre* –dice– *si no es por mí* ¹⁶⁵.

161. Cf. Col 1, 12.

162. Ya hemos señalado que «economía» en Basilio expresa el plan divino del misterio de la encarnación: Cristo y su proyección eclesial.

163. Lit. «estaremos o permaneceremos en la piedad», esto es, en la fe ortodoxa.

164. Cf. Flp 3, 13: tensión del alma fuera de sí misma hacia la unión con Dios, según interpreta Gregorio de Nisa.

165. Cf. Jn 14, 6.

Tal es, pues, nuestra subida hacia Dios, «por medio del Hijo».

19. Ahora bien, cuál sea el liberal suministro ¹⁶⁶ de bienes de parte del Padre para nosotros «por medio de él», podremos decirlo a continuación.

Como quiera que toda la naturaleza creada, tanto la visible como la inteligible, para mantenerse en su ser necesita del cuidado que viene de Dios, el Verbo creador, el Dios unigénito, al repartir su ayuda según la medida de lo que necesita cada uno, ajusta los generosos suministros, que son de toda clase y especie, por la variedad de los beneficiarios, pero en todo caso adecuados a cada uno según el apremio de su necesidad.

A los que están envueltos en la oscuridad de la ignorancia, los alumbró: por eso es la *luz verdadera* ¹⁶⁷. Juzga, y mide la recompensa conforme al mérito de las obras: por eso es *juez justo* ¹⁶⁸, porque *el Padre a nadie juzga, sino que dio todo el juicio al Hijo* ¹⁶⁹. Levanta de su caída a los que de la altura de su vida se fueron deslizando hacia el pecado: por eso es *resurrección* ¹⁷⁰.

Y todo lo hace con la aplicación de su poder y con la bondad de su querer. Apacienta, ilumina, guía, cura, resucita. Hace que exista lo que no existe, y mantiene lo creado.

Así es cómo los bienes nos llegan «de Dios», «por medio del Hijo», el cual obra cada uno de ellos con

166. La «Coregía» llevaba consigo la obligación de suministrar gratuitamente todo lo necesario para el coro de baile en las representaciones teatrales.

167. Jn 1, 9.

168. 2 Tm 4, 8.

169. Jn 5, 22.

170. Jn 11, 25.

mayor rapidez de la que alcanzaría la palabra. Porque, ni el relámpago ni la evolución de la luz en el aire son tan rápidos, ni tan vivo el parpadeo de los ojos, ni siquiera el movimiento mismo de nuestro pensamiento. ¿Qué digo? Cada uno de éstos es inferior en rapidez a la operación divina, más que los animales más lentos de entre nosotros son inferiores en movimiento, no diré ya a las aves ni al viento, o al ímpetu de los cielos, sino a nuestra misma inteligencia. Porque, ¿de qué espacio de tiempo podría necesitar *el que sustenta todas las cosas con la palabra de su poder* ¹⁷¹ y que obra, no corporalmente ni necesitando de trabajo manual para crear, sino con su libre voluntad, manteniendo sujeta la consiguiente naturaleza de las cosas creadas? Como dice Judit: *Tú pensaste y te sucedió todo cuanto habías pensado* ¹⁷².

Sin embargo y con todo, para que por la magnitud de las obras realizadas no vengamos a dar en la fantasía de que el Señor carece de principio, ¿qué dice el que es la vida por sí misma? *Yo vivo por el Padre* ¹⁷³. Y el poder de Dios: *No puede el Hijo hacer nada por sí mismo* ¹⁷⁴. Y la perfecta sabiduría: *Recibí el mandato: lo que he de decir y de lo que he de hablar* ¹⁷⁵. Por medio de todo esto nos encamina a la comprensión del Padre, y a él endereza la admiración de lo creado, para que «por medio de él» conozcamos al Padre.

Efectivamente, al Padre no se le discierne por la diferencia de las obras ni por el hecho de demostrar una

171. Hb 1, 3.

172. Jdt 9, 5 (LXX).

173. Jn 6, 57.

174. Jn 5, 19.

175. Jn 12, 49.

actividad particular y atribuída aparte (pues *todo cuanto ve hacer al Padre, eso mismo hace el Hijo igualmente* ¹⁷⁶), sino que la admiración de lo creado es cosecha de la gloria que para él ha ganado el Unigénito, por la grandeza de las obras creadas, y porque se regocija en él mismo como Creador, y porque le glorifican los que le reconocen como Padre de nuestro Señor Jesucristo, *por medio de quien todo existe y para quien existe todo* ¹⁷⁷.

Por esta razón dice el Señor: *Todo lo mío es tuyo* ¹⁷⁸, como elevando hasta el Padre el principio de todo lo creado, *y lo tuyo es mío* ¹⁷⁹, como si de ahí le viniera la causa de su crear, sin que necesite de ayuda para obrar, ni se le confíe en decisiones concretas el servicio de cada obra, porque eso sería por lo menos servil y enteramente lejano de la dignidad divina. Pero no hay tal, porque el Verbo, lleno de los bienes del Padre e irradiando el resplandor paterno, hace todas las cosas a semejanza del que le engendró. Efectivamente, si es completamente igual en cuanto a la substancia, también será completamente igual en cuanto a la potencia. Ahora bien, aquellos que tienen potencia igual, de alguna manera tendrán también una operación enteramente igual¹⁸⁰. Y es que Cristo es *Potencia de Dios y Sabiduría de Dios* ¹⁸¹. Y así todo se hizo por medio de él, y todo es creado por medio de él y para él ¹⁸², no ejerciendo un

176. Cf. Jn 5, 19.

177. Cf. Hb 2, 10; Basilio aplica este versículo al Hijo, aunque el autor de la Carta lo refiere al Padre.

178. Jn 17, 10.

179. Jn 17, 10.

180. Potencia-acto: doctrina aristotélica.

181. 1 Co 1, 24.

182. Cf. Col 1, 16.

servicio propio de instrumento o de esclavos, sino creando en cumplimiento de la voluntad del Padre.

20. Por tanto, cuando diga: Yo no he hablado en nombre mío, y luego: *Como el Padre me lo ha dicho, así hablo* ¹⁸³; y *La palabra que estáis oyendo no es mía, sino del que me envió* ¹⁸⁴; y en otra parte: *Como el Padre me lo ha mandado, así hago yo* ¹⁸⁵, se sirve de estas expresiones, no porque carezca de decisión y de impulso voluntario ni porque espere de las consignas la invitación a obrar, sino porque manifiesta que su propia voluntad está inseparablemente unida con el Padre.

Por consiguiente, el mencionado mandato no lo acojamamos como palabra imperativa enunciada mediante instrumentos fonéticos, y que dicta al Hijo, como a un súbdito, leyes acerca de lo que debe hacerse, sino, tal como a Dios conviene, pensemos en una comunión de voluntad que va eternamente del Padre al Hijo, cual imagen de una forma en un espejo ¹⁸⁶.

Efectivamente, *el Padre ama al Hijo y le muestra todo* ¹⁸⁷, de modo que todo cuanto el Padre tiene es del Hijo, no sobreviniéndole poco a poco, sino presentándosele todo de golpe.

Ciertamente, no es de recibo que, entre los hombres, quien aprendió un arte y tiene sólidamente fijado su hábito mediante el ejercicio cotidiano pueda luego obrar por sí mismo según los principios de su ciencia, que en él se acumulan, y en cambio la Sabi-

183. Jn 12, 49-50.

184. Jn 14, 24.

185. Jn 14, 31.

186. Cf. infra, XVIII, 45.

187. Jn 5, 20.

duría de Dios, el Hacedor de toda la creación, el siempre perfecto, el «sabio sin haber aprendido» ¹⁸⁸, la Potencia de Dios, *en quien todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento están escondidos* ¹⁸⁹, necesite de dirección especial que le defina el modo y la medida de sus acciones.

Naturalmente, es cierto que tú, vanidoso en tus pensamientos, podrás abrir una escuela, y al uno le harás sentarse en el puesto del maestro, y al otro le harás presentarse con la impericia del discípulo ¹⁹⁰, que luego, a base de enseñanzas acumuladas poco a poco, aprenderá la sabiduría y progresará hacia la perfección.

Ahora bien, de aquí —si es que sabes conservar la lógica en los razonamientos— sacarás que el Hijo siempre está aprendiendo y nunca puede alcanzar la perfección, porque la sabiduría del Padre es infinita y no se puede tocar el límite de lo infinito. Por consiguiente, quien no concede que el Hijo tiene todo desde el principio, nunca concederá que llegue a la perfección.

Pero hay más, yo me avergüenzo de la bajeza de este pensamiento, al que me ha conducido la lógica del razonamiento.

Volvamos, pues, a razones más elevadas.

21. *El que me ha visto a mí ha visto al Padre* ¹⁹¹. No la figura ni la forma, pues la naturaleza divina está libre de composición, sino la bondad de la voluntad que, por coincidir en la esencia, se considera que es semejante e igual, mejor aún, la misma, en el Padre y en el Hijo.

188. Cf. *Constituciones apostólicas* 8, 12 (PG 1 1093A).

189. Col 2, 3.

190. Maestro, el Padre; discípulo, el Hijo.

191. Jn 14, 9.

¿Que significa, pues, *hecho obediente* ¹⁹²? ¿Y aquello de: *por todos nosotros le entregó* ¹⁹³? Significa que el obrar en favor nuestro por su bondad le viene al Hijo del Padre. Pero tú escucha también esto: *Cristo nos rescató de la maldición de la ley* ¹⁹⁴; y aquello otro: *Siendo aún pecadores nosotros, Cristo murió por nosotros* ¹⁹⁵.

Pero atiende también cuidadosamente a las palabras del Señor: cuando nos instruye acerca del Padre, sabe servirse de expresiones autoritarias y soberanas, diciendo: *¡Quiero, sé limpio!* ¹⁹⁶; *¡Calla, enmudece!* ¹⁹⁷; *Pero yo os digo* ¹⁹⁸; *Espíritu mudo y sordo, yo te mando...* ¹⁹⁹, y otras muchas expresiones parecidas, con el fin de que, a través de éstas, reconozcamos a nuestro Señor y Hacedor, y a través de aquellas aprendamos a conocer al Padre de nuestro Señor y Hacedor.

Así, la verdadera doctrina queda demostrada por todos lados: el hecho de que el Padre cree por medio del Hijo, ni constituye una imperfección del Padre para crear, ni manifiesta debilidad del Hijo para obrar, sino que muestra la unidad de la voluntad.

Así la expresión «por medio de» contiene la confesión de la causa principal, y no debe tomarse como acusación contra la causa eficiente ²⁰⁰.

192. Flp 2, 8.

193. Rm 8, 32.

194. Ga 3, 13.

195. Rm 5, 8.

196. Mt 8, 3.

197. Mc 4, 39.

198. Mt 5, 28.

199. Mc 9, 25.

200. El Padre, origen de todo (causa principal), recibe la glorificación por medio del Hijo, quien por ser la causa eficiente de todo, es también Dios.

Capítulo IX

NOCIONES CLARAS DEL ESPÍRITU SANTO, SEGÚN LA ENSEÑANZA DE LAS ESCRITURAS

22. Pero expongamos ya nuestras nociones comunes acerca del Espíritu Santo, las que acerca de él hemos ido recogiendo de las Escrituras y las que hemos recibido de la Tradición no escrita de los Padres ²⁰¹.

En primer lugar, pues, ¿quién que haya oído los nombres del Espíritu no se eleva con el alma y no levanta su mente hacia la suprema naturaleza? Porque se le llama *Espíritu de Dios* ²⁰², *Espíritu de la verdad que procede del Padre* ²⁰³, *Espíritu recto y Espíritu rector* ²⁰⁴.

Espíritu Santo ²⁰⁵ es su nombre propio y peculiar: es ciertamente y sobre todo, el nombre de todo ser incorpóreo, puramente inmaterial y simple. Por eso el mismo Señor, cuando a la que creía que a Dios se le adora en un lugar, la enseñaba que lo incorpóreo no tiene límites, dijo: *Dios es Espíritu* ²⁰⁶.

Por consiguiente, no es posible que quien ha oído «Espíritu» configure en su mente una naturaleza circunscrita o sujeta a cambios y mudanzas o enteramente igual que la creatura, sino que, subiendo en sus nociones

201. Aquí, tradición «no escrita» no se identifica con tradición «oral», sino con toda la tradición extraescrituraria, como ha demostrado E. Amand de Mendieta, *The «Unwritten» and «Secret»...* pp. 23-39. Sobre la importancia de conservar el depósito de la tradición en su totalidad, cf. *infra*, X, 26.

202. Cf. Gn 1, 2.

203. Jn 15, 26.

204. Sal 50, 12-14; «rector», traduciendo el estoico *hegemonikón*: elemento rector, directivo.

205. Sal 50, 13.

206. Jn 4, 24.

hasta lo más alto, necesariamente debe concebir una esencia inteligente, infinitamente poderosa, infinitamente grande, fuera de la medida del tiempo y de los siglos, y generosa de los bienes que posee.

Hacia él se vuelve todo lo que tiene necesidad de santificación. Le desean todos los que viven según la virtud, como refrescados por su soplo y ayudados en orden a su propio fin natural. Capaz de perfeccionar a los demás, a él nada le falta; no vive a base de reponerse, sino que suministra ²⁰⁷ la vida; no crece por adiciones, sino que es plenitud inmediata, fundado en sí mismo y presente en todas partes.

Manantial de santificación, luz inteligible, abastece por sí mismo a toda facultad racional de algo así como cierta claridad para que encuentre la verdad ²⁰⁸. Inaccesible por naturaleza, aunque comprensible por su bondad, todo lo llena con su poder, pero solamente participan de él los que son dignos, y no con una participación de única medida, sino que reparte su poder en proporción de la fe.

Simple en la esencia, es vario en sus maravillas ²⁰⁹; presente por entero a cada uno, también está por entero en todas partes. Repartido sin mengua de su impasibilidad, se le comparte enteramente, a imagen del rayo solar, cuyo favor se presenta a quien lo goza como si fuera el único, a la vez que alumbra a tierra y mar, y se mezcla con el aire.

Así también el Espíritu, presente a cada uno de los dispuestos a recibirle, como si cada uno fuera el único,

207. De nuevo la «Coregía» cf. *supra*, VIII, 19 n. 42.

208. Se trasluce palpablemente el influjo de la *Enéada* VI de Plotino, en toda esta exposición.

209. Cf. Hb 2, 4: *poikilaís dynámesin*.

proyecta suficientemente sobre todos su gracia íntegra: de ella gozan los participantes según la capacidad de su misma naturaleza, y no según la posibilidad del Espíritu.

23. La familiaridad del Espíritu con el alma no es la proximidad local (pues, ¿cómo podría aproximarse corporalmente a lo incorpóreo?), sino el apartamiento de las pasiones que, sobreviniéndole luego al alma por su amor al cuerpo, la privaron de la familiaridad de Dios.

Purificándose, pues, de la fealdad adquirida por medio del vicio, remontándose a la belleza de la naturaleza y devolviendo a esa especie de imagen regia su forma primitiva mediante la purificación, únicamente así es como se acerca al Paráclito.

Y éste, cual sol que da con un ojo ya purificado, te mostrará en sí mismo la imagen del Invisible. Y en la feliz contemplación de la imagen verás la inefable belleza del Modelo.

Por medio de él tenemos la elevación de los corazones, la guía de los débiles y la perfección de los proficientes.

Este, iluminando los ojos ya purificados de toda mancha, los torna espirituales por su comunión con él. y como los cuerpos resplandecientes y traslúcidos, cuando cae sobre ellos un rayo luminoso, ellos mismos se vuelven brillantísimos y por sí mismos lanzan otro rayo luminoso, así también las almas portadoras del Espíritu, iluminadas por el Espíritu, ellas mismas se vuelven espirituales y proyectan la gracia en otros.

De ahí el previo conocimiento del futuro, la inteligencia de los misterios, la captación de lo oculto, la distribución de los carismas, la ciudadanía celestial, la danza con los ángeles, la alegría interminable, la permanencia

en Dios, la asimilación a Dios, y el deseo supremo: hacerse Dios ²¹⁰.

Tales son, pues, nuestras nociones acerca del Espíritu Santo, las que nos han enseñado las propias palabras del Espíritu sobre su grandeza, su dignidad y sus operaciones, por no presentar más que unas pocas entre muchas.

Pero debemos volvernos ya a nuestros impugnadores, para intentar refutar sus objeciones, las que nos echan a la cara desde su falsa ciencia ²¹¹.

Capítulo X CONTRA LOS QUE DICEN QUE NO ES PRECISO COADUNAR AL ESPÍRITU SANTO CON EL PADRE Y EL HIJO

24. No es preciso –dicen– que el Espíritu Santo esté coadunado con el Padre y el Hijo, porque es de otra naturaleza y por su inferior dignidad.

Contra ellos es justo que respondamos con la sentencia de los apóstoles: *Menester es obedecer a Dios antes que a los hombres* ²¹².

Efectivamente, si el Señor, al hacer entrega del bautismo salvífico, claramente mandó a sus discípulos bautizar a todas las naciones *en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo* ²¹³, sin desdeñar la comunión

210. La asimilación a Dios –como ya señalamos– tiene como fondo al *Teeteto* 176b, de Platón, pero a través de Plotino (*Ené.* I 2, 3 15-22), en quien hallamos también la expresión «hecho Dios» (*Ené.* VI 9, 9 50-59); cf. también Basilio, *Contra Eunomio* 11 3-5: PG 29 580B).

211. La falsa gnosis o gnosis herética, cf. 1 Tm 6, 20.

212. Hch 5, 29.

213. Mt 28, 19.

con éste, y ellos en cambio dicen que no es preciso que el Espíritu se coadune con el Padre y el Hijo, ¿cómo no van a estar claramente en contraposición con el mandato de Dios?

Efectivamente, si dicen que no existe tal coadunación indicadora de cierta comunión y unión, que digan qué conviene entender por esto, o si tienen alguna otra manera más apropiada de unión.

Y en todo caso, si el Señor en el bautismo no unió el Espíritu a sí mismo y al Padre, que tampoco nos reprochen a nosotros el unirlos, puesto que nosotros, efectivamente, ni pensamos ni expresamos nada diferente.

Pero si allí el Espíritu está unido al Padre y al Hijo, que nadie sea tan desvergonzado que diga otra cosa, y que tampoco nos acusen de ese modo, si seguimos lo que está escrito ²¹⁴.

25. Ahora bien, la preparación de la guerra contra nosotros está a punto, y todo pensamiento está tenso hacia nosotros, y lenguas blasfemas lanzan sus flechas de modo que aciertan con más fuerza que los asesinos de Cristo con sus piedras contra Esteban.

Pero que a nadie se le oculte que, si la guerra nos tiene a nosotros por pretexto, la realidad de los hechos apunta, sin embargo, más arriba. Ciertamente es que preparan sus trampas e insidias contra nosotros y que mutuamente se animan a ayudarse según la experiencia y la fuerza que tiene cada uno. Pero lo que se ataca es la fe, y el objetivo común de todos los adversarios y enemigos de la doctrina salvífica es derribar el pilar de la fe en Cristo, haciendo desaparecer por asolamiento

214. Para Basilio, la doxología viene a ser un trasunto de Mt 28, 19.

la tradición apostólica. Por esta razón, como si fueran deudores de buena fe, se socorren con las pruebas tomadas de las Escrituras, rechazando como si no tuviera importancia alguna el testimonio no escrito de los Padres ²¹⁵.

Sin embargo, nosotros no nos apearemos de la verdad, ni por cobardía traicionaremos nuestra alianza.

Efectivamente, si el Señor nos ha transmitido como doctrina necesaria y salvífica la coadunación del Espíritu Santo con el Padre, y a ellos, por contra, no les parece así, sino que lo dividen, lo separan violentamente y lo hacen emigrar a la naturaleza servil ²¹⁶, ¿cómo no va a ser verdad que convierten su blasfemia en más importante que la legislación del Señor?.

Pero, bueno, depongamos, pues, todo afán de querrela y examinemos recíprocamente lo que tenemos en las manos.

26. ¿De dónde nos viene el ser cristianos? Por medio de la fe, podría responder todo el mundo. Somos salvados, pero, ¿de qué manera? Renaciendo, evidentemente, por medio de la gracia conferida en el bautismo; ¿de qué otra manera, si no?

Entonces, después de conocer esta salvación realizada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, ¿podríamos abandonar *la forma de doctrina* ²¹⁷ que hemos recibido? Verdaderamente sería digno de los mayores la-

215. El testimonio no escrito de los que él llama Padres, Basilio lo considera también parte de la única fuente de doctrina cristiana, cf. *infra*, X, 22; XXVII y XXVIII.

216. Servil o ministerial, más propia de los ángeles, según los pneumatólogos.

217. Rm 6, 17.

mentos el que ahora nos hallásemos mucho más lejos de nuestra salvación que cuando comenzamos a creer²¹⁸; si precisamente ahora rechazamos lo que entonces recibimos. Igual es el daño: marcharse²¹⁹ sin participar del bautismo o recibir uno al que le falta algo de lo que viene de la tradición²²⁰.

Y en cuanto a la profesión de fe que depusimos en nuestra primera entrada²²¹ cuando, apartándonos de los ídolos, nos acercamos al Dios vivo²²², quien no la guarda en toda ocasión y no se abraza a ella como a segura salvaguardia durante toda su vida, él mismo se enajena de las promesas de Dios²²³ y contradice al escrito de su puño y letra que había depositado en la profesión de su fe²²⁴.

Pero, si el bautismo es para mí principio de vida, y el primer día es el de mi regeneración, está claro que la palabra más apreciada entre todas es la pronunciada al serme dada la gracia de la adopción filial.

¿Voy, pues, a dejarme seducir por las argucias²²⁵ de esas gentes y a traicionar esta tradición que me introdujo en la luz, que me regaló el conocimiento de Dios, y por la cual he sido hecho hijo de Dios, yo, su enemigo hasta entonces por causa del pecado?

218. Cf. Rm 13, 11.

219. Marcharse: se concibe el morir como un marcharse de la tierra a la casa del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

220. Se refiere a la tradicional fórmula trinitaria del bautismo.

221. Es decir, la fe expresada en la fórmula bautismal al entrar en la comunidad cristiana.

222. Cf. 1 Ts 1, 9.

223. Cf. Ef 2, 12.

224. Está claro que, para el bautismo, se requería una profesión de fe escrita de propia mano cf. 1 P 3, 21.

225. Cf. Col 2, 4.

Al contrario, pido para mí el poder partir con esta confesión hacia el Señor ²²⁶, y a ellos les exhorto a conservar sana y salva la fe hasta el día de Cristo, y a guardar al Espíritu Santo inseparable del Padre y del Hijo ²²⁷, conservando así la doctrina sobre el bautismo en la confesión de la fe y en la atribución de la gloria ²²⁸.

Capítulo XI

SON PREVARICADORES QUIENES NIEGAN AL ESPÍRITU SANTO

27. ¿Para quién es el «¡Ay!»? ¿Para quién la aflicción? ¿Para quién la angustia y la tiniebla? ¿Para quién la eterna condena? ²²⁹. ¿No es para los prevaricadores? ¿No para los que niegan la fe? Pero, ¿cuál es la prueba de su negación? ¿No lo es que hayan rechazado sus propias confesiones?

¿Pero qué confesaron, y cuándo? Que creían en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo: cuando, tras haber renunciado al diablo y a sus ángeles, pronunciaron esa palabra salvadora ²³⁰.

¿Qué nombre, pues, apropiado para éstos, inventaron los hijos de la luz? ¿No los llamaron prevaricado-

226. Cf. Flp 1, 23.

227. El tema lo desarrollará en elc. XXVI, tras haber resuelto, en los cc. XI-XV algunas objeciones previas.

228. La invocación bautismal de las tres Personas divinas, la profesión de fe y la doxología están, para Basilio, íntimamente unidas, y son manifestaciones de la misma realidad teológica.

229. Cf. Pr 23, 29.

230. La fórmula de la profesión de fe bautismal era claramente tradicional, y constituyó el núcleo original del llamado símbolo apostólico, cf. *infra*, XXVII, 67.

res, como a gentes que traicionaron sus pactos de salvación? Pues, ¿qué llamaré yo al que niega a Dios? ¿Y qué al que niega a Cristo? ¿Acaso otra cosa que prevaricador? Y al que niega al Espíritu Santo, ¿qué nombre quieres que le ponga? ¿Acaso no el mismo, como a quien ha violado sus pactos para con Dios?

Por consiguiente, cuando la profesión de la fe en él proporciona la bienaventuranza de la piedad, y su negación arroja a uno bajo la condena de impiedad ²³¹, ¿no va ser terrible negarle ahora, no por temor al fuego, a la espada, a la cruz a los látigos, a la rueda o a los instrumentos de tortura, sino por dejarse engañar por los solos sofismas y fraudes de los enemigos del Espíritu Santo?

Yo testifico a todo hombre que confiesa a Cristo y niega a Dios, que Cristo de nada le servirá ²³²; y a quien invoca a Dios, pero niega al Hijo, que su fe es vana; y a quien rechaza al Espíritu, que su fe en el Padre y en el Hijo caerá en el vacío, pues ni tenerla podrá, faltando el Espíritu.

Efectivamente, no cree en el Hijo quien no cree en el Espíritu, ni cree en el Padre quien no creyó en el Hijo, pues *no se puede llamar Señor a Jesús, si no es en el Espíritu Santo* ²³³, y *a Dios nadie le vió jamás: el Hijo unigénito, el que está en el seno del Padre, éste nos lo reveló* ²³⁴.

El tal, tampoco participa de la verdadera adoración, pues no es posible adorar al Hijo si no es en el Espí-

231. Lit. «ateísmo», pero no en el sentido de negación absoluta de la existencia de Dios.

232. Cf. Ga 5, 2-3.

233. 1 Co 12, 3.

234. Jn 1, 18.

ritu Santo, ni es posible invocar al Padre si no es en el Espíritu de la adopción ²³⁵.

Capítulo XII

CONTRA LOS QUE DICEN QUE BASTA SOLAMENTE EL BAUTISMO EN EL SEÑOR

28. Y que a nadie engañe el lenguaje del Apóstol cuando muchas veces, al mencionar el bautismo, omite el nombre del Padre y el del Espíritu Santo, ni por esta razón piense nadie que se puede descuidar la invocación de los nombres. *Todos –dice– los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos* ²³⁶. Y de nuevo: *Todos los que habéis sido bautizados en Cristo habéis sido bautizados en su muerte* ²³⁷.

Efectivamente, nombrar a Cristo es confesar el todo, pues es mostrar a Dios que unge, al Hijo que es ungido y al Espíritu que es la unción, según aprendimos de Pedro en los Hechos: *Jesús el de Nazaret, al que Dios ungió con el Espíritu Santo* ²³⁸. Y en Isaías: *El Espíritu del Señor está sobre mí, por eso me ungió* ²³⁹. Y el salmista: *Por eso me ungió Dios, tu Dios, con aceite de alegría* ²⁴⁰.

Sin embargo, a veces el Apóstol parece que menciona también únicamente al Espíritu con motivo del bautismo. Dice, efectivamente: *Todos fuimos bautizados*

235. Cf. Rm 8, 15.

236. Ga 3, 27.

237. Rm 6, 3.

238. Hch 10, 38; Basilio juega con la raíz de *Christós*=ungido y del verbo *chrío*=ungir.

239. Is 61, 1; cf. Lc 4, 18.

240. Sal 44, 8.

en un solo cuerpo, en un solo Espíritu ²⁴¹. Y con esto concuerda también aquello: *Pero vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo* ²⁴², y lo de: *El os bautizará con Espíritu Santo* ²⁴³. Con todo y con eso, no podría decirse perfecto un bautismo en el que únicamente se invocase el nombre del Espíritu, pues, efectivamente, es necesario que siempre permanezca inviolable la tradición dada en la gracia vivificante, ya que quien rescató nuestra vida de la corrupción ²⁴⁴ nos dió una fuerza de renovación que tiene su causa inefable y encerrada en un misterio, pero que confiere a las almas la gran salvación, por lo que el añadir o quitar algo es evidentemente desterrarse de la vida eterna.

Si, pues, separar en el bautismo al Espíritu del Padre y del Hijo resulta peligroso para el que bautiza e inútil para el bautizado, ¿cómo va a ser para nosotros seguro el separar del Padre y del Hijo al Espíritu?

La fe y el bautismo son, empero, dos modos de salvación mutuamente inherentes e inseparables, pues la fe, en efecto, se perfecciona mediante el bautismo, y el bautismo, por su parte, se fundamenta mediante la fe, y los dos alcanzan su plenitud mediante los mismos nombres. Efectivamente, lo mismo que creemos en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, así también somos bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Y ciertamente va delante la confesión de fe, que introduce en la salvación, pero le sigue el bautismo, que sella nuestro asentimiento.

241. 1 Co 12, 13, aunque Basilio parece estar citando de memoria o conforme a un canon prebizantino.

242. Hch 1, 5.

243. Lc 3, 16.

244. Cf. Sal 102, 4.

Capítulo XIII

DEMOSTRACIÓN DE POR QUÉ EN SAN PABLO SE TOMA A LOS ÁNGELES EN CUENTA JUNTO CON EL PADRE Y EL HIJO

29. Sin embargo –dicen– hay también otros seres a los que se enumera con el Padre y el Hijo, y en modo alguno se les glorifica con ellos. Así el Apóstol toma en cuenta con ellos a los ángeles cuando, para su testimonio ante Timoteo, dice: *Yo te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, y de sus ángeles escogidos...*²⁴⁵, ángeles que nosotros ni los separamos del resto de la creación ni sufrimos que se los enumere juntamente con el Padre y con el Hijo.

Yo por mi parte, aunque el razonamiento no merece respuesta alguna, pues tan claro tengo su dislate, sin embargo digo lo siguiente: quizás alguien podría presentar a un compañero de esclavitud²⁴⁶ como testigo ante un juez blando y benigno que, sobre todo en su epiqueya respecto de los que son juzgados, demuestre la incontestable justicia de sus juicios.

Pero el estar libre de esclavitud, ser llamado Hijo de Dios y resucitar de la muerte, de ningún otro se puede lograr sino de quien posee la afinidad por naturaleza²⁴⁷ y es ajeno a la condición servil. Pues, ¿cómo familiarizaría con Dios el extraño? ¿Y cómo libertará el mismo que está sujeto al yugo de la esclavitud²⁴⁸?

245. 1 Tm 5, 21.

246. Un ser creado: para Basilio, la esclavitud y la obediencia son inherentes a la creación, frente a la soberanía y el dominio, propios de la divinidad; cf. *C. Eunom.* II 30: PG 29 644C.

247. Con Dios, se entiende.

248. Puesto que es el Espíritu quien diviniza, él mismo es Dios.

Por consiguiente, no está en el mismo plano de igualdad la mención del Espíritu y la de los ángeles, sino que se menciona al Espíritu como señor de vida, y a los ángeles, en cambio, como amparo de sus compañeros de esclavitud y fieles testigos de la verdad. Costumbre es de los santos, en efecto, el dar ante testigos los mandatos de Dios. Como el mismo Apóstol dice a Timoteo: *Lo que recibiste de mí ante muchos testigos, encárgalo a los hombres fieles*²⁴⁹. También ahora aduce en testimonio a los ángeles, pues sabe que los ángeles acompañarán al Juez cuando venga en la gloria del Padre a juzgar en justicia al mundo habitado. Dice, efectivamente: *Al que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios; pero el que me negare delante de los hombres, también será negado delante de los ángeles de Dios*²⁵⁰.

Y el mismo Pablo, en otro lugar, dice: *En la revelación del Señor Jesús desde el cielo con los ángeles*²⁵¹. La razón por la que ya desde aquí toma en testimonio a los ángeles es porque se está preparando las pruebas que le convienen para el gran juicio.

30. Y no solamente Pablo, sino simplemente todos los que tienen confiado algún ministerio de la palabra en ningún momento cesan de atestiguarlo; al contrario, incluso invocan al cielo y a la tierra, pensando que también ahora toda acción se realiza dentro de ambos y que, en el examen de lo vivido, ambos estarán junto con los juzgados.

249. 2 Tm 2, 2.

250. Lc 12, 8-9.

251. 2 Ts 1, 7.

Convocaré –dice– a los cielos de arriba y a la tierra, para juzgar a su pueblo ²⁵². De ahí que Moisés, cuando iba a transmitir las palabras al pueblo, dijera: *Y os pongo hoy por testigos al cielo y a la tierra* ²⁵³. Y de nuevo, al decir su cántico: *Atiende, cielo, y hablaré; y oiga la tierra las palabras de mi boca* ²⁵⁴. También Isaías: *Oye, cielo, y escucha tú, tierra* ²⁵⁵. Jeremías, por su parte, describe incluso cierto estupor del cielo al oír las obras impías del pueblo: *Espantóse el cielo sobre esto, y se estremeció de horror extremo, porque dos males ha hecho mi pueblo* ²⁵⁶.

Pues también el Apóstol, conocedor de que los ángeles están instituidos como pedagogos o preceptores de los hombres, los invocó en testimonio ²⁵⁷.

Y Jesús, hijo de Navé ²⁵⁸, incluso erigió una piedra en testimonio de las palabras (aunque ya en algún lugar Jacob había llamado testigo a un majano ²⁵⁹): *La piedra –dice– estará efectivamente entre vosotros por testigo, desde hoy hasta los últimos días, siempre que mintáis al Señor nuestro Dios* ²⁶⁰; quizás pensaba que, por la fuerza de Dios, incluso las piedras hablarían para confundir a los transgresores, y si no, por lo menos que la vehemencia del aviso heriría en todo caso la conciencia de cada uno.

252. Sal 49, 4.

253. Dt 4, 26.

254. Dt 32, 1.

255. Is 1, 2.

256. Jr 2, 12-13.

257. Cf. 1 Tm 5, 21.

258. Se trata, naturalmente, de Josué, hijo de Nun.

259. Cf. Gn 31, 46-48.

260. Cf. Jos 24, 27. La cita difiere del texto de los LXX, bien porque Basilio cita de memoria, bien porque utiliza otra versión.

De esta manera, pues, los que tienen el encargo de gobernar las almas se preparan de antemano los testigos, cuales fueren, para poder presentarlos más adelante. En cambio el Espíritu está coadunado con Dios, no por la necesidad de la ocasión, sino por la comunión de naturaleza; ni porque nosotros le hayamos arrastrado, sino porque el Señor se lo ha unido.

Capítulo XIV

OBJECCIÓN: TAMBIÉN ALGUNOS FUERON BAUTIZADOS EN MOISÉS, Y EN ÉL CREYERON. EN RESPUESTA, TAMBIÉN SE TRATA SOBRE LOS «TIPOS» ²⁶¹

31. Pero es que —dicen— aun cuando fuéramos bautizados en el Espíritu, ni siquiera así sería justo equipararlo con Dios, pues, efectivamente, también algunos *fueron bautizados en Moisés, en la nube y en el mar*²⁶². Igualmente se está de acuerdo en que ya se daba la fe en los hombres, pues *creyó el pueblo a Dios y a Moisés sus siervo*²⁶³. ¿Por qué entonces —dicen— enalteces y magnificas tanto al Espíritu Santo partiendo de la fe y del bautismo, siendo así que las mismas cosas están atestiguadas ya respecto de los hombres?

¿Qué diremos, pues? Que la fe en el Espíritu es la misma que en el Padre y en el Hijo; igualmente el bautismo. La fe en Moisés y en la nube es, en cambio, una sombra y un tipo. Ahora bien, porque se prefigure las realidades divinas con cosas pequeñas y humanas, no

261. Estos «tipos», figuras o sombras, prefiguran en el A.T. realidades del nuevo.

262. 1 Co 10, 2; cf. Ex 13, 21; 14, 22.

263. Ex 14, 31.

por eso es también pequeña la naturaleza de lo divino, que muchas veces ha sido prefigurada por la imagen de los tipos.

Efectivamente, el tipo hace ver, por imitación, aquello que se espera, y de antemano hace entrever ostensiblemente el porvenir.

Así Adán es tipo del que había de venir, y la peña es típicamente el Cristo ²⁶⁴, y el agua de la peña es tipo del poder vivificador del Verbo ²⁶⁵, pues dice: *Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba* ²⁶⁶. Y el maná es tipo del pan vivo que ha bajado del cielo ²⁶⁷; y la serpiente puesta sobre el estandarte lo es de la Pasión salvadora, realizada por medio de la cruz: por eso los que la miraban se salvaban ²⁶⁸. Así es cómo también los sucesos que rodearon la salida de Israel ²⁶⁹ se han narrado para significar a los salvados mediante el bautismo: se salvaron, efectivamente, los primogénitos de los israelitas —como también los cuerpos de los bautizados— porque la gracia se otorgaba a los que estaban señalados por la sangre.

Efectivamente, la sangre del cordero es tipo de la sangre de Cristo; los primogénitos, por su parte, son tipo del primer hombre. Como quiera que éste se halla necesariamente en nosotros, prolongándose hasta el final a consecuencia de la sucesión, por eso mismo todos morimos en Adán y la muerte reinó ²⁷⁰ hasta la plenitud de la Ley y la venida de Cristo ²⁷¹.

264. Cf. 1 Co 10, 4.

265. Cf. Ex 17, 6.

266. Jn 7, 37.

267. Cf. Ex 16, 4; Dt 8, 3; Jn 6, 51.

268. Cf. Nm 21, 6-9 (LXX); Jn 3, 14.

269. Cf. Ex 12, 1-13.

270. Cf. 1 Co 15, 22.

271. Cf. Rm 15, 14ss.; 13, 8.10.

Ahora bien Dios preservó a los primogénitos de que los tocara el exterminador, para significar que nosotros, los vivificados en Cristo, ya no morimos en Adán.

En cuanto al mar y la nube, en aquel momento inducían a la fe mediante el espanto, pero, referidos al futuro, señalaban de antemano, como tipos, la gracia venidera. *¿Quién es sabio para que entienda esto?*²⁷², o sea, cómo el mar, en sentido típico, era un bautismo, pues separaba del Faraón, lo mismo que este baño separa de la tiranía del diablo. El mar mataba en su seno mismo al enemigo; aquí muere también nuestra enemistad contra Dios. De aquel salió incólume el pueblo, y también nosotros subimos del agua, cual vivos de entre los muertos, salvados por la gracia del que nos llamó²⁷³.

Y la nube era sombra del don que procede del Espíritu, el que enfría la llama de las pasiones mediante la mortificación de los miembros.

32. Entonces, ¿qué? Por el hecho de haber sido bautizados figuradamente en Moisés, ¿por eso va a ser pequeña la gracia del bautismo? ¡En tal caso no habría cosa grande entre las nuestras, pues de antemano difamaríamos en los tipos lo que hay de magnífico en cada una!

Efectivamente, no sería algo grande y sobrenatural el amor de Dios a los hombres, el amor del que entregó a su Hijo unigénito por nuestros pecados, ya que tampoco Abraham perdonó a su propio hijo; ni la Pasión del Señor sería gloriosa, puesto que el tipo de la ofrenda lo representó un carnero, en vez de Isaac²⁷⁴.

272. Os 14, 10; cf. Sal 106, 43.

273. Cf. Ef 2, 5.

274. Cf. Gn 22, 1-14.

Y tampoco sería espantosa la bajada a los infiernos, puesto que el tipo de la muerte lo representó de antemano Jonás en tres días y otras tantas noches ²⁷⁵.

Pues eso mismo hace, incluso respecto del bautismo, el que juzga la verdad por la sombra y compara con los tipos lo que ellos significan, empeñándose en despiezar, a base de Moisés y del mar, toda la economía evangélica. ¿Qué perdón de pecados hay, efectivamente, en el mar? ¿Qué renovación de vida? ¿Qué don espiritual por medio de Moisés? ¿Qué muerte a los pecados hay allí? Aquellos no murieron con Cristo, por lo cual tampoco resucitaron con él ²⁷⁶.

No fueron portadores de la imagen del Celeste ²⁷⁷ ni llevaron en su cuerpo la muerte de Jesús ²⁷⁸; ni se despojaron del hombre viejo ni se revistieron del nuevo, del renovado en conocimiento a imagen del que lo creó ²⁷⁹.

¿Por qué, pues, comparar los bautismos, de los cuales únicamente el nombre es común, mientras que la diferencia de las realidades es tanta cuanto va de un sueño a la verdad, o cuanto se interpone entre la sombra o imagen y la realidad substancial?

33. Pero es que la fe en Moisés tampoco muestra que la fe en el Espíritu sea de poca estima, sino que —según su razonamiento— más bien empequeñecen la confesión de fe en el Dios del universo, pues dice, efectivamente: *Crejó a Dios el pueblo, y a Moisés su siervo* ²⁸⁰.

275. Cf. Jon 2, 1; Mt 12, 40.

276. Cf. Rm 6, 8.

277. Cf. 1 Co 15, 49.

278. Cf. 2 Co 4, 10.

279. Cf. Col 3, 9-10.

280. Ex 14, 31.

Por consiguiente, se le asocia con Dios, no con el Espíritu, y así era tipo, no del Espíritu, sino de Cristo, ya que por sí mismo prefiguraba entonces, en el servicio de la Ley, al mediador entre Dios y los hombres ²⁸¹.

Moisés no era, pues, tipo del Espíritu cuando intercedía por el pueblo ante Dios. Efectivamente, *la Ley se dió ordenada por medio de los ángeles en la mano de un mediador* ²⁸², o sea, de Moisés, atendiendo a la provocación del pueblo, que decía: *Háblanos tú a nosotros, y que no nos hable Dios* ²⁸³. Por consiguiente, la fe en él hace referencia al Señor, el Mediador entre Dios y los hombres, que dijo: *Si creyérais a Moisés, me creeríais a mí* ²⁸⁴.

Entonces, ¿es poca cosa la fe en el Señor, puesto que se la prefigura mediante Moisés? Pues lo mismo, aunque alguien fuera bautizado en Moisés, tampoco es poquita cosa la gracia del Espíritu en el bautismo.

Sin embargo puedo advertir que es costumbre de la Escritura decir «Moisés y la Ley», como en aquello de: *Tienen a Moisés y a los Profetas* ²⁸⁵. Hablaba, pues, de un bautismo legal ²⁸⁶ cuando dijo: *Fueron bautizados en Moisés* ²⁸⁷.

¿Por qué, pues, quienes calumnian a la verdad partiendo de su sombra y de sus tipos, se empeñan en presentar como despreciables el orgullo de nuestra esperanza ²⁸⁸ y el riquísimo don de nuestro Dios y Sal-

281. Cf. 1 Tm 2, 5.

282. Ga 3, 19.

283. Ex 20, 19.

284. Jn 5, 46.

285. Lc 16, 29.

286. O sea, un bautismo de iniciación a la ley mosaica.

287. 1 Co 10, 2.

288. Cf. Hb 3, 6.

vador, que, mediante la regeneración, nos rejuvenece como el águila ²⁸⁹?

Sin duda es enteramente propio de mente infantil y del niño que en verdad necesita de leche, ignorar el gran misterio de nuestra salvación: lo mismo que al iniciarse la enseñanza, en el ejercicio de la piedad, al ser conducidos a la perfección, primero somos instruídos en el conocimiento de los primeros elementos, los más fáciles y a nuestra medida, pues el que gobierna nuestros asuntos nos va elevando hasta la gran luz de la verdad, acostumbrándonos poco a poco, como a ojos criados en la oscuridad.

Efectivamente, por consideración a nuestra debilidad, en el abismo de la riqueza de su sabiduría y en los inescrutables juicios de su inteligencia ²⁹⁰, nos ofreció esta guía, suave y acomodada a nosotros, acostumbrándonos primero a ver las sombras de los cuerpos y a mirar al sol en el agua, para no cegar arrojándonos de repente a la contemplación de la pura luz.

Por idéntica razón, la Ley, *que tiene la sombra de los bienes venideros* ²⁹¹ y la prefiguración realizada por los profetas, por ser cifra ²⁹² de la verdad, se las concibe como ejercicio de los ojos del corazón, con el fin de que, desde ellas, nos resulte más fácil el paso hacia la sabiduría oculta en el misterio ²⁹³.

Por lo que atañe, pues, a los tipos, baste lo dicho, pues tampoco es posible insistir más tiempo en el asunto,

289. Cf. Sal 102, 5.

290. Cf. Rm 11, 33.

291. Hb 10, 1.

292. Lit. «enigma»: como alusión oscura a algo, viene a significar lo que tipo o figura.

293. Cf. 1 Co 2, 7.

de lo contrario, lo incidental sería mucho más importante que lo principal.

Capítulo XV

RESPUESTA A LA RÉPLICA: «TAMBIÉN SOMOS BAUTIZADOS EN AGUA»; DONDE TAMBIÉN SE HABLARÁ DEL BAUTISMO

34. ¿Qué hay aún, además de lo dicho? ¡Porque a éstos les sobran soluciones!

También se nos bautiza en agua –dicen– y, con todo, no preferimos el agua al conjunto de la creación entera, ni le daremos parte en el honor del Padre y del Hijo.

Tales son, pues, las razones de esa gente, cuales se darían en hombres airados y que, por oscurecimiento de sus pensamientos a causa de la pasión, no reparan en nada para defenderse contra quien les aflige.

Por nuestra parte, empero, tampoco vamos a vacilar en tratar este argumento, pues habremos de enseñar a ignorantes, ni cederemos ante gente perversa. Pero remontémonos un poco ²⁹⁴.

35. La economía ²⁹⁵ de nuestro Dios y Salvador sobre el hombre es nueva llamada que alza de la caída, y vuelta a la familiaridad de Dios desde el extrañamiento causado por la desobediencia.

Esta es la razón de la venida de Cristo en la carne, de los ejemplos de conducta evangélica, de los padecimientos, de la cruz, del sepulcro, de la resurrección:

294. Cf. *supra*, VIII y X.

295. En su sentido general de plan salvífico de Dios sobre los hombres en su totalidad.

que el hombre salvado recupere, por la imitación de Cristo, la antigua adopción filial divina ²⁹⁶.

Por tanto, para la perfección de la vida, es necesaria la imitación de Cristo, no solamente en los ejemplos de mansedumbre, de humildad y de paciencia ²⁹⁷ que dió en vida, sino de su misma muerte, como dice Pablo, el *imitador de Cristo* ²⁹⁸: *Conformándome a su muerte, por si de alguna manera alcanzase la resurrección de los muertos* ²⁹⁹.

¿Cómo, pues, asemejarnos en su muerte? Siendo sepultados con él mediante el bautismo ³⁰⁰. ¿Qué clase, pues, de sepultura? ¿Y qué ventaja tiene la imitación?

En primer lugar es necesario interrumpir la serie de la vida anterior. Ahora bien, esto es imposible, a menos de nacer otra vez, según la palabra del Señor ³⁰¹, puesto que el renacimiento, como el propio nombre indica, es principio de una segunda vida. Por eso, antes de comenzar la segunda, se precisa poner fin a la primera. Pues lo mismo que al girar en la doble carrera ³⁰², cierta detención y reposo separan a los dos movimientos contrarios, así también, al cambiar de vida, apareció como necesario que la muerte se interpusiese entre una y otra vida, poniendo fin a los precedente y dando comienzo a lo que sigue.

296. Cf. Ga 4, 5.

297. Cf. Ga 5, 22-23.

298. Cf. 1 Co 11, 1; Flp 3, 17.

299. Flp 3, 10-11.

300. Cf. Rm 6, 3-5.

301. Cf. Jn 3, 3.

302. El sínkil está tomado del *díaulos* o doble carrera en las competiciones del estadio, en el momento en que los corredores, llegados al hito que señalaba el final de la ida, giraban en torno a él para regresar al punto de partida.

¿Cómo, pues, logramos la bajada a los infiernos? Imitando la sepultura de Cristo mediante el bautismo, porque es como si los cuerpos de los bautizados fueran sepultados en el agua. El bautismo, pues, significa de modo simbólico la deposición de las obras de la carne, según lo que dice el Apóstol: *Fuísteis circuncidados con circuncisión no hecha con manos, con el despojamiento del cuerpo de la carne, con la circuncisión de Cristo, al ser sepultados juntamente con él en el bautismo* ³⁰³. Y es como purificarse el alma de la suciedad que le ha sobrevenido por el sentido carnal, según lo que está escrito: *Me lavarás y quedaré más blanco que la nieve* ³⁰⁴.

Por esta razón no se nos lava al modo judío, de cada mancha ³⁰⁵, sino que sabemos que el bautismo salvador es único, puesto que única es la muerte y única la resurrección de entre los muertos, y de ellas es tipo el bautismo ³⁰⁶.

A esto se debe que el Señor, dispensador de nuestra vida, estableciera con nosotros esta alianza del bautismo, que encierra el tipo de la muerte y el de la vida: el agua realiza la imagen de la muerte, y el Espíritu proporciona las arras de la vida.

La consecuencia resultante de aquí es lo claro que está el objeto de nuestra búsqueda: porqué se toma al agua junto con el Espíritu. Razón: siendo dos los objetivos del bautismo –limpiar el cuerpo del pecado ³⁰⁷ para que no vuelva más a fructificar para la muerte ³⁰⁸,

303. Col 2, 11-12.

304. Sal 50, 9.

305. Cf. Nm 8, 19.

306. Cf. Rm 6, 3-10, lugar preferido de Basilio en su *Tratado sobre el bautismo* I 2: U. NERI, *Basilio di Cesarea. Il battesimo* (Brescia 1976) p. 192ss.

307. Rm 6, 6.

308. Cf. Rm 7, 5.

y vivir del Espíritu dando fruto de santificación³⁰⁹— el agua, por su parte, presenta la imagen de la muerte al recibir al cuerpo como en una sepultura, mientras el Espíritu, por la suya, infunde la fuerza vivificante y renueva nuestras almas mudándolas de la muerte del pecado a la vida del origen³¹⁰.

Esto es, pues, el *nacer de nuevo del agua y del Espíritu*³¹¹, en cuanto que la muerte se lleva a cabo en el agua, y el Espíritu obra la vida en nosotros.

Por consiguiente, el gran misterio del bautismo se efectúa en tres inmersiones³¹² y otras tantas invocaciones, con el fin de que esté representado el tipo de la muerte y las almas de los bautizados sean iluminadas por la transmisión del conocimiento de Dios. De modo que si en el agua hay alguna gracia, ésta no procede de la naturaleza del agua, sino de la presencia del Espíritu. El bautismo no es, efectivamente, *despojamiento de la suciedad corporal, sino demanda a Dios de una conciencia buena*³¹³.

Al prepararnos, pues, el Señor para la vida que nace de la resurrección, expone toda la conducta evangélica preceptuándonos la mansedumbre, la resignación, la limpieza de todo amor a los placeres, el carácter libre de avaricia, de tal suerte que nosotros, por libre elección, nos adelantemos a lograr lo que precisamente el eón aquel posee según la naturaleza³¹⁴.

309. Cf. Rm 6, 22.

310. Esto es, a la semejanza con Dios otorgada al hombre en el momento de la creación y perdida por él a consecuencia de la caída en el pecado.

311. Jn 3, 3.5.

312. Cf. *infra* XXVII.

313. 1 P 3, 21.

314. El cristiano empieza ya acá a gozar de las cualidades que caracterizan a la vida futura.

Por tanto, si alguno, enfadado, dijere que el Evangelio es prefiguración de la vida que nace de la resurrección, me parece a mí que no andaría errado, lejos de lo conveniente.

Pero volvamos a nuestro objetivo.

36. Por medio del Espíritu Santo tenemos: el restablecimiento en el paraíso ³¹⁵, la subida al reino de los cielos, la vuelta a la adopción filial, la confiada libertad de llamar Padre nuestro a Dios, de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz, de tener parte en la gloria eterna y, en general, de estar en la plenitud de la bendición, en esta vida y en la futura, viendo como en un espejo la gracia de los bienes que nos reservan las promesas, y de los que esperamos ansiosos disfrutar por la fe, como si ya estuviesen presentes.

Pues, si tales son las arras, ¿cuál no será la totalidad? Y si tamaña es la primicia, ¿cuál no será la plenitud del todo?

También se da a conocer la diferencia entre la gracia que procede del Espíritu y el bautismo en el agua, en el hecho de que Juan bautizó en agua, pero nuestro Señor Jesucristo en el Espíritu Santo, pues se dice: *Yo en verdad os bautizo en agua para conversión, pero el que viene detrás de mí es más poderoso que yo, cuyas sandalias no soy digno de llevar: él os bautizará en Espíritu y en fuego* ³¹⁶. Llama bautismo de fuego a la prue-

315. *Apocatástasis*: se alude al paraíso terrenal; mediante el bautismo y por obra del Espíritu, el hombre recupera su estado original de semejanza con Dios, del que disfrutó cuando fue creado y colocado en el paraíso terrenal.

316. Mt 3, 11.

ba que se hará en el juicio, según dice el Apóstol: *El fuego probará cómo es la obra de cada uno. Y de nuevo: Porque ese día la mostrará, ya que se manifestará en fuego* ³¹⁷.

Ahora bien, entre los que luchan por la piedad, hay algunos que, habiendo soportado ya, no por imitación, sino de verdad, la muerte por Cristo, no han necesitado para su salvación ninguno de los símbolos que proceden del agua, puesto que han sido bautizados en su propia sangre ³¹⁸.

Y digo esto, no porque desprecie al bautismo en el agua, sino por abatir los razonamientos de los que se alzan contra el Espíritu, mezclan lo inmezclable y equiparan lo incomparable.

Capítulo XVI

EL ESPÍRITU SANTO ES INSEPARABLE DEL PADRE
Y DEL HIJO EN CUALQUIER NOCIÓN:
EN LA CREACIÓN DE LOS SERES INTELIGENTES,
EN LA ECONOMÍA QUE AFECTA A LOS HOMBRES
Y EN EL JUICIO QUE SE ESPERA

37. Volvamos, pues, al asunto del principio: cómo el Espíritu Santo es absolutamente indisociable e inseparable del Padre y del Hijo en todo.

En el pasaje sobre el carisma de las lenguas, Pablo, escribiendo a los Corintios, dice: *En el caso de que todos profeticéis, y entra algún infiel o indocto, de todos es convencido, de todos es juzgado; lo oculto de su co-*

317. 1 Co 3, 13.

318. Cf. Basilio, *Homilía sobre los cuarenta mártires* (PG 31 521 A-B).

razón se hace manifiesto, y así, postrándose sobre su rostro, adorará a Dios, proclamando que Dios está verdaderamente en vosotros ³¹⁹. Por consiguiente, si por la profecía, que obra conforme a la distribución de los carismas del Espíritu, se reconoce que Dios está en los profetas, que éstos decidan qué puesto otorgarán al Espíritu Santo: qué será más justo, colocarlo con Dios o relegarlo a la creación. También el reproche de Pedro a Safira: *¿Por qué os concertásteis para tentar al Espíritu Santo?* ³²⁰ *No habéis mentado a los hombres, sino a Dios* ³²¹, muestra que los pecados contra el Espíritu Santo y contra Dios son los mismos.

Y de esta manera podréis aprender que el Espíritu Santo en toda operación está unido y es inseparable del Padre y del Hijo.

Cuando Dios diferencia las operaciones y cuando el Señor distingue los ministerios, con ellos está presente el Espíritu Santo para efectuar libremente la distribución de los carismas según la dignidad de cada uno. Dice, efectivamente: *Hay distribución de carismas, pero el mismo Espíritu. Y hay distribución de ministerios, pero el mismo Señor. Y hay distribución de operaciones, pero el mismo Dios, el que obra todo en todo* ³²². *Mas todas estas cosas –dice– las obra el único y mismo Espíritu, distribuyendo particularmente a cada uno como quiere* ³²³.

Naturalmente, no porque el Apóstol mencione ahí en primer lugar al Espíritu, en el segundo al Hijo y en

319. 1 Co 14, 24-25.

320. Hch 5, 9.

321. Hch 5, 4.

322. 1 Co 12, 4-6.

323. 1 Co 12, 11.

el tercero a Dios Padre, ya es absolutamente necesario pensar que se ha trastocado el orden. Pablo, efectivamente, tomó el principio de nuestra misma índole: cuando recibimos los regalos, primero nos encontramos con el que distribuye, luego pensamos en el que los envía y luego elevamos la reflexión hasta la fuente y causa de los bienes.

38. La comunión del Espíritu con el Padre y el Hijo podrías aprenderla también de los seres creados desde el principio.

En efecto, las potencias puras, inteligentes y supramundanas son y las llaman santas, pues poseen la santidad por la gracia que el Espíritu Santo les ha infundido. Tanto es así que se ha callado el modo en que se crearon las potencias celestiales, pues el autor que redactó el origen del mundo nos reveló al creador únicamente a partir de los seres sensibles. Pero tú, que tienes capacidad para considerar analógicamente lo invisible partiendo de lo visible, glorifica al Hacedor, en quien fueron creadas todas las cosas, visibles e invisibles, principados, potencias, potestades, tronos, dominaciones y todas las demás naturalezas racionales innominadas.

Ahora bien, en la creación de estos seres, considérame al Padre como la causa principal, al Hijo como la causa creadora y al Espíritu como la causa perfectiva, de modo que los espíritus con misión de servicio subsisten por voluntad del Padre, existen por la acción del Hijo y se perfeccionan por la presencia del Espíritu. La perfección de los ángeles, empero, es la santidad y su permanencia en ella. Y nadie piense que yo estoy diciendo que hay tres hipóstasis principales ³²⁴ o afir-

324. La misma terminología en Plotino, *Ené.* V 1.

mando que la operación del Hijo es imperfecta, pues el principio de los seres es uno, que crea mediante el Hijo y perfecciona en el Espíritu ³²⁵ Y ni el Padre, que *obra todo en todos* ³²⁶, tiene imperfecta la operación, ni el Hijo tiene defectuosa la acción creadora, aunque no la perfeccione el Espíritu ³²⁷.

Así, efectivamente, el Padre no hubiera necesitado del Hijo, creando con sólo su querer; pero, sin embargo, quiere hacerlo mediante el Hijo. Ni el Hijo hubiera necesitado colaboración, obrando a semejanza del Padre; con todo, también el Hijo quiere perfeccionar por medio del Espíritu ³²⁸, pues *por la palabra del Señor se afirmaron los cielos, y por el Espíritu de su boca, toda potencia* ³²⁹.

Por tanto, no se trata de una palabra, modulación del aire significativa de algo, emitida mediante los órganos de la voz ³³⁰, ni una espiración, hálito de la boca, expulsada desde los miembros respiratorios, sino que se trata, por una parte, de la Palabra que *en el principio está junto a Dios y es Dios* ³³¹, y por otra, del Espíritu de la boca de Dios, *el Espíritu de la verdad, que procede del Padre* ³³².

Por consiguiente, estás pensando en tres: el Señor que ordena, la Palabra que crea, el Espíritu que con-

325. Cf. Orígenes, *De princ.* I 3, 8 (PG 11 155A-B).

326. 1 Co 12, 6.

327. Cf. *supra* VIII, 21.

328. Basilio defiende así el único Principio creador a la vez que afirma las diversas modalidades de intervención de las Personas divinas; cf. *Ep.* 210 (PG 32 772B y 773B) y *Ep.* 236 (*ibid.* 884B)

329. Sal 32, 6. Todos los Padres griegos del s. IV leyeron este versículo en clave trinitaria.

330. Es la clásica y tradicional definición de la palabra.

331. Jn 1, 1.

332. Jn 14, 26.

solida. Pero, ¿qué otra cosa es consolidar, sino perfeccionar en la santidad, pues la consolidación significa la solidez, la inmutabilidad y la firme fijación en el bien? Ahora bien, no hay santificación sin Espíritu.

Efectivamente, no son santas por naturaleza las potencias de los cielos, o de lo contrario, no se diferenciarían en nada del Espíritu Santo; no, sino que tienen del Espíritu la medida de su santidad, en proporción de su recíproca superioridad.

Así como, en efecto, pensamos en el cauterio junto con el fuego y, sin embargo, una cosa es la leña que arde y otra distinta el fuego, así también respecto de las potencias celestes, su substancia es, quizás, un soplo de aire o fuego inmaterial, según lo escrito: *El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llamas de fuego* ³³³, por lo cual están en un lugar y se hacen visibles manifestándose a los que son dignos en la forma corpórea familiar. Por consiguiente, la santificación, al ser de fuera de su substancia, les confiere la perfección mediante la comunión del Espíritu. Sin embargo, conservan su dignidad perseverando en el bien, pues mantienen su libre albedrío en la elección, y por otra parte nunca desfallecen de su empeño en el verdadero bien. Así, como suprimas con tu razón al Espíritu, los coros de los ángeles se disuelven, se eliminan las jerarquías de los arcángeles, y todo se confunde: sus vidas quedan sin ley, sin orden y sin definición.

¿Pues cómo van los ángeles a decir: «¡Gloria a Dios en las alturas!» ³³⁴, si el Espíritu no les da el poder? *Nadie* —efectivamente— *puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo, y nadie que hable por Espíritu de*

333. Sal 103, 4.

334. Lc 2, 14.

Dios llama anatema a Jesús ³³⁵: esto es precisamente lo que le llamarían los malvados. espíritus enemigos, cuya caída confirma mi razonamiento, a saber, que las potencias invisibles gozan de libre albedrío, pues están en equilibrio entre la virtud y el vicio, por lo que necesitan la ayuda del Espíritu.

Yo digo que incluso Gabriel no predice en absoluto el porvenir ³³⁶ más que por la presciencia del Espíritu, y esto por ser la profecía uno de los carismas distribuidos por el Espíritu.

Y en cuanto al que recibió el encargo de anunciar los misterios de la visión al varón de deseos ³³⁷, ¿de dónde sacó la sabiduría para poder enseñar lo oculto, si no del Espíritu Santo? En efecto, la revelación de los misterios pertenece propiamente al Espíritu Santo, según lo escrito: *Dios nos lo reveló a nosotros por el Espíritu* ³³⁸.

Por lo que hace a los Tronos, las Dominaciones, los Principados y las Potestades, ¿cómo podrían llevar una vida bienaventurada si en todo momento no vieran el rostro del Padre que está en los cielos ³³⁹?

Ahora bien, esa visión no se da sin el Espíritu ³⁴⁰. Efectivamente, lo mismo que si de noche apagaras la luz de tu casa, los ojos estarían ciegos, las facultades fallarían, no se distinguirían los valores, y el oro y el hierro serían pisoteados por igual, al no reconocerlos, así también en el orden intelectual ³⁴¹ es imposible que

335. 1 Co 12, 3.

336. Lc 1, 30-33.

337. Dn 10, 11.

338. 1 Co 2, 10.

339. Cf. Mt 18, 10.

340. El Espíritu Santo es, pues, la vida de los ángeles en cuanto que les suscita la visión beatífica.

341. Para comprenderlo, son ilustrativos los ejemplos que si-

la vida conforme a la ley se mantenga sin el Espíritu: no más que puede un ejército mantener el buen orden en ausencia del general, o un coro la consonancia sin la batuta del director. ¿Cómo los serafines podrían decir: *Santo, Santo, Santo* ³⁴², sin que el Espíritu Santo les hubiera enseñado cuántas veces es piadoso proclamar esta doxología?

Por consiguiente, si alaban a Dios todos sus ángeles y le alaban todas sus potencias, es mediante la co-operación del Espíritu. Y si miles de millares de ángeles y miríadas de miríadas de ministros están junto a él, cumplen irreprochablemente su cometido propio por la fuerza del Espíritu Santo. Así toda esta inefable y supracelste armonía en el servicio de Dios sería imposible que se conservase, si no la presidiese el Espíritu. De esta manera, pues, en la creación, el Espíritu Santo está presente a los seres que no se perfeccionan mediante un progreso, sino que son inmediatamente perfectos desde la misma creación: les confiere su gracia para dar remate y perfección a sus substancias.

39. Y en cuanto a los planes salvíficos para el hombre, los que hizo nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo ³⁴³, conforme a la bondad de Dios, ¿quién negará que se han cumplido mediante la gracia del Espíritu Santo? Ya consideres lo antiguo: las bendiciones de los Patriarcas, la ayuda otorgada por la Ley, los tipos,

guen del ejército y del coro de los ángeles; se trata del orden intelectual, por tanto, de las formas de vida en las que se requiere una clara y bien ordenada visión y valoración de las cosas expresadas mediante el intelecto.

342. Is 6, 3.

343. Tt 2, 13. Los planes salvíficos de Dios en favor de los hombres, que se resumen en la encarnación redentora.

las profecías, las hazañas en las guerras y los milagros de los hombres justos; ya mires lo dispuesto en orden a la venida del Señor en la carne: todo, por medio del Espíritu.

Efectivamente, en primer lugar, estaba con la carne del Señor, al hacerse unción y estar presente de manera inseparable, según lo escrito: *Sobre quien vieres al Espíritu descender y permanecer en él, ése es mi Hijo amado* ³⁴⁴. Y *Jesús de Nazaret, a quien Dios ungió de Espíritu Santo* ³⁴⁵.

En segundo lugar, toda acción se efectuaba con la presencia del Espíritu. Estaba presente incluso cuando fue tentado por el diablo, pues dice: *Fue llevado entonces Jesús por el Espíritu al desierto, para ser tentado* ³⁴⁶.

Y con él estaba de modo inseparable cuando realizaba sus milagros, pues dice: *Y si yo por Espíritu de Dios echo fuera los demonios...* ³⁴⁷.

Y no lo abandonaba al resucitar de entre los muertos. El Señor, efectivamente, al renovar al hombre y devolverle la gracia que, recibida del soplo de Dios, había perdido ³⁴⁸, ¿qué dijo después de haber soplado sobre el rostro de sus discípulos? *Recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonáreis los pecados, les serán perdonados; y a quienes se los retuviéreis, les serán retenidos* ³⁴⁹.

344. Jn 1, 33; Lc 3, 22.

345. Hch 10, 38.

346. Mt 4, 1.

347. Mt 12, 28; cf. *infra*, XIX, 49.

348. Cf. Gn 2, 7. Los Padres estaban convencidos de que, juntamente con el soplo con que Dios había infundido la vida en el hombre, se le había transmitido también originariamente el don del Espíritu Santo.

349. Jn 20, 22-23.

Y en cuanto al ordenado gobierno de la Iglesia, ¿no está claro y fuera de discusión que es obra del Espíritu? El mismo dió a la Iglesia –dice, efectivamente– *primero apóstoles, luego profetas, en tercer lugar, doctores, después milagros y luego carismas de curaciones, ayudas, gobernaciones y lenguas diferentes* ³⁵⁰. De hecho, este orden está dispuesto de acuerdo con la distinción de los dones procedentes del Espíritu ³⁵¹.

40. Y si se reflexiona con rigor, se podría hallar que incluso con ocasión de la esperada aparición del Señor desde el cielo, no sería inútil el Espíritu Santo, como creen algunos, sino que estará presente con él también el día de su revelación ³⁵², cuando el único y bienaventurado Soberano ³⁵³ juzgue en justicia a todo el mundo. Porque, ¿quién será tan ignorante de los bienes que el Señor ha preparado a los que son dignos, que no sepa que la corona de los justos es también la gracia del Espíritu, otorgada más abundante y más perfecta al repartirse a cada uno la gloria espiritual en la proporción de sus virtudes? Efectivamente, en los esplendores de los santos hay muchas estancias junto al Padre ³⁵⁴, esto es, diversidad de honores: *Porque como*

350. 1 Co 12, 28.

351. Los dones del Espíritu Santo están para la edificación del Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Aquí y en el párrafo siguiente se presenta a la Iglesia como un organismo que vive y es eficaz por la unidad de sus miembros, efectuada por el Espíritu Santo. Sobre esta realidad de la unidad en el Espíritu y la inhabitación del Espíritu en los fieles, y de su mutuo servicio por sus dones, cf. *infra*, XXVI, 61.

352. Cf. Rm 2, 5.

353. Cf. 1 Tm 6, 15.

354. Cf. Jn 14, 2.

una estrella es diferente en gloria, así también la resurrección de entre los muertos ³⁵⁵.

Ahora bien, los que fueron sellados con el Espíritu Santo ³⁵⁶ para el día del rescate y guardaron pura y sin mengua la primicia del Espíritu que recibieron, éstos son los que escucharán: *¡Bien, siervo bueno y fiel, has sido fiel sobre poco, yo te pondré sobre mucho!* ³⁵⁷.

Pero igualmente, los que contristaron al Espíritu Santo por la maldad de sus costumbres, o los que no hicieron rentar lo recibido, serán despojados de lo que recibieron, por ser traspasada la gracia a otros ³⁵⁸, o incluso, según alguno de los evangelistas, será sin más cortado por medio ³⁵⁹, debiendo entenderse este «cortado por medio» como separación total del Espíritu. Efectivamente, un cuerpo no se parte de modo que se entregue una parte al castigo y se absuelva a la otra, pues sería más propio de una fábula y no cual corresponde a un juez justo el que, habiendo pecado el todo, se castigue a la mitad. Ni tampoco un alma se corta por medio, pues toda entera posee por entero el pensamiento pecaminoso, y obra el mal juntamente con el cuerpo. Sino que el corte por medio, como dije, es para el alma su perpetuo rechazo por parte del Espíritu.

Ahora, efectivamente, aunque el Espíritu no esté mezclado con los indignos, sin embargo parece estar de alguna manera presente en los que una vez fueron sellados, a la espera de que se salven por su conversión; pero entonces romperá enteramente con el alma que

355. 1 Co 15, 41-42.

356. Cf. Ef 1, 13-14.

357. Mt 25, 21.

358. Cf. Lc 19, 26.

359. Mt 24, 51.

haya profanado su gracia. Por esto no hay en el infierno quien alabe, ni en el sepulcro quien se acuerde de Dios ³⁶⁰, porque tampoco está presente el auxilio del Espíritu. ¿Cómo se puede, pues, pensar que el juicio se efectúa sin el Espíritu Santo, siendo así que la Palabra muestra que él mismo será también la recompensa de los justos cuando, en vez de las arras, se entregue la totalidad, y que será la primera condenación de los pecadores cuando se les despoje de lo mismo que parecían tener ³⁶¹?

Pero la prueba mayor de la unión del Espíritu con el Padre y el Hijo es que se ha dicho que su relación con Dios es análoga a la de nuestro espíritu con cada uno de nosotros: *Porque --dice-- ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu que procede de Dios* ³⁶². Y basta con esto.

Capítulo XVII

CONTRA LOS QUE DICEN QUE EL ESPÍRITU SANTO
NO SE «CONNUMERA» CON EL PADRE Y EL HIJO,
SINO QUE SE «SUBNUMERA». SE DA TAMBIÉN
UN RECORRIDO SUMARIO DE LA FE SOBRE
LA PIADOSA «CONNUMERACIÓN» ³⁶³

41. En cuanto a la «subnumeración», no es fácil entender qué dicen, ni qué significado atribuyen a la ex-

360. Cf. Sal 6, 6.

361. Lc 19, 26.

362. 1 Co 2, 11.

363. *Syn, hypò*: mantenemos en lo posible el juego del prefijo correspondiente en castellano, por claridad, aunque dé lugar a algún neologismo que quizás no todos acepten.

presión. De todos es conocido, efectivamente, que también ésta se nos ha colado de la sabiduría del mundo³⁶⁴. Pero, si tiene alguna razón propia que afecte a nuestro tema, lo vamos examinar.

Dicen, pues, ellos, los fuertes en vanidad, que de los nombres, unos son comunes y se extienden sobre muchas cosas con sus significados, y otros más propios, de los cuales unos tienen el significado más restringido que los otros.

Por ejemplo, «esencia» es un nombre común, pues se dice de todos los seres por igual, animados e inanimados.

En cambio, «animal» es más propio: se predica de menos que aquel, pero contempla más que los que caen debajo de él, porque, efectivamente, abarca la naturaleza de los racionales y la de los irracionales.

Y a su vez, más propio que «animal» es «hombre», y más que éste «varón», y más que varón, el de cada uno: Pedro, Pablo, Juan.

Entonces, ¿entienden la «subnumeración» como la división del nombre común en el más restringido? Sin embargo, no creo que alcancen tal grado de locura como para afirmar que el Dios del universo, como un género cualquiera, sólo inteligible por la razón y sin subsistir en hipóstasis alguna, se divide en lo que le está sujeto, y que luego a esta subdivisión la llamen también «subnumeración». Esto no lo dirían ni locos, pues a la impiedad sumarían el argumento que contradice a su propósito, ya que lo subdividido es de la misma esencia que aquello de que se divide.

364. La filosofía estoica, pero particularmente la neoplatónica (cf. espec. la *Enéada* V de Plotino).

Sin embargo, a causa de tamaña evidencia de su absurdo, nosotros parecemos andar apurados de razones y no saber cómo vérnoslas con su sinrazón, tanto que hasta su misma insensatez me parece ponerlos en ventaja.

Efectivamente, de igual modo que no es posible asesatar un golpe genuino contra los cuerpos blandos y que ceden, porque no oponen resistencia, así tampoco es posible alcanzar con un vigoroso argumento a quienes claramente cayeron en la insensatez.

Queda, pues, el pasar silenciosamente de largo ante la abominación de su impiedad. Sin embargo, la caridad de los hermanos no nos deja tranquilos, ni la arrogancia de los contrarios.

42. ¿Pues qué dicen? Mirad la arrogancia de sus palabras: «Nosotros decimos que la connumeración conviene a los que poseen igual dignidad; la subnumeración, por contra, a los que se diferencian por su inferioridad».

Y esto, ¿por qué lo decís? ¿Yo, realmente, no comprendo vuestra extraña sabiduría! ¿Quizás porque el oro se connumera con el oro, mientras que el plomo no es digno ya de connumeración, sino que se subnumera respecto del oro, por causa de su materia barata? ¿Y tan gran poder atribuíis al número, que sea capaz, bien de realzar el precio de las cosas viles, bien de rebajar el valor de las cosas preciosas? ¿Así pues, también subnumeraréis el oro respecto de las piedras preciosas, y de éstas, las más oscuras y las más pequeñas respecto de las mayores y más brillantes! Pero, ¿qué no serían capaces de decir quienes no tienen otra ocupación que contar y escuchar novedades? En adelante, ¡nómbreseles a éstos alcabaleros de impiedad con los Estoicos y Epicúreos!

Efectivamente, ¿qué subnumeración podría haber de las cosas más viles respecto de las más preciosas? ¿Cómo se subnumerará el óbolo de bronce respecto de la estatara de oro? «Porque nosotros –replican– no decimos que poseemos dos monedas, sino un <óbolo> y una <estatara>». Entonces, ¿cuál de los dos se subnumera respecto del otro?, porque los dos se expresan por igual. En consecuencia, si cada uno lo numeras por sí mismo, creas una igualdad de honor al numerarlas de igual manera; pero, si los unes, de nuevo unificas su dignidad, al connumerar ambas recíprocamente. Y si lo que numeras es lo que está en segundo término, eso tendrá la subnumeración, pues en mano del que numera está el comenzar la numeración por la moneda de bronce.

Pero pospongamos ahora la refutación de su ignorancia, y volvamos al razonamiento principal.

43. ¿También decís que el Hijo se subnumera respecto del Padre, y el Espíritu respecto del Hijo, o reserváis la subnumeración solamente para el Espíritu? Porque, si subnumeráis al Hijo, otra vez renováis la misma impía doctrina: la desigualdad de esencia, el abajamiento de dignidad, el nacimiento ulterior. En suma, que por medio de esta única palabra demostraréis que estáis repitiendo juntas todas las blasfemias contra el Unigénito.

Replicar a esto sería más largo de lo que permite el presente trabajo, sobre todo porque ya en otros hemos refutado esa impiedad, según nuestras fuerzas ³⁶⁵.

Pero si creen que la subnumeración conviene únicamente al Espíritu, que vayan aprendiendo que al

365. En el C. *Eunomio*, Basilio dedicó el segundo libro a tratar de los errores que se refieren al Hijo.

Espíritu se le nombra «con» el Hijo, del mismo modo que se nombra al Hijo «con» el Padre, pues el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo está dado por igual ³⁶⁶. Por consiguiente, cual es el Hijo respecto del Padre, tal es el Espíritu respecto del Hijo, según el orden de la palabra transmitida en el bautismo. Y si el Espíritu está en el mismo orden que el Hijo, y el Hijo en el mismo que el Padre, obviamente también el Espíritu lo está en el mismo que el Padre. ¿Qué lugar hay, pues, para decir que el uno es «connumerado», y el otro «subnumerado», siendo así que los nombres están ordenados en una única y misma fila?

En resumen, ¿qué ser entre todos pierde de su naturaleza al ser numerado? ¿Acaso lo numerado no permanece cual es por naturaleza desde el principio, ya que el número no es entre nosotros más que un signo que da a conocer la pluralidad de los sujetos? Efectivamente, unos cuerpos los numeramos, otros los medimos y otros los pesamos; los que tienen naturaleza continua, los captamos con la medida; los de naturaleza discontinua, los sometemos al número, con excepción de cuantos son, a su vez, tan delgados que se hacen mensurables; y los de naturaleza pesada, los distinguimos con las pesas de la balanza. Por tanto, no porque nos hayamos inventado unos signos para el conocimiento de la cantidad, por eso ya hemos cambiado también la naturaleza de las cosas señaladas.

En consecuencia, así como no «subpesamos» las cosas que se pesan, unas respecto de otras, aunque una sea oro y otra estaño, ni «submedimos» lo medido, así tampoco, en absoluto, «subnumeramos» lo numerado.

366. Es la fórmula bautismal, según Mt 28, 19.

Ahora bien, si ninguna cosa admite la subnumeración, ¿cómo dicen que ser subnumerado conviene al Espíritu? Sólo que, enfermos de la enfermedad pagana, creen que se debe subnumerar lo que es inferior, según el grado de dignidad o según la mengua de la substancia.

Capítulo XVIII

CÓMO, AL CONFESAR LAS TRES HIPÓSTASIS, CONSERVAMOS LA PIADOSA DOCTRINA DE LA MONARQUÍA.

TAMBIÉN SE REFUTA A LOS QUE SOSTIENEN
QUE EL ESPÍRITU SE SUBNUMERA

44. El Señor, al hacernos entrega del Padre del Hijo y del Espíritu Santo ³⁶⁷, no los entregó juntos con número, pues no dijo: en primer lugar, en segundo y en tercero, ni en uno, en dos y en tres, sino que por medio de nombres santos nos agració con el conocimiento de la fe que conduce a la salvación. Por tanto, lo que nos salva es la fe. En cuanto al número, lo concebimos como un signo indicador de la cantidad de sujetos.

Sin embargo, los que de todas partes acumulan los daños contra sí mismos, hasta se valen de la fuerza del número contra la fe. Aunque ningún otro ser se cambie por la adición del número, ellos, en referencia a la naturaleza divina, se andan con precaución con el número, por temor a que, por medio de él, sobrepasen la medida del honor debido al Paráclito.

Mas, sapientísimos señores, ¡que lo inaccesible ha de estar muy por encima del número!, igual que la cauta piedad de las antiguos hebreos grababa con signos pro-

367. Cf. Mt 28, 19.

pios el impronunciable nombre de Dios ³⁶⁸, estableciendo de esta manera su superioridad sobre todo.

Y si, no obstante, es necesario numerar, que al menos con ello no se perjudique a la verdad. Efectivamente, que se honre en silencio a lo inefable o que se numere lo santo con piedad.

Un Dios y Padre, un Hijo unigénito y un Espíritu Santo.

Nosotros enunciamos cada una de las hipóstasis de una sola manera, pero, en el caso de que sea necesario connumerarlas, tampoco nos dejamos llevar por una torpe numeración a una noción politeísta.

45. Efectivamente, nosotros no numeramos sumando, al aumentar de uno a varios, diciendo: uno, dos y tres, ni siquiera primero, segundo y tercero: *Yo, Dios, el primero, y yo después* ³⁶⁹. De un segundo Dios, ni hoy ni nunca hemos oído nada.

Y es que, al adorar a un Dios de Dios, también confesamos lo propio de las hipóstasis, y permanecemos en la «monarquía», sin disgregar la «teología» ³⁷⁰ en una pluralidad separada, puesto que en Dios Padre y en Dios Unigénito contemplamos, por así decirlo, una sola forma, que se refleja en la divinidad inmutable. El Hijo está, efectivamente, en el Padre y el Padre en el Hijo, puesto que éste es tal cual es aquel, y aquel cual éste, y en esto son uno. Por tanto, según la propiedad de las personas, son uno y uno, pero en

368. Entre los hebreos, el tetragrama sustituía al nombre de Dios.

369. Is 44, 6.

370. En el lenguaje de los Padres del s. IV, «Monarquía» significa el misterio de la unicidad de Dios, y «Teología», el misterio trinitario.

cuanto a la comunidad de la naturaleza, ambos son uno solo.

¿Cómo, pues, si son precisamente uno y uno, no son dos Dioses? Porque también la imagen del emperador se llama emperador y no son dos emperadores, pues ni se escinde la fuerza ni se divide la gloria. En efecto, lo mismo que el imperio y la potestad que nos domina es única, así también es única la doxología que rendimos, y no muchas: porque el honor de la imagen pasa al modelo. Por tanto, lo aquí es la imagen por imitación, eso es allí por naturaleza el Hijo. Y lo mismo que en las cosas del arte la imitación se da en la forma, así también, en la naturaleza divina y simple, la unidad se da en la comunión de la divinidad.

Pero también el Espíritu Santo es uno, enunciado él también aisladamente, unido a «un» Padre por medio de «un « Hijo, y completando por sí mismo a la bienaventurada y laudabilísima Trinidad. Y su intimidad con el Padre y el Hijo la manifiesta suficientemente el hecho de que no se le cuenta entre la muchedumbre de la creación, sino que es enunciado aisladamente. Pues, como el Padre es uno, y uno el Hijo, así también el Espíritu Santo es uno. Se halla, pues, tan apartado de la naturaleza creada cuanto es natural que lo esté lo uno respecto de lo que forma conjunto y es múltiple. Con el Padre y el Hijo, en cambio, está tan unido como unida está la unidad con la unidad.

46. Y de aquí no sólo salen las pruebas de la comunidad de naturaleza, sino también de que se diga que es «de Dios», no como todo se dice que es de Dios, sino como «procedente de Dios», y no a modo de generación, como el Hijo, sino como un soplo de su boca. Pero la boca no es en absoluto un miembro, ni el soplo un hálito que se disuelve, sino que esa boca

es digna de Dios, y el Soplo una esencia viviente, señora de la santificación, pero sigue siendo inefable su manera de existir.

Sin embargo, también se la llama Espíritu de Cristo, en cuanto que está íntimamente unido a él por naturaleza. Por esta razón, *si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ese no es suyo* ³⁷¹. De ahí que solamente él glorifique dignamente al Señor, pues dice: *El me glorificará* ³⁷², no como la creación, sino como Espíritu de la verdad, que hace resplandecer claramente en sí mismo la verdad, y como Espíritu de sabiduría, que en su propia grandeza revela a Cristo, Poder de Dios y Sabiduría de Dios ³⁷³. Pero, también como Consolador, en sí mismo lleva la marca de la bondad del Consolador que le envió ³⁷⁴, y en su propia dignidad manifiesta la grandeza de aquel de quien procede.

Existe, pues, una gloria natural como la luz es la gloria del sol, y otra extrínseca, que procede de libre elección y que se ofrece con conocimiento de causa a los que son dignos.

Esta, por su parte, es también doble, pues dice: *El Hijo glorifica al Padre, y el siervo a su Señor* ³⁷⁵. De ellas, la servil es la que se ofrece en la creación; la otra, en cambio, que es, por decirlo así, familiar, la consume el Espíritu. Efectivamente, como decía de sí mismo el Señor: *Yo te he glorificado en la tierra, he acabado la obra que me diste para que la hiciera* ³⁷⁶, así tam-

371. Rm 8, 9.

372. Jn 16, 14.

373. 1 Co 1, 24.

374. Referencia clara al Padre.

375. Ml 1, 6.

376. Jn 17, 4.

bién sobre el Espíritu decía: *El me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber* ³⁷⁷. Y lo mismo que el Hijo es glorificado por parte del Padre, que dice: *Y lo he glorificado y lo glorificaré otra vez* ³⁷⁸, así también el Espíritu es glorificado por medio de la comunión con el Padre y el Hijo, y por medio del testimonio del Unigénito, que dice: *Todo pecado y blasfemia se os perdonará a vosotros los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada* ³⁷⁹.

47. Pero, después que mediante una luz iluminadora clavamos los ojos en la belleza de Dios invisible, y a través de ella se nos eleva hasta el más que hermoso espectáculo del Modelo ³⁸⁰, allí mismo, inseparablemente, se halla el Espíritu del conocimiento, proporcionando en sí mismo la fuerza contemplativa a los que gustan de contemplar la verdad, no mostrándola desde fuera, sino induciendo a reconocerla en él mismo. Efectivamente, como *nadie conoce al Padre, sino el Hijo* ³⁸¹, así *nadie puede tampoco llamar a Jesús Señor, sino en el Espíritu Santo* ³⁸². No se dice, en efecto, «por medio del Espíritu», sino «en el Espíritu». Y *Dios es Espíritu, y los que le adoran, necesario es que adoren en espíritu y en verdad* ³⁸³, según está escrito: *En tu luz veremos la luz* ³⁸⁴, esto es, en la iluminación del Espíritu, *Luz verdadera que alumbra a todo hombre que viene*

377. Jn 16, 14.

378. Jn 12, 28.

379. Mt 12, 31.

380. El Padre, fuente de todos los seres.

381. Mt 11, 27.

382. 1 Co 12, 3.

383. Jn 4, 24.

384. Sal 35, 10.

a este mundo ³⁸⁵. De modo que en sí mismo muestra la gloria del Unigénito, y en sí mismo depara a los auténticos adoradores el conocimiento de Dios ³⁸⁶.

Por tanto, el camino del conocimiento de Dios va del único Espíritu, pero por medio del único Hijo, hasta el único Padre ³⁸⁷. Y al revés, la bondad nativa, la santidad natural y la regia dignidad fluyen del Padre, por medio del Hijo, hasta el Espíritu. De esta manera se confiesan también las hipóstasis, sin desdoro de la pía doctrina de la Monarquía ³⁸⁸.

En cuanto a los que ponen la subnumeración en el decir primero, segundo y tercero, que se enteren de que están introduciendo el error pagano del politeísmo en la limpia teología de los cristianos, pues, en efecto, la barbaridad de esa subnumeración no conduce a otra cosa que a confesar un primer, un segundo y un tercer Dios.

A nosotros, en cambio, nos basta el orden impuesto por Dios ³⁸⁹; el que lo confunda, no tendrá menor pecado que la impiedad de éstos.

Así, pues, que la comunión de naturaleza en modo alguno se disuelve –como creen éstos equivocadamente– con la manera de subnumerar, está suficientemente dicho.

Pero concertémonos con este peleón y vano presumido, y concedámosle que lo que es segundo de algo

385. Jn 1, 9.

386. Este pensamiento lo desarrolla más adelante, en XXVI, 64.

387. Junto a la defensa de la homousía o consustancialidad de las tres Personas y de su coadunación, Basilio, presionado por la fórmula bautismal, acoge aquí también la doctrina tradicional de que se va al Padre «en» el Espíritu Santo, «por medio del» Hijo.

388. Sobre el sentido aquí de «doctrina» (dogma), ver la definición que Basilio dará en el c. XXVII.

389. Esto es, el orden de la fórmula bautismal; cf. Mt 28,19.

se subnumera respecto de ello ³⁹⁰. Veamos, pues, qué se desprende de esta razón. *El primer hombre –dice– es de la tierra; el segundo hombre, el Señor, del cielo* ³⁹¹. Y en otro lugar: *No es lo primero –dice– lo espiritual, sino lo animal; luego viene lo espiritual* ³⁹². Por tanto, si el segundo se subnumera respecto del primero, y lo subnumerado es de menor precio que aquello respecto de lo cual se subnumera, resulta que, según vosotros, ¡el espiritual es de menor precio que el animal, y el hombre celeste de menor que el terreno!

Capítulo XIX

CONTRA LOS QUE DICEN

QUE NO SE DEBE GLORIFICAR AL ESPÍRITU SANTO

48. Sea tal –dicen ellos–, pero tampoco le es debida al Espíritu gloria alguna en absoluto, y menos para que nosotros le ensalcemos con himnos de alabanza.

¿De dónde, pues, tomar las pruebas de la dignidad del Espíritu, que supera a todo entendimiento, si precisamente su comunión con el Padre y el Hijo ellos no la conciben como testimonio acreditado de su dignidad? Ciertamente, tras volver la vista a los significados de sus nombres, a la grandeza de sus obras y a todos sus beneficios para con nosotros, y más aún a toda la

390. Basilio, como conclusión de su análisis, procede aquí argumentando *ad absurdum*: es la última demostración de la inconsistencia de la tesis de la subnumeración del Espíritu, sostenida por sus adversarios.

391. 1 Co 15, 47.

392. 1 Co 15, 46.

creación, es posible al menos comprender siquiera un poquito de la sublimidad de su naturaleza y de su inaccesible poder.

Se le llama «Espíritu», como en: *Dios es Espíritu*, y en: *Cristo Señor es Espíritu de nuestro rostro* ³⁹³. Es «Santo», como santo es el Padre y santo el Hijo.

Efectivamente, para la creatura, la santidad fue introducida de fuera, mientras que, para el Espíritu, la santidad es plenitud de naturaleza. Por eso tampoco es «santificado», sino «santificador».

Es «Bueno» ³⁹⁴, como bueno es el Padre y bueno el Hijo, el engendrado del bueno, y tiene por esencia la bondad.

Es «Recto» ³⁹⁵, como *recto es el Señor Dios* ³⁹⁶, porque él mismo es verdad y es justicia, sin desviarse ni doblegarse en ningún sentido, por causa de la inmutabilidad de su ciencia.

Es «Consolador», como el Unigénito, según lo que éste mismo dice: *Yo rogaré a mi Padre y os dará otro Consolador* ³⁹⁷.

Así los nombres que atañen al Padre y al Hijo son comunes al Espíritu Santo, quien recibe estos apelativos por razón de su afinidad de naturaleza. ¿De qué otra parte podrían venirle, efectivamente?

Se le llama además *Espíritu rector* ³⁹⁸, *Espíritu de la verdad* ³⁹⁹, *Espíritu de sabiduría* ⁴⁰⁰. *El Espíritu que me*

393. Lm 4, 20 (LXX).

394. Mt 19, 17; Mc 10, 16.

395. Sal 50, 12.

396. Sal 91, 16.

397. Jn 14, 16.

398. Cf. Is 63, 14 (LXX).

399. Jn 14, 17; 15, 26.

400. Is 11, 2.

hizo fue un Espíritu divino ⁴⁰¹. Y a Beseleel —dice— *lo llenó Dios de Espíritu divino de sabiduría, de inteligencia y de ciencia* ⁴⁰².

Tales son, pues, los nombres, grandes sobremanera, mas ciertamente sin exageración, sobre la gloria.

49. Pero, ¿cuáles son sus operaciones? Por su grandeza, son indecibles, y por su multitud, innumerables.

Efectivamente, ¿cómo concebiremos lo que es anterior a los siglos? ¿Cuáles eran sus operaciones antes de existir la creatura inteligente? ¿Cuántos fueron sus beneficios para con la creación? ¿Y cuál será su poder en relación con los siglos venideros? Porque existía y preexistía, y existía juntamente con el Padre y el Hijo antes de los siglos. Por tanto, aunque concibas algo anterior a los siglos, hallarás que eso es posterior al Espíritu.

Y si piensas en la creación, fue el Espíritu quien afianzó las potencias de los cielos, entendido el afianzamiento, evidentemente, como el hacer difícil el cambio del hábito del bien. Efectivamente, la familiaridad con Dios, la imposibilidad de volverse hacia el mal y la permanencia en la bienaventuranza les viene del Espíritu a las potencias.

La venida de Cristo: también el Espíritu la precede. La encarnación: de ella es inseparable el Espíritu. Las acciones milagrosas, los carismas de curación: se dan por medio del Espíritu Santo. El diablo es rechazado, ante la presencia del Espíritu.

La redención de los pecados se da en la gracia del Espíritu, pues *habéis sido lavados y santificados en el*

401. Jb 33, 4 (LXX).

402. Ex 31, 3.

nombre de nuestro Señor Jesucristo, y en el Espíritu Santo ⁴⁰³.

La familiaridad con Dios se da por medio del Espíritu Santo, pues *Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones, el cual clama: ¡Abba, Padre!* ⁴⁰⁴.

La resurrección de entre los muertos, a la acción del Espíritu se debe, pues *enviarás tu Espíritu y serán creados, y renovarás la faz de la tierra* ⁴⁰⁵.

Si la creación se entiende de la revivificación de los seres extintos, ¿cómo no va a ser grande la acción del Espíritu, pues nos depara la vida que proviene de la resurrección y transforma nuestras almas para esa vida espiritual?

Y si llamamos creación al cambio a mejor de los que han caído acá por el pecado (pues así se la llama también habitualmente en la Escritura, como cuando Pablo dice: *Si alguno está en Cristo, nueva creatura es* ⁴⁰⁶), tanto la renovación que allí se opera como el cambio de la vida terrenal y pasible a la condición de ciudadano celestial, realizada en nosotros por medio del Espíritu, levantan nuestras almas al cúlmén de la admiración.

Después de esto, ¿habremos de tener miedo a sobrepasar su dignidad con la exageración de nuestros honores? ¿O por el contrario, el temor debe ser de rebajar la noción que de él tenemos, aunque creamos estar aplicándole lo más grandioso de cuanto pueden proferrir la mente y la lengua humanas?

El Espíritu Santo dice –como lo dice el Señor– lo siguiente: *Desciende y marcha con ellos, porque yo los*

403. 1 Co 6, 11.

404. Ga 4, 6.

405. Sal 103, 30.

406. 2 Co 5, 17.

he enviado ⁴⁰⁷. ¿Son éstas, quizás, las palabras de un ser ruin y acurrucado por miedo? *Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra para la cual los he llamado* ⁴⁰⁸. ¿Acaso habla así un esclavo? También Isaías: *El Señor me envió, y su Espíritu* ⁴⁰⁹; y *Descendió el Espíritu de la parte del Señor y los guió* ⁴¹⁰. ¡Y no vayas a tomarme otra vez el guiar como un servicio servil, porque la Palabra atestigua que eso es también obra de Dios: *Guiaste a su pueblo –dice– como ovejas* ⁴¹¹; y *que guía a José como a un rebaño* ⁴¹²; y *los guió con esperanza, y no tuvieron miedo* ⁴¹³.

Por tanto, al oír: *Cuando venga el Consolador, él os hará recordar y os guiará a toda la verdad* ⁴¹⁴, concibe esa guía tal como lo has aprendido, y no falsees su noción.

50. Pero, dice: *También intercede por nosotros* ⁴¹⁵. Por tanto, en la medida en que un suplicante es inferior al bienhechor, ¡el Espíritu Santo es inferior a Dios en dignidad!

Y tú, ¿nunca oíste decir del Unigénito que *está a la derecha de Dios e intercede por nosotros* ⁴¹⁶? En consecuencia, porque el Espíritu está en ti (¡si es que en definitiva está en ti!) y porque, ciegos como estamos, nos enseña y nos guía para que elijamos lo que conviene, no por eso vayas a dañar la pía y santa opinión

407. Hch 10, 20.

408. Hch 13, 2.

409. Is 48, 16.

410. Is 63, 14 (LXX).

411. Sal 76, 21.

412. Sal 79, 1.

413. Sal 77, 53.

414. Cf. Jn 14, 26; 16, 13.

415. Cf. Rm 8, 26-27.

416 Rm 8, 34.

sobre él, pues sería el colmo de la necesidad convertir la generosidad del bienhechor en motivo de ingratitud.

No contristéis, pues, al Espíritu Santo ⁴¹⁷. Escuchad lo que dice la primicia de los mártires, Esteban, cuando echa en cara al pueblo su terquedad y su insumisión: *Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo* ⁴¹⁸. Y de nuevo Isaías: *Enojaron al Espíritu Santo, y se les volvió enemigo* ⁴¹⁹. Y en otro lugar: *La casa de Jacob irritó al Espíritu del Señor* ⁴²⁰. ¿No son tales expresiones indicadoras de una potencia soberana?

A los lectores dejó el juzgar, cuando escuchan esto, qué clase de opiniones es necesario tener: ¿En el sentido de que se trata de un instrumento, de un súbdito, de un ser de la misma dignidad que la creatura y compañero nuestro de esclavitud? Y para la gente piadosa, ¿no será gravísimo incluso el sugerir con una sola palabra esa blasfemia? ¿Llamas esclavo al Espíritu? ¿Pero *el esclavo no sabe lo que hace su señor* ⁴²¹, mientras que el Espíritu sí que sabe las cosas de Dios, como el espíritu del hombre sabe lo que hay en él ⁴²²!

Capítulo XX

CONTRA LOS QUE DICEN QUE EL ESPÍRITU NO ESTÁ
EN EL RANGO DE LOS ESCLAVOS NI EN EL DE LOS
AMOS, SINO ENTRE LOS DE CONDICIÓN LIBRE

51. Ni esclavo –dicen– ni amo, sino libre.

417. Ef 4, 30.

418. Hch 7, 51.

419. Is 63, 10.

420. Cf. Sal 105, 32.

421. Jn 15, 15.

422. 1 Co 2, 11; cf. *supra*, XVI, 40.

¡Terrible insensibilidad, miserable temeridad la de quienes dicen eso! ¿Qué deploraré más de ellos? ¿La ignorancia? ¿O la blasfemia? Por lo menos, con sus ejemplos humanos ultrajan a las doctrinas de la teología ⁴²³, y se empeñan en amoldar a la inefable naturaleza divina la costumbre de acá de mantener dispares las dignidades, sin parar mientes en que nadie entre los hombres es esclavo por naturaleza.

Efectivamente, fueron uncidos al yugo de la esclavitud al ser sometidos, como los cautivos de guerra, o se esclavizaron ellos mismos por su pobreza, como los egipcios al Faraón; o bien, por alguna sabia e inefable disposición y en obediencia a sus padres, los hijos de inferior condición fueron condenados a servir a los hijos más listos y mejores ⁴²⁴, a lo cual no llamaría condena, sino beneficio, un justo observador de los hechos.

En efecto, quien, por carencia de juicio, no tiene en sí mismo la natural capacidad rectora, hallará más ventajoso convertirse en posesión de otro, y así, bien gobernado por la razón del amo, será semejante a un carro con su cochero, y a un barco con su piloto sentado al timón. Para eso fue Jacob señor de Esau, por la bendición de su padre ⁴²⁵, para que el insensato, al no tener entendimiento para cuidar de sí mismo, se viera beneficiado, aun sin él quererlo, por el sensato.

Y Canaán será siervo de siervo para sus hermanos ⁴²⁶, pues ignoraba la virtud, por tener como padre a Cam: un necio.

423. La doctrina trinitaria; cf. *supra*, XVIII, 44 n. 4.

424. Aristóteles, en su tratado de *Política* A 5, 1254, habla precisamente de la «sumisión al mejor».

425. Gn 27, 29-40.

426. Gn 9, 25-27.

Así, de esta manera, es cómo hubo esclavos.

Libres, en cambio, son los que escaparon a la pobreza y a la guerra, y que no necesitan del cuidado de otros. Por tanto, aunque a uno se le llame amo y a otro esclavo, todos, sin embargo, tanto por igualdad de dignidad recíproca, como por ser posesión del que nos creó, somos compañeros de esclavitud. Y aquí, ¿qué puedes sustraer a la esclavitud?

Efectivamente, cuando algo es creado, se le prepara a la vez el ser esclavo. Las creaturas celestes, de hecho, no se mandan las unas a las otras, por aquello de que están libres de ambición. Todas están sometidas a Dios, y como amo le rinden el respeto debido, y como creador, la gloria que le corresponde. Efectivamente, *el hijo glorifica a su padre, y el esclavo a su señor* ⁴²⁷. Y Dios exige absolutamente lo uno o lo otro, pues sigue diciendo: *Si, pues, yo soy Padre, ¿dónde está mi gloria? Y si soy Señor, ¿dónde está el temor de mí?* ⁴²⁸.

Por lo demás, sería la más lastimosa de todas una vida que no estuviera bajo la mirada del Amo. De esta clase son las potencias rebeldes que, por haberse mostrado orgullosas contra Dios todopoderoso, tascan el freno de la esclavitud, y eso, no porque sean de otra condición natural, sino por no estar subordinadas a su Creador.

¿A quién, pues, llamas libre? ¿Al que está sin rey? ¿Al que no tiene fuerza para gobernar a otro ni acepta ser gobernado? Pero es que una naturaleza así ni siquiera existe entre todos los seres, y pensarlo del Espíritu es clarísima impiedad.

427. Ml 1, 6a.

428. Ml 1, 6b.

Por consiguiente, si el Espíritu ha sido creado, es esclavo a todas luces, con todos los demás, pues dice: *Todas las creaturas te sirven* ⁴²⁹. Pero, si está por encima de la creación, ¿entonces participa de la realeza!

Capítulo XXI

TESTIMONIOS DE LA ESCRITURA

DE QUE EL ESPÍRITU SANTO ES LLAMADO SEÑOR

52. ¿Y qué necesidad tenemos de combatir con pobres argumentos, para deparar a la doctrina una torpe victoria, siendo así que podemos presentarlos más augustos, y demostrar que es incontrovertible la excelencia de su gloria?

Si decimos lo que hemos aprendido por la Escritura, quizás ellos se pongan a gritar con toda su fuerza y violencia y, tapándose los oídos, agarren piedras o cualquier cosa que tengan a mano y, haciendo de ello un arma, cada pneumatómaco se lance contra nosotros. Pero no se ha de hacer honor a nuestra seguridad antes que a la verdad.

Hallamos, pues, en el Apóstol: *Y el Señor enderece vuestros corazones al amor de Dios y a la paciencia de Cristo en las tribulaciones* ⁴³⁰.

¿Quién es el Señor que endereza hacia el amor de Dios y la paciencia de Cristo en las tribulaciones? Que nos respondan los que reducen al Espíritu a esta esclavitud. En efecto, si se tratase de Dios Padre, habría dicho sin más: «Y el Señor os enderece hacia su amor». Y si se tratase del Hijo, añadiría: «hacia su paciencia».

429. Sal 118, 91.

430. 2 Ts 3, 5.

¡Investiguen, pues, qué otra Persona hay que sea digna de ser honrada con el nombre de Señor!

Parecido a esto es también lo que se halla en otra parte: *Y el Señor os multiplique y haga abundar el amor entre vosotros y para con todos, como lo es el nuestro para con vosotros, a fin de confirmar vuestros corazones irreprochables en santidad delante de Dios y Padre nuestro, para la venida de nuestro Señor Jesucristo con todos sus santos* ⁴³¹.

¿A qué Señor ruega que, delante de Dios Padre nuestro y en el día de la venida de nuestro Señor, confirme como irreprochables los corazones de los fieles de Tesalónica, consolidados en santidad? Que nos respondan los que colocan al Espíritu Santo con los *espíritus asistentes, enviados para servir* ⁴³².

Pero no pueden. Por eso, que escuchen también otro testimonio, que en términos precisos llama Señor al Espíritu, pues dice: *Porque el Señor es el Espíritu* ⁴³³; y de nuevo: *Como por el Señor que es Espíritu* ⁴³⁴. Y para no dejar atrás ningún pretexto para contradecir, aduciré la propia frase del Apóstol: *Porque hasta el día de hoy permanece el mismo velo al leer el Antiguo Testamento, velo no descubierto que Cristo, empero, quitó. Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará, porque el Señor es el Espíritu* ⁴³⁵.

¿Por qué dice esto? Porque, quien se aferra al escueto significado de la letra, y se entretiene allí de alguna manera en las observancias legales, lleva su corazón

431. 1 Ts 3, 12-13.

432. Cf. Hb 1, 14.

433. 2 Co 3, 17.

434. 2 Co 3, 18.

435. 2 Co 3, 14.16-17.

recubierto como con un velo, por la interpretación judaica de la letra. Y esto le sucede por desconocer que la observancia corporal de la Ley está abrogada con la venida de Cristo: desde entonces, los tipos se transformaron en realidad. Las lámparas se anulan con la presencia del sol, y la Ley queda vacía y callan las profecías cuando la Verdad se manifiesta.

Sin embargo, quien ha podido escudriñar en lo profundo del sentido de la Ley, y rasgando la oscuridad de la letra, cual si fuera un velo, penetró en los secretos, éste imita a Moisés, que se quitaba el velo cuando conversaba con Dios ⁴³⁶, y también él se volvió de la letra hacia el espíritu. Y es que, al velo que cubría el rostro de Moisés, corresponde la oscuridad de las enseñanzas de la Ley, y a su acción de volverse hacia el Señor, la contemplación espiritual.

Por consiguiente, quien, al leer la Ley, quita la letra, se vuelve hacia el Señor (y ahora el Señor significa el Espíritu) y se asemeja a Moisés, que tenía el rostro envuelto en gloria por la aparición de Dios ⁴³⁷.

Efectivamente, así como lo que está junto a los brillantes colores también ello se colorea por causa de la reverberación, así también el que fija claramente su mirada en el Espíritu, por la gloria de éste, se transforma de alguna manera en algo más luminoso, al ser iluminado en el corazón, como por una luz, por la verdad que procede del Espíritu. Y esto es el «ser transformados por la gloria del Espíritu en su propia gloria» ⁴³⁸, y no de manera mezquina y floja, sino tanto cuanto corresponde a quien es iluminado por el Espíritu.

436. Cf. Ex 34, 34.

437. Cf. 2 Co 3, 14-18; Rm 2, 29.

438. Cf. 2 Co 3, 18.

¿No te avergüenza, hombre, lo que el Apóstol dice: *Sois templo de Dios y el Espíritu de Dios mora en vosotros* ⁴³⁹? ¿Acaso la morada de un esclavo podría alguna vez honrarse con el nombre de templo? ¿Y por qué quien llama a la Escritura *divinamente inspirada* ⁴⁴⁰, por estar escrita mediante el soplo del Espíritu, no echa mano de unas fórmulas que lo ultrajan y lo empequeñecen ⁴⁴¹?

Capítulo XXII

SE CONFIRMA LA COMUNIÓN DEL ESPÍRITU EN NATURALEZA POR EL HECHO DE SER DE TAN DIFÍCIL ACCESO A LA CONTEMPLACIÓN COMO EL PADRE Y EL HIJO

53. La excelencia de la naturaleza del Espíritu se da a conocer no sólo porque lleva los mismos nombres que el Padre y el Hijo, y porque tiene con ellos comunidad de operaciones, sino también porque es igualmente difícil de alcanzar por la contemplación.

Efectivamente, lo que el Señor dice del Padre, en el sentido de que está más allá de toda noción humana, y lo que dice del Hijo, eso mismo dice también del Espíritu: *Padre justo, el mundo no te ha conocido* ⁴⁴². Aquí llama «mundo», no al conjunto formado por cielo y tierra, sino a esta vida caduca y sujeta a innumerables cambios.

439. 1 Co 3, 16.

440. 2 Tm 3, 16.

441. Por tanto, el Espíritu Santo no puede ser «esclavo», sino Dios.

442. Jn 17, 25.

Y hablando de sí mismo dice: *Todavía un poquito, y el mundo no me verá más; vosotros en cambio me veréis* ⁴⁴³. De nuevo aquí llama «mundo» a los que están encadenados a la vida material y carnal, y se vuelven hacia la verdad solamente con sus ojos, y por su falta de fe en la resurrección, no habrán de ver ya a nuestro Señor con los ojos del corazón.

Y lo mismo ha dicho también del Espíritu: *Al Espíritu de verdad —dice—, al que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque permanece junto a vosotros* ⁴⁴⁴.

Y es que el hombre carnal, por tener su mente sin ejercitarla en la contemplación, más aún, por llevarla enteramente hundida, como en un cenagal, en los pensamientos de la carne⁴⁴⁵, no puede levantar la vista hacia la luz espiritual de la verdad. Por esta razón el mundo, esto es, la vida esclava de las pasiones de la carne, no recibe la gracia del Espíritu, como tampoco un ojo enfermo la luz del rayo solar.

Sin embargo, el Señor, tras atestiguar a sus discípulos la limpieza de sus vidas a causa de sus enseñanzas, les otorga también el ser iniciados en la contemplación del misterio del Espíritu ⁴⁴⁶, pues les dice: *Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he hablado* ⁴⁴⁷. De ahí que el mundo no pueda recibirlo, pues no lo ve; vosotros, en cambio, lo conocéis, porque mora en vosotros ⁴⁴⁸.

443. Jn 14, 19.

444. Jn 14, 17.

445. Cf. Rm 8, 6.

446. Las palabras «iniciación» y «contemplación» provienen del lenguaje de los misterios paganos.

447. Jn 15, 3.

448. Cf. Jn 14, 17.

Esto lo dice también Isaías: *El que consolidó la tierra y lo que hay en ella, y el que dió respiro al pueblo que vive sobre ella y Espíritu a los que por ella andan* ⁴⁴⁹. Efectivamente, los que pisotean las cosas terrenales y se elevan por encima de ellas, se atestigua que son dignos del don del Espíritu Santo.

Por consiguiente, el que es incomprensible para el mundo y al que solamente los santos pueden contemplar, por la limpieza de sus corazones, ¿cómo habremos de pensarlo? ¿Qué clase de honores le corresponden?

Capítulo XXIII

LA GLORIFICACIÓN DEL ESPÍRITU ES LA ENUMERACIÓN DE SUS ATRIBUTOS

54. De las demás potencias, se cree que cada una se halla en un lugar circunscrito. Efectivamente, el ángel que se presentó a Cornelio ⁴⁵⁰ no estaba en el mismo instante junto a Felipe ⁴⁵¹, ni el que conversó con Zacarías desde el altar ⁴⁵² ocupaba su sitio a la vez en el cielo ⁴⁵³.

El Espíritu, en cambio, se cree que obraba al mismo tiempo en Habacuc y en Daniel, que estaba en Babilonia ⁴⁵⁴; y que estaba en la catarata con Jeremías ⁴⁵⁵, y

449. Is 42, 5.

450. Cf. Hch 10, 3.

451. Hch 8, 26.

452. Cf. Lc 1, 11.

453. Basilio precisa así la afirmación hecha en el c. XVI, 38 referida a los ángeles. Puesto que su substancia, por naturaleza, es finita, se hallan en un lugar concreto.

454. Cf. Dn 14, 33.

455. Cf. Jr 20, 2 (LXX).

con Ezequiel a orillas del Cobar ⁴⁵⁶. *Porque el Espíritu del Señor llena el mundo* ⁴⁵⁷, y *¿Adónde iré, lejos de tu Espíritu, y adónde iré, lejos de tu rostro?* ⁴⁵⁸. Y el profeta: *Porque yo estoy con vosotros, dice el Señor, y mi Espíritu está en medio de vosotros* ⁴⁵⁹.

Ahora bien, el que está en todas partes y está junto con Dios, ¿de qué naturaleza conviene creerlo? ¿De la naturaleza que todo lo abarca, o de la que está contenida en parcelas locales, cual la de los ángeles, según demostró lo tratado? Pero esto no lo diría nadie.

Por consiguiente, ¿no vamos nosotros a ensalzar en el más alto grado al que es divino por naturaleza ⁴⁶⁰, inabarcable por su grandeza, poderoso en sus obras y bueno en sus beneficios? ¿No vamos a glorificarlo?

Yo tengo para mí que glorificarlo no es otra cosa que enumerar las maravillas que le acompañan. Por consiguiente, o esa gente nos prohíbe hasta el acordarnos de los bienes de él recibidos, o bien el exponer aquellas maravillas es, sin más, efectuar la más grande doxología.

Nosotros, efectivamente, no podemos glorificar al Padre de nuestro Señor Jesucristo y a su Hijo unigénito de otra manera que exponiendo, según nuestras fuerzas, las maravillas del Espíritu.

456. Ez 1, 1.

457. Sb 1, 7.

458. Sal 138, 7.

459. Ag 2, 4-5.

460. De todo el tratado, esta es la afirmación más explícita de la naturaleza divina del Espíritu Santo.

Capítulo XXIV

REFUTACIÓN DE LA EXTRAVAGANCIA DE QUIENES NO GLORIFICAN AL ESPÍRITU, POR COMPARARLO CON LO QUE SE HA GLORIFICADO EN LAS CREATURAS

55. Luego, ciertamente, el hombre común *es coronado de gloria y de honor* ⁴⁶¹, y por otra parte, en las promesas se reserva *gloria, honor y paz para cualquiera que obra el bien* ⁴⁶².

Hay también, sin embargo, una gloria propia de los israelitas, *de los cuales –dice– es la adopción y la gloria y el culto* ⁴⁶³. Y el salmista, por su parte, habla de cierta gloria suya: *Cuando te cante mi gloria* ⁴⁶⁴; y de nuevo: *¡Despierta, gloria mía!* ⁴⁶⁵. Y existe cierta gloria del cielo, de la luna y de las estrellas ⁴⁶⁶; pero, según el Apóstol, incluso el propio *ministerio de condenación se hace por medio de gloria* ⁴⁶⁷.

Así, pues, mientras son tantos los glorificados, ¿quieres tú que solamente el Espíritu quede entre todos sin ser glorificado? Y sin embargo, *el ministerio del Espíritu –dice– está en la gloria* ⁴⁶⁸. ¿Cómo, pues, él es indigno de ser glorificado?

Y grande es la gloria del justo, según el salmista: en cambio, según tú, la gloria del Espíritu es nula.

¿Como, pues, no va a ser evidente el peligro de atraer sobre nosotros, por sus palabras, el pecado

461. Sal 8, 6.

462. Rm 2, 10.

463. Rm 9, 4.

464. Sal 29, 13.

465. Sal 107, 2.

466. Cf. 1 Co 15, 41.

467. 2 Co 3, 9.

468. 2 Co 3, 8.

inevitable ⁴⁶⁹? Si el hombre salvado por las obras de la justicia glorifica incluso a los que temen al Señor, ¿faltaría más que privase al Espíritu de la gloria que le es debida!

¡Sea, –dicen–; debe ser glorificado, pero no con el Padre y con el Hijo!

¿Y qué razón hay para imaginar otro sitio para el Espíritu, y dejar de lado el que ha sido ordenado por parte del Señor? ¿Por qué despojar de la comunidad de gloria al que en todas partes está unido a la divinidad: en la profesión de fe, en el bautismo de la redención, en la obra de los milagros, en la inhabitación de los santos y en las gracias infundidas en los que escuchan?

Efectivamente, ni un solo don llega absolutamente a la creación sin el Espíritu Santo, cuando ni siquiera una palabra puede uno pronunciar en defensa de Cristo, si no es con la cooperación del Espíritu, como en los Evangelios nos lo ha enseñado nuestro Señor y Salvador ⁴⁷⁰.

Ahora bien, ¡yo no sé si uno que participa del Espíritu Santo ⁴⁷¹ estará de acuerdo con los que desprecian todo eso y, olvidando la comunión que tienen en todo, desgajan al Espíritu del Padre y del Hijo! ¿Adónde, pues, lo llevaremos y dónde lo colocaremos? ¿Con la creación? ¡Pero la creación entera es esclava! ¡El Espíritu, por contra, libera, puesto que *donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad* ⁴⁷²!

Aunque son muchas las cosas que se pueden decir en el sentido de que no conviene connumerar con la naturaleza creada al Espíritu Santo, el discurso sobre

469. Es el primer pecado irremisible contra el Espíritu Santo.

470. Cf. Mt 10, 19-20; Lc 12, 11-12.

471. Cf. Hb 6, 4.

472. 2 Co 3, 17.

esto lo pospondré por ahora. Si, efectivamente, por la importancia del problema, hubiéremos de aducir nuestras propias pruebas y resolver las objeciones de los adversarios, necesitaríamos de prolijos discursos y exasperaríamos a los lectores con la algarabía del libro. Por eso, reservando esto para un tratado propio, atengámonos al tema.

56. Examinemos, pues, cada cosa. El Espíritu es bueno por naturaleza, como bueno es el Padre y bueno el Hijo. La creatura, en cambio, cuando elige el bien, es partícipe de la bondad.

El Espíritu conoce la profundidad de Dios. La creación, en cambio, recibe la manifestación del misterio por medio del Espíritu.

El Espíritu vivifica con Dios, que hace vivir a todo, y con el Hijo, que da la vida, pues dice: *El que resucitó a Cristo de entre los muertos vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros* ⁴⁷³. Y de nuevo: *Mis ovejas oyen mi voz, y yo les doy vida eterna* ⁴⁷⁴. Pero dice también: *El Espíritu es el que da vida* ⁴⁷⁵. Y de nuevo: *Mas el Espíritu vive, a causa de la justicia* ⁴⁷⁶. Y el Señor atestigua que el Espíritu es el que vivifica: *La carne nada aprovecha* ⁴⁷⁷.

¿Cómo, pues, vamos a desterrar del poder vivificante al Espíritu, y asignarlo a la naturaleza menesterosa de la vida? ¿Quién es tan pendenciero, tan poco

473. Rm 8, 11.

474. Jn 10, 27-28, abreviado.

475. Jn 6, 63.

476. Rm 8, 10.

477. Jn 6, 63.

partícipe del don celestial y tan sin gusto por las buenas palabras de Dios, y quién tan desprovisto de las esperanzas eternas, que coloque al Espíritu en el rango de creatura, arrancándolo de la divinidad?

57. Entre nosotros –dicen– el Espíritu es como un don de parte de Dios. Ahora bien, indudablemente al don no se le celebra con los mismos honores que al donante.

Don de Dios, lo es, ciertamente, el Espíritu, pero don de vida, pues dice: *La ley del Espíritu de la vida nos ha liberado* ⁴⁷⁸. Y es también don de fuerza, *pues recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que vendrá sobre vosotros* ⁴⁷⁹. ¿Acaso, pues, es despreciable por esto? ¿O es que Dios no ha hecho a los hombres también el don de su Hijo? *El que ni a su propio Hijo perdonó* –dice–, *antes lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no va a darnos también con él todas las cosas?* ⁴⁸⁰. Y en otra parte: *Para que conozcamos lo que Dios nos ha dado* ⁴⁸¹, dice hablando del misterio de la encarnación ⁴⁸².

Por consiguiente, los que tales cosas dicen, ¿cómo no van a sobrepasar la misma ingratitud de los judíos, pues convierten el exceso de bondad en pretexto para la blasfemia? De hecho, están reprochando al Espíritu el que nos dé la franca libertad de llamar a Dios Padre nuestro, ya que *Dios envió el Espíritu de su Hijo en*

478. Rm 8, 10.

479. Hch 1, 8.

480. Rm 8, 32.

481. 1 Co 2, 12.

482. La palabra *enanthrópesis*, muy usada, junto con *ensárkosis*, por los Padres para designar la encarnación, exigiría el neologismo «inhumanación».

*vuestros corazones, el cual clama: ¡Abba, Padre!*⁴⁸³, para que su voz se convierta en propia de los que le recibieron.

Capítulo XXV

LA ESCRITURA UTILIZA LA SÍLABA «EN»
EN LUGAR DE «CON»; TAMBIÉN SE PRUEBA
QUE LA SÍLABA «Y» EQUIVALE A «CON»

58. ¿Cómo es, pues, —dicen— que la Escritura en ningún lugar enseña que el Espíritu es glorificado «con» el Padre y el Hijo, sino que, precavidamente, evita el decir «con el Espíritu», y en todas partes prefirió, como más adecuado, lo de «glorificar en él»?

Yo personalmente no osaría decir que la sílaba «en» es indicadora de un sentido menos honroso, antes por el contrario, si se la toma con sana intención, levanta los pensamientos hasta la más alta cima⁴⁸⁴, puesto que tenemos observado que en muchas partes está en lugar de la sílaba «con». Por ejemplo: *Entraré en tu casa en los holocaustos*⁴⁸⁵, en vez de «con los holocaustos». Y *los sacó en plata y oro*⁴⁸⁶, en vez de «con plata y oro». Y también: *Y no saldrás en nuestros ejércitos*⁴⁸⁷, en vez de «con nuestros ejércitos». Y otros innumerables pasajes por el estilo⁴⁸⁸.

483. Ga 4, 6.

484. Esto lo tratará en el c. siguiente.

485. Sal 15, 13.

486. Sal 104, 37.

487. Sal 43, 10.

488. Justamente Basilio respeta el significado instrumental de la preposición «en», frecuente en el hebreo, y que se ha conservado en las traducciones del texto sagrado en griego y en latín.

En resumen, me gustaría, sin embargo, aprender de esta nueva sabiduría qué clase de doxología realizó el Apóstol mediante la palabra «en», ateniéndonos a la regla que éstos aducen ahora como procedente de las Escrituras. Yo, de hecho, en ninguna parte hallo que se diga: «A ti, Padre, la gloria, por medio de tu Unigénito, en el Espíritu Santo», expresión que para ellos precisamente es ahora más familiar que el respirar, por así decirlo. Se puede hallar cada una de ellas por separado, efectivamente, pero de ningún modo pueden ellos demostrar que se hallen juntas y en este orden.

Por tanto, si discuten con rigurosa exactitud acerca de lo que está escrito, que muestren de dónde sacan lo que dicen. Y si ellos ceden a la costumbre, que no nos lo impidan a nosotros.

59. Nosotros, en efecto, puesto que hallamos ambas expresiones ⁴⁸⁹ en el uso habitual de los fieles, de ambas nos servimos. Estamos convencidos, por una parte, de que con cada una de ellas rendimos por igual la gloria al Espíritu, y por otra, que tapamos la boca a los que dañan a la verdad, sobre todo si empleamos la sílaba en cuestión [con], la cual, con su fuerza cercana a las Escrituras, ya no es igualmente fácil de atacar para los adversarios (ésta es la que ahora contradicen ellos), puesto que se la toma en vez de la conjunción «y». Lo mismo da, en efecto, decir: «Pablo y Silvano y Timoteo», que «Pablo con Silvano y Timoteo»: mediante una y otra locución queda a salvo la trabazón entre los

489. Más que a las dos preposiciones, se refiere a las dos formas de doxología (con-en), las cuales, por pertenecer las dos a la tradición, son igualmente respetables.

nombres. Por tanto, si donde el Señor dice: «Padre e Hijo y Espíritu Santo», yo mismo dijera: «Padre e Hijo con el Espíritu Santo», ¿habré dicho algo diferente en cuanto al sentido?

Pues bien, son muchísimos los testimonios de que la trabazón de los nombres se da mediante la conjunción «y». Dice, efectivamente: *La gracia de nuestro Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo* ⁴⁹⁰. Y de nuevo: *Pero yo os ruego, por medio de nuestro señor Jesucristo y por medio del amor del Espíritu* ⁴⁹¹. Por consiguiente, si en lugar de «y» quisiéramos servirnos de «con», ¿qué diferencia habría? Yo ciertamente no la veo, a no ser que alguien, atendiendo a las frías reglas gramaticales, prefiera la conjunción, pensando que ésta hace más trabada y plena la unión, y rechace la preposición pensando que no tiene la misma fuerza.

Mas, si tuviéramos que rendir cuentas sobre esto, quizás no necesitaríamos mucho discurso para defenderlo. Pero ellos, ahora, no están tratando ni de sílabas ni de tales o cuales sonidos, sino de cosas que tienen gran diferencia de significado y de realidad. Por esta razón, aunque el uso de las sílabas es indiferente, esa gente se empeña en que la Iglesia acepte unas y expulse otras.

Pero yo, aunque con sólo oírlo se evidencie su utilidad, sin embargo, voy también a dar razón del empleo de esta preposición, razón por la que nuestros Padres fueron diligentes en adoptarla ⁴⁹².

490. 2 Co 13, 13.

491. Rm 15, 30.

492. En el c. XXIX presentará Basilio los testimonios correspondientes.

Efectivamente, además de refutar el mal de Sabelio ⁴⁹³ con igual fuerza que la sílaba «y», declarando también la propiedad de las hipóstasis, como aquí: *Yo y el Padre vendremos* ⁴⁹⁴, y *Yo y el Padre somos una cosa* ⁴⁹⁵, <dicha preposición> atestigua excelentemente la comunión eterna y la inacabable unidad.

Realmente, el que dice que el Hijo está «con» el Padre, muestra a la vez la propiedad de las hipóstasis y la inseparable unión. Esto puede verse también en las cosas humanas: la conjunción «y» expresa la operación común, mientras la preposición «con» indica al mismo tiempo cierta comunión.

Por ejemplo: Pablo y Timoteo navegaron hacia Macedonia, pero Tíquico y Onésimo fueron enviados a Colosas; de aquí sabemos que todos hicieron lo mismo. Pero, si hubiéramos oído que navegaron uno «con» otro y que fueron enviados uno «con» otro, sabríamos además que realizaron la acción juntos los unos con los otros.

Así, después de haber deshecho el mal de Sabelio, a esto añade, como ninguna otra voz, el desbaratar también a los impíos de signo totalmente opuesto. Me refiero, ciertamente, a los que separan, con intervalos de tiempo, al Hijo del Padre, y al Espíritu Santo del Hijo ⁴⁹⁶.

60. Ahora bien, respecto de la sílaba «en», la diferencia está sobre todo en que la sílaba «con» ex-

493. La conjunción, efectivamente, une y distingue a la vez a las hipóstasis.

494. Jn 14, 23.

495. Jn 10, 30.

496. Sirve contra Sabelianos y Arrianos.

presa la unión mutua de los seres que están en comunión, por ejemplo, de los que navegan juntos, habitan juntos o realizan en común cualquier cosa. En cambio, la sílaba «en» indica la relación con el lugar en que actúan. Efectivamente, «navegan en» y «habitan en» nos hacen pensar inmediatamente en el barco y en la casa.

Tal es, pues, la mutua diferencia de las dos, según el uso común, y aun pudiera hallarla mayor la gente estudiosa; pero yo no tengo tiempo para andar escudriñando lo que atañe a las sílabas.

Por consiguiente, puesto que queda demostrado que la preposición «con» da muy significativamente idea de la unión, haced, si os parece, una tregua, y parad la penosa e implacable guerra contra ella.

Sin embargo, aunque dicha voz sea tan favorable, con todo, si alguno gusta en las doxologías glorificar uniendo los nombres con la sílaba «y», como se nos ha enseñado en los Evangelios sobre el bautismo: Padre e Hijo y Espíritu Santo, que lo haga, que nadie se opondrá.

Después de esto, si os parece, ¡depongamos las armas! ¡Pero ellos se arrancarían la lengua antes que aceptar esta sílaba!

Por tanto, lo que suscita contra nosotros esta guerra implacable y sin cuartel es esto: «En» el Espíritu Santo –dicen– es cómo se debe dar la glorificación a Dios, y no «y» al Espíritu. Y se abrazan ardorosos a esta sílaba pensando que es humillante para el Espíritu, por lo que no será inútil tratar de ella más prolijamente. Cuando lo hayan oído ellos, me extrañaría que no la repudien como a una traidora que ha desertado para ir a dar gloria al Espíritu.

Capítulo XXVI

TANTOS CUANTOS SENTIDOS TIENE «EN», TODOS SE APLICAN AL ESPÍRITU

61. Tengo para mí, cuando lo examino, que, aunque esta expresión es simple y concisa, son muchas y variadas las cosas que significa, pues de tantas maneras como se dice «en» hallamos que otras tantas están al servicio de las nociones sobre el Espíritu.

Se dice, pues, que la forma está «en» la materia, que la potencia está «en» lo que tiene capacidad de recibir, que la manera de ser está «en» el sujeto al que afecta, y muchas más cosas por el estilo.

Pues bien, el Espíritu Santo, en cuanto que perfecciona a los seres racionales dando remate a su culminación, adquiere razón de forma. En efecto, el que ya no vive según la carne, sino que es conducido por el Espíritu de Dios, se llama «hijo de Dios» y se hace conforme a la imagen del Hijo de Dios, recibe el nombre de espiritual ⁴⁹⁷.

Y como la fuerza de la visión está «en» el ojo sano, así también la acción del Espíritu está «en» el alma purificada. Por eso también Pablo desea para los Efesios que tengan sus ojos iluminados «en» el Espíritu de sabiduría ⁴⁹⁸.

Y como el arte se halla «en» el que lo aprendió, así también la gracia del Espíritu se halla «en» el que lo ha recibido, presente siempre, pero sin actuar continuamente. Y como quiera que el arte está potencialmente «en» el artista, pero solamente en acto cuando el artista obra conforme a él, así también el Espíritu:

497. Cf. Rm 8, 13-14.29.

498. Ef 1, 17-18.

siempre está presente en los que son dignos, pero actúa según la necesidad, bien con profecías, bien con curaciones, o bien con algunas obras milagrosas.

Más aún, igual que la salud, el calor o —en una palabra— las disposiciones mudables se hallan «en» los cuerpos, así también el Espíritu: muchas veces está «en» el alma, pero no permanece en los que, por la inestabilidad de su juicio, fácilmente rechazan la gracia que habían recibido, como hicieron Saúl y los setenta ancianos de los hijos de Israel, con excepción de Eldad y Medad (pues aparece que, de todos, solamente en éstos permaneció el Espíritu)⁴⁹⁹, y en definitiva quien quiera que se les parezca en la libre elección.

Y como la palabra está «en» el alma: unas veces como pensamiento del corazón y otras como palabra pronunciada mediante la lengua, así también el Espíritu Santo: bien cuando da testimonio a nuestro espíritu y cuando grita en nuestros corazones *¡Abba, Padre!*⁵⁰⁰, o bien cuando hable por nosotros, según lo que está escrito: *Porque no sois vosotros los que habléis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros*⁵⁰¹.

Pero además, como un todo «en» sus partes, así también se concibe al Espíritu, según la distribución de sus carismas. Efectivamente, todos somos miembros unos de otros, pero tenemos carismas diferentes, según la gracia de Dios que se nos ha dado. *Por eso, ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni la cabeza a los pies: No os necesito*⁵⁰². Antes bien, todos juntos completan el cuerpo de Cristo en la unidad del

499. Cf. Nm 11, 25-26 (LXX).

500. Rm 8, 15.

501. Mt 10, 20.

502. 1 Co 12, 21.

Espíritu, y mutuamente se prestan la necesaria ayuda, según los carismas recibidos.

Efectivamente, Dios dispuso cada uno de los miembros del cuerpo, como quiso. Los miembros, sin embargo, tienen la misma preocupación unos de otros, según la vital comunidad de mutua afección que existe en ellos. Por eso, *si un miembro padece, todos los miembros padecen a una con él; y si un miembro es honrado, todos los miembros a una se alegran* ⁵⁰³.

Y como partes en un todo, así estamos cada uno de nosotros en el Espíritu, puesto que todos, formando un solo cuerpo, hemos sido bautizados en un solo Espíritu.

62. Pero lo paradójico, aunque no por ello menos verdadero, es que a menudo se le designa al Espíritu Santo como lugar de los santificados, y se pondrá de manifiesto que ni siquiera esta manera de hablar achica al Espíritu, sino más bien lo glorifica.

Efectivamente, la Palabra traslada muchas veces los nombres corporales a las nociones espirituales por amor a la claridad. Hemos observado, pues, que el salmista dice acerca de Dios: *Sé para mí un Dios protector y un lugar fuerte para salvarme* ⁵⁰⁴. Y sobre el Espíritu dice: *He aquí un lugar junto a mí, y tú estate sobre la peña* ⁵⁰⁵. ¿A qué otra cosa llama «lugar» más que a la contemplación «en» el Espíritu, desde la cual podía Moisés ver claramente a Dios apareciéndosele? Este es el lugar propio de la verdadera adoración, pues dice: *Pon atención, no vayas a ofrecer tus holocaustos en todo lugar, sino*

503. 1 Co 12, 26.

504. Sal 30, 3.

505. Ex 33, 21.

en el lugar que escogió el Señor tu Dios ⁵⁰⁶. ¿Cuál es, pues, el holocausto espiritual? El sacrificio de la alabanza ⁵⁰⁷. ¿Y en qué lugar la ofrecemos? «En» el Espíritu Santo. ¿Donde hemos aprendido esto? Del mismo Señor, que dice: *Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en Espíritu y en verdad* ⁵⁰⁸. Jacob vió este lugar y dijo: *Dios está en este lugar* ⁵⁰⁹.

Por tanto el Espíritu es verdaderamente el lugar de los santos. Y el santo es un lugar propio para el Espíritu, pues él mismo se brinda para habitar con Dios y se llama templo suyo. Como Pablo, en efecto, habla «en» Cristo, pues dice: *Delante de Dios, hablamos en Cristo* ⁵¹⁰, y Cristo habla «en» Pablo, como cuando dice éste: ¿O buscáis una prueba de Cristo que habla en mí? ⁵¹¹, así también Pablo revela en el Espíritu los misterios, y a su vez el Espíritu habla en él ⁵¹².

63. Así, pues, en las cosas creadas se dice de múltiples y variadas maneras que el Espíritu está «en». Respecto del Padre y del Hijo, en cambio, es más conforme a la piedad decir, no que está «en», sino que está «con».

Efectivamente, la gracia procedente del Espíritu que habita en los que son dignos y en ellos realiza sus propias obras, se dice acertadamente que está «en» los que le aceptan. Sin embargo, la existencia anterior a los siglos y la inacabable duración con el Padre y el Hijo, al ser contempladas, está exigiendo denominaciones de

506. Dt 12, 13-14.

507. Sal 49, 14.

508. Jn 4, 23.

509. Gn 28, 16.

510. 2 Co 2, 17.

511. 2 Co 13, 3.

512. Cf. 1 Co 14, 2.11.

unión eterna. En efecto, existir «con» se dice propia y verdaderamente de los que existen juntos en mutua e inseparable unión.

Decimos, efectivamente, que el calor existe «en» el hierro puesto al rojo vivo, pero también que existe «con» el fuego. Y se dice que la salud existe «en» el cuerpo, pero también que la vida existe «con» el alma.

Por tanto, allí donde la comunión es íntima, conatural e inseparable, la preposición «con» es la palabra más significativa, pues sugiere la idea de comunión inseparable. En cambio, allí donde la gracia del Espíritu puede desaparecer otra vez, con toda propiedad y verdad se dice existir «en», incluso aunque muchas veces, por razón de la constancia de su disposición para el bien, dicha gracia se mantenga durablemente en los que la reciben.

Por tanto, cuando pensamos en la propia dignidad del Espíritu, lo contemplamos «con» el Padre y el Hijo. Pero, cuando reflexionamos sobre la gracia que actúa en los que de él participan, decimos que el Espíritu está «en» nosotros. Y la doxología que nosotros ofrecemos «en» el Espíritu no implica una declaración de su dignidad, sino una confesión de nuestra propia debilidad, pues manifestamos que nosotros somos incapaces por nosotros mismos de glorificar, pero que nuestra capacidad reside «en» el Espíritu Santo: robustecidos en él, cumplimos nuestra acción de gracias a Dios por los beneficios que nos ha hecho; según el grado de nuestra purificación del mal, participamos del auxilio del Espíritu unos más que otros, o menos, para ofrecer a Dios los sacrificios de la alabanza. Por tanto, efectuamos la acción de gracias con esta piedad, de una sola manera: «en» el Espíritu.

Sin embargo, tampoco sería leve cosa el que un cualquiera diese de sí mismo este testimonio: «El Espíritu

de Dios está en mí, y hecho sabio por medio de su gracia, le glorifico». La expresión conviene, efectivamente, a Pablo: *Pienso que también yo tengo el Espíritu de Dios* ⁵¹³; y otra vez: *Guarda el buen depósito por medio del Espíritu Santo que habita en nosotros* ⁵¹⁴; también acerca de Daniel: *El Espíritu Santo de Dios está en él* ⁵¹⁵. Y lo mismo quienes se aproximen a éstos en virtud.

64. Pero hay un segundo sentido, que tampoco es desdeñable: Como «en» el Hijo se ve al Padre, así «en» el Espíritu se ve al Hijo. La adoración en el Espíritu sugiere, pues, la actividad de nuestra mente desarrollada en la luz, como podrían enseñarte las palabras dirigidas a la Samaritana. Engañada por la costumbre patria, según la cual la adoración se hacía en un lugar, nuestro Señor, enseñándole otra doctrina, dijo que era necesario adorar en Espíritu y en verdad, y a sí mismo se llamó paladinamente la verdad ⁵¹⁶.

Por tanto, igual que hablamos de una adoración «en» el Hijo, como en una imagen de Dios Padre, así también hablamos de una adoración «en» el Espíritu, en cuanto que muestra en sí mismo la divinidad del Señor.

Por esta razón, también en la adoración el Espíritu Santo es inseparable del Padre y del Hijo.

Fuera de él, efectivamente, no hay adoraciones en absoluto, mientras que, estando en él, de ningún modo se dan separaciones de Dios, al menos como no se dan entre la luz y los objetos que se está viendo. Imposible,

513. 1 Co 7, 40.

514. 2 Tm 1, 14.

515. Dn 5, 11.

516 Cf. Jn 4, 20-26.

en efecto, ver la imagen de Dios invisible, si no es en la iluminación del Espíritu. Y quien fija su vista en la imagen es imposible que logre separar de la imagen la luz, pues lo que es causa del ver por necesidad tiene que verse junto con las cosas vistas.

Por consiguiente, con toda propiedad y toda lógica, el resplandor de la gloria de Dios lo contemplamos por medio de la iluminación del Espíritu: por medio de la impronta somos llevados hasta la gloria de aquel cuyos son la impronta y el sello de igual diseño ⁵¹⁷.

Capítulo XXVII

DE DÓNDE TOMA PRINCIPIO LA SÍLABA «CON», Y
QUÉ ALCANCE TIENE. TAMBIÉN SE TRATA DE
LAS LEYES NO ESCRITAS DE LA IGLESIA

65. ¿Por qué razón, pues, –dicen ellos– siendo así que la sílaba «en» conviene al Espíritu y nos basta para toda noción acerca de él, vosotros nos salís introduciendo esta nueva sílaba al decir «con» el Espíritu, y no «en» el Espíritu Santo, y enunciais lo que, por otra parte, ni es necesario ni está en el uso de las Iglesias?

Pues bien, que la sílaba «en» está aplicada al Espíritu, y no por casualidad, sino porque es común al Padre y al Hijo, queda dicho en lo anterior ⁵¹⁸. Y creo que también está suficientemente dicho que no sólo no quita nada a la dignidad del Espíritu, sino que eleva hasta la más alta cumbre los pensamientos de quienes no se han pervertido por completo.

517. Cf. Hb 1, 3: «Este Hijo es la impronta de la substancia...», había comentado ya Atanasio, *Ep. ad. Serap.* I 23; III 3.

518. Cf. *supra* V, 11.

Pero acerca de la preposición «con» nos queda por exponer de dónde tomó su principio, qué alcance tiene y cómo concuerda con la Escritura.

66. Entre las doctrinas y proclamaciones ⁵¹⁹ conservadas en la Iglesia, unas las tenemos de la enseñanza escrita, y otras las hemos recibido reservadamente, transmitidas a nosotros por la tradición de los apóstoles: las dos tienen precisamente la misma fuerza en orden a la piedad. Y nadie dirá lo contrario, por lo menos nadie que tenga una mínima experiencia de las instituciones eclesiásticas.

Efectivamente, si intentásemos apartar las costumbres no escritas pensando que no tienen gran fuerza, sin darnos cuenta perjudicaríamos al Evangelio hasta en sus mismas partes vitales, es más, cambiaríamos la proclamación en un mero nombre.

Por ejemplo (por mencionar lo primero y más común): ¿Quién ha enseñado por escrito a sellar con la marca de la cruz a los que esperan en el nombre de nuestro Señor Jesucristo?

¿Qué escrito nos ha enseñado a volvernos hacia Oriente en la oración?

Las palabras de la epiclesis ⁵²⁰ en el momento de consagrar el pan de la Eucaristía y el cáliz de la Bendición, ¿qué santo nos lo ha enseñado por escrito?

Desde luego, no nos contentamos con las palabras que nos mencionan el Apóstol o el Evangelio, sino que anteponeamos y añadimos otras, pensando que tienen

519. *dógmata*, las doctrinas; *kerygmata*, lo proclamado en concilio o en el culto litúrgico.

520. Es la oración en que se invoca al Espíritu Santo en la plegaria eucarística.

gran fuerza en orden al misterio, y las tomamos de la enseñanza no escrita.

Bendecimos el agua del bautismo y el óleo de la unción, y además al mismo bautizado: ¿De qué escritos se saca? ¿No es acaso de la tradición callada y secreta? Pues qué, la misma unción del óleo, ¿qué palabra escrita la enseñó? ¿Y de dónde viene la triple inmersión? Y lo demás que rodea al bautismo: ¿De qué Escritura viene el renunciar a Satanás y a sus ángeles? ¿Es que no viene de esa enseñanza privada y secreta que nuestros padres conservaron con despreocupado y nada curioso silencio, bien sabedores de que lo venerable de los misterios se salvaguarda con el silencio? En efecto, ¿cómo iba a ser conveniente publicar en escritos lo que no está permitido contemplar a los iniciados?

¿O qué quería realmente el gran Moisés cuando hizo que no todos los lugares del templo fuesen accesibles a todos? Al contrario, colocó fuera de los recintos sagrados a los profanos ⁵²¹, y dejando para los más puros los primeros atrios ⁵²², solamente a los levitas los juzgó dignos servidores de la Divinidad ⁵²³. En cambio, habiendo asignado a los sacerdotes los sacrificios, los holocaustos y el resto del culto sagrado, de entre todos, solamente se acepta a uno, escogido, para entrar en el Santuario ⁵²⁴, y esto, no durante todo el tiempo, sino en un único día del año, fijándose hasta la hora de ese día para que entrase, de modo que por lo extraño y desacostumbrado contemplara con estupor al Señor de los santos. Por su sabiduría, Moisés era bien consciente

521. Cf. Nm 4, 20.

522. Cf. Nm 8, 6.

523. Cf. Nm 3, 5-10.

524. Cf. Lv 16, 17.

de que es fácil despreciar las cosas trilladas y por ello al alcance de la mano, mientras que lo que está apartado y es raro obliga, por así decirlo, naturalmente a su búsqueda ardorosa.

Pues bien, de la misma manera, también los Apóstoles y los Padres, que ordenaron pormenorizadamente desde el principio lo concerniente a las Iglesias, salvaguardaron lo venerable de los misterios en el secreto y en el silencio, pues no es misterio en absoluto lo que llega al oído del vulgo irreflexivo. Esta es la razón de la tradición de las enseñanzas no escritas: evitar que el conocimiento de las doctrinas, al caer en descuido por la costumbre, dé consigo en el fácil desprecio del vulgo.

En efecto, una cosa es una doctrina, y otra una proclamación, pues la doctrina se calla, en tanto que la proclamación se hace pública. Y una forma de silencio es también la oscuridad de que se vale la Escritura para dificultar la inteligencia de las doctrinas, en provecho de los lectores ⁵²⁵.

Por esta causa todos miramos hacia Oriente cuando oramos, pero pocos sabemos que estamos buscando la antigua patria, el jardín que Dios plantó en Edén, hacia el Oriente ⁵²⁶.

De pie efectuamos nuestras oraciones el primer día tras el sábado ⁵²⁷, pero no todos sabemos la razón. Efectivamente, no sólo por haber resucitado con Cristo y porque debemos buscar las cosas de arriba ⁵²⁸, el día de

525. Cf. Lc 8, 10.

526. Cf. Gn 2, 8.

527. Es decir, el domingo, día que recuerda la resurrección del Señor.

528. Cf. Col 3, 1.

la resurrección nos acordamos de la gracia que se nos ha dado, mediante la oración puestos de pié, sino porque de alguna manera nos parece ser imagen del siglo que esperamos. Por eso, aunque es también el principio de los días, Moisés no lo llama «primero», sino «uno», pues dice: *Hubo tarde, y hubo mañana, un día* ⁵²⁹, como si el mismo día retornara muchas veces. Pues bien, este mismo y único día es también octavo, aquel único real y verdaderamente octavo ⁵³⁰ de que hace mención el salmista en algunos epígrafes de los salmos ⁵³¹ y que por sí mismo representa la condición que seguirá al tiempo presente ⁵³², el día inacabable, sin ocaso y sin sucesión, el siglo aquel que perdura sin conocer la vejez. Es, pues, necesario que la Iglesia enseñe a sus hijos a efectuar en ella sus oraciones puestos de pié, para que, con el recuerdo continuo de la vida sin fin, no descuidemos nuestras provisiones para aquella emigración.

Y también el período de los cincuenta días ⁵³³ es todo él un recordatorio de la resurrección que esperamos en el otro siglo, pues aquel día único y primero, multiplicado siete veces por siete, completa las siete semanas del sagrado Pentecostés. Comenzando, efectivamente, por el primero, acaba en el mismo, evolucionando en el intervalo con días iguales cincuenta veces. Pero esto también imita y se asemeja a la eternidad, pues, como en un movimiento circular, comienza por los mismos signos en que también acaba. En dicho

529. Gn 1, 5.

530. Cf. Ap 17, 11.

531. Sal 6 y 12.

532. *Katástasis*: el estado o condición posterior a la resurrección.

533. El que nosotros llamamos «Tiempo pascual».

período, las leyes de la Iglesia nos han enseñado a preferir la postura recta para orar, y por ese evidente recordatorio, como si estuviéramos haciendo a nuestra mente transmigrar de las cosas presentes a las venideras. Y cada vez que nos arrodillamos, estamos mostrando, de hecho, que por el pecado hemos caído en tierra, y que por el gran amor de nuestro creador, hemos sido llamados nuevamente a los cielos.

67. No me basta el día, si he de explicar los misterios de la Iglesia que no están escritos. Voy a dejar lo demás, pero la misma confesión de la fe en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, ¿de qué escritos la tenemos? Porque, si la recibimos de la tradición del bautismo, y según la lógica de la piedad (¡debemos creer según y cómo somos bautizados!), presentamos la confesión de fe conforme al bautismo, por esa misma lógica, que nos concedan también ofrecer la gloria conforme a nuestra fe. Pero si rechazan como no escrito nuestro modo de doxología, entonces que nos den las pruebas escritas de la confesión de fe y de todo lo demás que hemos enumerado.

Finalmente, siendo tantas las cosas no escritas y de tanta importancia para el misterio de la piedad, ¿no van a concedernos una única palabra, que nos ha venido de los Padres, y que nosotros hallamos en vigor, por sencilla costumbre, en las iglesias no pervertidas, palabra que tiene no poca razón de ser y que mucho contribuye a la fuerza del misterio?

68. Está dicho cuál es el sentido de una y otra expresión ⁵³⁴. Y se va también a decir nuevamente en qué

534. Las preposiciones «con» —a la que acaba de referirse— y «en».

concuerdan y en qué difieren mutuamente; no es que se contrapongan, sino que una y otra contribuyen con su propio sentido a la piedad.

Efectivamente, la preposición «en» indica más bien lo referente a nosotros; «con» expresa, en cambio, la comunión del Espíritu con Dios. Por eso nos servimos de ambos términos: del uno, para señalar la dignidad del Espíritu; del otro, para publicar la gracia que hay en nosotros. Así es también cómo nosotros rendimos gloria a Dios: «en» el Espíritu y «con» el Espíritu. No decimos nada de nuestra cosecha, sino que, como de una regla, trasladamos de la enseñanza del Señor la expresión a cosas persistentes, bien entrelazadas y con necesaria unión en los misterios. Efectivamente, lo connumerado en el bautismo ⁵³⁵, juzgamos necesario que también debe unirse en la fe. Ahora bien, la confesión de la fe la hemos convertido en cierto modo como en principio y madre de la doxología. Pero, ¿qué se ha de hacer? Pues que ahora nos enseñen a no bautizar como habíamos aprendido, o a no creer como se nos había bautizado, o a no glorificar como hemos creído. Que alguien nos demuestre, pues, o bien que la lógica correlativa de estas cosas no es necesaria ni irrompible, o bien que la innovación en esto no es la ruina del todo.

Pero ellos no paran de repetir a diestro y siniestro que la doxología: «con el Espíritu Santo» no está atestiguada ni está escrita, ni otras cosas por el estilo.

Está dicho que, en cuanto al sentido, lo mismo es decir: «Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo», que: «Gloria al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo».

A nadie, pues, le es posible rechazar ni borrar la sílaba «y», pues viene de la boca del mismo Señor, y

535. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

tampoco hay impedimento para aceptar la que le es equivalente y de la cual hemos demostrado en lo anterior cómo se diferencia de aquella y cómo se le parece.

Nuestra palabra la confirma también el Apóstol, que se sirve indiferentemente de una y de otra, diciendo, bien: *En el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios* ⁵³⁶, o bien: *Juntados vosotros y mi Espíritu, con la fuerza del Señor Jesús* ⁵³⁷. Pablo pensaba que, para unir los nombres, no había diferencia en servirse de la conjunción o de la preposición.

Capítulo XXVIII

LO QUE LA ESCRITURA DICE SOBRE QUE
LOS HOMBRES REINAN «CON» CRISTO, NUESTROS
CONTRADICTORES SE LO NIEGAN AL ESPÍRITU

69. Pero veamos si podemos pensar en alguna defensa de nuestros Padres por este uso, ya que los que iniciaron esta forma de hablar caen más que nosotros bajo las acusaciones.

Pues bien, Pablo, escribiendo a los Colosenses, dice: *Y a vosotros, estando muertos en los pecados y en la incircuncisión, os vivificó juntamente con Cristo* ⁵³⁸. Así, pues, Dios otorgó a todo el pueblo y a la Iglesia la vida «con» Cristo: ¿y no va a tener el Espíritu la vida «con» Cristo? Pues, sólo el pensarlo es ya algo impío, ¿cómo no va ser algo santo el que la confesión de fe se corresponda de modo totalmente apropiado

536. 1 Co 6, 11.

537. 1 Co 5, 4.

538. Col 2, 13.

con lo que es de su naturaleza? ⁵³⁹. Y luego, ¿cómo no va a ser propio de la mayor insensibilidad el confesar por un lado que los santos están «con» Cristo (¿si es que verdaderamente Pablo, habiendo emigrado de su cuerpo, habita junto al Señor ⁵⁴⁰, y tras haber muerto, está «con» Cristo ⁵⁴¹!), y por otro, el que ellos no otorguen al Espíritu el estar «con» Cristo, ni siquiera igual que los hombres, cosa que aceptan para ellos mismos?

Y Pablo se llama a sí mismo «co-laborador» de Dios ⁵⁴² en la economía del Evangelio. Ahora bien, si nosotros llamamos colaborador al Espíritu Santo, pues por él fructifica el Evangelio en toda creatura bajo el cielo, ¿también van a acusarnos de impiedad?

Y como es de razón, *la vida de los que esperan en el Señor está escondida con Cristo en Dios, y cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces también ellos se manifestarán con él en la gloria* ⁵⁴³. Ahora bien, el mismo Espíritu de la vida, el que nos libró de la ley del pecado ⁵⁴⁴, ¿no está en modo alguno «con» Cristo, ni en la oculta y escondida vida «con» él, ni en la manifestación de la gloria que esperamos que resplandezca sobre los santos?

Nosotros somos herederos de Dios y co-herederos con Cristo ⁵⁴⁵: ¿estará desheredado el Espíritu y despojado de su comunión con Dios y su Cristo?

⁵³⁹. Se trata de la proclamación del Espíritu Santo en el mismo plano de igualdad que Cristo.

⁵⁴⁰. Cf. 2 Co 5, 8.

⁵⁴¹. Flp 1, 23.

⁵⁴². 1 Co 3, 9; 2 Co 6, 1.

⁵⁴³. Col 3, 3-4.

⁵⁴⁴. Cf. Rm 8, 2.

⁵⁴⁵. Rm 8, 17.

Y el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios ⁵⁴⁶: ¿y no vamos nosotros a dar al Espíritu el testimonio que hemos aprendido del Señor: el de su comunión con Dios ⁵⁴⁷?

Y lo que es el colmo de la insensatez: por medio de la fe en Cristo «en» el Espíritu, esperamos resucitar «con» él y sentarnos «con» él en los cielos, cuando transforme nuestro cuerpo vil de animal en espiritual ⁵⁴⁸: ¿y al Espíritu no le concedemos ni el sentarse «con» él, ni la gloria, ni nada de lo que nosotros tenemos gracias a él? ¿Pero es que de todo lo que nosotros mismos creemos ser dignos atendiendo al don veraz del que lo prometió ⁵⁴⁹, nada de todo ello le concederemos al Espíritu Santo, so pretexto de que supe-
ra su dignidad?

Incluso para ti es conforme a tu dignidad el estar «con» Cristo, y esperas que, cuando seas arrebatado a su encuentro en el aire, estarás siempre «con» el Señor⁵⁵⁰, y en cambio, ¿niegas que el Espíritu esté ahora «con» Cristo? ¿Por lo menos, a quien lo connumera y lo coloca con el Padre y con el Hijo, tú lo destierras, como impío intolerable!

70. Me da vergüenza añadir el resto: tú esperas ser glorificado «con» Cristo (*si es que padecemos con él, para que con él seamos glorificados* ⁵⁵¹), y en cambio al Espíritu de la santificación no lo glorificas «con» Cristo,

546. Rm 8, 16.

547. Cf. Mt 28, 19.

548. Cf. Flp 3, 21; 1 Co 15, 44.

549. Cf. Tt 1, 2.

550. 1 Ts 4, 17.

551. Rm 8, 17.

como si no fuera digno de los mismos honores que tú. Y tú esperas reinar «con» Cristo, pero injurias al Espíritu de la gracia al asignarle el rango de esclavo y criado.

Y digo esto, no para mostrar cuánta glorificación se le debe al Espíritu, sino para refutar la insensatez de los que no le otorgan ni tanto así, sino que, cual si ello fuera impiedad, rehuyen la comunión de gloria del Espíritu con el Hijo y con el Padre.

¿Quién puede pasar ante esto sin llorar? Porque, ¿acaso no es evidente –tanto que hasta un niño lo comprendería– que los hechos presentes están preludiando la desaparición inminente de la fe ⁵⁵²? Lo indiscutible se ha vuelto dudoso. Creemos en el Espíritu, y guerreamos contra él con nuestras propias confesiones de fe. Somos bautizados, y de nuevo peleamos. Le invocamos como origen de la vida, y lo despreciamos como compañero de esclavitud. Lo hemos recibido con el Padre y con el Hijo, y lo menospreciamos como parte de la creación.

Pero esas gentes, que no saben lo que deben orar, si por ventura son llevadas a expresar algo magnífico sobre el Espíritu, cual si hubieran alcanzado su dignidad, se emplean en reprimir lo que de la expresión sobrepasa la justa medida, ellos que más bien necesitan lamentar su enfermedad, pues ciertamente no nos bastan las palabras para dar cumplidas gracias por los beneficios que de hecho nos afectan. Sobrepasan, efectivamente, toda inteligencia ⁵⁵³ y vencen a la naturaleza de la palabra, que no alcanza ni a una pequeña parte de su dignidad, según la expresión del libro titulado

552. Cf. Lc 18, 8.

553. Cf. Flp 4, 7.

«Sabiduría», pues dice: *Ensalzadlo cuanto podáis, pues todavía os seguirá sobrepasando; y al ensalzarlo, redoblad vuestras fuerzas; no os canséis, que nunca le alcanzaréis* ⁵⁵⁴.

Sin duda son terribles las cuentas que tendréis que rendir por tales palabras, vosotros que habéis oído «al Dios que no puede mentir» ⁵⁵⁵ que la blasfemia contra el Espíritu Santo es *irremisible* ⁵⁵⁶.

Capítulo XXIX

ENUMERACIÓN DE LOS HOMBRES ILUSTRES QUE EN LA IGLESIA SE HAN SERVIDO DE LA EXPRESIÓN «CON» EN SUS PROPIOS ESCRITOS

71. Contra lo objetado: que la doxología «con el Espíritu Santo» ni está atestiguada ni está en las Escrituras, decimos lo siguiente: si no se acepta ninguna otra cosa que no esté en las Escrituras, tampoco se acepte esto. Ahora bien, si la mayor parte de las ceremonias de los misterios ⁵⁵⁷, sin estar en las Escrituras, tienen derecho de ciudadanía entre nosotros, admitamos también esa doxología, junto con muchas otras cosas. Por mi parte creo que es apostólico incluso el ser fieles a las tradiciones no escritas ⁵⁵⁸, pues dice: *Y os alabo, porque en todo os acordáis de mí, y retenéis mis tradiciones*

554. Si 43, 30; en los mss. griegos este libro lleva el título: «Sabiduría de Jesús, hijo de Sirac».

555. Tt 1, 2.

556. Mt 12, 32; Mc 3, 29; Lc 12, 10.

557. *Tà mystiká*: las ceremonias de los misterios paganos. Basilio utiliza la expresión aplicándola a los misterios cristianos y a su celebración; la liturgia adopta no poco del lenguaje místico.

558. Cf. *supra*, XXVII, sobre la tradición oral.

tal como yo os enseñé ⁵⁵⁹; y también: *y retened las tradiciones que habéis recibido, sea de palabra, sea por carta* ⁵⁶⁰.

Una de esas tradiciones es también la presente doxología. Los que la establecieron desde el principio y la transmitieron a la posteridad, al prolongarse su uso continuamente en el tiempo, la enraizaron en las Iglesias, gracias a una larga costumbre.

Por consiguiente, si como en un tribunal, cuando se carece de pruebas escritas, nosotros presentamos multitud de testigos, ¿no vamos a obtener de vosotros una sentencia de absolución?

Yo por mi parte así lo creo, pues *en el dicho de dos o de tres testigos consiste toda palabra* ⁵⁶¹. Y si os demostramos claramente que nos favorece la prolongación en el tiempo, ¿acaso no os parecerá que estamos en lo justo al decir que no es admisible en justicia esta acusación contra nosotros? Las doctrinas antiguas, en efecto, causan cierta emoción, como que tienen la venerabilidad de una canosa antigüedad.

Vamos, pues, a enumeraros los defensores de esta expresión (y al mismo tiempo se medirá enteramente el tiempo según lo llamado), ya que no somos nosotros el primer punto de partida. ¿Cómo? Nosotros somos realmente de ayer, según la palabra de Job ⁵⁶², al menos en comparación con ese largo tiempo coetáneo de esta costumbre.

Por lo que a mí mismo atañe, pues, si he de decir mi propio testimonio, yo conservo esta expresión como

559. 1 Co 11, 2.

560. 2 Ts 2, 15.

561. Dt 19, 15.

562. Jb 8, 9.

una herencia paterna, pues la recibí de un hombre que vivió largo tiempo en el servicio de Dios, que me bautizó y que me incorporó al servicio de la Iglesia ⁵⁶³.

Y al buscar por mí mismo si alguno de los antiguos y bienaventurados varones se había servido de estas expresiones ahora tan discutidas, hallé que eran muchos, dignos de fe por su antigüedad, y en nada parecidos a los de ahora, por la exactitud de su conocimiento. De ellos, los unos unían las palabras de la doxología con la preposición, y los otros con la conjunción, y ninguno creía que hacía algo diferente, al menos que fuera contrario al recto sentido de la piedad.

72. El gran Ireneo, Clemente de Roma, Dionisio de Roma y Dionisio de Alejandría, el cual -extraña el oírlo- en su segunda carta dirigida a su tocayo sobre su refutación y defensa, termina su discurso (os escribiré las propias palabras de este hombre) diciendo así: «En consecuencia con todo esto, también nosotros, habiendo recibido modelo y regla de los presbíteros que nos precedieron, concluimos la acción de gracias en comunión con ellos (y aquí terminamos la carta para Vos): **A Dios Padre, y al Hijo nuestro Señor Jesucristo, con el Espíritu Santo, gloria y potencia por los siglos de los siglos. Amén**» ⁵⁶⁴. Y nadie podría decir que estas palabras han sido falsificadas, porque Dionisio no hubiera insistido tanto al decir que había recibido modelo y regla, si precisamente hubiera dicho: «en el Espíritu», pues el uso de esta expresión es frecuente. Sino que era la otra la que necesitaba defensa. También hacia la mitad

⁵⁶³. Basilio está aludiendo a Dianio, obispo de Cesarea.

⁵⁶⁴. Dionisio de Alejandría, *Refutación y Apología*, Fragm. 16: PL 5 128B.

de la carta dice así Dionisio, contra los Sabelianos: «Si por ser tres las hipóstasis dicen ellos que están separadas, tres son, aunque no lo quieran: o que eliminen completamente a la Trinidad divina» ⁵⁶⁵. Y de nuevo: «Por esta razón, lo más divino después de la Unidad es la Trinidad» ⁵⁶⁶.

Pero también Clemente de Roma, aunque de manera bastante arcaica, dice: «Vive Dios, y el Señor Jesucristo, y el Espíritu Santo» ⁵⁶⁷.

En cuanto a Ireneo, cercano como está a los apóstoles, escuchemos de qué manera hace mención del Espíritu Santo en su tratado *Contra las herejías*: «A los desenfrenados –dice– y a los que se dejan llevar de sus apetitos, con toda justicia el Apóstol los llama carnales» ⁵⁶⁸. Y en otro lugar también: «Para evitar que al quedar privados del Espíritu divino no logremos el reino de los cielos, el Apóstol nos grita que la carne no puede heredar el reino de los cielos» ⁵⁶⁹.

Y si para alguno también es digno de crédito, por su gran experiencia, el palestino Eusebio, demostramos que él también usa las mismas expresiones en sus *Nuevas dificultades sobre la poligamia de los antiguos*; dice, pues, animándose a sí mismo a hablar: «Invocando al Dios santo, iluminador de los profetas, o por medio de nuestro Salvador Jesucristo, con el Espíritu Santo...» ⁵⁷⁰.

565. Id. Fragm. 15: PL 5 128A.

566. Id. Fragm. 15: PL 5 128B.

567. Clemente de Roma, Fragm. 8: PG 1 157D; en realidad el fragmento es anónimo.

568. *Adv. haer.* V 8 2; cf. 1 Co 3, 3.

569. *Ibid.* V 9 3; cf. 1 Co 15, 50.

570. De esta obra perdida de Eusebio de Cesarea solamente conocemos el título y este breve fragmento citado por Basilio.

73. Pero incluso ya Orígenes: en bastantes de sus diálogos sobre los salmos, le hallamos dando gloria «con el Espíritu Santo», y eso que es un hombre que no tiene en todo completamente sanas sus opiniones acerca del Espíritu. Y sin embargo, también él, confundido por la fuerza de la costumbre, dejó caer en muchos pasajes las expresiones conformes a la piedad. Me parece que en el libro sexto de sus *Comentarios al Evangelio de san Juan*, al menos manifestó abiertamente que se ha de adorar al Espíritu, escribiendo literalmente así: «El baño del agua simboliza la purificación del alma, que queda limpia de la suciedad del mal. Pero en no menor grado también, para quien hace entrega de sí mismo a la divinidad de la adorable Trinidad, gracias al poder de las invocaciones, contiene el principio y la fuente de los carismas» ⁵⁷¹. Y de nuevo, en sus *Comentarios a la Carta a los Romanos*, dice: «Las potencias sagradas son capaces de contener al Unigénito y a la divinidad del Espíritu Santo» ⁵⁷². Así es como, a mi parecer, la fuerza de la tradición indujo muchas veces a los hombres incluso a contradecir sus propias doctrinas.

Pero es que ni Africano, el historiógrafo, ignoró tal forma de doxología. Efectivamente, también él, en el libro quinto de su *Epítome cronológico*, se manifiesta diciendo así: «Porque nosotros, que conocemos la medida de esas palabras y no ignoramos la gracia de la fe, damos gracias al Padre que a nosotros, los suyos, nos ha deparado al Salvador del universo, Señor nuestro Jesucristo, a quien se debe la gloria y la grandeza con el Espíritu Santo, por los siglos» ⁵⁷³.

571. Orígenes, *Coment. a S. Juan* VI 33.

572. Id., *Coment. a la Carta a los Romanos*, III 8.

573. Sexto Julio Africano, *Cronología*, Fragm. XIX: PG 10 93A.

Los demás testimonios, pues, quizás puedan ser objeto de desconfianza, o incluso, si han sido falsificados, será difícil descubrir el fraude, pues la diferencia está en una sola sílaba; pero los que hemos presentado, por la longitud de la frase, escapan a toda asechanza y tienen bien probado su testimonio por los escritos mismos.

Pero lo que en otras circunstancias carecería de importancia que se trajera a cuento, para mí, a quien acusan de innovador, es de necesidad que aduzca precisamente eso, por su antigüedad. A nuestros Padres les pareció bien no recibir en silencio la luz del lucero vespertino, sino empezar a dar gracias, tan pronto como aparece. Y quién sea el padre de esas palabras de la acción de gracias del lucernario, no podemos decirlo. Pero el pueblo, sin embargo, pronuncia la antigua fórmula y a nadie se le ocurrió jamás pensar que estaba cometiendo impiedad cuando decía: **¡Alabamos al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo de Dios!** ⁵⁷⁴.

Y si alguien conoce el himno de Atenogenes, el que dejó a sus discípulos como segundo discurso de despedida, cuando estaba ya a punto de perecer en la hoguera, sabe también cuál era el pensamiento de los mártires acerca del Espíritu ⁵⁷⁵.

⁵⁷⁴. El himno *Phos hílaron* (Luz gloriosa), del siglo II o III, se cantaba al encenderse las lámparas por la tarde, en acción de gracias; puede verse en Rouet de Journel, *Enchiridion Patristicum*, nº 108.

⁵⁷⁵. Atenogenes fue quizás martirizado en Sebaste durante la persecución de Diocleciano. Las pocas e inseguras noticias sobre él se recogen en el tomo II de la *Bibliotheca Sanctorum*, pp. 562-563.

74. ¿Y dónde colocaremos a Gregorio el Grande y sus palabras ⁵⁷⁶? ¿Por qué no con los apóstoles y los profetas? Fué él, en efecto, un hombre que se condujo con el mismo espíritu que ellos, que siguió durante toda su vida las huellas de los santos y que a lo largo de toda su vida se mantuvo recto y exacto en la conducta evangélica. Yo por mi parte afirmo lo siguiente. Dañaríamos a la verdad, si no contáramos entre los familiares de Dios aquella alma que, cual gigante y resplandeciente antorcha, alumbra en la Iglesia de Dios. Asistido por el Espíritu, tuvo una fuerza terrible contra los demonios. Recibió la gracia de la palabra para atraer a la obediencia de la fe a los gentiles, en tal grado que, habiendo recibido solamente diecisiete cristianos, mediante el conocimiento se ganó para Dios a todo el pueblo, de la ciudad y del campo. Él también cambió el curso de los ríos con sólo ordenárselo en el gran nombre de Cristo, y secó una laguna que era motivo de contiendas para hermanos avaros. Y sus predicciones del futuro eran tales, que en nada cedía a los grandes profetas. Y en definitiva, sería larguísimo ir enumerando los milagros de este hombre que, por la excelencia de los carismas que en él operaban bajo la acción del Espíritu, con toda clase de poderes, de signos y de prodigios, era proclamado «segundo Moisés» por los mismos enemigos de la Iglesia.

De esta manera, en cada palabra y en cada obra realizada por medio de la gracia, refulgía como una luz, aviso del celestial poder que ocultamente le acompañaba. La admiración de todo esto es grande todavía ahora entre los habitantes de la región, y su recuerdo, nuevo

576. Gregorio Taumaturgo, obispo de Neocesarea, fué muy amado y venerado por toda la familia de Basilio.

y siempre reciente, se afianza en las Iglesias, sin que tiempo alguno lo oscurezca.

Ahora bien, ninguna práctica, ninguna palabra, ningún modo de celebrar los misterios se ha añadido nunca a lo que él dejó a su Iglesia. Por esta razón seguramente, mucho de lo que entre ellos se realiza parece estar manco, por el carácter anticuado de la institución, y es que los sucesores en el gobierno de las Iglesias se negaron a admitir como añadido nada que hubiera sido inventado después de aquel.

Pues bien, una de las instituciones de Gregorio es también esta forma de doxología que ahora contradicen y que, por tradición suya, se conserva en la Iglesia. Y no será mucho el trabajo, a poco que uno se mueva, para adquirir la certeza en esto.

Esta misma fe tuvo también nuestro Firmiliano: lo atestiguan los discurso que dejó ⁵⁷⁷. Y que Melecio ⁵⁷⁸ era completamente de este mismo parecer, lo afirman quines vivieron con él.

¿Y por qué ofrecer lo antiguo? ¿Acaso ahora mismo, en Oriente, no se reconoce a los hombres piadosos en esto solamente, pues gustan de juzgar por esta misma expresión, cual si de una señal se tratara? Y como yo oí a un hombre de Mesopotamia ⁵⁷⁹, versado en su len-

577. Firmiliano, ob. de Cesarea, murió el año 268; de él nos queda solamente una carta dirigida a S. Cipriano, *Ep. 75* (*Obras*, ed. de Julio Campos: B.A.C. 241, Madrid 1964, pp. 703-725).

578. Puesto que Basilio se refiere aquí a un personaje del pasado, no se puede pensar en su contemporáneo Melecio de Antioquía, sino Melecio del Ponto, el Melicio de que habla Eusebio de Cesarea en su *Historia Eclesiástica* VII 32, 26 (ed. de Argimiro Velasco, O. P.: B.A.C. 350, Madrid 1974, pp. 502-503).

579. En su interpretación de Gn 1, 2 en el *Hexaemeron* 2 (PG 29 44), Basilio repite lo mismo refiriéndose a S. Efrén.

gua y de recto juicio, ni siquiera pueden decirlo de otra manera en la lengua vernácula, ni queriendo, sino que les es necesario expresar la doxología por medio de la sílaba «y», o mejor, mediante las voces equivalentes del idioma patrio. Y en cuanto a nosotros, los Capadocios, así es cómo nos expresamos en lengua vernácula, pues ya el Espíritu había previsto la utilidad de la palabra, allá cuando la división de las lenguas ⁵⁸⁰.

Y el Occidente todo entero, o poco menos, desde el Ilírico hasta los confines de nuestro mundo habitado, ¿acaso no honra esta expresión?

75. ¿Cómo, pues, voy a ser yo un innovador y fabricante de palabras nuevas, yo que estoy aduciendo como autores y defensores de esta expresión a pueblos enteros y ciudades, y una costumbre más antigua que toda memoria humana, y hombres que son pilares de la Iglesia y eminentes en todo conocimiento y en todo poder del Espíritu? En esto se basa la sublevación de esta masa pendenciera contra nosotros. Cada ciudad, cada aldea y todos los confines pululan de calumniadores contra nosotros.

¡Qué triste y qué desagradable todo esto para los corazones de quienes buscan la paz! Sin embargo, comoquiera que es grande la remuneración de la paciencia en los sufrimientos por la fe ⁵⁸¹, ¡que además de esto centellee la espada, se afile el hacha, se encienda un fuego más terrible que el de Babilonia, y que se ponga en acción contra nosotros todo instrumento de tortura! Por lo que a mí atañe, ¡nada más temible que el no temer las amenazas que el Señor ha largado contra los blasfemos del Espíritu!

580. Cf. Gn 11, 1-9.

581. Cf. Hb 10, 35-36.

Así, pues, por lo que hace a los hombres de buen sentido, es suficiente defensa lo ya dicho, puesto que aceptamos una expresión tan grata y tan familiar a los santos, y además confirmada por tal costumbre, ya que, desde que se anunció el Evangelio hasta hoy, se demuestra que ha tenido vigencia en las Iglesias, y lo que es de máxima importancia: han tenido un sentido de piedad y de religiosidad.

Pero, ante el gran tribunal, ¿qué defensa hemos preparado? Esta: lo que nos ha llevado a glorificar al Espíritu es, en primer lugar, el honor que le hizo el Señor al tomarlo consigo mismo y con el Padre en el bautismo ⁵⁸², y luego, el habernos introducido a cada uno de nosotros en el conocimiento de Dios, gracias a tal iniciación; y además de todo eso, el temor de las amenazas, que aleja de nosotros toda noción de indignidad y de baja opinión.

Pero, ¿qué dirán los adversarios? ¿Cómo defenderán su blasfemia?, pues, ni han respetado los honores que el Señor ha hecho ni temen sus amenazas. Estos, pues, son muy dueños ciertamente de decidir sobre ellos mismos, o incluso de cambiar de proyecto ya.

Por mi parte, yo desaría más que nada que el buen Dios otorgase su propia paz para que arbitre en los corazones de todos, de modo que estos sublevados y fuertemente empecinados contra nosotros se calmen, en el espíritu de la mansedumbre y del amor. Pero si es que son unos completos exasperados y salvajes, que al menos se nos dé el poder soportar pacientemente lo que ellos nos deparen.

De todas formas, para quienes tienen en sí mismos la sentencia de muerte, no es doloroso el padecer por

582. Cf. Mt 28, 19.

la fe, pero sería intolerable el no haber luchado valientemente por ella, puesto que, incluso para los luchadores, lo penoso no es tanto el ser herido luchando, cuanto el no haber sido admitido siquiera en el estadio.

Pero quizás sea éste el tiempo de callar, al decir del sabio Salomón⁵⁸³. Pues, ¿de qué sirve en realidad gritar al viento, cuando tamaña tempestad apremia a la vida? Ella confunde la mente de todos cuantos han recibido la Palabra, pues la llena del engaño de los falsos razonamientos, como el ojo se llena de polvo. Y hiere a todo oído con su estruendo ensordecedor y desacostumbrado. Y todo lo trastorna y lo pone en peligro de ruina.

Capítulo XXX

EXPOSICIÓN DEL ESTADO ACTUAL DE LAS IGLESIAS

76. ¿A qué asemejaremos, pues, la presente situación? Sin duda se parece a un combate naval que por viejas ofensas han trabado algunos hombres avezados en las batallas navales y amantes de la guerra, y que alimentan abundante odio mutuo.

Hadme, pues, el favor de mirar bien este cuadro. De uno y otro lado, con terrible aspecto, las dos escuadras se precipitan, y luego, en un clamor de cólera funesta, chocan y traban combate. Supón-te, si quieres, que un fuerte torbellino empuja en desorden la flota, y que de repente sobreviene de las nubes una densa oscuridad que ennegrece todo lo que se ve, tanto que ya no hay distinción de amigos y enemigos, al no

583. Qo 3, 7.

serles reconocibles los pabellones por causa de la confusión. Añadiremos todavía al cuadro, para mayor viveza, una mar hinchada que se alza revuelta de los abismos, un aguacero que descarga en catarata de las nubes y el temible oleaje que se levanta en triple vaivén. Luego, al concentrarse en un punto los vientos de todas partes, toda la flota entrechoca luchando, y de los hombres que están en línea de batalla, unos, cometiendo traición, se pasan al enemigo en medio de la lucha, y los otros se ven en la necesidad de, al mismo tiempo, repeler los navíos que por el viento los abordan, hacer frente a los asaltantes y matarse mutuamente por causa de la rebelión creada en parte por la envidia contra la excelencia y en parte por el deseo de cada cual de mandar.

Piensa, además de eso, en el confuso e indistinto fragor que reina en toda aquella mar, por obra del bramar de los vientos, del entrechocar de las naves, del borbotar del oleaje y del clamor de los combatientes, que lanzan toda clase de gritos ante su infortunio, tanto que no es posible oír la voz del comandante en jefe ni del piloto, al contrario, existe un desorden y una confusión terribles, pues a causa de la desesperación de vivir, el exceso de los males crea en ellos toda licencia para cometer faltas. Añade también a esto cierta irremediable enfermedad, la locura de gloria: cuando ya la nave está hundiéndose en el abismo, los marineros siguen sin abandonar la mutua lucha por los primeros puestos.

77. Pásate ahora de la imagen al modelo mismo del mal. ¿Acaso no parecía en otro tiempo que el cisma arriano, separándose en plan de partido enemigo de la Iglesia de Dios, en cierta manera él solo y por sí solo acampaba enfrente en orden de combate? Y cuando,

después de una larga y atroz contienda, se lanzaron en lucha abierta contra nosotros, entonces, finalmente, la guerra saltó en mil partes y de innumerables maneras, de suerte que, en parte por la común hostilidad y en parte por la sospecha particular, el odio terminó siendo implacable para todos.

Ahora bien, esta conmoción de las Iglesias, ¿no es más feroz que cualquier oleaje del mar? Pues en ella se desplaza toda linde fijada por los Padres⁵⁸⁴ y se trastorna profundamente todo cimiento y cualquier baluarte que haya de las doctrinas. Y todo se perturba y se vuelca porque se apoya en una base podrida, y cayendo unos sobre otros, recíprocamente nos destruimos. Y si el enemigo no nos acertó primero, nos hirió su asistente; y si éste cae herido, ataca su escudero.

Lo que mutuamente nos une no es más que nuestro odio común a los adversarios: en cuanto pasan los enemigos, ya estamos de nuevo mirándonos mutuamente como enemigos.

Además, ¿quién podría contar la gran cantidad de naufragios? Unos se hundieron por el abordaje de los enemigos, otros por la traicionera maquinación de los aliados, y otros por la impericia de los capitanes, allí al menos donde Iglesias enteras perecieron, arrojadas contra algunas perfidias heréticas camufladas cual arrecifes; otros, en fin, naufragaron en la fe por causa de los enemigos de la Pasión del Salvador, que se adueñaron del timón.

Y las perturbaciones introducidas por los príncipes de este mundo, ¿acaso no trastornaron a los pueblos con más violencia que cualquier tempestad huracanada? Una noche tenebrosa, realmente sombría y

584. Cf. Is 10, 13; Dt 19, 14.

horrible, envuelve a las Iglesias, desterradas como están las lumbreras del mundo, las que Dios puso para iluminar a las almas de los pueblos. Y el exceso de sus mutuas rivalidades, cuando ya está amenazando el temor de la ruina universal, les quita la sensibilidad. En efecto, la malevolencia particular aventaja a la guerra común del Estado, pues la gloria de haber aplastado a los adversarios la anteponen a las ventajas comunes a todos quienes prefieren el encanto inmediato de los honores a las recompensas que van para largo. Por esta razón todos, cada uno de la manera que puede, levantan igualmente unos contra otros sus manos homicidas.

Un clamor bronco de los que por la controversia se enzarzan en mutua refriega, un vocerío confuso y un ruido indistinto de alborotos que no callan nunca tienen ya casi llena a toda la Iglesia, subvertiendo por exceso y por defecto la recta doctrina de la piedad. Unos, efectivamente, se descarrían hacia el Judaísmo por confundir las Personas, y los otros hacia el Paganismo por oponer las naturalezas ⁵⁸⁵, sin que la Escritura, divinamente inspirada, les baste como mediadora, ni las tradiciones apostólicas logren ser árbitro en su mutua reconciliación. Pero única es la meta de la amistad: el hablar a gusto. Y motivo suficiente de enemistad, el no coincidir en las opiniones. Para asociarse en una revuelta, la semejanza del error es de mayor garantía que cualquier juramentación. Todo el mundo es teólogo ⁵⁸⁶, incluso el que lleva el alma marcada al rojo vivo con manchas innumerables. De ahí que a los innovadores les sobren compañeros de facción.

585. Sabelianos y Arrianos.

586. Habla de Dios-Trinidad.

Así, pues, gentes elegidas con sus propios votos e hijos de intrigantes se sortean las presidencias de las Iglesias, tras arrojar por la borda lo establecido por el Espíritu Santo. Y como quiera que, por el desorden, las instituciones evangélicas están ya completamente trastornadas, son inenarrables los empujones por los primeros puestos, tratando cada uno de los amantes de la ostentación de forzar su propia admisión a la presidencia.

Una terrible anarquía invade a los pueblos por causa de esta ambición de mando, y por eso las exhortaciones de los prelados resultan completamente ineficaces y ociosas, pues cada uno, al subírseles el humo de su ignorancia a la cabeza, piensa que no tiene que obedecer a nadie, sino más bien que él debe mandar a los demás.

78. Por esta razón juzgué más provechoso callar que hablar, pensando que la voz de un hombre no podía ser oída a través de semejantes alborotos. Porque, si son verdaderas las palabras del Eclesiastés: *Las palabras de los sabios se oyen en el sosiego* ⁵⁸⁷, dista mucho de ser conveniente, en la actual situación, hablar acerca de esto ⁵⁸⁸. Pero a mí me apremia además aquel dicho profético: *El prudente, en tal tiempo callará, porque el tiempo es malo* ⁵⁸⁹, un tiempo éste de ahora en que unos ponen la zancadilla, otros bailan sobre el caído y otros aplauden, sin que haya quien, por compasión, alargue su mano al abatido. Y sin embargo, según la antigua Ley, ni siquiera quedaba sin condena el que pasaba de

587. Qo 9, 17 (LXX).

588. Hablar de la divinidad del Espíritu Santo.

589. Am 5, 13.

largo junto al asno de su enemigo, caído bajo la carga, sin ampararlo ⁵⁹⁰. ¡Pero hoy las cosas no son así! ¿Por qué? Al menos porque, al haberse enfriado por todas partes la caridad, ha desaparecido la armonía de los hermanos y se desconoce hasta el nombre de la concordia. Y han desaparecido las advertencias caritativas. ¡Ya no hay entraña cristiana, se acaban las lágrimas compasivas! No hay quien venga en ayuda del débil en la fe, sino que se ha inflamado entre gentes de la misma raza un odio recíproco tal, que más se glorían de las caídas del vecino que de los propios éxitos de cada uno.

Y lo mismo que en las calamidades de la peste, hasta los que andan con el más escrupuloso cuidado sufren igual que los demás, contagiados de la enfermedad por su trato con los afectados, así también ahora, todos nos hemos hecho semejantes los unos a los otros, llevados por la rivalidad que atenaza a nuestras almas a emularnos en el mal. De ahí que ocupen la sede implacables y odiosos inquisidores de los que han fallado, y jueces injustos y malévolos de los que han logrado éxito. Y según parece, el mal que se ha instalado en nosotros es tal, que nos hemos convertido en más irracionales que los seres carentes de razón: éstos, al menos los de la misma raza, se reúnen en rebaño; nosotros, por contra, hacemos la más terrible guerra a nuestros afines.

79. Por todas estas razones, pues, era necesario callarme, pero desde otro lado me ha arrastrado en sentido contrario la caridad, que no busca lo suyo ⁵⁹¹ y considera digno vencer toda dificultad de los tiempos y de las cosas. Y por su parte los muchachos de Ba-

590. Ex 23, 5.

591. 1 Co 13, 5.

bilonia ⁵⁹² nos enseñaron a llevar a cabo por nosotros mismos, aun sin que nadie esté de parte de la fe, lo que se nos ha encargado: ellos al menos alababan a Dios en medio de las llamas, sin pensar en la multitud de los que rechazan la verdad, sino bastándose mutuamente, aunque sólo eran tres.

Por esto, a nosotros ni siquiera nos hizo vacilar la nube de los enemigos, sino que, poniendo nuestra esperanza en el auxilio del Espíritu, proclamamos la fe con total franqueza. Ciertamente lo más indigno de todo sería que, mientras los blasfemos contra el Espíritu se envalentonan con tanta facilidad frente a la doctrina de la piedad, nosotros, que tenemos tal Auxiliar y tal Defensor, vaciláramos en el servicio a la doctrina que por la tradición de los Padres se ha conservado fielmente en el recuerdo hasta nosotros.

Pero nuestro ímpetu lo han despertado sobre todo el ardor de tu sincera caridad y la gravedad y calma de tu carácter, garantía de que lo dicho no caerá en manos del vulgo, no porque merezca ser ocultado, sino, para no arrojar las margaritas a los puercos ⁵⁹³.

Y con esto ya es suficiente. En cuanto a ti, si lo dicho te basta, sea esto el final del tratado sobre el tema. Pero si crees que falta algo, nada impide que trabajes asídua y activamente en la búsqueda, y así añadas algo al conocimiento haciéndote preguntas sin ánimo quisquilloso.

El Señor, efectivamente, bien por nosotros bien por otros, dará cumplimiento a lo que falta, según el conocimiento que el Espíritu concede a los que de él son dignos.

592. Dn 3, 12ss.

593. Mt 7, 6.

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

1, 2:	141.
1, 5:	221.
1, 26:	36, 103.
2, 7:	173.
2, 8:	220.
4, 1:	119.
6, 14:	111.
9, 25-27:	193.
11, 1-9:	236.
22, 1-14:	157.
27, 29-40:	193.
28, 16:	214.
31, 46-48:	154.
40, 8:	120.

Éxodo

12, 1-13:	156.
13, 21:	155.
14, 22:	155.
14, 31:	155, 158.
16, 4:	156.
17, 6:	156.
20, 19:	159.
23, 5:	243.
25, 31:	111.
31, 3:	189.
33, 21:	213.
34, 34:	78, 197.

Levítico

8, 21:	119.
16, 17:	219.

Números

3, 5-10:	219.
4, 20:	219.
8, 6:	219.
8, 19:	163.
11, 25-26:	212.
21, 6-9:	156.

Deuteronomio

4, 26:	154.
5, 1:	74.
8, 3:	156.
12, 13-14:	214.
19, 14:	240.
19, 15:	229.
32, 1:	154.

Josué

24, 27:	154.
---------	------

Judit

9, 5:	136.
-------	------

Job

8, 9:	229.
33, 4:	189.
36, 6:	112.

Salmos

6:	221.
6, 6:	176.
8, 6:	202.

12:	221.
15, 13:	206.
23, 3:	114.
29, 13:	202.
30, 3:	213.
32, 6:	169.
33, 13:	114.
35, 10:	185.
43, 10:	206.
44, 8:	150.
49, 4:	154.
49, 14:	214.
50, 9:	163.
50, 12:	188.
50, 12-14:	141.
50, 13:	45, 141.
70, 6:	118.
76, 21:	191.
77, 53:	191.
79, 1:	191.
88, 17:	118.
91, 16:	188.
93, 16:	114.
102, 4:	151.
102, 5:	159, 160.
103, 4:	170.
103, 27:	115.
103, 30:	190.
104, 37:	206.
105, 32:	192.
106, 43:	157.
107, 2:	202.
107, 14:	118.
110, 1:	124, 125, 127.
118, 85:	105.
118, 91:	195.
138, 7:	201.
139, 8:	124.
144, 15:	115.
144, 16:	115.

Proverbios

17, 28:	102.
23, 29:	148.

Eclesiastés

3, 7:	238.
9, 17:	242.

Sabiduría

1, 7:	201.
-------	------

Eclesiástico

43, 30:	228.
---------	------

Isaías

1, 2:	154.
3, 3:	103.
6, 3:	172.
9, 5:	103.
10, 13:	240.
11, 2:	188.
29, 15:	118.
40, 13:	114.
42, 5:	200.
44, 6:	182.
48, 16:	191.
61, 1:	150.
63, 10:	192.
63, 14:	188, 191.

Jeremías

2, 12-13:	154.
20, 2:	200.

Lamentaciones

4, 20:	188.
--------	------

Baruc

3, 3:	127.
-------	------

Ezequiel		12, 31:	185.
1, 1:	201.	12, 32:	228.
		12, 40:	158.
Daniel		13, 22:	105.
3, 12ss.:	244.	16, 27:	126.
5, 11:	216.	18, 10:	171.
10, 11:	171.	19, 17:	188.
14, 33:	200.	24, 51:	175.
		25, 21:	175.
Oseas		28, 19:	39, 46, 47, 144,
14, 10:	157.		145, 180, 181,
			186, 226, 237.
Amós		Marcos	
5, 13:	242.	3, 29:	228.
Ageo		4, 39:	140.
2, 4-5:	201.	8, 38:	125.
		9, 25:	140.
Jonás		10, 16:	188.
2, 1:	158.		
		Lucas	
Malaquías		1, 11s.:	200.
1, 6:	184, 194.	1, 30-33:	171.
		2, 14:	170.
Mateo		3, 9:	131.
1, 20:	117.	3, 16:	151.
3, 10:	131.	3, 22:	173.
3, 11:	165.	4, 18:	150.
4, 1:	173.	8, 10:	220.
5, 11:	121.	8, 46:	117.
5, 18:	105.	11, 10:	102.
5, 28:	140.	12, 8-9:	153.
7, 6:	244.	12, 10:	228.
8, 3:	140.	12, 11-12:	65, 203.
9, 12:	131.	16, 29:	159.
9, 15:	131.	18, 8:	227.
10, 19-20:	65, 203.	19, 26:	175, 176.
10, 20:	212.		
11, 27:	77, 185.	Juan	
12, 28:	173.	1, 1:	123, 130, 169.
12, 29:	133.	1, 3:	54.

1, 5: 77.
 1, 9: 135, 186.
 1, 14: 125.
 1, 16: 117.
 1, 18: 125, 130, 149.
 1, 33: 173.
 3, 3: 162.
 3, 3.5: 164.
 3, 5: 72.
 3, 6: 117.
 3, 14: 156.
 4, 14: 131.
 4, 20.26: 216.
 4, 23: 214.
 4, 24: 77, 141, 185.
 5, 19: 136, 137.
 5, 20: 114, 138.
 5, 22: 135.
 5, 23: 125, 126.
 5, 46: 159.
 6, 48: 131.
 6, 51: 156.
 6, 57: 136.
 6, 63: 204.
 7, 37: 156.
 10, 7-9: 131.
 10, 9: 132.
 10, 11: 131.
 10, 27: 131.
 10, 27-28: 204.
 10, 30: 209.
 11, 25: 135.
 12, 28: 61, 185.
 12, 49: 136.
 12, 49-50: 138.
 14, 2: 174.
 14, 6: 131, 134.
 14, 9: 125, 139.
 14, 16: 60, 188.
 14, 17: 69, 188, 199.
 14, 19: 199.

14, 23: 209.
 14, 24: 138.
 14, 26: 86, 169, 191.
 14, 31: 138.
 15, 3: 199.
 15, 15: 192.
 15, 23: 38.
 15, 26: 141, 188.
 16, 13: 191.
 16, 14: 59, 61, 86, 117,
 184, 185.
 16, 15: 86.
 17, 4: 184.
 17, 10: 85, 137.
 17, 16: 61.
 17, 25: 198.
 18, 27: 131.
 20, 22: 86.
 20, 22-23: 173.

Hechos de los apóstoles

1, 5: 151.
 1, 8: 205.
 2, 34: 127.
 5, 4: 167.
 5, 9: 167.
 5, 29: 144.
 7, 51: 192.
 7, 55: 126.
 8, 26: 200.
 10, 3: 200.
 10, 20: 191.
 10, 38: 47, 150, 173.
 13, 2: 191.

Romanos

1, 5: 129, 130.
 1, 8: 129.
 1, 10: 119.
 2, 4: 131.

2, 5:	174.	1, 24:	54, 60, 124, 130, 137, 184.
2, 10:	202.	1, 30:	112.
2, 17:	119.	2, 7:	160.
2, 29:	197.	2, 10:	118, 171.
5, 2:	130.	2, 11:	42, 53, 176, 192.
5, 8:	140.	2, 12:	86, 205.
5, 14s.:	156.	3, 3:	231.
6, 3:	150.	3, 9:	225.
6, 3-5:	162.	3, 13:	166.
6, 3-10:	163.	3, 16:	74, 198.
6, 4:	118.	5, 4:	224.
6, 6:	163.	6, 11:	190, 224.
6, 8:	71, 158.	7, 40:	216.
6, 17:	146.	8, 6:	37, 107, 111, 113.
6, 22:	164.	10, 2:	155, 159.
7, 5:	163.	10, 4:	131, 132, 156.
8, 2:	225.	11, 1:	103, 162.
8, 6:	199.	11, 2:	229.
8, 9:	59, 67, 184.	11, 12:	111, 112, 120.
8, 10:	204, 205.	12, 3:	77, 149, 171, 185.
8, 11:	204.	12, 4-6:	167.
8, 13-14.29:	66, 211.	12, 6:	49, 169.
8, 15:	150, 212.	12, 8:	118.
8, 16:	226.	12, 11:	167.
8, 17:	225, 226.	12, 13:	151.
8, 26-27:	191.	12, 21:	212.
8, 32:	140, 205.	12, 26:	213.
8, 34:	126, 191.	12, 28:	174.
8, 37:	133.	13, 5:	243.
9, 4:	202.	14, 2.11:	214.
9, 23:	131.	14, 24-25:	167.
10, 14:	103.	15, 22:	156.
11, 33:	160.	15, 41:	202.
11, 34:	114.	15, 41-42:	175.
11, 36:	37, 113, 114.	15, 44:	226.
13, 8-10:	156.	15, 46:	187.
13, 11:	147.	15, 47:	112, 187.
15, 30:	208.		
1 Corintios			
1, 9:	118.		

15, 49: 71, 158.
15, 50: 231.

2 Corintios

1, 1: 118.
1, 3: 81.
2, 17: 214.
3, 8: 81, 202.
3, 9: 202.
3, 14-16.17: 196.
3, 16: 131.
3, 17: 196, 203.
3, 18: 78, 196, 197.
4, 10: 71, 158.
5, 8: 225.
5, 17: 190.
6, 1: 225.
8, 2: 131.
13, 3: 214.
13, 13: 208.

Gálatas

3, 13: 140.
3, 19: 159.
3, 27: 150.
4, 4: 120.
4, 5: 162.
4, 6: 73, 190, 206.
4, 7: 118.
5, 2-3: 149.
5, 22-23: 162.
6, 8: 117.
35, 10: 77.

Efesios

1, 7.18: 131.
1, 13-14: 175.
1, 17-18: 211.
1, 22: 117.
2, 5: 157.

2, 7: 131.
2, 12: 147.
3, 9: 119.
3, 16: 131.
4, 15-16: 116.
4, 30: 192.
5, 6: 89.
5, 27: 132.

Filipenses

1, 23: 148, 225.
2, 8: 140.
2, 9: 130.
2, 10-11: 132.
3, 10-11: 162.
3, 13: 134.
3, 17: 162.
3, 21: 226.
4, 7: 227.

Colosenses

1, 12: 134.
1, 15: 84, 124.
1, 16: 137.
1, 27: 131.
2, 2: 131.
2, 3: 139.
2, 4: 147.
2, 8: 89, 109.
2, 11-12: 163.
2, 13: 224.
2, 19: 116.
3, 1: 220.
3, 3-4: 225.
3, 9-10: 71, 158.

1 Tesalonicenses

1, 9: 147.
3, 12-13: 196.
4, 17: 226.

2 Tesalonicenses

1, 1: 119.
1, 7: 153.
2, 15: 229.
3, 5: 195.

1 Timoteo

2, 5: 159.
5, 21: 152, 154.
6, 15: 174.
6, 20: 144.

2 Timoteo

1, 14: 74, 118, 216.
2, 2: 153.
2, 21: 133.
3, 16: 198.
4, 8: 135.

Tito

1, 2: 226, 228.
2, 13: 172.

Hebreos

1, 3: 78, 84, 124,
127, 136, 217.
1, 14: 196.
2, 4: 142.
2, 10: 137.
3, 6: 159.
4, 15: 133.
6, 4: 203.
8, 1: 127.
10, 1: 160.
10, 35-36: 236.

1 Pedro

3, 21: 147, 164.

1 Juan

3, 24: 117.
5, 20: 130.

Apocalipsis

17, 11: 221.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

- Abraham: 157.
acción de gracias: 215, 218, 230, 233; v. *Eucaristía*.
Adán: 71, 119, 156, 157.
adopción filial: 28, 68, 70, 72, 79, 147, 150, 162, 165.
adoración: 34, 38, 78, 149, 216; verdadera adoración: 213.
adoradores en espíritu y en verdad: 77, 78, 149, 185, 214, 216.
Accio: 19, 37, 107.
agua: 40, 69, 71, 72, 156, 157, 161, 163, 164, 166, 219, 232.
Agustín (Aurelio): 21, 90.
alabanza: 64, 67, 80, 81, 187, 214, 215; oración de alabanza: 172, 184, 201, 213, 215; v. *doxología*.
Alejandría: 8, 13, 16, 230.
Ambrosio: 90.
anacóretica (vida): 8.
anáfora eucarística: 11.
anatema: 13.
Ancira: 12, 21.
Anesis: 8, 9, 12.
Anfiloquio: 12, 17, 18, 29, 36, 50, 101, 102.
ángeles: 40, 46, 47, 51, 82, 143, 152-154, 159, 168, potencias supracósmicas puras e inteligentes: principados, poderes, potestades, tronos y dominaciones: 49, 50, 166, 168; sin el Espíritu desaparecen los coros angélicos, se desvanecen las jerarquías de los arcángeles: 64, 143, 170, 172; tronos y dominaciones, principados y potestades ven continuamente el rostro del Padre; el Espíritu es el corifeo de los serafines: 171, 172; son perfectos desde su creación: 63, 172, 189.
Angélico/a: 19, 23, 51, 64, 194.
anomeos: 19-21, 37, 108.
anómoios: 20, 107.
antiarrianos: 14.
antiguo-nicenos: 13, 48, 85.
Antimo: 41.
apátheia: 89, 133.
apocatástasis (*apokatástasis*): 79, 80, 165.
Apolinar de Laodicea: 13.
Apología: 20, 41.
arcángeles: 170.
Aristóteles: 193.
aristotélico: 88, 104.
Armenia: 6.
Arquetipo (Modelo): 41, 75, 77.

- arrianismo: 7, 14, 21, 107.
 arriano/a: 14, 15, 20, 23, 209, 241.
 Arrio: 19, 21.
 artífice: 110, 112.
 artífice del universo, de la creación: 108, 111, 114; v. también *Demiurgo*.
 asceta/s: 8.
 ascética (vida): 8.
 asemejarse a Dios: 103.
 asesinos de Cristo: 145.
 Asia Menor: 10, 21.
 asimilación: 36, 37, 76, 103, 144, 162; v. *semejanza*.
 asistencia: 10, 52, 234.
 Atanasio: 13, 14, 20, 23, 48, 53, 58, 78, 82, 83, 85-87, 89.
 Atenágoras: 18.
 Atenas: 6, 7, 8.
 Atenogenes: 233.

 Babilonia: 44, 236, 243, 244.
 Baruc: 127.
 Basiliada: 10
 Basilio Magno: 5, 7-18, 23-26, 31, 32, 35, 36, 38-44, 48, 50, 53, 55, 56, 58, 61, 65, 70, 82, 85, 87-89, 101, 102, 104, 116, 120, 121, 129, 146, 152, 166, 186, 200, 206, 208, 228, 230, 234, 235.
 Basilio de Ancira: 21.
 Basilio retor, padre de Basilio Magno: 6.
 bautismo: 27, 32, 33, 39, 40, 42, 46, 47, 144, 146, 150, 157-159, 162, 180, 202, 213, 219, 222, 223, 230, 232, 237; en el agua (de Juan), en el Espíritu Santo y en el fuego, en la sangre: 69, 70, 72, 73, 81, 151, 161, 163, 165, 166.
 beatitud: 42.
 belleza: 75, 185.
 Bernabé: 191.
 bienaventuranza: 52.
 bienes (preparados por Dios para los que de ellos son dignos): 45, 130, 165, 174, 201.
 Bizancio: 6.
 blasfemia contra el Espíritu: 27, 126, 146, 192, 193, 205, 228, 236, 244.

 camino/via: 16, 65, 131, 132, 134, 186.
 Canaán: 193.
 capacidad de Dios: 74.
 Capadocia: 6, 10, 11, 236.
 capaz de acoger al Espíritu: 74, 142, 143.
 carisma/s: 146, 166, 167, 171, 189, 212, 232, 234; v. *don, gracia*.
 Carta: v. *Epístola*.
Cartas a Serapión: 20, 23, 48, 53, 58, 78, 82, 83, 89, 90, 217.
 catecúmenos: 104.
 causa/s: 106, 109, 111, 112, 140; eficiente: 55, 168; perfeccionante: 55, 168; inefable de nuestra salvación: 151; operante, primera: 168.
 Celesiria: 8.
 celotipia: 21, 24.
 cenobítica (vida): 8.
 Cesarea: 6, 8-11, 101, 230.

- Cipriano: 235.
 cisma arriano: 239.
 cisma de Antioquía: 10, 11, 13, 14.
 Clemente de Roma: 230, 231.
 Cobar: 201.
 coexistencia: 50.
 coexistencia de las tres hipóstasis: 60.
 Colosenses: 116, 209, 224.
Comentario a la Carta a los Romanos: 232.
Comentario a Juan: 232.
 comunidad cristiana, humana: 13, 19, 29, 147.
 comunión/comunidad de las Tres Personas: 43, 47, 50, 51, 57, 59, 61, 69, 80, 144, 145, 185, 187, 215, 223, 225; de gloria: 129, 203, 227; de esencia: 50, 155, 183, 198; de voluntad: 54, 138; íntima, eterna, esencial e indisoluble: 50, 53, 68, 186, 215; se acerca a nosotros en el Espíritu Santo: 68; el hombre la encuentra en el bautismo: 70, 144; del hombre con la vida divina: 62, 80; de la glorificación del Hijo con el Padre: 81, 127; v. *deificación, divinización, semejanza, apocatástasis*.
 con (*syn*): 17, 33, 43, 44, 46, 66, 81, 90, 106, 127-129, 180, 183, 203, 206, 209, 215, 217, 218, 223-226, 228, 230, 232.
 Concilio de Ancira: 12.
 Concilio de Constantinopla (360): 9, 12.
 Concilio de Constantinopla (381): 22, 24, 90.
 Concilio de Nicea: 11, 89.
 Concilio de Rímini: 11.
 Concilios: 24.
 confesiones de fe: 42, 148, 151, 158, 222-224, 227; v. *profesiones de fe*.
 confirmación/consolidación: 51, 63, 170.
 confiscación de bienes: 24.
 conglorificación: 37; v. *glorificación, connumeración*.
 conjunción: 104, 207, 208, 224.
 connumeración/connumerar: 23, 39-41, 122, 176, 179, 180, 182, 203, 223.
 conocimiento: 36, 39, 62, 69, 75, 77, 103, 104, 132, 134, 147, 158, 160, 164, 180, 181, 186, 236, 237, 244.
 Consolador: 60, 184, 188, 191; v. *Paráclito*.
 Constantinopla: 22, 24.
 consubstancial: 27.
 consubstancialidad: 17, 18, 22, 26, 90, 186.
 contemplación: 42, 75-78, 88, 160, 198, 199; en el Espíritu: 197.
 continuidad de naturaleza: 47.
Contra las herejías: 231.
Contra Eunomium – Contra Eunomio: 9, 35, 41, 58, 100, 144, 179.
Contra los que, calumniándonos, dicen que hemos dicho que hay tres dioses: 13.
 cooperación del Espíritu Santo: 72 75.

- corega/coregía: 135, 142.
 corepíscopo: 17.
 Cornelio: 200.
 Corona de los justos, don del Espíritu: 174.
 costumbres no escritas: 30, 218.
 credo de Nicea: 10, 15.
 crisma: 52; v. *unción*.
 Cristo: 21, 116, 120, 124, 128, 130, 132, 145, 156-159, 161, 163, 196, 197, 224; nos da la impasibilidad mediante su Pasión: 133, 157; es potencia de Dios y sabiduría de Dios: 131, 137; todo ha sido creado por medio de él porque, creando, cumple la voluntad del Padre: 136, 137; decir Cristo significa hacer una profesión de fe completa, puesto que se nos manifiesta Dios que unge, el Hijo ungido y el crisma que es el Espíritu Santo: 150.
 criterios exegéticos: 34.
 cuerpo: 66, 226.
 cuestión trinitaria: 16.
 Dámaso: 13, 14.
 Daniel: 200. 216.
 de/del/del cual: 90, 108, 111, 112, 116, 117, 120, 186, v. *sílabas, preposición*.
De los principios: 49, 169.
De Trinitate: 21, 90.
De iudicio: 9.
 deifica: 33, 39, 83.
 deificación: 52, 80, 87, 88.
 Demiurgo: 108, 111.
 depósito de la fe: 34, 141.
 después de: 119, 121, 122.
 destierro: 24, 73, 151.
Deus tripotens tres potentias commiens esse, vivere, intelligere: 21.
dià: v. *por*.
 diablo/demonio: 132, 133, 148, 157, 173, 189, 194, 219.
 diaconisas: 26.
 Dianio: 9, 69, 230.
 Dídimos: 23, 90.
 dignidad: 38, 54, 122, 124, 126-128, 132, 137, 178, 179, 186, 187, 190-192, 215, 217, 223, 226, 227.
 Dionisio de Alejandría: 230, 231.
 Dionisio de Roma: 230.
Discurso a los jóvenes: 89.
 dispuestos a recibir al Espíritu: 142.
 distinción del engendrador y el engendrado: 53.
 divinización: 5, 88, 103.
 doblez/duplicidad: 109, 110.
 doctrina estoica de las causas: 48, 108-111.
 doctrina/s: 87, 89, 108, 109, 140, 146, 179, 186, 193, 216, 218-220, 229, 240; v. *dógmata*.
 dogma trinitario: 5, 11.
dógmata: 186, 218; v. *doctrina*.
 dominaciones: 168, 171.
 don/es: el Espíritu Santo es el don: 19, 21, 35, 41, 43, 157, 158, 174, 200, 204, 205, 226; de profecía y sabiduría: 51, 75; infuso: 63; dones del Espíritu: 174; v. *carisma, gracia*.

doxología: 17, 24, 30, 33, 39, 40, 43, 104, 106, 128, 129, 145, 148, 172, 183, 207, 215, 222, 223, 228-230, 232, 235; la enumeración de los beneficios divinos es un tema conveniente de doxología: 130, 148, 201; v. *alabanza*.

Eclesiastés: 242.

economía (misterio salvífico de la encarnación): 100, 134, 158, 161, 166, 225.

ecuménico: 11.

Edén: 31, 220.

Efrén: 235.

Egipcios: 71, 193.

Egipto: 8.

ek patròs di'hyion: 22.

Eldad: 212.

Emelia: 6, 7.

en / en el Espíritu Santo: 17, 39, 43, 65, 66, 76, 77, 81, 90, 106, 108, 112, 118, 126, 128, 185, 206, 209-211, 214, 217, 223, 226, 230; v. *silaba*, *preposición*.

encarnación: 100, 134, 172, 189, 205.

Enéadas: 39, 49, 88, 142, 144, 177.

energía divina: 23.

engendrado: 53, 59.

engendrador: 53, 61.

enigma: 160.

en proporción con la fe: 74, 142.

en proporción con las diversas capacidades de la naturaleza: 62-64, 143.

enseñanza/s: 36, 106, 197.

enunciación: 107, 108, 152, 182, 200.

epiclesis: 218.

Epístola/Carta: 14: 8; 66: 10; 70: 14; 82: 82; 89: 14; 90, 91, 92: 25; 98: 11; 99: 13; 105: 26-28; 125: 13, 26-28; 140: 33; 159: 26-28; 204: 6; 214: 14; 217: 18; 223: 7, 9, 13; 231: 18; 236: 50; 243: 10, 15; 258: 14; 263: 13.

Epistolario: 11.

Epítome cronológico: 232.

Esaú: 193.

esclavitud: 193-195, 198, 226.

Escritura/s, Sagrada Escritura: 23, 24, 28-34, 43, 82, 86, 111, 117, 124, 127, 129, 130, 140, 146, 195, 198, 228, 241; palabra de verdad: 101, 104, 111, 117; v. *tradición*.

esperanza: 205.

Espíritu/Espíritu Santo: 12, 13, 15, 17-20, 22, 23, 26, 27, 29, 37-42, 44, 47, 55, 56, 59, 61, 62, 78, 83, 88, 106, 107, 110, 113, 117, 118, 126, 140, 141, 155, 163, 170, 175, 182, 185, 189, 192, 198, 209, 217, 224, 226, 230-232, 236, 242, 244; da la vida, la santidad, enseña la verdad de Dios: 28, 88, 142, 164, 170; es libre y liberador: 21, 26, 28, 45, 68, 83, 111, 203, 205; procede del Padre, posee la bondad y la santidad por esencia, y tiene el poder de

santificar: 21, 28, 38, 39, 41, 57, 59, 62, 83, 141, 142, 188, 204; deifica dando la adopción filial: 28, 33, 39, 68, 70, 73, 79, 83, 165, 211; se llama *hegemón* o *hegemonikón*: 42, 141, 188; está inseparablemente asociado a las operaciones del Padre y del Hijo, distribuye los ministerios y los bienes: 28, 42, 43, 47, 82, 144, 146, 148, 151, 166, 167, 174, 184, 187, 198, 212, 237; de sabiduría: 60, 184, 188, 211; de verdad: 60, 184, 188; glorifica y da a conocer a Cristo, como Paráclito revela la bondad y la majestad del Paráclito que lo ha enviado: 61, 75, 143, 184, 185, 188, 202, 244; santifica a los ángeles en el acto de su creación: 47, 49, 63-69, 73-86, 89, 90, 101, 106-111, 116-118, 121, 122, 127, 141, 168, 170, 172, 189; fuente de santidad, luz inteligible y por naturaleza inaccesible, se comunica solo a quien es digno en proporción de la fe; simple en la esencia, está todo entero presente en cada uno: 43, 45, 51, 62, 64, 74, 75, 142-145, 148, 149, 173, 184, 188, 212; es para nosotros fuerza misteriosa de renovación: 68, 150, 151, 155-159, 161, 164-169; de su presciencia viene el don

de la profecía, suscita en los ángeles la visión beatífica: 64, 90, 143, 167, 171, 172; será el premio de los justos, el cumplimiento de su esperanza: 52, 172, 174, 176; la plenitud de su perfección y bienaventuranza: 171, 188; da la corona a los justos, distribuye a cada uno la gloria espiritual: 81, 143, 174, 175, 178-186; posee la bondad como su esencia propia: 28, 187-192, 204; es Señor: 45-47, 153, 195-201; hace vivir con Dios, vivifica: 190, 204-215, 218-229, 244; v. también *asimilación*, *deificación*, *divinización*, *don*, *carisma*, *familiaridad*, *gracia*, *inhabitación*, *lugar de los santificados*, *Paráclito*, *procesión*, *santidad*, *santificación*, *semejanza*, etc.

esposo: 131, 132.

estabilidad/constancia: 42, 51, 54, 63, 75, 127, 170, 213.

estado de turbación de las Iglesias: 44, 239-241.

estar con / en: v. *ser*.

Esteban: 126, 145, 192.

estoico/s: 88, 176, 178.

estrecha conexión entre bautismo, fe y glorificación: 27.

Eucaristía / acción de gracias: 33, 128, 215, 218.

Eudoxio de Milán: 121.

Eunomio: 19, 20, 107.

Eupaterio: 26.

Eupsique/Eupsiquio: 16-18.

eusébeia: 103; v. *ortodoxia*, *pie-*
dad.

Eusebio de Nicomedia: 21.

Eusebio de Cesarea de Capa-
docia: 9.

Eusebio de Cesarea de Pales-
tina: 231, 235.

Eusinoe: 9.

Eustacio: 8, 9, 12, 13, 15, 23,
26, 35.

Euzoio: 13.

Evangelio: 7, 31, 34, 39; pre-
figuración de la vida que
brota de la resurrección:
165, 203, 218, 225, 237.

Exarca: 10.

experiencia de la fe: 36, 39, 68.

externos (filósofos): 109-111;
v. *foráneos*.

extraescrituraria: 141.

Ezequiel: 201.

falsa ciencia /gnosis: 144.

familiar: 41, 61, 157, 234, 237.

familiaridad: 57, 58, 73, 83,
128, 130, 143, 152, 161,
190.

Faraón: 71, 157, 193.

fe: 31, 62, 80, 132, 145, 148,
151, 155, 157-159, 181, 199,
203, 222, 227, 232, 235,
236, 238, 243; vivir la fe
por la acción del Espíritu
presente en nosotros: 66,
68, 74, 80, 87, 89, 122, 119,
132, 145-147, 151, 155-157,
165, 175, 203, 222-224, 229,
230, 234-237, 240.

Fedón: 88.

Felipe: 200.

fidelidad: 12, 39, 244.

figuras: 155.

Filocalia: 9.

filosofía / filósofos: 88, 89, 109,
176.

Firmiliano: 235.

foráneos: 89, 109-112; v. *ex-*
ternos.

forma: 55, 56, 66, 74, 126, 139,
147, 170, 182, 211.

fórmula/s: 17, 198; bautisma-
les: 19, 33, 40, 48, 70, 77,
147, 181, 186, 223; de la
profesión de fe: 39, 70, 146,
147; doxológica: 37, 70,
108-110, 113, 115, 116, 120,
121, 233; tradicionales: 128,
132, 133, 141, 144, 145,
210, 211, 218, 219, 233; v.
silabas, *preposiciones*.

Gabriel: 171.

Galia: 15.

gloria: 17, 18, 41, 54, 59, 61,
78, 80, 81, 128, 129, 148,
183, 186, 187, 194, 195,
197, 202, 207, 222, 223,
226, 230, 232.

glorificación: 17, 27, 34, 38, 39,
80, 81, 127, 140, 187, 200,
201, 202, 206, 210, 223,
227, 237; v. *conglorifica-*
ción, *doxología*.

gracia: 42, 63, 68, 75, 79, 223,
234; de adopción: 83, 126,
128, 130, 143, 146, 147,
151, 156, 157, 161, 164,
168, 172, 175, 176, 189,
203, 211, 212, 215, 221.

Gran Ascéticon (Regulae Fu-
sus): 10.

Gregorio de Nacianzo: 7-9, 11,

12, 16, 24, 62.
 Gregorio de Nisa: 6, 12, 16, 134.
 Gregorio el Grande, el Taurmaturgo: 6, 234, 235.
 guía: 131, 143, 160, 191.
 Habacuc: 200.
 habilidad del artista: 66.
 hacerse Dios: 62, 76, 144.
 Hebreos: 71, 181.
hegemónico/hegemonikón: 42, 89, 141.
 hereje/herético/a: 15, 32, 35, 36, 38, 57, 240.
 herejía/heterodoxia: 19.
Hexaemeron: 235.
 Hijo: 15, 17, 19, 20, 24, 28, 37, 40, 46, 54, 107, 113, 114, 124, 126, 136, 138, 150, 152, 157, 182, 204, 209, 217, 230; Hijo de Dios: 21-23, 39, 130, 132, 135, 152; de la misma esencia y naturaleza del Padre: 26, 47, 53-55, 126, 139, 182; imagen viviente del Padre, en la que el Padre se expresa enteramente: 26, 27, 54, 83, 88, 124, 129; es inseparable del Padre: 54, 55, 123, 129, 138; la doctrina de fe en el Espíritu Santo admite un conocimiento cada vez más profundo: 29, 33, 34, 36-44; fe y bautismo son los modos inseparables de la salvación; se perfeccionan en los santos nombres de los Tres: 47-52, 150, 151, 222; Dios unigé-

nito, coeterno con el Padre, desde un principio inaccesible al pensamiento humano: 22, 53, 123, 130, 135; posee la misma magnificencia y gloria que el Padre, y es su esplendor: 53-59, 64, 124, 125, 127, 129, 132, 137; vivir la fe por la acción del Espíritu presente en nosotros: 66, 68, 74, 80, 87, 90; no se puede vivir perfectamente de fe sin el conocimiento de las tres Personas: 87-90, 106, 107, 111-114, 117, 121-127, 201; Hijo verdadero, Potencia de Dios, Sabiduría y Logos-Verbo: 54, 130; es también pastor, rey, médico, esposo, camino, puerta, manantial, pan, segur, roca: 131, 132, 134, 135, 137, 138; es luz verdadera, juez, resurrección: 135, 136; se pliega filialmente al querer del Padre, y lo refleja en unidad perfecta: 115, 134, 137, 139; usa palabras autoritarias y soberanas: 140, 144-146, 151-156, 158, 162-164, 172, 175, 176, 178, 179; la fe en los santos nombres lleva a la salvación: 181-188, 194, 195, 198, 201, 204-210, 214-216, 222, 223, 226, 227, 231, 253; los enemigos de la Pasión salvadora han naufragado en la fe: 240.

Hilario: 20, 21.

- Hipólito: 18.
 hipóstasis: 20, 49, 50, 55-57;
 son soberanas: 59, 61, 85,
 113, 130, 168, 177, 181,
 182, 186, 209, 231; v. *hy-*
 póstasis.
Historia Eclesiástica: 235.
 hombre: 5, 12, 14, 32, 39, 41,
 53, 62-64, 70, 74, 75, 77,
 80, 103, 112, 114, 119, 149,
 153, 156, 158, 162, 171,
 173, 176, 177, 185, 187,
 198, 199, 202, 203, 230,
 234.
 homeoousiano/s (partido): 16,
 20, 22, 25, 85.
Homilía sobre los cuarenta
mártires: 166.
 homilías: 11, 13.
 hómoios/n: 22.
 homoousianos: 13, 20.
homooúsios/n: 11, 19-21, 53,
 186.
homotimía: 36, 41, 77, 125; v.
 mismo honor.
 honor igual: 15, 35, 41, 61, 121,
 125, 127, 161, 179, 181,
 183, 237.
hypóstasis: 15, 22, 24; v. *hi-*
 póstasis.
 Iconio: 12, 17, 101.
 Iglesia: 5, 11, 18, 25, 44, 52,
 65, 116, 128, 174, 208, 217,
 218, 221, 224, 228, 229,
 234-242.
 Iglesia de Occidente, de Orien-
 te: 10, 14, 25.
 igual: la divinidad del Espíri-
 tu Santo: 7, 15, 26; la esen-
 cia y la Potencia del Padre,
 del Hijo y del Espíritu
 Santo: 38.
 igualdad: en dignidad y esen-
 cia del Padre, del Hijo y
 del Espíritu Santo: 15, 19,
 20, 23, 34, 38, 41, 46, 54,
 55, 59, 124, 126; v. *pari-*
 dad.
 iguales por esencia y distintos
 por el modo de la deriva-
 ción del Padre y por las
 operaciones: 87.
 iluminación: 69, 79, 84, 134,
 185, 197, 217.
 imagen: 56, 71, 78-81, 84, 88,
 129, 143, 156, 158, 163,
 164, 183, 211, 216, 217,
 221.
 imitación de Cristo: 88, 162.
 impasibilidad: 133, 142.
 impiedad / impío: 154, 177,
 194, 209, 224, 233.
 impronta: 78, 79, 84, 217.
In laudem Basilii: 7, 16, 62.
 inaccesible: 75, 142, 188.
 incomprensión del obispo de
 Roma: 24.
 incorporación a la Iglesia: 230.
 incorpóreo: 45, 73, 126.
 indisoluble: 50, 166.
 inengendrado/ingénito: 22.
 inferioridad: 41, 44, 61, 115,
 124, 127, 144, 178.
 infierno: 52, 64, 72, 158, 163,
 176.
 infinito: 126.
 inhabitación: 42, 68, 73, 74, 89,
 198, 199, 203, 214, 216.
 inhumanación: 205.
 inmovilidad: 127.
 inmutabilidad: 127, 170, 182.

inseparabilidad: 39, 40, 42, 121, 129.
 inseparable: 47, 54, 55, 57, 68, 166, 173, 215, 216.
 instrumento: 108, 109, 112, 138, 192, 236.
 intercambiabilidad: 38, 111, 120.
 interferencias: 24.
 intransigencia: 16, 38.
 Ireneo: 230, 231.
 Iris: 8.
 irrompible: 44, 51, 56, 59, 60, 82, 223.
 Isaac: 157.
 Isaías: 154, 191, 192, 200.
 Israel: 71, 119, 202, 212.
 Italia: 15.

Jacob: 154, 192, 193, 214.
 Jeremías: 154, 200.
 Jesús, hijo de Nun: 154.
 Job: 229.
 Jonás: 158.
 Jorge de Laodicea: 21.
 José: 120, 191.
 Juan (apóstol): 38, 69, 117, 123, 232.
 Juan Bautista: 69, 165.
 Judit: 136.
 juez/juicio: 135, 152, 153, 166, 174-176.
 Juliano: 17.
 Julio Africano: 232.
 justicia: 134, 152, 153, 174, 188, 203, 204.

Kayseri: 6.
kerygmata: 218; v. *proclamaciones*.

Lámpsaco: 9.
 Lector: 9.
 Ley /es: 36, 69, 72, 78, 105, 138, 156, 159, 160, 172, 196, 217, 242.
 libre albedrío: 74, 136, 164, 170, 171, 212.
 liturgia: 11, 82, 228.
 locura: 25, 123, 239.
 lucernario: 233.
 Lucifero de Cágliari: 13, 14.
 Lucio: 14.
 lugar: 43, 74, 108, 110, 112, 123, 124, 126, 200, 210, 216.
 lugar: el Espíritu, lugar de los santificados: 43, 67, 213, 214; la contemplación en el Espíritu, lugar de la verdadera adoración: 213; el santo, lugar familiar del Espíritu: 214.
 luz: 39, 71; luz inteligible: 75; luz verdadera: 78, 84, 88, 135, 147, 185, 197, 199, 217.

Macedonia: 209.
 Macedonio/macedonios: 22, 40.
 Macrina: 6.
 Macrina jr.: 7.
Macrístico: 121.
 Marcelo: 21.
 Mario Victorino: 20, 21.
 materia: 110, 111, 211.
 Maximino: 6.
 Medad: 212.
 médico: 131, 132.
 Melecio de Antioquía: 13-15, 235.

- Melecio del Ponto: 235.
 mentira: 104.
 Mesopotamia: 8, 235.
metà: 106, 121; v. *con*.
 método de la investigación: 23.
 metropolita: 10.
mía arché, basileía, theótes: 22.
 miembro: 66, 67.
 Milán: 121.
 ministerios (en sentido litúrgico-sacramental): 47, 67.
 mismo *honor*: 36, 40.
 misterios de la Iglesia: 68, 219, 220, 222, 223, 228, 235.
 modalismo: 21, 59.
 Modelo: 41, 110, 143, 183, 185, 230, 239; v. *Arquetipo*.
 Moisés: 40, 69, 78, 83, 119, 154, 155, 157-159, 197, 219, 221, 234.
 monarquía divina: 21, 56, 57, 59, 181, 182, 186.
 monarquianismo: 21.
 monástica (vida): 10, 12.
moné arché: 21.
 Moralia: 9.

 Nacianceno: 11, 12, 16, 24, 62.
 Nacianzo: 7.
 naturaleza: 38, 40, 42, 45, 46, 50, 54, 74, 83, 103, 107, 108, 112, 113, 119, 127, 128, 130, 131, 135, 139, 141, 143, 144, 164, 180, 183, 188, 193, 194, 198, 202, 203, 224, 241.
 Naucracio: 8.
 naufragio inminente: 240.
 neo-niceno/s: 13, 16, 20.
 Neocesarea: 6, 234.
 neoplatónico: 88.

 Nicea: 10, 14, 19, 53, 54, 61.
 nicena (fe): 13, 16, 19, 26, 83.
 Nisa: 6, 12.
 nociones comunes: 38, 39, 44, 45, 50, 126, 144, 198, 213, 214.
 Noé: 122.
 nombres del Espíritu: 41, 45, 47, 58, 86, 130, 141, 151, 183, 184, 187-189, 198, 213.
 nominalismo: 31, 37.
Nuevas dificultades sobre la poligamia de los antiguos: 231.

 Objetivos: 35, 36, 44; v. *sko-poi*.
 obra santificante del Espíritu Santo: 40.
 Occidente: 10, 11, 13-15, 25, 236.
oikeíosis: 73; v. *familiaridad, parentesco*.
 Onésimo: 209.
 Oriente: 10, 11, 14-16, 218, 220, 236.
 Orígenes: 6, 9, 19, 49, 169, 232
 ortodoxia: 5, 11, 12, 19; v. *en-sébeia, piedad*.
 ortodoxo/a: 20, 24.
ousía: 11, 15, 20, 22, 24, 90.

 Pablo: 119, 120, 126, 152, 153, 162, 166, 168, 190, 209, 211, 214, 216, 224, 225.
 Padre: 15, 17-20, 23, 24, 28, 37, 39, 40, 43, 46, 47, 73, 107, 112, 113, 116, 117, 125, 126, 129, 130, 137, 138, 140, 150, 152, 174, 182, 204, 209, 217, 230; el

- ingénito engendra inefablemente al Hijo; en la recíproca y coeterna relación viven y se comprenden simultáneamente: 22, 23 25, 33-37, 121, 122, 136; es la fuente de todo ser: 22, 40-43, 75, 124; manantial y causa de los bienes: 47, 168; crea por medio del Hijo y del Espíritu en perfecta unidad de voluntad: 48-59, 65, 67, 72, 74, 75, 80-86, 89, 90, 106, 07, 113-115, 117, 118, 121-149; libra nuestra vida de la corrupción: 150-152, 155, 161, 165-169, 174-185, 194-196, 198, 201, 204, 206-216, 222, 223, 226, 227, 230-232, 237; v. *Arquetipo*.
- Padres: 43, 44, 89, 103, 128, 141, 146, 182, 205, 220, 222, 224, 233, 240, 244.
- paganismo: 241.
- palabra: 36, 44, 46, 67, 70, 100, 103, 105, 111, 119, 121, 136, 140, 147, 148, 169, 176, 180, 191, 212, 222, 224, 227-229, 232, 234, 236, 238.
- Palestina: 8, 231.
- pan: 131.
- Pantocrátor: 125.
- para/por: 110.
- Paráclito: 42, 60, 84, 143, 181; v. *Consolador*.
- paradigma: 53.
- parádoxis: 30; v. *tradición*.
- parentesco/afinidad: 73, 152; v. *familiaridad*.
- paridad del Hijo y del Padre en la dignidad, en la gloria: 46, 81, 124; en el honor: 125; v. *igualdad*.
- participación del pueblo en el debate trinitario: 24, 241.
- participación en la gloria divina, ápice de la deificación del hombre: 80; v. deificación, divinización.
- pasión/es: 7, 76, 133, 143, 156, 157, 161, 240.
- pastor: 5, 11, 131.
- Paulino: 13-15.
- pecado contra el Espíritu: 47, 84, 167, 203; v. *blasfemia*.
- Pedro: 6, 8, 47, 150, 167.
- Pentecostés: 221.
- Pequeño Ascetikon*: 9.
- perfección: 8, 28, 52, 64, 102, 103, 134, 139, 143, 159; de los ángeles: 168, 170, 172.
- perfeccionamiento en la santidad: 76, 170.
- perfecta transmisión de voluntad: 55.
- permanencia en Dios: 76, 143.
- persona/s: 15, 19-22, 37, 38, 40, 41, 48-50, 53, 56, 59, 77, 80, 87, 113, 116, 169, 182, 186, 195, 241.
- Phos hílaron* (Luz gozosa): 233.
- piedad: 103, 104, 120, 123, 134, 149, 159, 166, 181, 182, 218, 222, 223, 232, 237, 244; v. *eusébeia*, *ortodoxia*.
- piedra: 131.
- píxide: 62.
- platónico: 88.
- plenitud de la perfección: 52.
- Plotino: 39, 45, 49, 88.
- plóútos*: 131.

- pneuma*: 19, 85, 89.
 pneumatología: 18, 61, 82.
 pneumatológico/a: 18, 26, 90;
 disputa: 19, 48, 85.
 pneumatómacos: 12, 13, 19, 26,
 31, 34, 37, 40, 41, 46, 61,
 62, 102, 108-112, 145, 149,
 195.
 pneumatóphoroi (almas): 76,
 143.
 Podandos: 11.
 poder/es: 68, 125, 236.
 polémica sobre el Espíritu
 Santo: 100; v. *pneumató-*
 macos.
 politeísmo: 50, 59, 182, 186.
 Política: 193.
 Ponto: 6-8, 18.
 por (*diá*)/por medio de quien/
 del cual: 17, 22, 23, 50, 55,
 58, 77, 90, 106-108, 110,
 112, 116, 120, 127-130,
 1332, 135, 169, 173, 185,
 186, 189, 190, 207, 217; *sí-*
 laba preposición.
 potencia: 66, 88, 137, 211, 230.
 potencia de Dios: 42, 43, 45,
 74, 130, 137, 139, 184, 192.
 potencias celestes, supracósmi-
 cas, puras e inteligentes: 42,
 48, 168, 170, 171, 232.
 potestad: 168, 171, 183.
 prefiguración: 32, 71, 88, 160,
 165.
 premio de los justos: 52.
 preposiciones: 17, 23, 24, 36, 43,
 65, 104, 207, 218, 224: v. *sí-*
 laba, fórmula, conjunción.
 presencia inefable del Espíritu
 Santo: 74; presente en cada
 uno: 74, 142; para conferir
 la gracia al acto de la cre-
 ación de los ángeles: 172.
 presiones políticas: 20.
 prevaricador/es: 148, 149; v.
 pneumatómacos.
 primogénitos de los hebreos, de
 los egipcios: 71, 156, 157.
 principados: 168, 171.
 príncipes (emperadores): 240.
 procede del Padre: 21, 57, 87,
 183.
 procesión del Espíritu Santo,
 doble procesión: del Padre
 y del Hijo: 21, 40, 52, 57,
 58, 85, 87, 88, 183.
 proclamaciones: 31, 43, 89,
 218, 220, 244; v. *kerygma-*
 ta.
 profecía, carisma que el Espí-
 ritu distribuye: 67, 72, 171,
 172.
 profesiones de fe: 19, 26, 33,
 147, 149, 203; v. *confesio-*
 nes de fe.
 progreso hacia la perfección:
 51, 64, 71, 103, 134.
 promesas de Dios: 70, 80, 147.
 propiedades y atribuciones: 20,
 22, 41, 42, 48, 50, 56, 80,
 82, 85, 116, 126, 130.
 proporción a la excelencia: 51;
 a la capacidad natural: 63,
 64; a la fe: 74, 142; v. *dig-*
 nidad.
 puerta: 131, 132.
 purificación: 39, 79, 88, 163,
 215, 232.
 realeza: 42, 195.
 Rector (*hegemonikón*): 42, 68,
 141, 188.

- Refutación y Apología*: 230.
 regeneración/renacimiento: 69, 70, 72, 73, 146, 147, 160, 162.
 Regla de san Benito: 10.
 religión (recta): 38, 104; v. *eu-sébeia, ortodoxia, piedad*.
 renovación (fuerza, experiencia de): 69, 70, 88, 151, 158, 173, 190.
República: 88.
 resurrección: 72, 135, 152, 163, 164, 173, 190, 199, 221.
 rey/emperador: 131, 183, 194.
 rito/s: 30, 32, 70.
 rivalidad: 21, 24, 241, 243.
 Roma: 16, 230.
- sabelianos: 21, 59, 209, 231, 241.
 Sabelio: 209.
 Sabiduría: 228.
 Sabiduría de Dios: 54, 60, 124, 131, 137, 138, 184.
 sacramento/s: 5, 32, 69, 70, 81, 88.
 Salomón: 238.
 Samaritana: 216.
 santidad: 51, 58, 63, 64, 72, 73, 168, 170, 186, 196.
 santificación: 38, 45, 58, 63, 141, 164, 170.
 santos: 6, 42, 43, 76, 83; todos los cristianos en cuanto llamados a participar de la santidad divina: 74, 106, 134, 153, 174, 181, 196, 200, 203, 214, 218, 224, 225, 230, 234, 237.
 Sasima: 12.
 Saúl: 212.
- Saulo: 191.
 Sebaste: 6, 8, 12, 13, 26, 35, 233.
 secretas/os: 78, 197.
 segur: 131.
 sello: 54, 78, 79, 84, 124, 151, 175, 217, 218.
 semejanza: 26, 76, 79, 80, 164, 169; v. *asimilación*.
 semiarrianos: v. *homeoousianos*.
 sentido: 25, 70, 78, 86, 114, 122, 126, 151, 197, 211, 222, 243.
 Señor: 37, 40-44, 56, 60, 72, 76, 77, 80, 81, 102, 107, 111, 113-121, 125, 126, 130-137, 140, 141, 144-146, 149, 150, 153-155, 157, 159, 162-169, 173, 174, 180-199, 208, 214, 216-218, 224-226, 230, 231, 236, 237.
 separación del Espíritu: 175.
 serafines: 172.
 ser con: 66, 69, 214-216, 225.
 ser en: 66, 213, 214-216.
 sílabas: 17, 18, 103, 105-107, 109, 111, 206, 217, 236; v. *fórmula/s, preposiciones*.
 Silvano: 119, 207.
 simple: 45, 56, 126, 141, 183.
 sínodos: 9, 24.
 Siria: 8.
skopoi: 35; v. *objetivos*.
Sobre el Espíritu Santo (Tratado): 5, 23, 26, 27, 29, 82, 90.
 Sodoma: 122.
 soplo/hálito: 41, 45, 58, 63, 85, 87, 169, 170, 172, 173, 183, 184; que consolida: 169, 170.

subnumeración/subnumerar:
22, 40, 41, 46, 122, 176-
181, 186, 187.

subordinación: 23, 122.

subordinacionismo: 19.

substancia: 15.

syn: v. *con*.

taquígrafos: 9, 35.

Taumaturgo. v. *Gregorio*.

Teeteto: 103, 144.

templo de Dios: 73, 214.

teología (doctrina del misterio
trinitario): 46, 56, 100, 182,
186, 193, 241.

teológico/a: 103, 104.

tercera vía: 16.

Terencio: 26.

Tertuliano: 19.

Tesalónica: 119, 196.

testamento espiritual: 5.

theóphora (la carne de Cristo):
120.

Tiana: 11.

tiempo: 108, 110, 122, 142, 221,
143.

Timoteo: 119, 152, 153, 209.

tipológica (interpretación): 34.

tipos veterotestamentarios: 32,
72, 155-159, 163, 164, 172,
197.

Tíquico: 209.

Tmuis: 82.

tradición: 29; acuerdo recípro-
co de la Escritura y la tra-
dición: 30-34, 38, 43, 44,
62, 128, 129; no escrita:
141, 146, 147, 151; apostó-
lica, transmitida en secre-
to: 218, 219, 222, 228, 229,
244.

tratado: 5, 18, 26, 27, 35, 36,
38, 44, 61, 70, 82, 83, 90,
106, 163, 207, 244; v. *Sobre
el Espíritu Santo*.

tridynamos: 21.

Trinidad: 5, 17, 19-21, 41, 52,
57, 78, 80, 86-88, 169, 170,
183, 231, 232, 241.

triple inmersión: 72, 164, 219.

triteísmo: 13, 59, 90.

tronos: 168, 171.

trópicos (heréticos): 82, 86.

Turquía: 6.

unción: 219, 150, 173.

Unidad-Trinidad divina: 52, 55.

única fe y único bautismo: 84.

unicidad de Dios: 5, 40, 57, 59,
84.

único/solo: 55, 57, 72, 77, 83,
107, 111, 174, 219-221.

unidad: 10, 16, 21, 33, 40, 46-
48, 50, 52, 55-57, 67, 70,
85, 140, 145, 183, 231.

unido por naturaleza: 40, 126,
183.

Unigénito: 54, 78, 116, 121,
125, 128, 130, 135, 137,
179, 185, 186, 188, 191,
232.

unión: 53, 73, 122, 145, 145,
176, 208, 209, 215.

Valente: 10, 11, 16.

Valentiniano: 15.

Valeriano: 25.

vario: 142.

velo: 78, 196, 197.

Verbo: 53, 83, 86, 110, 114,
123, 130, 135, 137, 156,
176.

Verdad: 86, 44, 86, 142, 160,
182, 185, 195, 197, 199,
216.

vida religiosa: 13.

vocablo/s: 105-108; v. *silaba*.

vocación del hombre para co-
nocer a Dios y asemejár-
sele: 36, 103.

voluntad: 20, 54, 55, 115, 118,
119, 138.

Vulgata: 102.

y (*kar*): 206-210, 223, 236; v.
silaba, conjunción.

Zacarías: 200.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN	5
I. EL TRATADO <i>SOBRE EL ESPÍRITU SANTO</i> . LA PERSONALIDAD Y LA ACTIVIDAD DE BASILIO	5
II. EL CLIMA Y EL AMBIENTE	16
1. Ocasión y fecha	16
2. El punto sobre la cuestión pneumatológica	18
3. La progresiva preparación de Basilio	26
III. LAS FUENTES Y LA ESTRUCTURA DEL TRATADO	29
1. Escritura y tradición: los criterios exegéticos	29
2. La estructura del tratado	35
IV. LA TEOLOGÍA DEL ESPÍRITU SANTO	44
1. La esencia divina del Espíritu Santo. La irrompible unidad con el Padre y con el Hijo	44
2. El Espíritu Santo en el misterio de la unidad-trinidad divina. Su procesión del Padre por medio del Hijo	52
3. El Espíritu Santo es partícipe de la gloria del Padre y del Hijo	59

V. EL CRISTIANO VIVE EN EL ESPÍRITU	61
1. El poder santificador y deificante del Espíritu	62
2. La experiencia del Espíritu	68
VI. ORIGINALIDAD, IMPORTANCIA HISTÓRICA, INFLUJO DEL TRATADO	82
BIBLIOGRAFÍA	91

Basilio de Cesarea

EL ESPÍRITU SANTO

I. Proemio, en que se afirma la necesidad de investigar sobre las partes más pequeñas de la teología	101
II. Qué principio tuvo la obsesión de los herejes sobre las sílabas	107
III. La tecnología referente a las sílabas procede de la sabiduría foránea	109
IV. El uso de estas sílabas en la Escritura es in- determinado	111
V. También del Padre se dice el «por medio de quien»; y referido al Hijo, el «de quien», así como del Espíritu	113
VI. Réplica a los que declaran que el Hijo no está con el Padre, sino después del Padre. También lo referente a la gloria de igual honor	121

VII. Contra los que afirman que no es adecuado decir del Hijo aquello de «con quien», sino esto: «por medio de quien»	127
VIII. De cuántas maneras se entiende el «por medio de quien», y en qué sentido es más conveniente el «con quien»; y también se explica cómo el Hijo recibe un mandato y cómo es enviado	129
IX. Nociones claras del Espíritu Santo, según la enseñanza de las Escrituras	141
X. Contra los que dicen que no es preciso coadunar al Espíritu Santo con el Padre y el Hijo	144
XI. Son prevaricadores quienes niegan al Espíritu Santo	148
XII. Contra los que dicen que basta solamente el bautismo en el Señor	150
XIII. Demostración de por qué en san Pablo se toma a los ángeles en cuenta junto con el Padre y el Hijo	152
XIV. Objeción: también algunos fueron bautizados en Moisés, y en él creyeron. En respuesta, también se trata sobre los «tipos»	155
XV. Respuesta a la réplica: «también somos bautizados en agua»; donde también se hablará del Bautismo	161
XVI. El Espíritu Santo es inseparable del Padre y del Hijo en cualquier noción: en la creación	

de los seres inteligentes, en la Economía que afecta a los hombres y en el juicio que se espera	166
XVII. Contra los que dicen que el Espíritu Santo no se «connumera» con el Padre y el Hijo, sino que se «subnumera». Se da también un recorrido sumario de la fe sobre la piadosa «connumeración»	176
XVIII. Cómo, al confesar las tres hipóstasis, conservamos la piadosa doctrina de la monarquía. También se refuta a los que sostienen que el Espíritu se subnumera	181
XIX. Contra los que dicen que no se debe glorificar al Espíritu Santo	187
XX. Contra los que dicen que el Espíritu no está en el rango de los esclavos ni en el de los amos, sino entre los de condición libre	192
XXI. Testimonios de la Escritura de que el Espíritu Santo es llamado Señor	195
XXII. Se confirma la comunión del Espíritu en naturaleza por el hecho de ser de tan difícil acceso a la contemplación como el Padre y el Hijo	198
XXIII. La glorificación del Espíritu es la enumeración de sus atributos	200
XXIV. Refutación de la extravagancia de quienes no glorifican al Espíritu, por compararlo con lo que se ha glorificado en las creaturas	202

XXV. La Escritura utiliza la sílaba «en» en lugar de «con»; también se prueba que la sílaba «y» equivale a «con»	206
XXVI. Tantos cuantos sentidos tiene «en», todos se aplican al Espíritu	211
XXVII. De dónde toma principio la sílaba «con», y qué alcance tiene. También se trata de las leyes no escritas de la Iglesia	217
XXVIII. Lo que la Escritura dice sobre que los hombres reinan «con» Cristo, nuestros contradictores se lo niegan al Espíritu	224
XXIX. Enumeración de los hombres ilustres que en la Iglesia se han servido de la expresión «con» en sus propios escritos	228
XXX. Exposición del estado actual de las Iglesias ..	238
ÍNDICE BÍBLICO	245
ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS	253

- 1 - **Orígenes, COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES,**
2.ª Ed., 326 págs.
- 2 - **Gregorio Nacianceno, HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD,**
2.ª Ed., 154 págs.
- 3 - **Juan Crisóstomo, LAS CATEQUESIS BAUTISMALES,**
2.ª Ed., 256 págs.
- 4 - **Gregorio Nacianceno, LA PASIÓN DE CRISTO,**
2.ª Ed., 208 págs.
- 5 - **San Jerónimo, COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN MARCOS,**
2.ª Ed., 136 págs.
- 6 - **Atanasio, LA ENCARNACIÓN DEL VERBO,**
118 págs.
- 7 - **Máximo el Confesor, MEDITACIONES SOBRE LA AGONÍA DE JESÚS,**
2.ª Ed., 136 págs.
- 8 - **Epifanio el Monje, VIDA DE MARÍA,**
148 págs.
- 9 - **Gregorio de Nisa, LA GRAN CATEQUESIS,**
2.ª Ed., 172 págs.
- 10 - **Gregorio Taumaturgo, ELOGIO DEL MAESTRO CRISTIANO,**
2.ª Ed., 176 págs.
- 11 - **Cirilo de Jerusalén, EL ESPÍRITU SANTO,**
2.ª Ed., 108 págs.

- 12 - **Cipriano**, LA UNIDAD DE LA IGLESIA,
144 págs.
- 13 - **Germán de Constantinopla**, HOMILÍAS MARIOLÓGICAS,
196 págs.
- 14 - **Cirilo de Alejandría**, ¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?,
138 págs.
- 15 - **Juan Crisóstomo**, HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE
SAN JUAN,
354 págs.
- 16 - **Nicetas de Remesiana**, CATECUMENADO DE ADULTOS,
148 págs.
- 17 - **Orígenes**, HOMILÍAS SOBRE EL ÉXODO,
228 págs.
- 18 - **Gregorio de Nisa**, SOBRE LA VOCACIÓN CRISTIANA,
132 págs.
- 19 - **Atanasio**, CONTRA LOS PAGANOS,
128 págs.
- 20 - **Hilario de Poitiers**, TRATADO DE LOS MISTERIOS,
122 págs.
- 21 - **Ambrosio**, LA PENITENCIA,
140 págs.
- 22 - **Gregorio Magno**, LA REGLA PASTORAL,
420 págs.
- 23 - **Gregorio de Nisa**, SOBRE LA VIDA DE MOISÉS,
252 págs.
- 24 - **Nilo de Ancira**, TRATADO ASCÉTICO,
252 págs.
- 25 - **San Jerónimo**, LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA,
104 págs.
- 26 - **Cesáreo de Arlés**, COMENTARIO AL APOCALIPSIS,
190 págs.

- 27 - **Atanasio**, VIDA DE ANTONIO,
148 págs.
- 28 - **Evagrio Pónico**, OBRAS ESPIRITUALES,
296 págs.
- 29 - **Andrés de Creta**, HOMILÍAS MARIANAS
192 págs.
- 30 - **Gregorio Nacianceno**, LOS CINCO DISCURSOS TEOLÓGICOS
288 págs.
- 31 - **Gregorio de Nisa**, VIDA DE MACRINA - ELOGIO DE BASILIO
176 págs.

Próximos volúmenes:

- **Juan Cristóstomo**, COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS.
- **Gregorio Nacianceno**, FUGA Y AUTOBIOGRAFÍA.
- **Juan Damasceno**, HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS.
- **Dídimo el Ciego**, EL ESPÍRITU SANTO.
- **Tertuliano**, EL APOLOGETICO.
- **Máximo el Confesor**, CENTURIAS SOBRE LA CARIDAD -
DIÁLOGO ASCÉTICO - COMENTARIO AL PADRE NUESTRO.
- **Juan Cristóstomo**, EDUCACIÓN DE LOS HIJOS Y
MATRIMONIO.
- **Basilio de Cesarea**, EL HEXAMERÓN.
- **Gregorio de Nisa**, LA VIRGINIDAD.
- **Gregorio Magno**, LIBROS MORALES I.

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente socio-cultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.